

Nota de la Fundación Carolina

Febrero 2019

La Fundación Carolina —entidad titular de los derechos de propiedad de las obras— ha considerado de interés poner a disposición de la sociedad, vía online, todos los títulos de la colección con el sello siglo XXI, editados y publicados por la institución entre los años 2005 y 2011. De este modo los libros pasan a ser de acceso abierto bajo una licencia Creative Commons:



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Alfons Martinell (coord.)

Cultura y desarrollo

Un compromiso para la libertad y el bienestar





Directora:
Rosa Conde

CONSEJO EDITORIAL

Presidente:
Jesús Sebastián

Vocales:
Inés Alberdi, Julio Carabaña, Marta de la Cuesta,
Manuel Iglesia-Caruncho, Tomás Mallo, Mercedes Molina,
Eulalia Pérez Sedeño

Secretario:
Alfonso Gamo

CULTURA Y DESARROLLO
UN COMPROMISO PARA LA LIBERTAD
Y EL BIENESTAR

ALFONS MARTINELL (coord.)

ROSA CONDE

EVA SÁNCHEZ BUENDÍA

ALFONS MARTINELL SEMPERE

GERMÁN REY

JESÚS MARTÍN-BARBERO

LUCINA JIMÉNEZ

MÁTÉ KOVÁCS

GEMMA CARBÓ

ALBERTO ABELLO VIVES

MARIAPIA PILOLLI

AUGUSTO ALEÁN PICO

JAVIER BRUN

ELOÍSA BERMAN ARÉVALO

ANA MUÑOZ

JORDI PARDO

TOMAS MALLO



Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Fundación Carolina, 2010
General Rodrigo, 6. Edificio Germania
28003 Madrid
www.fundacioncarolina.es

En coedición con

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2010
Sector Foresta, 1.
28760 Tres Cantos (Madrid)
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.sigloxxieditores.com

© De los autores, 2010

Diseño de la colección: Pedro Arjona
Idea de la cubierta: Alfonso Gamó
Imagen de cubierta: *Madre y Niño en Azul*
Autor: Osvaldo Guayasamín
Técnica: Óleo sobre tela
Año: 1986
Colección: Particular
© Sucesión Guayasamín.

ISBN: 978-84-323-1481-0
Depósito legal: M-53.138-2010
Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, <i>Alfons Martinell Sempere</i>	VII
PRÓLOGO: UN COMPROMISO PARA LA LIBERTAD Y EL BIENESTAR, <i>Rosa Conde</i>	IX
1. APORTACIONES DE LA CULTURA AL DESARROLLO Y A LA LUCHA CONTRA LA POBREZA, <i>Alfons Martinell Sempere</i>	1
2. DESARROLLO Y CULTURA O LA GLOBALIZACIÓN DESDE ABAJO, <i>Jesús Martín-Barbero</i>	25
3. LA DIMENSIÓN CULTURAL DEL DESARROLLO. EVOLUCIÓN DE LOS PLANTEAMIENTOS DE CULTURA Y DESARROLLO AL NIVEL INTERNACIONAL, <i>Máté Kovács</i>	43
4. CULTURA Y DESARROLLO: INTERSECCIONES VIGENTES DESDE UNA REVISIÓN CONCEPTUAL REFLEXIVA, <i>Alberto Abello Vives, Augusto Aleán Pico y Eloísa Berman Arévalo</i>	75
5. REFLEXIONES SOBRE CULTURA Y DESARROLLO EN EL CONTEXTO DE CRISIS, <i>Jordi Pardo</i>	91
6. CULTURA Y DESARROLLO EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL, <i>Eva Sánchez Buendía</i>	117

ÍNDICE

7.	LA INSISTENCIA EN LA METÁFORA. EXPERIENCIAS LOCALES DE CULTURA Y DESARROLLO EN COLOMBIA, <i>Germán Rey</i>	181
8.	EDUCACIÓN, CULTURA Y DESARROLLO, <i>Lucina Jiménez y Gemma Carbó</i>	209
9.	LOS HORIZONTES DE LA DIVERSIDAD, <i>Mariapia Pilolli</i>	243
10.	SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN, CULTURA Y COOPERACIÓN AL DESARROLLO. MITOS, REALIDADES Y RAZONES PARA LA ESPERANZA, <i>Javier Brun</i>	275
11.	EVALUACIÓN EN CULTURA Y DESARROLLO, <i>Ana Muñoz y Tomás Mallo</i>	309
	ANEXO. RELACIÓN DE AUTORES	317

PRESENTACIÓN

ALFONS MARTINELL SEMPERE

Director de la Cátedra UNESCO de Políticas Culturales y
Cooperación de la Universidad de Girona

La Fundación Carolina, por medio del Centro de Estudios para América Latina y la Cooperación Internacional (CeALCI), incorporó en sus programas una línea de estudio e investigación en cultura y desarrollo, respondiendo a la necesidad de adecuarse al marco de acción que en su momento plantearon los Planes Directores de la Cooperación Española 2005-2008 y 2009-2012 que introducen una prioridad horizontal de fomento a la diversidad cultural, y un objetivo general de fomento de las capacidades culturales como herramienta de desarrollo. En la misma orientación, la Estrategia Sectorial de Cultura y Desarrollo (2006) incluye la necesidad de seguir con la implementación de esta línea de cooperación y el trabajo de elaboración metodológica en este ámbito de la cooperación: «La acción cultural con objetivos de desarrollo, tal como se presenta en esta Estrategia, no tiene antecedentes en la Cooperación Española. Por ello, requerirá de un apoyo teórico a través de publicaciones de expertos que profundicen y desarrollen exhaustivamente las líneas de trabajo expuestas. Igualmente, se considera necesario acompañar esta Estrategia de un esfuerzo de identificación y evaluación». En este sentido, se presenta esta publicación que recopila un primer nivel de reflexión sobre Cultura y Desarrollo de esta línea de trabajo.

Con esta colaboración, el CeALCI incide en fomentar la investigación aplicada en el campo de cultura y desarrollo, poco trabajado dentro de los estudios sobre la ayuda oficial al desarrollo, que se ha de resolver de acuerdo con las necesidades de los actores de la cooperación española y los países socios. La colaboración con la Cátedra UNESCO de Políticas Culturales y Cooperación de la Universidad de Girona, con más de diez años de trabajo en este campo, nos ha per-

mitido presentar esta publicación que recoge textos de diferentes expertos que han trabajado en el desarrollo conceptual de las relaciones entre cultura y desarrollo.

Conscientes que queda mucho por hacer, esta primera publicación de la Fundación Carolina en este campo abre una línea de trabajo de acuerdo con las conclusiones del Seminario Internacional de Cultura y Desarrollo que, bajo la presidencia española de la Unión Europea, se celebró en mayo de 2010 y que marca un reto a los organismos multilaterales y a los países miembros para adoptar un compromiso de incorporar la cultura en sus agendas de las políticas de desarrollo.

En la reciente Cumbre de seguimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio de septiembre de 2010 se añade por primera vez, después de diez años de su promulgación, una recomendación muy significativa: «Consideramos que la dimensión cultural es importante para el desarrollo. Alentamos la cooperación internacional en la esfera de la cultura, encaminada a la consecución de los objetivos de desarrollo».

Conscientes de esta novedad y responsables con el compromiso que nos han demandado a las personas, instituciones y agentes que estamos trabajando en este campo, esta publicación es una oferta de reflexión que esperamos asuman tanto los actores de la cooperación española como nuestros socios. Esperamos que sea útil para abrir un debate sobre cómo la cultura se incorpora a las políticas de desarrollo.

PRÓLOGO: UN COMPROMISO PARA LA LIBERTAD Y EL BIENESTAR

ROSA CONDE
Directora de la Fundación Carolina

Este libro que sale a la luz con el título de *Cultura y Desarrollo. Un compromiso para la libertad y el bienestar*, y que ha sido coordinado por Alfons Martinell, director de la Cátedra UNESCO de Políticas Culturales y Cooperación, es el resultado de un proceso en el que se han manifestado con fuerza otros compromisos.

Uno de ellos es el compromiso de la Fundación Carolina con la Secretaría de Estado de Cooperación Internacional (SECI), la Dirección General de Planificación y Evaluación de Políticas de Desarrollo (DGPOLDE) y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), quienes en la legislatura anterior, y bajo la dirección de Alfons Martinell, formularon una novedosa *Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Cooperación Española* que, de esa manera, se convertía en una de las líneas fundamentales de trabajo de nuestra cooperación internacional para el desarrollo. La Fundación Carolina expresó entonces de forma programática e inequívoca su voluntad y decisión de trabajar para implementar dicha estrategia entre los distintos actores, especialmente los españoles, que operan en América Latina y el Caribe.

Dicha voluntad y decisión nos llevaron a otro compromiso; esta vez, con la Cátedra UNESCO de la Universidad de Girona con la que la Fundación Carolina firmó un convenio con el fin de establecer una línea de investigación aplicada al campo de Cultura y Desarrollo para fomentar una unidad de investigación y para transferir las investigaciones a los actores de la cooperación española, de modo que incidieran en la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Las acciones desarrolladas para la consecución de estos objetivos se llevaron a cabo en 2009 y 2010 y tuvieron como resultado la elaboración de diversos documentos en los que se recogieron aportaciones de expertos, académicos, técnicos y representantes institucionales, sobre el estado actual y las necesidades del ámbito de cultura y desarrollo, su papel en la cooperación internacional y la situación de sus agentes y organizaciones promotoras.

Entre dichos documentos se encuentra este libro, que pone énfasis en la importancia que tienen las intersecciones entre cultura y desarrollo, en primer lugar, en la lucha contra la pobreza, en un mundo complejo y diverso, en un mundo globalizado y en el escenario multilateral.

En segundo lugar, la importancia que tienen dichas intersecciones en el contexto de crisis que vivimos.

En tercer lugar, la importancia que tienen en ámbitos más concretos como el desarrollo local, la educación y la sociedad de la información.

Y en cuarto, y último lugar, la necesidad que tenemos de desarrollar herramientas metodológicas, que permitan capacitar a los distintos actores implicados y desarrollar instrumentos de evaluación para conocer el impacto de los proyectos.

En el marco de esta colaboración entre la Universidad de Girona y la Fundación Carolina, hemos visto surgir también otro elemento importante para el futuro; toda una institución. Me refiero al Laboratorio Iberoamericano de Investigación en Desarrollo y Cultura (L+iD), instalado en la Universidad Tecnológica de Bolívar en Cartagena de Indias (Colombia), que ha puesto en marcha una Maestría en «Desarrollo y Cultura» y que, a finales de noviembre pasado, organizó un Seminario Internacional con el título de «La Cultura y los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Un ámbito de investigación y acción». Hemos participado también en un seminario internacional sobre Cultura y Desarrollo, en el marco de la presidencia española del Consejo de la Unión Europea, celebrado en la Universidad de Girona, con la participación de 350 expertos y representantes institucionales de todo el mundo, que puso el acento en la Economía de la Cultura y en las posibles aportaciones de aquellas intersecciones para la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, con una

INTRODUCCIÓN

mención especial a la Ventana de Cultura y Desarrollo del Fondo España en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

En el futuro esperamos seguir avanzando en todas estas posibilidades y orientaciones; es decir, en nuestros compromisos con la cooperación española, con la Universidad de Girona y con el Laboratorio de Investigaciones de Cartagena, porque como demuestra este libro, ello supone también afirmar nuestro compromiso con la lucha contra la pobreza y con la libertad.

1. APORTACIONES DE LA CULTURA AL DESARROLLO Y A LA LUCHA CONTRA LA POBREZA

ALFONS MARTINELL SEMPÈRE

I. ANTECEDENTES

La cultura se ha considerado como una dimensión importante e imprescindible en la evolución del concepto de desarrollo en sus diferentes enfoques. Su función va muy unida a la política y a la educación para mejorar el bienestar colectivo, concibiéndola como un bien común que las comunidades y sociedades han de incorporar en la configuración de sus futuros y en la lucha contra la pobreza y la desigualdad.

Las primeras concepciones de desarrollo y lucha contra el hambre, cuando trataban de la cultura, entendían que las culturas originarias y populares eran, a veces, un lastre para el propio desarrollo y crecimiento económico, por la rémora de la tradición y las creencias ancestrales en la aceptación de nuevas visiones «técnicas» e «imparciales». Consideraban como una condición al desarrollo un «cambio cultural» de acuerdo con los parámetros de una modernidad un tanto eurocentrista o de acuerdo con los principios de un capitalismo y estatismo muy estricto. Estas ideas tuvieron mucha influencia en ciertas elites dirigentes y oligarquías dominantes que influyeron en los principios políticos en la construcción de un Estado nación surgido de las independencias de las repúblicas americanas y de los procesos de descolonización en diferentes continentes.

Estas concepciones desarrollistas, basadas principalmente en el crecimiento económico y resolución de las necesidades básicas, tuvieron un impacto importante, pero empezaron a verse limitadas hasta fracasar, presentando serias fisuras en sus postulados en el último tercio del siglo XX por la dificultad de su sustentabilidad y por

la poca apropiación de las sociedades a estos modelos¹. Los resultados no eran los esperados por los organismos internacionales y las estructuras nacionales que habían planificado en sus estrategias técnicas a partir de objetivos muy razonables que no confirmaron los resultados finales.

Una visión más amplia del concepto de desarrollo se configura sobre una perspectiva más pluridimensional buscando la incorporación de todas las variables posibles para un fin común; la mejora de las condiciones de vida y la reducción efectiva de la pobreza.

En estos contextos la cultura va realizando un lento, pero constante, trayecto que se caracteriza por la creciente sensibilización de los responsables políticos y los agentes culturales, por un compromiso en el campo de las políticas públicas, la democratización de la cultura y la defensa del derecho de la ciudadanía a la participación en la vida cultural².

Una nueva concepción de cultura y política cultural emerge en el escenario internacional como resultado de un gran pacto por una visión de cultura³ que pudiera conectar con las necesidades de desarrollo, sensible y respetuosa con las múltiples identidades culturales; las cuales conviven, con más o menos respeto, dentro de los Estados nación, y de la toma en consideración de la cultura como eje inevitable del propio desarrollo. Nace una nueva etapa en la historia de las

¹ «La problemática de base de la Estrategia Internacional al Desarrollo, los objetivos y metas señalados al sistema de las Naciones Unidas, y las políticas y medidas propuestas para los años noventa siguen estando muy alejados de un enfoque cultural, y por consiguiente de un desarrollo verdaderamente integrado». *Dimensión cultural del desarrollo, hacia un enfoque práctico*, París, UNESCO, 1995, p. 160.

² Pacto 15 de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales, 1966: 1. Los Estados Partes en el presente Pacto reconocen el derecho de toda persona a: a) Participar en la vida cultural; 3. (...) se comprometen a respetar la indispensable libertad para la investigación científica y para la actividad creadora. 4. (...) reconocen los beneficios que derivan del fomento y desarrollo de la cooperación y de las relaciones internacionales en cuestiones científicas y culturales.

³ «La cultura puede considerarse como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o grupo social. Ella engloba además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias», *Mondiacult*, 1982, Conferencia de México.

políticas públicas para la cultura y un proceso institucionalizador se va implementando de acuerdo con estos nuevos planteamientos.

Estos avances coincidían con una nueva visión del desarrollo, entendido como la condición para la adquisición de las capacidades y oportunidades para ejercer en libertad sus derechos⁴. El concepto de desarrollo humano entendido como la adquisición por parte de los individuos, comunidades e instituciones, de la capacidad de participar efectivamente en la construcción de una civilización mundial, que es próspera tanto material como espiritualmente, es una propuesta de Naciones Unidas a través del PNUD. Esta concepción abre las puertas a una pluridimensionalidad del desarrollo sostenible a partir de la libertad y la formación de las capacidades humanas, es decir, en la ampliación de la gama de opciones que las personas pueden hacer y de lo que éstas pueden ser.

A pesar de estos avances no se percibe una relación profunda entre los esfuerzos en gobernanza y reforzamiento institucional de la cultura como política pública, con la consecuente creación de ministerios o secretarías de cultura y su inclusión como elemento importante en las agendas de las políticas al desarrollo.

Este hecho obliga a una reflexión profunda promovida por la UNESCO en el Decenio mundial del desarrollo cultural que culmina en un conjunto de aportaciones en la que destaca «Nuestra Diversidad Creativa»⁵ donde se sientan las bases para una nueva visión de las relaciones entre cultura y desarrollo a partir del principio : «La libertad cultural nos permite satisfacer una de las necesidades más básicas: la de definir nuestras necesidades culturales»⁶, como más tarde profundizará el Informe del PNUD del año 2004.

A pesar de estos avances existen críticas y evaluaciones que resaltan el fracaso de ciertas políticas de desarrollo por no incorporar

⁴ «La pobreza debe concebirse como privación de capacidades básicas y no meramente como falta de ingresos, que es el criterio habitual con el que se identifica la pobreza» A. Sen, *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000, p. 114.

⁵ También conocido como Informe Pérez de Cuellar, nombre del diplomático peruano que coordinó el trabajo *Nuestra Diversidad Creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*, México, UNESCO, 1997.

⁶ UNESCO y J. Pérez de Cuellar, *Nuestra Diversidad Creativa. Informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo*, México, UNESCO, 1997.

la dimensión cultural⁷. El Plan de Acción de la Conferencia Intergubernamental de Estocolmo 1998⁸ se pronuncia de forma mucho más explícita y es un avance considerable en este proceso. Entre sus muchas aportaciones podemos resaltar los objetivos de política recomendados a los estados miembros:

Objetivo 1: Hacer de la política cultural un componente central de la política de desarrollo. 1. Diseñar y definir políticas culturales o revisar las políticas existentes, para que sean un componente esencial de un desarrollo endógeno y sostenible. 2. Promover para este fin la integración de políticas en políticas de desarrollo, en particular en lo que respecta a su interacción con políticas sociales y económicas.

Los avances en este proceso y las reflexiones procedentes del sector cultural y de la UNESCO no coinciden, o no tienen influencia, en las agendas de otros organismos multilaterales y nacionales encargados de las políticas de desarrollo. La aprobación en septiembre de 2000 de la Declaración del Milenio que incorpora los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) y la conferencia internacional de Monterrey (2002), se orientaron a aspectos más clásicos, urgentes y «duros» del desarrollo y no hacen ninguna mención directa a la cultura. A pesar de no incorporar directamente a la cultura en todos estos objetivos se percibe una posible contribución de ésta como se ha demostrado en muchas acciones realizadas en diferentes países en este campo. En el objetivo 8 «Fomentar una alianza mundial para el desarrollo» es donde apreciamos avances significativos importantes que coinciden con dos grandes elementos del proceso de sinergia total para la lucha contra la pobreza:

En primer lugar, el PNUD en su informe anual sobre el Índice de Desarrollo Humano de 2004⁹ dedica su atención a reflexionar sobre

⁷ Véase UNESCO, *Dimensión cultural del desarrollo, hacia un enfoque práctico*, París, UNESCO, 1995.

⁸ UNESCO, *Plan de acción sobre políticas culturales para el desarrollo*. Aprobado por la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo, Estocolmo, 2 de marzo de 1998.

⁹ PNUD, *Informe sobre el Desarrollo Humano 2004. La libertad cultural en el mundo diverso de hoy*, Nueva York, PNUD, 2004.

la libertad y la diversidad cultural, a partir del enfoque de desarrollo como generador de capacidades, la libertad cultural aporta un elemento importante en las aportaciones de la cultura al desarrollo. A pesar que en otras ediciones el informe anual del PNUD resaltó la necesidad de completarlo con indicadores culturales. Hasta ahora no se dispone de suficiente conocimiento y datos para incorporar una dimensión más completa de la cultura en el índice de desarrollo humano.

Por otro lado, en octubre de 2005 la aprobación por la Conferencia General de la UNESCO de la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales, ratificada unos meses después, nos ofrece un marco en el derecho internacional muy importante. Además de otras consideraciones esta convención¹⁰ incorpora en el artículo 13 la integración de la cultura en el desarrollo sostenible; otro artículo, el 14, está dedicado exclusivamente a la cooperación al desarrollo, explicita formas en que la cultura puede contribuir a la reducción de la pobreza a partir de la integración del concepto de desarrollo como facilitador de procesos de adquisición de competencias específicas. Y finalmente, la necesidad de un trato preferente a los países en desarrollo (art. 16) en los intercambios culturales y en el fomento de sus capacidades para acceder a mercados internacionales de las industrias y producciones culturales.

La consideración de las aportaciones de la cultura al desarrollo tienen ya un alcance significativo indiscutible, como lo demuestra la paulatina incorporación en las agendas de los organismos multi-

¹⁰ Véase J. Prieto de Pedro y A. Martinell, *Documento de trabajo para la primera reunión de expertos sobre la cooperación internacional*, UNESCO, 2007. El principio de acceso equitativo proclamado también por el artículo 2 hace hincapié en esta lógica al propugnar: «El acceso equitativo a una gama rica y diversificada de expresiones culturales procedentes de todas las partes del mundo y el acceso de las culturas a los medios de expresión y difusión son elementos importantes para valorizar la diversidad cultural y propiciar el entendimiento mutuo».

¹⁰ Algunos autores mantienen que la exclusión cultural tiene consecuencias más negativas a largo plazo ya que las políticas de recuperación son más difíciles, como podemos observar en comunidades culturales con un alto nivel de exclusión social y económica pero la conservación de una vida cultural rica les permite afrontar procesos de desarrollo con más dignidad.

laterales¹¹, la definición de estrategias sectoriales de las agencias de los países donantes¹² y la creciente preocupación de la Unión Europea, como se trató en el Seminario Internacional sobre Cultura y Desarrollo¹³.

En este marco de acción es imprescindible una movilización de todos los actores posibles a diferentes niveles, capaces de generar sinergias para la consecución de la reducción de la pobreza que la comunidad internacional se ha propuesto en su agenda.

Este proceso y sus aportaciones dibujan el marco contextual donde se sitúan en la actualidad las relaciones entre cultura y desarrollo o las aportaciones de la cultura al desarrollo y la lucha contra la pobreza.

Se constata un avance importante en las relaciones entre desarrollo y cultura gracias al trabajo realizado desde el terreno hasta los organismos internacionales para la construcción de este marco. A la vez que se perciben dificultades, dudas, constataciones, contrastes, por lo que no se recorrido todo el trayecto posible y es necesario avanzar hacia una nueva dinámica que encuentre más sinergias con las políticas de desarrollo general.

II. HACIA UNA LECTURA DEL DESARROLLO DESDE LA CULTURA

En todo el proceso de reflexión, crítica y definición, el concepto de desarrollo ha ido adquiriendo diferentes perspectivas y dimensiones, adquiriendo nuevos significados. El avance de estas definiciones integra diferentes visiones y se adapta a la complejidad actual de la cooperación al desarrollo y la lucha contra la pobreza.

¹¹ Ejemplos como la ventana de cultura y desarrollo del Fondo del Milenio en el PNUD, programas OEI, UNESCO, etcétera.

¹² Países europeos donantes que han elaborado estrategias propias: Finlandia: «Navigating culture: A road map to culture and development» (2000); Dinamarca (2002); Suiza: Swiss Agency for Development and Cooperation (2003); Noruega; Estrategia Cultura y Desarrollo de la Cooperación Española (2006); Suecia: SIDA's Culture and Media in development cooperation (2006).

¹³ S. Manservisi, «Is there a New Approach to Culture and Development in the Strategy of the EU Development Policy?», *Africa e Mediterraneo. Cultura e Società* 68, Bolonia, 2009. Y el Seminario de la Presidencia Española de la UE, mayo de 2010, en [<http://www.culturaydesarrollo2010.es/esp/index.asp>].

Si han dominado algunas orientaciones economicistas, también hemos de ir introduciendo nuevas dimensiones que, a la larga, van a reforzar e integrar otras posiciones hacia un objetivo fundamental que se concreta en una alianza internacional contra el hambre y la lucha contra las inequidades en un entorno pacífico y respetuoso.

Incorporando los antecedentes y procesos que nos han llevado a las ideas sobre desarrollo en un mundo globalizado e interdependiente hemos de avanzar hacia nuevos y amplios planteamientos.

El desarrollo no puede consistir solamente en aumentos de objetivos inanimados de conveniencia, como un aumento en el PIB (o en las rentas personales), industrialización, avance tecnológico o modernización social. Estos son, por supuesto, logros valiosos (a menudo de vital importancia), pero su valor debe depender de cómo afectan a las vidas y a las opciones de la gente implicada. Para los seres humanos responsables, el centro de atención debe ser, en el fondo, si tienen la libertad de hacer aquello que tienen razón de apreciar¹⁴.

Valores como libertad, confianza, participación política y comunitaria se incorporan al discurso a partir del fomento de capacidades en la ciudadanía para intervenir en sus propios procesos. Estas dimensiones nos permiten relacionar desarrollo con otras funciones sociales imprescindibles al lado de otros impactos ineludibles:

(...) es difícil que una sociedad mire con confianza el futuro y gane espacios de autonomía (no otra cosa es el desarrollo) si no se le permite definir, con cierto grado de libertad, aquellos elementos de identidad a los que asocia su imagen colectiva¹⁵.

En este marco de referencia la cultura tiene un papel imprescindible que hemos de saber incorporar de forma inteligente y modesta, a partir de encontrar nuevas prácticas que consigan entrelazar un amplio tramado entre los diferentes factores que inciden en la creación de condiciones para el desarrollo.

¹⁴ A. K. Sen, «El futuro y nuestras libertades», en V. Martínez y S. París, *Amartya Sen y la globalización*, Castellón de la Plana, Universitat Jaume I, 2006.

¹⁵ J. A. Alonso, «Cultura y desarrollo: bases de un encuentro obligado», *Revista de Occidente* 335, abril 2009, pp. 9-20.

La contribución de la cultura al desarrollo se va configurando a partir de nuevos enfoques que se concretan en la incorporación de funciones específicas a considerar:

- La cultura contribuye a la acumulación de conocimiento y entendimiento humanos (crecimiento humano) capaces de aportar concepciones del mundo variadas y el mantenimiento de un equilibrio entre recursos «humanistas», recursos tecnológicos, recursos patrimonialistas y opciones culturales para las generaciones futuras¹⁶.
- La cultura permite profundizar en los derechos fundamentales a partir de la participación en la vida cultural y la defensa de los derechos culturales individuales y colectivos.
- La cultura tiene impactos directos al desarrollo socio económico y la creación de renta disponible y bienestar.
- La práctica cultural y el acceso a sus beneficios permite crear un clima cultural basado en la confianza mutua, la libertad cultural y las relaciones de respeto a la diversidad expresiva.
- La cultura tiene una función de capital humano como medio de obtener poder y reconocimiento social y político. Las actividades culturales «influyen en la capacidad de la gente para afrontar los retos de la vida cotidiana y para reaccionar ante los cambios repentinos en su ambiente físico y social»¹⁷.
- La cultura incide en el aumento de las oportunidades sociales de las personas, influye en la educación, el empleo y en el uso del tiempo libre.
- La cultura es imprescindible para una perspectiva integral del desarrollo sostenible.

III. ¿QUÉ IMPACTOS APORTA LA CULTURA AL DESARROLLO?

La influencia de las concepciones de desarrollo basadas en el crecimiento económico y las urgencias en las crisis internacionales han de-

¹⁶ Consejo de Europa, *Sueños e identidades. Una aportación al debate sobre cultura y desarrollo en Europa*, Barcelona, Interarts/Península, 1999.

¹⁷ *Ibid.*, p. 29.

rivado hacia posiciones muy prácticas y centradas, a veces, en un cierto asistencialismo como prioridad. Desde algunas posiciones y actores de la cooperación al desarrollo internacional se ha planteado la dedicación a la cultura como un campo prescindible, e incluso como un lujo¹⁸, que en ciertas realidades no se pueden dar aunque sea mínimamente. Desde esta posición consideran prioritario cubrir las necesidades y luego pueden venir otras dimensiones. A pesar de la legitimidad de este razonamiento implica una percepción muy parcial del otro (receptor o socio) que no tiene la libertad para manifestar sus necesidades.

Este hecho ha representado un enfoque muy unidireccional hacia la resolución de problemas muy perentorios e inmediatos totalmente imprescindibles. Pero han olvidado que al lado de la pobreza la vida cultural de las comunidades y sociedades se compone de elementos imprescindibles para el mantenimiento de sus capacidades sociales, las cuales también van a incidir en la superación de sus necesidades básicas. A pesar de la pobreza económica, algunas culturas milenarias han demostrado la supervivencia combinando sus necesidades culturales capaces de mantener la identidad y la autoestima cultural con la búsqueda de un mayor bienestar básico.

También influye el predominio de una visión antropológica de la cultura¹⁹, en los planteamientos de la cooperación al desarrollo, los cuales han mantenido una lectura parcial a la realidad multidimensional de la cultura en las sociedades más o menos desarrolladas. Este hecho es más significativo a partir de las últimas décadas del siglo XX, y de forma mucho más intensa en la actualidad como efecto de los cambios que incorpora la sociedad de la información. Los países socios han manifestado en varios foros su preocupación por una lectura excesivamente exótica de sus culturas con dificultades de presentar con libertad, y desde su diferencia, su forma de contemporaneidad.

Pero en el fondo de la cuestión se encuentra una preocupación, y a veces escepticismo, en saber si existen impactos claros de la cul-

¹⁸ No es una casualidad que la estrategia de la cooperación suiza se titule «La cultura no es un lujo» (2003).

¹⁹ Véase el documento de Arturo Escobar «Antropología y desarrollo», en [<http://www.unesco.org/issj/rics154/escobarspa.html>].

tura en el desarrollo más allá de ciertos discursos excesivamente retóricos acerca de su interdependencia. Es necesario concretar el análisis de la contribución real de la cultura a los procesos de desarrollo y cómo los países socios pueden incorporar esta dimensión más amplia y técnica que les permita ir superando un cierto folclorismo en sus planteamientos.

Para este objetivo hemos de intentar precisar más nuestros sistemas de análisis y nuestras formas de presentar los posibles impactos o resultados de la cultura al desarrollo, tanto para orientar la intencionalidad de la acción de los actores sociales que intervienen en este campo, como para reclamar la especificidad de algunos de estos resultados.

Nuestra experiencia nos permite incorporar algunos de las variables que se han aplicado en los estudios del sector cultural, como la incorporación de metodologías aplicadas en el diseño y elaboración de proyectos de cooperación.

En este marco de acción podemos iniciar nuestro análisis y contribución sobre las posibles aportaciones de la cultura al desarrollo desde cuatro grandes dimensiones²⁰:

1. *La cultura como un conjunto de valores simbólicos, creencias y como expresión de unas identidades.* Disponer de capacidad de mantener su forma de vida y sus valores, en un diálogo entre memoria y tradición, permite apreciar los aportes de la vida cultural a la resolución de problemas actuales. «La cultura puede considerarse como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o grupo social. Ella engloba además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias»²¹. Por lo cual es la forma que una sociedad se expresa y sitúa su vida cultural en una sociedad globalizada, buscando el

²⁰ Siguiendo nuestra reflexión iniciada en A Martinell, «Cultura es desarrollo», en M. Iglesia-Caruncho, *Avances y retos de la Cooperación española. Reflexiones de una década*, Fundación Carolina/Siglo XXI, Madrid, 2007, pp. 185-195.

²¹ *Mondiacult*, UNESCO, México, 1982.

respeto a sus particularidades y a la diversidad a partir de los principios que podemos encontrar en diferentes declaraciones de la comunidad internacional²². La identidad, cuando es abierta y comprometida con la vida social de su comunidad, es una precondition indispensable para mejorar las condiciones de vida.

«Las políticas que reconocen las identidades culturales y favorecen la diversidad no originan fragmentación, conflictos, prácticas autoritarias ni reducen el ritmo del desarrollo. Tales políticas son viables y necesarias, puesto que lo que suele provocar tensiones es la eliminación de los grupos que se identifican culturalmente»²³. En este sentido, todos los procesos que generen la recuperación y mantenimiento de las identidades culturales «abiertas e interactivas»²⁴ y el contacto e intercambio con otras, a partir del respeto a la libertad cultural, son factores fundamentales para la configuración y construcción de condiciones al desarrollo aunque difíciles de apreciar y objetivar, pero que existen como sustrato para la creación de dinámicas sociales positivas.

Las repercusiones del mantenimiento de un sistema cultural propio y la consciencia de pertenencia a una identidad cultural es un factor importante para la creación de condiciones para el desarrollo, y un motor para la formación de capacidades individuales y colectivas que encuentre un equilibrio entre el mantenimiento de una memoria colectiva con una forma de construir una vida cultural actual de acuerdo con las interdependencias de un mundo globalizado.

²² Convención sobre la Protección y la Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales, UNESCO, octubre de 2005, ratificada por más de 60 países.

²³ PNUD, *Informe sobre el Desarrollo Humano 2004. La libertad cultural en el mundo diverso de hoy*, 2004, PNUD, Nueva York, p. 2.

²⁴ Véase J. Prieto de Pedro y A. Martinell, *Documento de trabajo para la primera reunión de expertos sobre la Cooperación Internacional*, UNESCO, 2007: «La concepción abierta e interactiva de la acción para la protección y promoción de la diversidad cultural son numerosas las referencias en la Convención. Debe señalarse el principio de apertura y equilibrio que anuncia el artículo 2: “Cuando los Estados adopten medidas para respaldar la diversidad de las expresiones culturales, procurarán promover de manera adecuada una apertura a las demás culturas del mundo”».

Los valores y formas de vida cultural constituyen un componente muy significativo de las capacidades básicas de la ciudadanía que se pueden concretar en aportes como:

- Consolidación de las identidades culturales.
- Consciencia de los propios valores y sus saberes.
- Construcción del sentido de pertenencia colectiva.
- Capacidad de crear consciencia de la memoria colectiva.
- Capacidad de apreciar el valor de su patrimonio material e inmaterial.
- Capacidad para situar su forma de vida en un mundo globalizado aceptando la existencia de otras culturas.
- Capacidad de expresar su cultura y dialogar con otros interlocutores.

2. *Impactos intangibles de la cultura al desarrollo.* La evidencia de los aportes intangibles de la cultura al desarrollo son tan amplios y variados que muchas veces no se incorporan de forma explícita y evaluable en el diseño de políticas, planes y programas al desarrollo. Siempre se ha considerado como una variable imprescindible, pero con poca fidelidad por la dificultad de precisarlo como un resultado directo. También por la necesidad de procesos más amplios y duraderos en el tiempo que las cronologías de ciertas actuaciones y por la confluencia con otras dinámicas de otros ámbitos del desarrollo. Hemos de considerar que lo intangible en el desarrollo es un aporte que no surge espontáneamente, sino que es fruto de un trabajo social y comunitario importante con gran impacto en muchas dimensiones de la vida social. En este sentido, podríamos analizar las múltiples plusvalías que aporta la cultura como factor de representación y significación política en la construcción de una ciudadanía democrática. Facilitando la configuración de procesos de cohesión social y gobernanza como factor determinante en los procesos de desarrollo, así como la dignidad de asumir un protagonismo en la lucha contra la pobreza y la búsqueda del bienestar común a partir de las formas de una comunidad cultural, por ejemplo, a través de manifestaciones populares en las fiestas y tradiciones, la vivencia de recuperación del espacio público,

la convivencia con la comunidad de muchos de sus servicios, etc. La reducción de la «exclusión cultural»²⁵ de grupos sociales y la defensa del concepto de «libertad cultural –que incorpora el informe PNUD 2004– como elemento de defensa de los derechos culturales, aportan la base para unas políticas más integradoras que inciden en lo que podríamos denominar precondiciones básicas para el desarrollo.

Otros intangibles de la cultura, junto a la educación, fomentan competencias que pueden beneficiar la vida colectiva e inciden en sectores con gran potencial para integrarse en procesos de desarrollo. La importancia de la creatividad, la búsqueda de la calidad y la excelencia de la cultura tienen una influencia en los procesos de innovación como factor de aprovechamiento de las posibilidades de un contexto determinado. Estas contribuciones al desarrollo son de difícil cálculo y medición por su propia configuración, pero tienen una gran importancia que no podemos olvidar ni desvalorizar ante la seducción de otras variables que nos presentan resultados de forma más empírica, aunque últimamente se está avanzando mucho en la evaluación de estos elementos cualitativos.

Dentro de una gran variedad podemos concretar algunos de los impactos citados que han de incorporarse a planteamientos más amplios:

- Capacidad de fomentar la participación política.
- Aportes de la cultura a la cohesión social, interacción comunitaria, sentido de pertenencia, ciudadanía cultural, etcétera.
- Incidencia de la cultura en las dinámicas de gobernanza y reforzamiento institucional.
- Creación de espacios comunicativos libres y accesibles.
- Incidencia en la consolidación de relaciones de confianza mutua, interna y externa.

²⁵ Algunos autores mantienen que la exclusión cultural tiene consecuencias más negativas a largo plazo ya que las políticas de recuperación son más difíciles, como podemos observar en comunidades culturales con un alto nivel de exclusión social y económica, pero la conservación de una vida cultural rica les permite afrontar procesos de desarrollo con más dignidad.

- Incidencia de la vida cultural en el bienestar y la calidad de vida.
- Condiciones para crear seguridad cultural.
- Vivencias y recuperación de espacio público.
- Contribución a la imagen externa de la cultura o el país.

3. *La cultura como dimensión e impacto socio económico.* En este campo se ha avanzado mucho en los últimos años y estamos en un verdadero proceso de transformación muy importante. Estos impactos se pueden analizar a partir de los estudios e investigaciones sobre la economía de la cultura y el análisis del sector cultural, como un «clúster», o las metodologías de desagregación de la cultura como «cuenta satélite»²⁶, como nuevas formas de valorar el aporte del sector cultural en el crecimiento económico. Estas aportaciones se han formado desde diferentes disciplinas y metodologías presentando resultados muy explícitos sobre el peso de la cultura como sector económico y social²⁷. Los datos disponibles sobre la participación de la cultura en el PIB de cada país, de acuerdo con diferentes indicadores y en consonancia con las fuentes de información disponibles, evidencian la necesidad de tomar en consideración este sector en el conjunto del desarrollo, a pesar de la precariedad de algunos estudios más detallados y de la necesidad de estructuración de sistemas de estudio más homogéneos y comparables.

Es evidente que el mantenimiento y fomento de este sector cultural alrededor de la creación, producción y difusión de bienes culturales tiene una gran incidencia, por su valor simbólico, pero también como un factor de crecimiento eco-

²⁶ Metodología fomentada por NNUU, Banco Mundial, OECD, EUROSTAT y FMI que permite elaborar cuentas que miden la actividad económica de un sector a través de la medición del PIB con un conjunto de variables que dan cuenta de diferentes aspectos de su impacto en la economía nacional.

²⁷ En este sentido, pueden destacar los estudios de diferentes programas de la UE, el Banco Interamericano de Desarrollo y algunos ministerios de cultura de diferentes países. Pero destaca el excelente y continuado trabajo del Convenio Andrés Bello a través de su línea de investigación «Economía y Cultura en Latinoamérica» hasta el año 2009.

nómico²⁸. Las empresas e industrias culturales pueden aportar un dinamismo muy importante en algunos países a partir de la autonomía y gestión de la propia creatividad. En este sentido algunos programas de ayuda al sector cinematográfico, editorial, musical y discográfico, diseño, moda, etc., nos presentan resultados muy significativos.

Actividades con un fuerte impacto en economías locales y capaces de creación de un empleo, predominantemente y bastante estable, con unas características muy determinadas. Como refleja Greffe (1999)²⁹ la valoración del empleo cultural requiere considerar el que se refleja de las propias actividades culturales, pero se ha de añadir el empleo no-cultural en las actividades culturales y el empleo cultural en las actividades no culturales. Lo que expresa sus propias dificultades de cuantificación pero evidencian los impactos que la vida cultural puede aportar a las dinámicas de desarrollo y crecimiento económico en la sociedad contemporánea si se puede aprovechar todo su potencial.

En este sentido podemos apreciar:

- Contribución de la cultura al crecimiento económico y contribución al PIB.
- Creación de empleo: directo e indirecto.
- Profesionalización de la actividad creadora.
- Creación de empresas e industrias culturales.
- Sistemas de producción de bienes y servicios culturales.
- Gestión de la propiedad intelectual.
- Presencia de los productos culturales en los mercados internacionales³⁰.
- Impactos en la economía local de la actividad cultural.

²⁸ Como se puede observar por la atención que mantienen los países del Norte en las negociaciones de la OMC y la incorporación en los tratados de libre comercio, donde se aplican posiciones muy dominantes y abusivas que pueden impedir el proceso de rentabilización de la potencialidad cultural de los países del sur.

²⁹ X. Greffe, *L'emploi culturel à l'âge du numérique*, Anthropos, París, 1999.

³⁰ Como recomienda la Conferencia de Monterrey de 2002.

4. *La cultura como plusvalía al desarrollo de otros sectores o impactos indirectos.* La vida cultural, en sus diferentes dimensiones y prácticas, incide en un gran número de impactos indirectos en otras actividades que conceden un valor a lo cultural y les permite el desarrollo de sectores colindantes muy claros. En la actualidad, uno de los aspectos más evidentes y significativos puede apreciarse en la importancia de la cultura en el desarrollo y el crecimiento de una industria turística propia en los países socios de la cooperación. No solamente en lo que se ha denominado turismo cultural, sino en la conversión de diferentes valores patrimoniales de una cultura (museos, yacimientos, restos arqueológicos, arquitectura, folclore, fiestas, medio ambiente, etc.) en destinos turísticos que completan la oferta de esta industria. De la misma forma se podría considerar la atracción de visitantes a ciudades con alto componente cultural, el comercio, la rehabilitación urbanística, la creación de equipamientos locales... Impactos que no serían posibles sin unas políticas culturales públicas de apoyo a la restauración y mantenimiento del patrimonio cultural en una visión amplia e integral y una oferta cultural estable. Como en otras actividades, es muy importante el impacto de gasto público o, mejor dicho, de la inversión pública en cultura como dinamizador de desarrollo, que evidencia el desenfoque de muchos análisis que consideran los presupuestos públicos en cultura como algo superfluo o prescindible.

En este sentido los estudios económicos y estadísticos aplicados de las tablas *input-output*³¹ aplicadas a sectores, también pueden utilizarse para evidenciar los impactos de la actividad cultural en otros sectores. En este campo se han hecho estudios sobre los impactos de festivales, carnavales, fiestas, equipamientos culturales en otros sectores como: transporte, manufactura, servicios técnicos, hostelería, restaurantes, alimentación, etc.; los cuales tienen unos efectos muy importantes poco valorados y que no se relacionan con la actividad cultural, aunque sea ella la promotora de estos impactos.

³¹ Aportaciones del economista Wassily Leontief, Premio Nobel de Economía en 1973.

También podemos evidenciar los efectos indirectos de la cultura en su aporte a la creación de ambientes de seguridad ciudadana y recuperación y uso del espacio público con la ubicación de equipamientos y programaciones culturales en barrios antiguos degradados o en zonas marginales o abandonadas.

Un largo campo de estudio y detalle que se intuye pero pocas veces se incorporan estos resultados como un impacto tangible y complementario de la vida cultural.

A modo de conclusión, resaltamos los grandes avances en valorar las prestaciones de todo tipo que puede incorporar la vida cultural, pero es necesaria una mayor capacidad de formulación detallada y de formalización de los resultados e impactos. Entre las debilidades para sostener los aportes de la cultura al desarrollo destaca la poca importancia que se le da a la dimensión cultural, la falta de inclusión de estos objetivos y de sus indicadores de evaluación. Todo un trabajo metodológico que generaría una mayor confianza en que la inversión en cultura puede combinar perfectamente todos los aspectos intangibles de la vida cultural con el merecido reconocimiento de su aporte al crecimiento y creación de bienestar.

IV. ¿ES EFICAZ LA COOPERACIÓN CULTURAL AL DESARROLLO?

La preocupación de los organismos multilaterales y las agencias de los países donantes por los pocos logros de las grandes inversiones en cooperación al desarrollo, suscita una constante preocupación por la eficacia de estas políticas. Principalmente, por la gran dificultad que tiene la comunidad internacional en avanzar en la erradicación de la pobreza a partir del seguimiento anual de los avances de los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

En estas inquietudes también se encuentran las organizaciones que trabajan con más prioridad en las relaciones entre cultura y desarrollo en diferentes dimensiones (sectoriales o transversales).

Hemos de resaltar los pocos estudios especializados sobre la eficacia y los resultados de la cooperación al desarrollo en cultura; no obstante, han avanzado mucho en los últimos años. Una de las dificulta-

des más importantes se detecta en la poca formalización metodológica en los procesos de identificación y, principalmente, en la formulación de proyectos, planes o programas culturales de acuerdo con un estándar de indicadores culturales. Todo ello nos evidencia la necesidad de más inversión en investigación e instrumentos metodológicos para los actores de la cooperación para presentar y producir datos que nos permitan evaluar el impacto de la cultura en el desarrollo

Los códigos del CAD-OCDE en este campo tampoco ayudan a este proceso de situar la cultura en un campo de indicadores actuales y explícitos, sin perderse en otras direcciones o en generalizaciones excesivas. En este sentido, la UNESCO está trabajando en ello y los investigadores en el campo de la cultura y desarrollo cada vez somos más conscientes de ello y esto se está convirtiendo en una prioridad en nuestras líneas de estudio.

La preocupación por la eficacia de la ayuda es una preocupación general³² que se va introduciendo con mucha intensidad y se concreta de forma muy explícita en la conocida Declaración de París³³ que se ha incorporado como punto de referencia para las agencias nacionales e internacionales.

Esta declaración introduce algunos conceptos muy interesantes desde la perspectiva de la cultura y el desarrollo.

En primer lugar, el compromiso de apropiación tiene un especial significado para la cooperación al desarrollo en cultura. En su propia dinámica y constitución los proyectos de cultura y desarrollo no se pueden de realizar si no es desde la propia población de los países socios, ya que es imposible intervenir a partir posiciones externas. La apropiación es una condición imprescindible para la mayoría de implementaciones en el campo del desarrollo. Por esta razón el desarrollo de capacidades de los propios actores de la vida cultural, en sus diferentes ámbitos y dimensiones, se configura como un primer nivel del proceso de desarrollo y una fase para la apropiación. Entendemos que la cooperación en el campo de la cul-

³² *Conferencia Internacional sobre Financiamiento para el Desarrollo*, Monterrey, 2002.

³³ Foro de Alto Nivel, *Declaración de París sobre la Eficacia de la Ayuda al Desarrollo*, París, 2005.

tura puede dinamizar procesos de aprendizaje de dinámicas de apropiación de gran importancia para la transferencia en otros ámbitos de la cooperación al desarrollo.

De la misma forma, la mutua responsabilidad es un compromiso que puede ejercer con facilidad desde los ámbitos de intervención de la cultura y promover colaboraciones con otros ámbitos a partir de una posible transversalidad de la cultura en otros sectores.

La propuesta de un mayor rigor en la gestión orientada a los resultados, como ya hemos mantenidos en otros apartados de este texto, es una exigencia imperiosa para el sector cultural, que a sus objetivos específicos en el campo de la cultura ha de incorporar con más intensidad las exigencias de eficacia e impactos en el campo del desarrollo, ya sean fruto de acciones transversales u horizontales como de implementaciones directas de la actividad cultural.

V. ¿LA CULTURA ES SÓLO UNA PRIORIDAD TRANSVERSAL DEL DESARROLLO?

En un trabajo de 1998 Amartya Sen³⁴ advertía: «Los especialistas del desarrollo, más preocupados por alimentar a los hambrientos y por eliminar la pobreza, se irritan a menudo ante un interés por la cultura que les parece prematuro en un mundo donde las privaciones materiales son todavía numerosas».

A lo largo de muchas décadas cuando se ha tratado la cultura en el marco del desarrollo no se negaba esta relación sino que se orientaba hacia una concepción que la cultura era una dimensión transversal y presente en diferentes ámbitos de la cooperación al desarrollo. Esta posición responde a unos razonamientos muy claros y aceptables en algunos aspectos de la cultura (pero no en todos), por lo cual hemos de aceptar esta horizontalidad de la cultura que incide en diferentes ámbitos y campos de la cooperación al desarrollo.

La transversalidad requiere un planteamiento conceptual, práctico y ejecutivo muy específico que acepta la complejidad de cual-

³⁴ Citado en J. A. Alonso, «Cultura y desarrollo: bases de un encuentro obligado», *Revista de Occidente* 35, abril de 2009, Madrid.

quier política o proyecto, incorporando otras dimensiones para encontrar una orientación determinada capaz de integrar, en igualdad de condiciones, otras visiones a las de la simple especialidad.

Ha de existir un diálogo y una comprensión mutua para incorporar una dimensión transversal a otra más específica. Esta interacción ha de permitir conocer en profundidad los problemas o necesidades en los cuales se quiere actuar, a partir de un proceso de identificación que incorpore la dimensión cultural, o los aspectos culturales que inciden en la raíz del problema donde se pretende intervenir.

A este fin, los redactores de planes, políticas o proyectos han de dotarse de equipos pluridisciplinares que aporten, desde diferentes perspectivas, sus dimensiones y encuentren las sinergias para conseguir definir objetivos integradores de los diferentes ámbitos o sectores de la cooperación.

En este sentido, la cultura podría incorporarse a la cooperación al desarrollo como una prioridad y contenido horizontal que incide en otros ámbitos, de la misma forma que derechos humanos, género o medio ambiente aportan a esta acción su visión y complementariedad.

A pesar de los enunciados de la importancia de la transversalidad de la cultura en el desarrollo no disponemos de muchas buenas prácticas que aporten conocimiento sobre esta forma de actuar y es necesario establecer protocolos y método de trabajo para este fin, los cuales requieren un cambio de mentalidad en las organizaciones que tienden a la departamentalización por ámbitos (educación, sanidad, género, gobernanza, etc.). Existe el peligro de que la transversalidad solo sea una justificación ante la incapacidad de apreciar los factores culturales o para no tener en cuenta esta dimensión horizontal. La transversalidad es un gran reto de futuro para los actores de la cooperación al desarrollo y un campo de experimentación muy importante.

A continuación presentamos algunas consideraciones sobre la cultura como eje transversal al desarrollo. En primer lugar aceptar, en toda su dimensión, una visión amplia de cultura que incorpora aportaciones de diferentes disciplinas y el avance de los estudios culturales, en especial interés las investigaciones sobre el sector cultural, el impacto de la cultura en el PIB y los análisis de la cultura como variable de otros sectores.

De la misma forma se han de considerar las aportaciones más políticas y sociológicas sobre la importancia de la cultura en la configuración de una ciudadanía, en los sistemas de regulación política y en el fomento de la cohesión social y estructuración de la vida colectiva y ciudadana. Sin olvidar la influencia de las capacidades creativas en la vida social, las aportaciones de la expresividad artística y sus contribuciones a la construcción simbólica de la vida colectiva. Una visión amplia de la cultura como potencial de aporte a la cultura.

A partir de estas consideraciones hemos de hacer unas reflexiones hacia un cambio de mentalidad:

- Por un lado, el sector cultural ha de transformar sus argumentaciones y funciones de acuerdo con una línea de orientación de su trabajo (tanto en aspectos sociales como artísticos) con una mayor intencionalidad hacia los aportes que la acción cultural puede aportar al desarrollo. Un cambio de mentalidad más cercano al compromiso social y comunitario del que ya hay antecedentes en muchas experiencias en diferentes países.
- En otro sentido, las estructuras y organizaciones orientadas a la cooperación al desarrollo han de encontrar la forma de incorporar la transversalidad y horizontalidad de otros ámbitos a los proyectos de desarrollo, integrando acciones y objetivos culturales que nos son a corto y medio plazo sino a más perspectiva como también incorporan en la educación y otros campos. Relacionar la cultura y la dinámica de desarrollo ante problemas y necesidades muy específicas y que reclaman urgencia, requiere la incorporación de variables metodológicas nuevas a las utilizadas hasta el momento. Las demandas por una mayor eficacia de la ayuda³⁵ requieren esfuerzos en el fomento de capacidades institucionales, fomento de compromisos y procesos de apropiación donde la educación y la cultura aportan espacios de experiencia transferibles a otros ámbitos.
- La cultura requiere la participación activa de la comunidad cultural de referencia que ha de asumir un protagonismo esen-

³⁵ Que incorpora la citada *Declaración de París sobre la eficacia de la ayuda al desarrollo* y la *Declaración de Accra del año 2008*.

- cial y la capacidad de respeto y sensibilidad de la ayuda para encontrar un buen acoplamiento a sus propios procesos y decisiones.
- Es necesario disponer de recursos humanos capacitados técnicamente más allá de sus opiniones personales sobre la cultura.
 - Se deben establecer protocolos de trabajo que incorporen en el diseño y elaboración de políticas planes y proyectos las formas de trabajar la transversalidad de la cultura y que ayude a la formulación.
 - Es preciso disponer de material que oriente a la identificación de los posibles impactos y aportaciones de la cultura a los proyectos de cooperación.
 - Se debe construir a partir de las contribuciones de los propios países socios y de sus interlocutores con participación de los agentes culturales de sus comunidades y países (apropiación).
 - Es necesario disponer de indicadores específicos que ayuden a la formulación de objetivos como a los procesos de evaluación y verificación posterior.

La prioridad horizontal no excluye otras formas de incorporación de la cultura en la cooperación al desarrollo. Igual que en otros ámbitos (educación, gobernanza, género, derechos humanos...) es necesario establecer estrategias propias para canalizar el potencial de la cultura o la prioridad política que en un momento dado se quiera incorporar. No podemos olvidar que la cultura tiene un análisis como sector específico con unas características económicas (empleo, comercio, mercado, etc.) que también se ha de considerar con impactos más tangibles al desarrollo, como ya hemos visto anteriormente.

De la misma forma, la cultura, más allá de la transversalidad, tiene unos impactos intangibles en la vida social como aporte de formas de vida, valores, tradiciones, expresiones de la identidad, memorias colectivas, etc., que constituyen los rasgos de una comunidad o sociedad, elementos imprescindibles para la creación de ciudadanía, cohesión social y aporte a la construcción política de un país.

La cultura en la cooperación al desarrollo ha de incluir estas diversas vertientes que tienen grandes confluencias, pero también diferen-

cias, principalmente por la forma de incorporarlas a la definición de planes y políticas de desarrollo.

No es un camino fácil; desde el año 2000, en el que se aprobó la Declaración del Milenio, hasta 2010 las cosas han avanzado mucho y está más claro cómo ha de llevarse a cabo este proceso. Hemos de seguir trabajando para emplazar la cultura en el desarrollo en el espacio y la función que puede ejercer.

Para todo esto la retórica ya no nos sirve; nuestro contexto reclama más claridad, eficacia y rigor. Los implicados en estos procesos hemos de comprometernos para alcanzar los objetivos de esta generación que es la reducción del hambre y la pobreza.

2. DESARROLLO Y CULTURA O LA GLOBALIZACIÓN DESDE ABAJO

JESÚS MARTÍN-BARBERO

I. CUANDO EL DESARROLLO HACE PARTE DE LA GLOBALIZACIÓN

En la velocidad y brutalidad de sus movimientos, la globalización hace cada día más visibles los rasgos societarios del cambio que atravesamos. Cambio que nos está llevando de una *sociedad integral*, esto es que buscaba integrar en ella al conjunto de la población, a todos, aun cuando fuera *para explotarlos*, pues eso implicaba hacerles trabajadores, proporcionarles un trabajo, sin lo cual no había manera de expropiar su plusvalía. Así se veía a sí misma la sociedad occidental hasta la caída del Muro de Berlín, acontecimiento que marca la desaparición del mundo y del horizonte socialista y la aceleración de una globalización que propone un nuevo modelo de sociedad: la sociedad de mercado neoliberal. Estamos así ante una *sociedad dual –de integrados y excluidos–* en la que el mercado pone las lógicas, y mueve las claves de la conexión/desconexión, inclusión/exclusión, social¹. Si la sociedad *integral* se caracterizaba por ser eminentemente salarial, industrial, regulada, conflictiva y negociadora, la sociedad *dual* puede caracterizarse como terciaria, informatizada, desregulada, menos conflictiva y muchísimo menos negociadora. Es la sociedad que Margaret Thatcher fue la primera en legitimar, después de ganar la larga batalla contra los sindicatos mineros, al afirmar que dos tercios de la sociedad inglesa podrían seguir llevando una vida digna de ingleses sólo si el otro tercio queda-

¹ M. Chossudovsky, *Globalización de la pobreza y nuevo orden mundial*, UNAM/Siglo XXI, Ciudad de México, 2002; M. Svampa (ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos, Buenos Aires, 2000; M. López Maya (ed.), *Lucha popular, democracia y neoliberalismo*, Nueva Sociedad, Caracas, 1999.

ba fuera. Lo que para América Latina está ya significando que nuestra sociedad debe excluir dos tercios para que el otro tercio lleve una vida digna de humanos. Y una sociedad estructuralmente fracturada por el divorcio entre Estado y sociedad que se hace cada día más fuerte y visible, pues el Estado está hoy mucho más moldeado por las reglas de juego del Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio y el Banco Mundial, que por las demandas de la propia sociedad. En América Latina nos queda así un Estado reducido en su capacidad de decisión, medio impotente e incoherente. Y ello frente a una sociedad que se degrada día a día en términos de crecimiento de la exclusión y la desigualdad. Pues aunque el divorcio entre Estado y sociedad no es un problema sólo latinoamericano, en estos países se agrava porque se trata de un divorcio viejo que ha venido ahondándose y tornando *ingobernables* a buena parte de nuestros países, con lo que el autoritarismo, la vuelta del caudillismo y el populismo se ven ampliamente legitimados. Estos procesos nos exigen ubicar mínimamente lo que *el desarrollo* ha significado en América Latina, mucho antes del reintegro contemporáneo de esa categoría y ya no sólo para los países *subdesarrollados* sino al mundo entero.

Entre los años cincuenta y sesenta se gesta una concepción de desarrollo que, por un lado contiene una significación puramente económica —las propias Naciones Unidas lo definieron como «crecimiento económico»— pero por otro lado desarrollo se convirtió en un nuevo entorno cognitivo y social desde el que se redefinía la política, se reinterpretaba el pasado y se diseñaba el futuro. «Parecía imposible conceptualizar la realidad social en otros términos (...), con lo que la realidad era colonizada por el discurso»², anulando así la distancia indispensable para ver lo que en el desarrollo había de proceso real. Y, como lo planteó Paulo Freire, el discurso del desarrollo se transformó en la mirada desde la que los habitantes de los países del entonces llamado tercer mundo se vieron a sí mismos subdesarrollados y fueron uniformados sin el menor respeto por la densidad cultural y el espesor político de sus diferencias: el desarrollo

² A. Escobar, *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*, ICAN/CEREC, Bogotá, 1999, pp. 35-36.

significaba la transformación de nuestras tradicionales sociedades en sociedades «modernas» dejando por fuera sus mundos de vida y sus diferencias culturales al ser tachadas de irracionales, de supersticiones. El modelo desarrollista de modernización que se aplica durante los años sesenta y setenta no supo ni pudo percibir, y aún menos valorar, la diversidad de sociedades y culturas desde las que estos países buscaban hacerse modernos.

Y bien, la manera como opera en buena medida hoy el discurso de la globalización no hace sino reforzar aquella colonización del pensamiento y de la acción política que comenzó con el proceso de la modernización desarrollista: tampoco ahora parece posible la sociedad en su conjunto sino solamente en cuanto objeto de la acción globalizadora que está pasado a impregnar tanto nuestras categorías mentales como los proyectos políticos posibles. Apoyada en sus dimensiones tecno-económicas la globalización pone en marcha un proceso de interconexión a nivel mundial, que conecta todo lo que informacional e instrumentalmente vale –empresas, instituciones, individuos– al mismo tiempo que desconecta todo lo que, no tiene valor para la razón mercantil.

Pero lo nuevo hoy es que ese proceso de inclusión/exclusión a escala planetaria está convirtiendo a la cultura en espacio estratégico de compresión de las tensiones que desgarran y recomponen el «estar juntos», esto es, en lugar de anudamiento de todas sus crisis: políticas económicas, religiosas, étnicas o generacionales. De ahí que sea desde la diversidad cultural de las historias nacionales y los territorios regionales y locales, desde las etnias y otras agrupaciones locales, desde las distintas experiencias y memorias, desde donde, no sólo se resiste, sino se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla. Pues lo que galvaniza hoy a las identidades como motor de lucha es inseparable de la demanda de reconocimiento y de sentido³. Y ni el uno ni el otro son formulables en meros términos económicos o políticos, ya que ellos se hallan referidos al núcleo mismo de la cultura en cuanto *mundo*

³ Charles Taylor y otros, *Multiculturalismo. Lotte per il riconoscimento*, Feltrinelli, Milán, 1998; véase también Nancy Fraser, «Redistribución y reconocimiento», en *Justitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición «postsocialista»*, Siglo del Hombre, Bogotá, 1998, pp. 17-54.

del pertenecer a y del compartir con. Pues como lúcidamente ha planteado Castells, la identidad se constituye hoy en la fuerza con más capacidad de introducir contradicciones en la hegemonía de la razón instrumental.

Esa cuestión es crucial, pues o las construcciones identitarias son asumidas como dimensiones claves para los modelos y procesos del desarrollo de los pueblos o ellas tenderán a atrincherarse colocándose en una posición de antimodernidad a ultranza, con el consiguiente reflotamiento de los particularismos étnicos y raciales. Si lo que constituye el verdadero sentido y fuerza del desarrollo es *la capacidad de las sociedades de actuar sobre sí mismas y modificar el curso de los acontecimientos y los procesos*, la forma globalizada que hoy asume la modernización choca y exacerba las identidades generando tendencias fundamentalistas. Y sólo se podrán enfrentar esos fundamentalismos desde una nueva conciencia de identidad cultural «no estática ni dogmática, que asuma su continúa transformación y su historicidad como parte de la construcción de una modernidad sustantiva»⁴, esto es, de una nueva concepción que supere la racionalidad puramente instrumental a la vez que revalorice su impulso hacia la universalidad como contrapeso a los particularismos y los guetos culturales.

Pero ese nuevo horizonte conceptual y político exige un cambio radical en la nueva concepción de desarrollo para que quepan en él los muy diferentes modos y ritmos de inserción de las poblaciones, sus sociedades y sus culturas. Pues las lógicas de la globalización tienden ahora también a deslegitimar las tradiciones y las costumbres desde las que, hasta hace bien poco, nuestra sociedades elaboraban sus «contextos de confianza»⁵. Y es ahí que arraigan algunas de nuestras más secretas y enconadas violencias. Pues las gentes pueden con cierta facilidad asimilar los instrumentos técnicos pero sólo muy lenta y dolorosamente pueden recomponer su sistema de valores, de normas éticas y participación ciudadana.

⁴ Fernando Calderón y otros, *Esa esquiva modernidad: desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*, Nueva Sociedad, Caracas, 1996, p. 34. Son clave en esa línea los aportes de A. Touraine en *Critique de la modernité*, Fayard, París, 1992.

⁵ J. J. Brunner, *Bienvenidos a la modernidad*, Planeta, Santiago, 1994, p. 37.

En esa redefinición del sentido del desarrollo, la cultura y la comunicación dejan de ser únicamente objetos de políticas pues aparecen como verdaderas dimensiones constitutivas del campo de la política: el estratégico escenario que le exige a la política densificar su dimensión simbólica, su capacidad de convocar y construir ciudadanos, para enfrentar la erosión que sufre el orden colectivo. Ahí apuntan las culturales ciudadanías, esto es, la creciente presencia en nuestras sociedades de estrategias tanto de exclusión y empoderamiento, ejercidas *en* y *desde* el ámbito de la cultura. Estas últimas no inscriben solamente las «políticas de identidad» dentro de una política de emancipación humana sino que replantean a fondo el sentido mismo de la política, postulando el surgimiento de un nuevo tipo de sujeto político. Ese tipo de sujeto se dejó entrever desde que el feminismo subvirtiera el machismo de las propias izquierdas con su declaración de «lo personal es político», incorporado en el mismo movimiento el sentimiento de daño sufrido y el de reconocimiento y empoderamiento.

Frente a la ciudadanía de «los modernos» que se pensaba y se ejercía por encima de las identidades de género, de etnia, de raza o de edad, la democracia que encarnaría el nuevo sentido que ahora tiene el desarrollo es aquella *que se haga efectivamente cargo de los derechos culturales* en tanto derechos sociales y políticos. Pues la democracia se convierte en verdadero escenario de la emancipación social y política cuando la ciudadanía es capaz de implicar tanto la tensión entre nuestra identidad como individuos y como ciudadanos como la que hay entre diferencia cultural y desigualdad social. Saldremos así de la ilusoria búsqueda de una reabsorción de la alteridad en el todo unificado de la nación, el partido o la religión, pasando al primer plano los *derechos de ciudadanía* de las diversas comunidades culturales que conforman una nación, y ello movilizando *el nuevo valor de la diferencia* que ahora articula la universalidad humana de los derechos a las particularidades de los muy diversos modos de expresión.

Lo que los nuevos movimientos sociales y las minorías –etnias y razas, mujeres, jóvenes, los homosexuales– demandan hoy no es tanto ser representados partidariamente sino reconocidos ciudadanamente: *hacerse visibles socialmente en su diferencia*. Lo que da lugar a un modo nuevo de ejercer políticamente los derechos y una

nueva visibilidad social de la política⁶ que cataliza el desplazamiento del discurso doctrinario a una discursividad abierta a ciertos tipos de interacciones e intercambios con los diversos actores sociales. De ello es evidencia la proliferación creciente de observatorios y veedurías ciudadanas. Y bien significativa que resulta esta cercanía que no es sólo fonética sino una articulación semántica entre la visibilidad de lo social que posibilita la constitutiva presencia de las imágenes en la vida pública y las veedurías como forma actual de fiscalización e intervención de los ciudadanos.

En la gestación de esas nuevas figuras de participación ciudadana juega un papel estratégico «la imaginación social», tal como es definida por A. Appadurai, pues la imaginación ha dejado de ser un asunto del genio individual, un mero modo de escape a la inercia de la vida cotidiana o una posibilidad estética, para convertirse en una facultad de la gente del común que le permite pensar en emigrar, en resistir a la violencia estatal o en buscar reparación social, en diseñar nuevos modos de asociación, nuevas colaboraciones cívicas que cada vez más trascienden las fronteras nacionales. Appadurai escribe textualmente: «Si es a través de la imaginación que hoy el capitalismo disciplina y controla a los ciudadanos contemporáneos, sobre todo a través de los medios de comunicación, es también la imaginación la facultad a través de la cual emergen nuevos patrones colectivos de disenso, de desafección y cuestionamiento de los patrones impuestos a la vida cotidiana. A través de la cual vemos emerger formas sociales nuevas, no predatorias como las del capital, formas constructoras de nuevas convivencias humanas»⁷. Pensar políticamente esas nuevas formas constituye un desafío colosal para unas ciencias sociales que siguen todavía siendo monoteístas al suponer que hay un principio organizador y compresivo de todas dimensiones y procesos de la historia. Lo que se convierte para Appadurai en la exigencia de construir, pero a escala del mundo, una globalización desde abajo, y ¿no sería ese el nombre que sintetiza el nuevo sentido del desarrollo hoy?

⁶ G. Rey, *Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas*, CEREC Fundación Social, FESCOL, Bogotá, 1998.

⁷ Arjun Appadurai, «Grassroots Globalization and the Research Imagination», *Public Culture* 30, Duke University Press, 2000, p. 7.

II. CUANDO LA INFORMACIÓN DIGITAL TRANSFORMA LAS RELACIONES ENTRE COMUNICACIÓN Y CULTURA

Las relaciones entre cultura y comunicación cambian cuando algunas de las transformaciones culturales más decisivas que estamos viviendo provienen de las mutaciones que atraviesa el entramado tecnológico de la información y la comunicación, mutaciones que, al afectar la percepción que las comunidades culturales tienen de sí mismas, de sus modos de construir las identidades, adquieren envergadura y temporalidad antropológicas. La actual reconfiguración de nuestras culturas nacionales, indígenas o locales, responde hoy especialmente a la intensificación de la comunicación e interacción de esas comunidades con las otras culturas del país y del mundo. Un proceso que transforma la tradicional lucha por la tierra en la nueva lucha por el Estado. Desde dentro de las comunidades los actuales procesos de comunicación son percibidos a la vez como otra forma de amenaza a la supervivencia de sus culturas –la larga y densa experiencia de las trampas a través de las cuales han sido dominadas carga de recelo cualquier exposición al otro– pero al mismo tiempo la comunicación es vivida por las comunidades rurales o urbanas como la posibilidad de romper la exclusión, como experiencia de interacción que si comporta riesgos también abre nuevas figuras de futuro. Lo que está conduciendo a que la dinámica de las propias comunidades tradicionales desborde los marcos de comprensión elaborados por los folcloristas y no pocos antropólogos: hay en esas comunidades menos complacencia nostálgica con las tradiciones y una mayor conciencia de la indispensable reelaboración simbólica que exige la construcción de su propio futuro⁸.

Pero la posibilidad de comprender la envergadura de las actuales transformaciones tecnológicas pasa paradójicamente por la no reducción de los cambios socioculturales a su dimensión tecnológica dejando fuera la especificidad de lo que socialmente se produce, o como si esto fuera mero efecto de lo técnico. Pues lo que la presencia

⁸ A ese respecto véase E. Sánchez Botero, *Justicia y pueblos indígenas de Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional/Unijus, 1998; R. M. Alfaro y otros, *Redes solidarias, culturas y multimedialidad*, Ocic-AL/UCLAP, Quito, 1998; S. Rojo Arias, «La historia, la memoria y la identidad en los comunicados del EZLN», en *Identidades*, número especial de *Debate feminista*, Ciudad de México, 1996.

de las tecnologías de información y comunicación (TIC) está produciendo a lo largo y ancho del mundo no es comprensible, ni proyectable políticamente, más que a partir de una visión integral capaz de ubicar en el entorno de los procesos de desarrollo económico-social, y de las prácticas de participación democrática, los impactos y las potencialidades de esas tecnologías. La «brecha digital» es en realidad una brecha social, esto es, no remite a un mero efecto de la tecnología digital sino a una organización de la sociedad que impide a la mayoría acceder y apropiarse tanto física, como económica y mentalmente, de las TIC⁹. Pero eso no puede impedirnos asumir el hecho de que la información se ha convertido en un nuevo paradigma de organización de la sociedad. Lo que implica que la información constituye hoy el valor agregado por antonomasia, ya sea: incorporada a los productos en su composición material, en su «forma» o en su transformación genética; incorporada a los procesos de producción en la «fábrica flexible» que organizan los flujos informacionales de invención, programación y evaluación, en la circulación de las mercancías y la función del marketing; o convertida ella misma en producto que se halla en la base de la llamada «economía informacional»: el mercado de bienes digitales que enlaza cada día más velozmente la producción con la circulación de conocimiento y de cultura.

Ahora bien la hipervaloración de la información no puede ser apreciada en su justo valor más que conectándola con la devaluación que hoy sufren los saberes tradicionales no informatizables, las formas de trabajo «informales» (o sea que no son o no están informatizadas), las estrategias campesinas de supervivencia, las experiencias de vida en los inmigrantes, la memoria cultural de los ancianos, etc. Y pensando el desarrollo desde ahí es que nuestras sociedades aparecen siendo, más que «sociedad del conocimiento» sociedades del desconocimiento, del no reconocimiento de la pluralidad de saberes y competencias culturales que, siendo compartidas por las mayorías populares o las minorías indígenas o regionales, no están siendo incorporadas como tales ni a los mapas de la sociedad ni siquiera a los de sus sistemas educativos.

⁹ CEPAL, en [<http://www.cepal.cl/publicaciones/DesarrolloProductivo/1/LCG2195Rev1P/lcg2195e2.pdf>].

Hoy la subordinación de los saberes orales y visuales al orden de la letra sufre una erosión creciente e imprevista que se origina en los nuevos modos de producción y circulación de saberes y nuevas escrituras que emergen a través de las nuevas tecnicidades, y especialmente del ordenador e internet. Con raras excepciones, sin embargo nuestras universidades siguen sin darse por enteradas de las estratégicas relaciones entre aquellos saberes y estas tecnologías, del mismo modo que desconocen la complejidad de relaciones que se trenzan hoy entre los cambios del saber en la sociedad del conocimiento y los cambios del trabajo en la sociedad de mercado. Lo que limita su papel analizar tendencias –las que ponen el mercado y el desarrollo tecnológico en la globalización socioeconómica y en la mundialización de la cultura– para ver cómo se adaptan ellas, sin el menor esfuerzo ni proyecto de asumir como tarea propia, estructural y estratégica hoy más que nunca, la de formular y diseñar proyectos sociales, la de pensar alternativas al modelo hegemónico del mercado y de la comunicación.

Todo lo cual coloca en primer plano la relación estructural de la narración con la construcción de las identidades y los derechos culturales: no hay identidad cultural que no sea contada¹⁰. Esa relación entre narratividad y reconocimiento de la identidad se hace preciosamente visible en la polisemia castellana del verbo contar cuando nos referimos a los derechos de las culturas, tanto de las minorías como de los pueblos. Pues para que la pluralidad de las culturas del mundo sea políticamente tenida en cuenta es indispensable que la diversidad de identidades nos pueda ser contada. Narrada en cada uno de los idiomas y al mismo tiempo en el lenguaje multimedia en que hoy se juega el movimiento de las traducciones –de lo oral a lo escrito, a lo audiovisual, a lo informático– y en ese otro aún más complejo y ambiguo: el de las apropiaciones y los mestizajes. En su sentido más denso y desafiante la idea de multiculturalidad apunta ahí: a una interculturalidad en la que las dinámicas de la economía y la cultura-mundo movilizan no sólo la heterogeneidad de los grupos y su readecuación a las pre-

¹⁰ Homi K. Bhabha (ed.), *Nation and narration*, Routledge, Londres, 1977; José Miguel Marinas, «La identidad contada», en *Destinos del relato al fin del milenio*, Archivos de la Filmoteca, Valencia, 1995, pp. 66-73.

siones de lo global sino la coexistencia al interior de una misma sociedad de códigos y relatos muy diversos, conmocionando así la experiencia que hasta ahora teníamos de identidad. Lo que la globalización pone en juego no es sólo una mayor circulación de productos, sino una rearticulación profunda de las relaciones entre culturas y entre países, mediante una descentralización que concentra el poder económico y una desterritorialización que hibrida las culturas.

De otra parte la noción de sociedad de la información se halla lastrada en nuestros países de una fuerte complicidad discursiva con la modernización neoliberal, racionalizadora del mercado como único principio organizador de la sociedad en su conjunto, según el cual, agotado el motor de la lucha de clases, la historia habría encontrado su recambio en los avatares de la información. La centralidad que las tecnologías ocupan en esa concepción de la sociedad resulta desproporcionada y paradójica en países en los que el crecimiento de la desigualdad atomiza las sociedades deteriorando *sus* dispositivos de comunicación, esto es de cohesión social, y «desgastadas las representaciones simbólicas, no logramos hacernos una imagen del país que queremos, y por ende, la política no logra fijar el rumbo de los cambios en marcha»¹¹. De ahí el ensanchamiento de la brecha y la desmoralización colectiva: nuestras gentes pueden asimilar con cierta facilidad las imágenes de la modernización que proponen los cambios tecnológicos pero es a otro ritmo, mucho más lento y doloroso, que pueden recomponer sus sistemas de valores y de normas éticas.

Todo ello implica comprender que donde apunta la llamada sociedad de la información es a las mutaciones sociales que conllevan una «revolución tecnológica» que afecta a lo que entendíamos por mundo. Pues no se trata sólo de lo que le sucede a la parte de la población conectada sino tanto o más a la desconectada ya que, ahondando la vieja división internacional del trabajo o las tradicionales y las modernas desigualdades sociales, el mundo padece hoy la más gigantesca operación de exclusión social, política y cultural de la historia humana. Lo que sociedad de la información significa entonces es algo no pensable en términos de «mera técnica» –instrumen-

¹¹ Norbert Lechner, «América Latina: la visión de los científicos sociales», en *Nueva sociedad* 139, Caracas, 1995, pp. 133 y ss.

tos, máquinas, aparatos– ni tampoco en términos del espacio/tiempo de la sociedad nacional, que ha sido hasta ahora la categoría central de las ciencias sociales.

El primer desafío es de orden cognitivo: estamos ante un nuevo tipo de «tecnicidad» que emborrona los mapas mentales desde los que pensábamos tanto la técnica como la sociedad. Al mismo tiempo que en la comunicación afrontamos una perversión de su sentido proveniente de una creciente oleada de fatalismo tecnológico aliada con el más radical pesimismo político, también asistimos a la emergencia de un tipo de tecnología cuya peculiaridad reside en constituirse en ingrediente estructural de un ecosistema comunicativo, que emerge asociado a una economía nueva en dos sentidos:

- *Un nuevo modo de producir*, inextricablemente asociado a un nuevo modo de comunicar, convierte al conocimiento en una fuerza productiva directa. Entramos así en una sociedad en la que no solamente la materia prima más costosa es la información-conocimiento, sino también aquella en la que el desarrollo socioeconómico pasa a estar estrechamente ligado a la *innovación* tanto del lado que nombra la competitividad empresarial como aquel otro nombra la creatividad social.
- *Una nueva economía cognitiva* resultado del desplazamiento del *número* que, de signo del dominio sobre la naturaleza, está pasando a convertirse en mediador universal del saber y del operar técnico/estético, lo que viene a significar la primacía de lo sensorio/simbólico sobre lo sensorio motriz. La numerización digital hace posible una nueva forma de interacción entre la abstracción y lo sensible, replanteando por completo las fronteras entre arte y ciencia.

El derecho a la información y la comunicación, ingrediente estructural del desarrollo político y cultural, despliega ahora su más ancha complejidad pues incluye no sólo el derecho a un flujo equilibrado de información entre regiones del mundo y entre países de una misma región, como lo postuló la UNESCO desde el año 1980 en el «Informe MacBride», sino también otros dos: el derecho de los ciudadanos y los grupos sociales no sólo al acceso a la información como

receptores sino también a su producción como informadores; y el derecho de los ciudadanos y los países a condiciones básicas para su participación en la generación de conocimiento e innovación.

Estos derechos, y especialmente el tercero, se enfrentan hoy al perverso proceso que convierte el conocimiento en tecnociencia¹² impulsando una creciente hiperespecialización de los saberes y haciendo de la investigación científica un ingrediente altamente estratégico del complejo tecnoindustrial: desde el estudio del genoma humano hasta la producción de transgénicos, la investigación moviliza hoy gigantescos capitales de empresas globales que alientan la complicidad entre investigación científica y operación comercial. El derecho de los ciudadanos a la comunicación pública del conocimiento se torna aún más decisivo en las nuevas condiciones de hegemonía tecnológica del saber y de las presiones mercantiles sobre el proceso mismo de su producción y circulación. Lo que se busca salvaguardar es, al mismo tiempo, el derecho a que la sociedad pueda seguir contando con ese otro conocimiento que proviene de los saberes de experiencia social, y el derecho a que todo lo que concierne a las opciones y decisiones sobre desarrollo e inversión en investigación científica y tecnológica pueda ser objeto de información y debate públicos.

Lo que agrava la situación de subdesarrollo político en que se hallan los derechos humanos que conciernen a la comunicación, esto es a la información y el conocimiento, es la conciencia creciente del valor de la diferencia y la diversidad, tanto en el plano de las civilizaciones y las culturas étnicas, como en el de de las culturas locales y de género. Al mismo tiempo estamos ante un poderoso movimiento de uniformación de los imaginarios cotidianos en las modas del vestir y los gustos musicales, en los modelos de cuerpo y las expectativas de éxito social, en las narrativas con mayor público en el cine y la televisión y el videojuego, etc. Esa tensión produce creatividad social en la medida en que las lógicas del mercado no aplasten en los ciudadanos la capacidad de diferenciar entre lo valioso

¹² J. Echeverría, *Los señores del aire, Telépolis y el Tercer entorno*, Destino, Barcelona, 1999; *Ciencia y valores*, Destino, Barcelona, 2002; W. Mignolo (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento*, Duke University / Ed. del Signo, Buenos Aires, 2001; D. Lecourt, *Humain, posthumain. La technique et la vie*, PUF, París, 2003.

culturalmente y lo exitoso comercialmente. No se trata de oponer sino de diferenciar, ya que en lo comercial pueden encontrarse productos culturalmente valiosos, y viceversa: algunas de las mejores creaciones cinematográficas o musicales han resultado a la vez producciones comercialmente exitosas. El eje de este debate crucial pasa por la profunda relación entre la *defensa* de la diversidad cultural de las comunidades, ya sean civilizaciones, etnias o culturas locales, y la *conciencia ciudadana* del derecho a la diferencia en la vida cotidiana. La viabilidad social de ambas se halla en unos *marcos regulatorios de alcance a la vez mundial y local*, que son los dos espacios estratégicos en que se mueve hoy tanto la economía como la cultura. Marcos regulatorios que sólo podrán salir de una *negociación* entre los actores públicos, privados e independientes, tanto del ámbito nacional como internacional y local. Pues como lo demuestran los Foros mundiales de Davos y Porto Alegre, y especialmente las reuniones preparatorias de la Cumbre MSI, esos actores cuentan hoy con organismos, organizaciones y asociaciones capaces de representar los diferentes intereses en juego.

Adquiere entonces pleno sentido la definición de *desarrollo humano* que nos proporciona el Informe del PNUD de 2004: «Se trata sobre todo de ampliar las opciones de la gente, es decir, permitir que las personas elijan el tipo de vida que quieren llevar, pero también de brindarle tanto las herramientas como las oportunidades para que puedan tomar tal decisión»¹³. Y un poco más adelante se reafirma «Cultura, tradición y autenticidad no son sinónimos de libertad cultural. La libertad cultural consiste en ampliar las opciones y no en preservar valores ni prácticas como un fin en sí»¹⁴. A lo que nos avoca esa nueva concepción del desarrollo es a la puesta en marcha de unas políticas culturales de la diversidad en el ámbito de lo nacional cuyo objetivo no sea sólo conservar nuestras culturas convirtiéndolas en *reserva* de mitos, de tejidos y sonidos sino *innovar* en base a sus saberes y diseños. Y, en segundo lugar, la diversidad remite a la diversificación de los actores culturales. Pues ni lo

¹³ PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 2004: la libertad cultural en el mundo diverso de hoy*, Ediciones Mundi Prensa, 2004.

¹⁴ *Ibid.*, p. 14.

público se identifica ya con lo estatal, ni lo estatal puede seguir ignorando lo ciudadano. El ámbito de lo cultural vive un fuerte estallido: estatalizado y centralizado durante años hoy alientan en él las mil iniciativas provenientes del cada día más heterogéneo espacio público. Lo que la diversidad nombra entonces es el protagonismo de los ciudadanos, de sus comunidades territoriales, desde el ámbito más local al nacional, posibilitando que sea de ahí de donde partan las iniciativas y se lleven las riendas de la vida cultural.

III. CUANDO UN PROYECTO ASUME/TRANSFORMA LA EXPERIENCIA

Exponemos aquí las líneas clave de un proyecto que se inscribe en el marco conceptual y político expuesto. Se trata de un proyecto de investigación/acción, propuesto por el CERLALC y auspiciado por la AECID¹⁵, que se inscribe en el proceso de elaboración de un nuevo marco conceptual y metodológico para la cooperación internacional, marco trazado por la propia AECID y en el que las políticas públicas parecen estar dejando de ser un mero cambio en las temáticas de la agenda para avanzar hacia un verdadero cambio de horizonte político. El eje de ese cambio se halla en la necesidad de hacer explícitas las dimensiones sociales de los procesos culturales en cuanto dinámicas de inclusión y cohesión social, de participación ciudadana y potenciación del capital cultural de las comunidades mediante la potenciación de las capacidades de intercambio e interacción entre ellas.

Estamos ante un cambio que sólo será posible en la medida en que las políticas públicas dejen de ser lo que aún son, en gran medida, una conversación entre funcionarios, y pasen a ser el escenario de interlocución de las instituciones gubernamentales –locales, nacionales e internacionales– con las muy diversas organizaciones sociales. La que a su vez implicará también algún tipo de interlocución con las industrias culturales, o *creativas* como muchos las llaman hoy, ya que sus dinámicas de innovación se hallan sometidas a la acelerada obsolescencia que el mercado impone a sus productos

¹⁵ J. Martín-Barbero (coord.), *Lecto-escritura y desarrollo en la sociedad de la información*, CERLALC/AECID, Bogotá, 2008-2010.

mientras que las políticas públicas ligan los indicadores del desarrollo social a la densa trama que articula el desarrollo a la sostenibilidad cultural. Pues, al contrario de las mercancías, las culturas sólo perviven insertando su capacidad de innovación en las experiencias y las memorias sociales. Lo que a su vez significa que si los factores culturales hacen hoy parte constitutiva del bienestar social y la calidad de vida colectiva, es la recreación del sentido de lo público lo que permitirá hacer de las culturas, de sus prácticas y sus derechos, el motor de la inclusión social y la participación ciudadana.

Lo que caracteriza a este proyecto es la reubicación espacial y social de la lecto-escritura en los diversos mundos de vida, de la gente como la familia, el barrio, los grupos de edad, el museo o la prisión, pues la lecto-escritura es pensada como espacio estratégico del cruce e interacción entre los diversos lenguajes, culturas y escrituras que pueblan los ámbitos de vida ciudadanos. Ya va siendo hora –en el siglo XXI– de que el lector sea asumido también como escritor y ello más allá del mundo escolar e incluso de la biblioteca pues nuestro sistema escolar sigue enseñando más o menos mal a leer pero no a escribir, ya que para eso debería entender la escritura no como mero instrumento para las tareas escolares sino como medio permanente de expresión personal y colectiva. De la misma manera que no hay ciudadanía sin alguna forma de ejercicio de la palabra, tendremos que asumir que en la sociedad actual ese ejercicio y esa palabra desbordan por todos lados al libro, proyectándose en oralidades y sonoridades, en literalidades y visualidades, desde las que, no sólo pero especialmente, los más jóvenes escriben y componen sus relatos, es decir, cuentan sus historias.

La disyuntiva es grave: o la escuela y las políticas de fomento posibilitan un aprendizaje integral de los modos de leer y escribir en la sociedad de la información o estarán siendo responsables de que la exclusión social, cultural y laboral, crezca y se profundice en nuestros países. Pues los hijos de los ricos hacen esa integración a su manera –desde la ósmosis que sobre ellos ejerce su entorno familiar y social– pero los hijos de las mayorías, que en nuestros países son pobres, no tienen otra manera de acceso a la sociedad de la información que la que les brinden la escuela y la biblioteca pública. Y es justamente a eso a lo que apunta este proyecto, a insertar las polí-

ticas y proyectos de lecto-escritura en un horizonte culturalmente más interactivo, y políticamente mucho más ancho: el de proporcionar, tanto a niños y jóvenes como a los adultos, nuevos espacios de aprendizaje y ejercicio de la interacción social mediante la potenciación de lo que la lectura y la escritura tienen de expresión creativa de los sujetos y de conversación entre ciudadanos.

Los alcances de este proceso vendrían a corresponder a estas tres direcciones:

1. Hacer de toda lectura –incluida la escolar– un ejercicio del derecho a la palabra propia y suscitadora de la escucha.
2. Transformar la lectura y la escritura en un espacio de aprendizaje culturalmente que sea a la vez exigente, tolerante, y socialmente solidario.
3. Poner a interactuar entre ellas a todas las culturas que hoy habitamos y a las que la escuela mantiene fuera de su mundo merced a una hegemonía letrada que menosprecia y condena las culturas orales y las sonoras, especialmente las musicales, las audiovisuales y las digitales, y ello tanto en su proyección escolar como laboral, tanto en su disfrute lúdico como de acción ciudadana y de participación política.

Todo lo anterior implica, en primer lugar, la superación de lo que en las prácticas de lectura, que todavía propone la escuela y propician las instituciones de fomento de la lectura, queda aún de dispositivos enmascarados de exclusión social. Pues si las mayorías han aprendido o están aprendiendo a leer, su lectura en nuestros países se halla reductoramente atrapada entre un ejercicio escolar –desvinculado de la vida y la cultura cotidianas– y una «lectura/consumo» ligada al mero entretenimiento uniformador y frivolidante. Avizorando hace cincuenta años esa esquizofrenia social, Paulo Freire insertó su «alfabetización de adultos» en una propuesta completamente distinta, aquella en la que se aprende a leer para escribir/contar la propia historia, pues sólo entonces la vida de los excluidos entrará a contar, es decir, a ser tenida en cuenta por los otros, los que gobiernan y dominan. Y, en segundo lugar, el aprendizaje de la lectura se halla hoy inextricablemente ligado al ejercicio

ciudadano de la escritura, que es todo lo contrario del «ejercicio escolar de la lecto-escritura» pues, en una sociedad cada día más moldeada por la información y sus entornos de redes virtuales y nuevas destrezas cognitivas y comunicativas, el derecho a la palabra y la escucha públicas pasa ineludiblemente tanto por la escritura fonética como por la hipertextual.

Mientras la cultura letrada en su larga hegemonía ha sido frecuentemente en estos países cómplice y engranaje de una radical inequidad social –como la que separa a las inmensas mayorías que apenas deletrean y saben escribir su nombre para firmar de una pequeñísima minoría que es la que sabe escribir, disfrutando así del derecho a decir su palabra, y en no pocas ocasiones a hacer pasar su palabra por la palabra de los otros, de los que ni saben ni pueden escribir– las mutaciones tecnoculturales que experimentan nuestras sociedades están proporcionando a las mayorías un cambio, lleno de contradicciones, pero no por ello menos configurador de «aquella segunda oportunidad sobre la tierra» que invocara García Márquez como derecho de estos pueblos.

Al deslocalizar los saberes, y trastornar las viejas pero aún prepotentes jerarquías, diseminando los espacios donde el conocimiento se produce y los circuitos por los que transita, las actuales transformaciones tecnoculturales de la comunicación están posibilitando a los individuos y a las colectividades insertar sus cotidianas culturas orales, sonoras y visuales en los nuevos lenguajes y las nuevas escrituras. En América Latina nunca el palimpsesto de las múltiples memorias culturales de la gente del común tuvo mayores posibilidades de empoderarse del hipertexto en que se entrecruzan e interactúan lectura y escritura, saberes y haceres, artes y ciencias, pasión estética y acción ciudadana.

En el proceso de trabajo, hemos partido de la construcción de «mapa-diagnóstico» de los diversos tipos de programas y modalidades de lectura en base al cual estamos elaborando un «mapa-prospectivo» en el que se visibilizan las posibilidades de anclar en la lecto-escritura las nuevas modalidades del leer y del escribir en cuanto formas de expresión creativa y de participación ciudadana que están encontrando hoy nuevas formas de interacción con los lenguajes y las escrituras provenientes de las nuevas tecnologías. Al mismo tiem-

po que éstas últimas se constituyen en escenario estratégico para la transformación de un sistema educativo desarticulado y excluyente, y para la democratización cultural de nuestras sociedades al posibilitar a las poblaciones apropiarse, desde sus culturas cotidianas, de los nuevos alfabetos y saberes. Para lo cual será indispensable ampliar las alianzas estratégicas del CERLALC de los actores tradicionales (escuela, bibliotecas) a nuevos actores, tanto a las ONG que hoy trabajan en políticas culturales y medios de comunicación, como a las instituciones públicas de informatización de la sociedad.

3. LA DIMENSIÓN CULTURAL DEL DESARROLLO. EVOLUCIÓN DE LOS PLANTEAMIENTOS DE CULTURA Y DESARROLLO A NIVEL INTERNACIONAL

MÁTÉ KOVÁCS

Coordinador de Investigaciones,
Observatorio de Políticas Culturales en África (OCPA)

INTRODUCCIÓN

Se considera que el concepto de la dimensión cultural del desarrollo se formuló hace 35 años durante la Conferencia intergubernamental sobre políticas culturales en África, *Africacult* (Accra, Ghana, 1975), organizada por la UNESCO en cooperación con la Organización para la Unidad Africana. Efectivamente la Conferencia aparece como el primer foro internacional que subrayó que «el desarrollo cultural no es solamente un correctivo cualitativo del desarrollo sino la verdadera finalidad del progreso» y que «la elaboración de programas y planes de desarrollo debía comprender los elementos culturales propios de cada sociedad»¹. Por lo tanto, hizo hincapié sobre la necesidad de «otorgar a la cultura la posición decisiva que legítimamente ha de ocupar en el proceso de desarrollo global, en el cual el hombre ha de ser tanto el agente como el destinatario»².

Más de tres décadas después es preciso constatar que, a pesar de haber conseguido importantes resultados en la promoción de este principio, estamos todavía lejos de su aceptación y de su aplicación generalizadas, pero se puede observar una *progresión indudable* hacia una comprensión de sus implicaciones complejas, tanto teóricas como prácticas. La crisis actual del modelo economicista demuestra una vez más la necesidad imperativa e urgente de continuar los esfuerzos hacia la adopción de un enfoque cultural al desarrollo.

El artículo presente tiene el objetivo de recordar en esta perspectiva la evolución de los planteamientos de cultura y desarrollo a

¹ Informe final, Parte III, Informe de la Comisión II, p. 20.

² Declaración de Accra, 2008, prólogo.

nivel internacional y en particular en el cuadro de los varios foros e iniciativas de la UNESCO. Se tratará de recapitular las grandes etapas de este proceso, de resumir los resultados alcanzados gracias a los esfuerzos de los varios actores y de establecer un balance crítico de los problemas encontrados.

A propósito de estas grandes etapas abordamos sucesivamente varios aspectos de este proceso complejo desde la definición de conceptos (Declaración de México sobre Políticas Culturales) a través del esfuerzo de movilización (Decenio Mundial para el Desarrollo Cultural), la profundización de la reflexión (*Nuestra diversidad creativa*, Informe de la Comisión Mundial de la Cultura y del Desarrollo), la investigación metodológica, las orientaciones de las políticas para el desarrollo (Conferencia Intergubernamental de Estocolmo), la adopción de instrumentos normativos sobre la promoción la diversidad cultural, la integración del concepto de la dimensión cultural en las estrategias de cooperación para el desarrollo.

I. CONTEXTO

La reflexión sobre cultura y desarrollo tiene su origen en la crítica del concepto economicista de desarrollo que hizo aparecer claramente desde los últimos años de la década de 1960 que este modelo no es sostenible a largo plazo. En realidad el balance del Primer Decenio Internacional para el Desarrollo de las Naciones Unidas ha puesto de manifiesto los límites de un desarrollo fundado principalmente, sino exclusivamente, en el crecimiento económico y en la necesidad de adoptar otro concepto, el de un desarrollo humano y sostenible garantizando el respeto del medio ambiente, de las diversidades culturales y aspiraciones humanas a un futuro próspero pacífico y armonioso y a un desarrollo equitativo y solidario de todas las sociedades.

Este modelo permitió de manera indiscutible, por lo menos para una parte de la humanidad, lograr una formidable mejora en las condiciones de vida y conquistas democráticas y sociales nunca igualadas en la historia. Por otro lado, se vio defraudada la inmensa esperanza que generó la extraordinaria aceleración de los progresos

económicos, científicos y tecnológicos de la posguerra, que se creían lineales y mecánicamente aplicables a los países «subdesarrollados» para utilizar la terminología de la época. Se afirmó gradualmente la conciencia de los problemas y amenazas que conllevaba para el mundo moderno este modelo: entre otros crecientes desequilibrios entre países industrializados y en desarrollo, nuevos riesgos de destrucción del medio ambiente, acentuación de las desigualdades, violaciones persistentes de los derechos humanos o la pobreza. A estos problemas se añadieron progresivamente otros como el endeudamiento, el deterioro de los términos de los intercambios, el desempleo, la exclusión social, los fenómenos de intolerancia racial, étnica o religiosa, la xenofobia, el deterioro o aniquilación de las identidades culturales bajo el efecto de uniformización de los modos de vida, de producción y de consumo.

Esta crítica tomó todavía más amplitud cuando en el mundo industrializado la prosperidad de la posguerra cedió el paso a la falta de desarrollo y recesión de manera duradera que provocaron interrogaciones sobre la validez de este modelo inclusive en los países de su origen.

En un mundo dividido en un centro y en una periferia dependiente había que reconocer que el progreso, el bienestar de los países en desarrollo no pueden provenir del exterior según planes y modelos preestablecidos y uniformes y que todo esfuerzo que ignore las características esenciales del contexto o de las aspiraciones de las poblaciones tropezará con la indiferencia de los beneficiarios supuestos, sino con fenómenos de rechazo.

Se afirmó la importancia de tener en cuenta ya no sólo los criterios de la productividad y las necesidades materiales y la fuerza de trabajo del hombre, sino también su identidad cultural en que se funda la visión del ser humano quién debe ser en última instancia actor y objetivo del desarrollo.

II. DEFINICIÓN DE CONCEPTOS

Inspirándose del espíritu de Africacult y bajo el impulso de sus Estados miembros la UNESCO se hizo el foro de la reflexión interna-

cional en la materia, a lo largo de las últimas décadas, en particular en el marco de una serie de conferencias intergubernamentales sobre políticas culturales que permitieron poner en evidencia la necesidad de reconocer el rol fundamental que la cultura debe jugar en el desarrollo.

Esta serie de conferencias intergubernamentales fue acompañada por un gran número de iniciativas, incluyendo consultas, conferencias, proyectos de investigación, publicaciones realizadas con la participación de expertos de varias regiones del mundo. En este proceso se formularon nuevos conceptos y definiciones sobre cultura, desarrollo y dimensión cultural del desarrollo en los cuales se fundamentó en las últimas décadas la acción de la UNESCO en este campo.

En 1982, la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales, al sintetizar estos esfuerzos, adoptó una definición antropológica amplia de la cultura al constatar que «está constituida por el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o un grupo social. Engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores las tradiciones y las creencias»³.

En cuanto al concepto del desarrollo, la Conferencia de México precisó que «el desarrollo es un proceso complejo, global y pluridimensional que, más allá del simple crecimiento económico, abarca todas las dimensiones de la vida y todas las energías de la comunidad, cuyos miembros sin excepción, deben poder participar en el esfuerzo de transformación y también de los beneficios que de ella se derivan»⁴. La Conferencia estableció el principio de que el desarrollo debe basarse en la voluntad de cada sociedad y expresar su identidad profunda porque «la cultura constituye una dimensión fundamental del proceso de desarrollo y contribuye a fortalecer la independencia, la soberanía y la identidad de las naciones».

La Conferencia Mondiacult declaró que «sólo puede asegurarse un desarrollo equilibrado mediante la integración de los factores

³ *Declaración de México sobre Políticas Culturales*, Prólogo, 1982.

⁴ *Ibid.*, §10.

culturales en las estrategias para alcanzarlo; en consecuencia, tales estrategias deberían tomar en cuenta siempre la dimensión histórica, social y cultural de cada sociedad»⁵.

En esa acepción, la dimensión cultural del desarrollo engloba el conjunto de componentes psico-sociológicos que concurren, con el mismo derecho que los factores económicos, tecnológicos y científicos, a la mejora de las condiciones de vida material y moral de las poblaciones sin cambiar brutalmente sus modos de vida y de pensamiento, al mismo tiempo que al éxito técnico de los planes o proyectos de desarrollo.

III. MOVILIZACIÓN Y CONCIENTIZACIÓN: EL DECENIO MUNDIAL PARA LA CULTURA Y EL DESARROLLO

Como se trataba de nuevas ideas cuya promoción necesitaba una movilización internacional, un esfuerzo amplio, coordinado y a largo plazo, la Conferencia Mondiacult recomendó el lanzamiento de un Decenio mundial para el desarrollo cultural bajo los auspicios de las Naciones Unidas y la UNESCO con los cuatro objetivos siguientes:

- Tomar en cuenta la dimensión cultural del desarrollo.
- Afirmar y enriquecer a las identidades culturales.
- Ampliar la participación en la vida cultural.
- Fomentar la cooperación cultural internacional.

Después de seis años de preparación el Decenio fue lanzado en 1988, al invitar a los Estados miembros y organizaciones internacionales, asociaciones e individuos a tomar iniciativas innovadoras para promover dichos objetivos.

Tras unos comienzos bastante lentos, debido a la complejidad del tema a que está dedicada, paulatinamente el Decenio logró concentrar su programa en el enfoque cultural de una serie de grandes desafíos planteados a las sociedades al fin del siglo XX.

⁵ *Ibid.*, P. 16.

En el periodo 1988-1997, más de 1.200 proyectos iniciados por 166 Estados miembros, 14 organizaciones intergubernamentales y 66 ONG fueron reconocidas como actividades oficiales del Decenio: reuniones internacionales, proyectos de investigación, publicaciones, productos audiovisuales, exposiciones, cursos de formación, proyectos pilotos fueron realizados para profundizar la comprensión de interacciones que existen entre cultura y aspectos diversos de la problemática del desarrollo, tales como la durabilidad, medio ambiente, salud, población, desarrollo urbano, turismo, género, desarrollo comunitario, derechos humanos y democracia, diversidad y pluralismo cultural, participación, gestión de recursos naturales, exclusión e integración social, etcétera.

Tras algunos años caracterizados por cierto escepticismo, varios organismos del sistema de las Naciones Unidas como el PNUD, la OMS, la FAO, el PNUMA, el FNUAP y la OMT participaron con interés en las actividades del Decenio.

Por intermediación de la UNESCO, el Decenio también aportó su contribución a la preparación de las grandes conferencias internacionales de las Naciones Unidas: la Conferencia sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (Río de Janeiro, 1992), la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social (Copenhague, 1995), la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (El Cairo, 1994), la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (Pekín, 1995), y la Segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos (Hábitat II, Estambul, 1996).

Así, el Decenio comenzó a aportar respuestas concretas relativas a los métodos y posibilidades de mejor integrar los factores culturales en el proceso de desarrollo.

Esta amplia movilización permitió la capitalización del conocimiento teórico y práctico sobre las interacciones entre cultura y desarrollo, favorecía la concienciación y sensibilización de los responsables del desarrollo a la problemática cultural de su acción. El Decenio también impulsó la creación de múltiples redes de investigación y cooperación entre instituciones y profesionales involucrados en la promoción del conocimiento de las interacciones entre cultura y desarrollo y de sus implicaciones para la planificación del desarrollo en un enfoque cultural.

Algunos de ellos siguen desarrollando hasta hoy sus actividades de manera dinámica (por ejemplo Culturelink –la red internacional de redes de investigación y de cooperación en desarrollo cultural establecida en Zagreb–, la red africana «Cultura en el barrio» incluyendo miembros de 17 países del continente, el Observatorio Regional sobre Financiación de la Cultura en Europa central y oriental de Budapest) pero la mayoría de las iniciativas fueron abandonados por sus iniciadores después de 1997. Eso le ocurrió lamentablemente, entre otros, al Colegio itinerante africano para cultura y desarrollo, cuya actividad era particularmente importante para la promoción de la dimensión cultural del desarrollo.

En un resumen de los principales logros obtenidos, cabe destacar: (i) un impulso considerable de sensibilización al reconocimiento por parte de la comunidad internacional de la relación mutua que guardan la cultura y el desarrollo; (ii) un avance notable alcanzado en la esfera de la acumulación y difusión de conocimientos metodológicos relativos a los conceptos e instrumentos que sirven para planificar el desarrollo con una perspectiva cultural; (iii) la ejecución en todas las regiones de centenas de iniciativas concretas; (iv) la creación de redes de información, investigación y proyectos pilotos en esta esfera; y (v) el robustecimiento de la cooperación interinstitucional e interdisciplinaria.

Al lado de los aspectos positivos se debe reconocer que el Decenio no tuvo mucho impacto fuera de los circuitos especializados. Con la excepción del informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, que se benefició de una amplia difusión y fue objeto de debates públicos en muchos foros internacionales y en los estados miembros, la mayoría de las iniciativas permanecieron desconocidas para la opinión pública internacional. Si comparamos este impacto con la movilización social e inclusive política que se creó en el mundo alrededor del tema del medio ambiente, el balance del Decenio parece muy modesto.

Como constató el Comité Intergubernamental del Decenio⁶, resultó difícil hacer un verdadero balance de las actividades realizadas en los

⁶ «Informe del Comité Intergubernamental del Decenio Mundial para el Desarrollo Cultural sobre sus actividades», Doc. 29 C/REP/11, 29 de agosto de 1997, UNESCO, Conferencia General.

diez años que ha durado este programa; en efecto, esos resultados eran difíciles de cuantificar, puesto que se trataba de sensibilizar a la comunidad internacional sobre la necesidad de tomar en cuenta la dimensión cultural del desarrollo y, en términos más globales, incitarla a reflexionar sobre los mecanismos profundos y la finalidad del desarrollo.

Con todo eso, el Comité consideró que, para adoptar y aplicar un enfoque cultural en materia de desarrollo, hacía falta emprender más actividades a largo plazo que permitan no perder el impulso adquirido, para conocer más a fondo las consecuencias prácticas de este concepto, para experimentar con el conocimiento metodológico adquirido, sin dejar de ampliarlo y difundirlo y para formar a los agentes del desarrollo. Para que surtan efecto, los avances futuros deberán basarse en el fortalecimiento de la cooperación interdisciplinaria en la propia UNESCO, y entre ésta y otros organismos del sistema de las Naciones Unidas, las organizaciones de desarrollo bilaterales y las redes internacionales de ámbito científico. A tal efecto el Comité propuso mantener un programa especial en el marco de la UNESCO que pudiera estimular el seguimiento del Decenio, pero la Conferencia General no siguió esta recomendación.

A pesar de estas insuficiencias, hoy podemos constatar que se multiplicaron, desde los principios de la década de 2000, las instituciones interesadas en promover el principio de la dimensión cultural del desarrollo; la idea hace progresivamente su camino hacia su operacionalización. No cabe duda de que el programa del Decenio Mundial para el Desarrollo Cultural no ha sido el único vector de este cambio, pero sí le ha sido concomitante: la semilla sembrada durante el Decenio ha contribuido a la emergencia de de este movimiento.

IV. PROFUNDIZACIÓN DE LA REFLEXIÓN: EL INFORME DE LA COMISIÓN MUNDIAL DE CULTURA Y DESARROLLO⁷

De entre todas las actividades lanzadas por la UNESCO en el marco del Decenio era la creación de la Comisión Mundial de Cultura y

⁷ *Nuestra Diversidad Creativa. Informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo*, UNESCO, Ciudad de México, 1997.

Desarrollo que tuvo el mayor impacto sobre la evolución de los planteamientos de cultura y de desarrollo. La Comisión fue instituida en 1992 por la UNESCO y las Naciones Unidas bajo la presidencia de Javier Pérez de Cuéllar, ex secretario general de las Naciones Unidas, y con la participación de otras 12 personalidades, y de seis miembros honorarios, entre los que se contaban varios galardonados con el Premio Nobel.

La Comisión se creó con la tarea de presentar un análisis de las interacciones entre cultura y desarrollo y de movilizar la opinión pública y fomentar un debate internacional y acciones concretas para promover y poner en práctica los nuevos conceptos.

El informe mundial *Nuestra diversidad creativa* queda probablemente la obra de referencia la más conocida en el tema de la dimensión cultural del desarrollo aunque hoy en día ya se cite menos a menudo sus conclusiones siempre actuales.

Su elaboración se realizó a través de un esfuerzo internacional intelectual representativo: centenas de especialistas de varias disciplinas y su presentación en las diferentes regiones y foros internacionales ofreció una oportunidad importante de sensibilizar decisores políticos, planificadores y agentes de desarrollo a la importancia de tomar en cuenta la cultura en la gestión de las transformaciones socio-económicas.

Los objetivos de este trabajo eran:

- Identificar, describir y analizar las cuestiones básicas, los problemas y los nuevos desafíos relacionados con la dimensión cultural del desarrollo.
- Promover la toma de conciencia de la amplitud de las cuestiones culturales en que debe fundarse el desarrollo humano.
- Para llevar a cabo su análisis, la Comisión adoptó definiciones siguientes:
- El desarrollo es un proceso para ampliar las posibilidades humanas, un «proceso que aumenta la libertad efectiva de quienes se benefician de él para llevar a cabo aquello que, por una razón u otra, tienen motivos para valorar».
- En cuanto a la cultura se considera como «maneras de vivir juntos». La cultura es un fin en sí mismo y no un medio, y que todo aquello a lo que le otorgamos valor forma parte de la cultura.

El análisis se centró, por lo tanto, en la forma en que diferentes maneras de vivir juntos afectan a la ampliación de las posibilidades y opciones abiertas al ser humano. Desde este punto de vista el crecimiento económico no es un fin, pero sí un instrumento. Las dimensiones culturales de la vida humana son consideradas posiblemente más esenciales que el crecimiento económico. Por consiguiente, hay que trascender la economía sin negligirla.

En cuanto a la relación que existe entre globalización, cultura y desarrollo, la Comisión consideraba que una de las libertades más fundamentales es la de poder definir nuestras necesidades. Esta libertad se ve amenazada por una combinación de presiones globales y negligencia asimismo global. La internacionalización de los procesos culturales es por lo menos tan importante que la de los procesos económicos. Las presiones de la denominada cultura global son poderosas. Frecuentemente se aceptan, incluso con beneplácito y entusiasmo. El peligro radica en que aneguen otros gustos y otros intereses, aneguen nuestra libertad fundamental de definir nuestras propias necesidades.

Para la Comisión, un desarrollo disociado de su contexto humano y cultural es un crecimiento sin alma, el desarrollo económico forma parte de la cultura de un pueblo. El papel de la cultura no se reduce a ser un medio para alcanzar fines, sino que constituye la base social de los fines mismos.

A partir de allí, el informe se centra en la descripción de diferentes cuestiones relacionadas con la cultura y desarrollo, finalmente se concentra en la creación de una agenda internacional sobre estos temas.

La Comisión se propuso presentar un análisis conciso, pertinente para unas preocupaciones comunes, seguido de un llamamiento a la acción en determinados ámbitos prioritarios. Decidió por lo tanto explorar algunos campos en los que la interacción entre cultura y desarrollo parecía ser especialmente aguda o pertinente: Le parecía prioritario basarse en la noción de *ética global* que debería surgir de la búsqueda mundial de valores compartidos que, en vez de separarlos, uniesen a los pueblos y las culturas. La Comisión exploró luego el problema del *pluralismo cultural*, reafirmando el compromiso de fomentar la coexistencia en la diversidad, tanto en el plano nacional como en el internacional. Hizo hincapié sobre la estimulación de la creatividad humana en general, a fin de inspirar a las personas y ha-

cerlas autónomas ya se trate de las artes, la ciencia y la tecnología o la práctica de un buen gobierno. Se adentró luego en las repercusiones culturales de un *mundo más mediático*, y esencialmente trató de determinar los principios del respeto de diversidad y competencial. La Comisión abordó las dimensiones culturales del *género*, a la luz del impacto del desarrollo y la mundialización sobre las relaciones entre hombres y mujeres y sobre los derechos de la mujer. Mostró además un profundo interés por las posibles necesidades de *los niños y los jóvenes* y buscó la forma de educarlos a los valores multiculturales y la comunicación intercultural. Examinó la creciente importancia del *patrimonio cultural* como recurso social y económico. Aprovechando las conclusiones del informe «Nuestro futuro común»⁸, la Comisión Brundtland siguió adelante en el estudio de la compleja relación existente entre *diversidad cultural y biodiversidad*, entre valores culturales y sostenibilidad ambiental, compartidos como responsabilidad mundial. La Comisión exploró los rasgos característicos de una *política cultural* que pudiera abarcar una visión mucho más amplia de la cultura. Por último, estudió algunas *tendencias de la investigación* que podrían facilitar nuevos modelos analíticos de utilidad.

Todos los capítulos del informe contienen múltiples recomendaciones sobre políticas, formuladas en este espíritu y dirigidas a los gobiernos y demás agentes nacionales, e ideas específicas que la UNESCO y otras organizaciones internacionales podrían aplicar, si así lo decidieran, pero la Comisión recomendó además una serie de medidas que agrupó en un programa de acción bajo el título de «Agenda internacional».

Esa Agenda comprende 10 acciones, algunas de ellas visionarias, otras pragmáticas y, por último, otras son de corte netamente ético. La Comisión sabía lo difícil que algunas de ellas resultarían de poner en práctica. Ahora bien, tenía conciencia asimismo de que esbozar una perspectiva para el futuro a largo plazo era primordial; por consiguiente propuso las acciones siguientes:

1. La publicación anual de un informe mundial sobre cultura y desarrollo.

⁸ *Nuestro futuro común*, Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (Comisión Brundtland, 1987) [ed. por Alianza, Madrid, 1988].

2. La preparación de nuevas estrategias de desarrollo que tengan presentes los aspectos culturales.
3. La movilización internacional de los Voluntarios del Patrimonio Cultural.
4. La creación de un plan internacional en pro de la igualdad de género.
5. Facilitar el acceso, la diversidad y la competencia en el sistema internacional de medios de comunicación.
6. Promover los derechos y la autorreglamentación de los medios de comunicación.
7. La protección de los derechos culturales en tanto que derechos humanos.
8. La creación de una ética global para el buen gobierno del mundo.
9. Restablecer el protagonismo de los pueblos en la Organización de las Naciones Unidas.
10. Llevar a cabo una Cumbre Mundial sobre Cultura y Desarrollo.

En el seguimiento de las recomendaciones de la Comisión la UNESCO lanzó varias importantes iniciativas, en particular la organización de la Conferencia intergubernamental sobre políticas culturales para el desarrollo (Estocolmo, 1998) y la publicación del Informe mundial sobre la cultura, pero sólo dos ediciones fueron publicadas en 1998 y en 2002. Inició también nuevos esfuerzos de reflexión sobre indicadores culturales del desarrollo, realizados en cooperación con el Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, que permitió la publicación de una serie de estudios sobre este tema. Este proyecto de investigación sobre indicadores de cultura y desarrollo fue relanzado por la UNESCO en 2009 con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

V. INVESTIGACIÓN METODOLÓGICA

Entre los avances logrados por la UNESCO en el marco del Decenio figura la investigación metodológica realizada sobre conceptos, instrumentos y métodos relativos a la planificación de proyectos de

desarrollo en un enfoque cultural. Esta actividad importante fue implementada en cooperación con un gran número de organizaciones y especialistas actuando en este campo. Los resultados de estas investigaciones fueron publicados principalmente en dos obras tituladas *La dimensión cultural del desarrollo: hacia un enfoque práctico* (1994)⁹ y *Cambio en la continuidad. Conceptos e instrumentos para un enfoque cultural al desarrollo* (2000)¹⁰.

La primera publicación (*La dimensión cultural del desarrollo: hacia un enfoque práctico*), traducida en siete idiomas, tuvo el objetivo de capitalizar y sintetizar los resultados de la reflexión y de la investigación sobre las interacciones entre factores socio-culturales (u otros aspectos cualitativos) y desarrollo, alcanzados al nivel internacional, en particular en las instituciones de las Naciones Unidas.

Después de haber sentado las bases de la reflexión conceptual (cultura, desarrollo, dimensión cultural del desarrollo), explicó la necesidad de tener en cuenta esta dimensión para lograr un desarrollo humano sostenible y para asegurar una mejor eficacia de los esfuerzos de desarrollo. Analizó la evolución de las experiencias adquiridas en cuanto a cooperación internacional en este sentido en el campo de competencia por diferentes organizaciones. Por último, señaló las vías posibles de investigación a seguir para que los organismos de ayuda para desarrollar su acción basado en un enfoque cultural de las situaciones y problemas. Este libro, traducido a siete idiomas, fue acogido con gran interés por el público profesional y se han vendido más de 3.000 copias.

Las consultas iniciadas en el marco de la preparación del libro evidenciaron que varios organismos especializados de las Naciones Unidas y organizaciones no gubernamentales tenían preocupaciones convergentes. Algunas de ellas incluso han realizado estudios o ejecutado proyectos experimentales tomando en cuenta los factores culturales al utilizar sus propios métodos (por ejemplo estudios dedicados a los aspectos socioculturales de proyectos de desarrollo rural financiados por el Banco Mundial; investigación sobre la participación popu-

⁹ *Dimensión cultural del desarrollo: hacia un enfoque práctico*, UNESCO, París, 1995, 233 pp.

¹⁰ *Change in Continuity: concepts and tools for a cultural approach to development*, UNESCO, París, 2000, 406 pp.

lar en los proyectos de la UNICEF; estudios relacionados con la cultura y el desarrollo, realizados por las Comisiones Económicas Regionales; integración de los factores culturales en los programas del Comité de Oxford para la Lucha contra la Hambruna, OXFAM, ONG que incluso preparó a tal efecto una guía para los actores de terreno).

El análisis de las varias experiencias e iniciativas permitió identificar diferentes problemas que conducen a los fracasos de muchos proyectos de desarrollo: la prioridad exclusiva dada a la rentabilidad económica, la falta de flexibilidad del calendario y de la utilización del presupuesto, la rigidez de los procedimientos administrativos y la fijación de objetivos desde afuera, la fragmentación sectorial de proyectos y la consideración de los aspectos culturales como obstáculos, la incompreensión entre las culturas institucionales y las culturas tradicionales, los conflictos entre las autoridades y las comunidades locales, la poca atención prestada a los aspectos humanos y cualitativos del desarrollo, la incompreensión de las especificidades socioculturales por los intervinientes exteriores, la falta de conocimiento de los sistemas de poder, división de trabajo y canales de comunicación tradicionales, la falta de diálogo, la discrepancia entre la racionalidad moderna y las aspiraciones locales; la incapacidad de movilización de la participación local y de apropiación de los proyectos por todas las razones arriba mencionados.

El libro hizo claro que se necesitaba una nueva mentalidad y nuevos procedimientos de planificación de proyectos para asegurar la incorporación práctica de factores culturales en la planificación y la evaluación de los esfuerzos de desarrollo. Esta nueva orientación podría comprender, entre otros:

- La identificación de los factores culturales, evaluación de la pertinencia cultural del proyecto (estudio del impacto cultural y de la viabilidad cultural del mismo).
- La formación y sensibilización de los planificadores y de los actores de terreno.
- La elaboración de métodos de movilización de las poblaciones locales.
- La vinculación de los proyectos con las tradiciones de las comunidades locales.

Como ya se mencionó, en la segunda fase de la investigación se publicó también un manual de planificación (*Cambio en la continuidad: Conceptos e instrumentos del desarrollo*) que constituye una primera proposición comprensiva de procedimientos destinada a los responsables políticos y actores de desarrollo para adaptar sus programas y proyectos a las condiciones y especificidades socioculturales de las poblaciones beneficiarias.

Algunos de estos métodos ya existían, solo tenían que ser adaptados a los requerimientos del enfoque cultural. Otras proposiciones fueron elaboradas en el marco de este proyecto tomando en cuenta las conclusiones de las consultas y de los trabajos realizados sobre este tema en particular en el marco del Decenio mundial para el desarrollo cultural. Por último, el libro propuso pistas para investigaciones ulteriores con motivo a aclarar problemas todavía poco estudiados, tales como el desarrollo de indicadores culturales del desarrollo, cuya solución que exige la aplicación eficaz del enfoque cultural en el trabajo de planificación del desarrollo.

Este quinto volumen de la serie *Cultura y Desarrollo* tenía el mérito de presentar de manera coherente y estructurada los resultados de las investigaciones realizadas en este ámbito durante los años ochenta y noventa por la UNESCO y, a nivel internacional, por las organizaciones y centros de investigaciones interesados.

En efecto, una primera versión de este libro, elaborado en 1994, fue ampliamente distribuido en 1995, para obtener críticas y comentarios escritos, a más de 150 instituciones (organismos de las Naciones Unidas, agencias de cooperación bilateral o multilateral, bancos de desarrollo, centros de investigación, organizaciones no gubernamentales, internacionales y nacionales) y expertos. Con varias instituciones se organizó consultas personales, además, la Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional (ACDI) ha hecho una importante contribución a este trabajo al elaborar una guía para los actores del terreno¹¹ cuyos elementos fueron ampliamente incorporados al manual.

Basándose en los resultados de esta consulta, se decidió revisar y complementar el texto del proyecto, teniendo en cuenta las prio-

¹¹ Helgi Eyford y Glen Eyford, *Involving Culture - Fieldworker's Guide to culturally-sensitive development*, UNESCO - ACDI, París, 1995, 76 pp.

ridades indicadas y las demás críticas, propuestas y sugerencias así recogidas. Estas propuestas tenían dos objetivos principales:

- Ofrecer sin tardar un primer conjunto estructurado de instrumentos, ya disponibles o elaborados, de naturaleza a la integración de los componentes culturales en todas las fases de la labor de los planificadores.
- Estimular la reflexión y la investigación metodológica ulterior sobre las herramientas de la planificación del desarrollo en un enfoque cultural.

La propuesta esencial de este manual consiste en abordar el desarrollo desde la perspectiva de la cultura mediante, por ejemplo, métodos para elaborar, ejecutar y evaluar proyectos; un planeamiento participativo y desde la base; una visión integral del diseño de los proyectos; el establecimiento de una perspectiva sostenible a largo plazo, y la elaboración de sistemas más flexibles de planificación, en que las instituciones de desarrollo pasen de la función de actores a la creatividad de las culturas y, en consonancia con ello, elaborar los proyectos adecuándolos a las situaciones particulares en lugar de hacer planes maestros y grupos de proyectos concebidos en abstracto.

Más específicamente, el propósito del manual es mostrar cómo los métodos de trabajo de las instituciones, las autoridades y los agentes que participan en el desarrollo pueden ayudar a poner en marcha un proceso de desarrollo humano verdaderamente sostenible, basando sus premisas conceptuales y su práctica en un enfoque cultural, ya se trate de la elaboración de estrategias y de la planificación y la ejecución de programas y proyectos institucionales o de la ejecución en el terreno.

En el documento también se propone una amplia gama de instrumentos metodológicos derivados de un análisis de las interacciones de las culturas preindustriales y la cultura del desarrollo, estrechamente vinculada al modelo industrial orientado hacia el mercado.

En cuanto al trabajo en el terreno, se pone el acento en los instrumentos de evaluación de las situaciones locales existentes, los efectos de los proyectos de desarrollo, la mejora de los métodos participativos para preparar, ejecutar y evaluar los resultados de los proyectos,

y la ampliación de la función del personal de campo con respecto a las instituciones y la adopción de decisiones centralizadas.

En cuanto al diseño de programas y proyectos, se proponen métodos de evaluación preliminar de aceptabilidad o de impacto cultural, y se proponen otras mejoras para dar más cabida a la posible asociación entre los recursos locales y el apoyo institucional externo.

Además de esta reflexión y descripción técnica completa de las propuestas metodológicas, en el manual se presenta una serie de gráficos, diagramas, matrices y cuadros, que ilustran la complejidad de los métodos de trabajo existentes y los propuestos, así como ejemplos de experiencias que facilitan la aplicación práctica de un enfoque cultural en los procesos de planificación.

Cabe subrayar que mediante la publicación de este libro, la UNESCO no quería ni podía proponer una metodología universal, completa o definitiva, sino una herramienta de trabajo intermedia-ria a experimentar en la búsqueda de la operacionalización del concepto de la dimensión cultural del desarrollo.

Cabe también notar que las proposiciones iniciales del Manual fueron ulteriormente concretadas y especificadas en las publicaciones metodológicas producidas en el marco del proyecto UNESCO/ ONUSIDA sobre la prevención y el tratamiento del VIH/SIDA en un enfoque cultural.

VI. FORMULACIÓN DE POLÍTICAS CULTURALES PARA EL DESARROLLO

En el proceso de seguimiento de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo se organizó la Conferencia intergubernamental sobre políticas culturales para el desarrollo (Estocolmo, 1998). El documento principal de la Conferencia fue el informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, que subrayó la necesidad de «repensar las políticas culturales» en función del papel central reconocido a la cultura como fundamento de todo desarrollo. Los dos temas principales de la conferencia fueron los retos de la diversidad cultural y la redefinición de las políticas cultura que fueron discutidos a la luz de la globalización considerada como un proceso que crea cada vez

más vínculos entre culturas y refuerza las interacciones, pero al mismo tiempo conlleva el riesgo de uniformización para las culturas.

La conferencia constató que las políticas culturales no pueden limitarse al arte y el patrimonio, sino que deben estar vinculadas con otros ámbitos de la vida (política social, educación, industrias culturales, etc.) y concebidas como un elemento de relevancia transectorial del desarrollo. En esta perspectiva se adoptó un plan de acción¹² con los concretos considerados como las bases de la política cultural para el desarrollo.

El Plan de acción de Estocolmo, hizo hincapié en la necesidad de tener en cuenta en las políticas culturales simultáneamente los valores universales y el reconocimiento de las diversidades culturales, los esfuerzos nacionales destinados a armonizar las políticas culturales nacionales y la necesidad de preservar el pluralismo de las iniciativas culturales populares.

En base de estas exigencias subrayó, en el tema específico de cultura y desarrollo entre otros, los siguientes principios:

- El desarrollo sostenible y el auge de la cultura dependen mutuamente entre sí.
- La creatividad cultural es la fuente de progreso humano y de diversidad cultural; al ser un tesoro de la humanidad resulta esencial para el desarrollo.
- La armonía entre la cultura y el desarrollo, el respeto por las identidades culturales, la tolerancia por las diferencias culturales en un marco de valores democráticos pluralistas, de equidad socioeconómica y de respeto por la unidad territorial y por la soberanía nacional, son algunos de los requisitos necesarios para una paz duradera y justa.
- La defensa de las culturas locales y regionales amenazadas por las culturas de difusión mundial no debe transformar a las culturas afectadas en reliquias despojadas de su propio dinamismo y desarrollo.

¹² La Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo (Estocolmo, 1998), Informe final, pp. 7-20, CLT-98Konf.2 IO/5, 31 de agosto de 1998, en [<http://unesdoc.unesco.org/images/0011/001139/113935so.pdf>].

- Por ello debemos facultar a cada individuo y a cada comunidad para aprovechar su creatividad y para que encuentren y consoliden maneras de convivir con otros, facilitando un desarrollo humano auténtico y la transición hacia una cultura de paz.

La Conferencia afirmó por consiguiente que:

- La política cultural, siendo uno de los principales componentes de una política de desarrollo endógena y duradera, debe ser implementada en coordinación con otras áreas de la sociedad en un enfoque integrado. Toda política para el desarrollo debe ser profundamente sensible a la cultura misma.
- Las políticas culturales han de promover la creatividad en todas sus formas, facilitando la accesibilidad a las prácticas y experiencias culturales para todos los ciudadanos, sin distinción de nacionalidad, raza, sexo, edad, incapacidad física o mental, enriquecer el sentimiento de identidad y plena participación de cada individuo y cada comunidad, y apoyarles en su búsqueda de un futuro digno y seguro.
- Las políticas culturales han de estar destinadas a crear un concepto de la nación como comunidad con múltiples facetas en el marco de la unidad nacional, fundada en valores que pueden ser compartidos por todos los hombres y mujeres, y que da acceso, espacio y derecho a la palabra a todos sus componentes.
- Las políticas culturales también deberán estar dirigidas a mejorar la integración social y la calidad de vida de todos los miembros de la sociedad sin discriminación.
- Las políticas culturales han de respetar la igualdad entre los sexos, reconocer plenamente los derechos de la mujer en iguales términos que los de los hombres, su libertad de expresión, garantizando el acceso de mujeres a puestos de responsabilidad.
- El gobierno y la sociedad civil deben aspirar a lograr una asociación más estrecha para la elaboración y puesta en práctica de políticas culturales que estén integradas en las estrategias de desarrollo.

- Como nos encontramos en un mundo caracterizado por una interdependencia creciente, la renovación de las políticas culturales ha de concebirse simultáneamente en los planos local, nacional, regional y mundial.
- Las políticas culturales deben reconocer la contribución esencial aportada por los creadores para mejorar la calidad de vida, promover la identidad y fomentar el desarrollo cultural de la sociedad.

Teniendo en cuenta estos principios, la Conferencia recomendó a los Estados «hacer de la política cultural una componente central de la política de desarrollo» y a tal efecto, bajo este objetivo prioritario, invitó los estados miembros a:

- Diseñar y definir políticas culturales o revisar las políticas existentes, para que sean un componente esencial de un desarrollo endógeno y sostenible.
- Promover para este fin la integración de políticas culturales en políticas de desarrollo, en particular en lo que respecta a su interacción con políticas sociales y económicas.
- Contribuir a la elaboración por la UNESCO de pautas para el desarrollo de una agenda de investigación con respecto a cultura y desarrollo.
- Promover actividades diseñadas para incrementar la conciencia del pueblo y los organismos que toman decisiones de la importancia de tomar en cuenta los factores culturales en el proceso de un desarrollo duradero.
- Desplegar esfuerzos para lograr, donde sea necesario en cooperación con UNESCO, que se reconozca la dimensión cultural en la próxima Estrategia Internacional de Desarrollo de las Naciones Unidas.

Finalmente la Conferencia recomendó al director general de la UNESCO una serie de acciones con vistas a promover los objetivos definidos en el Plan de acción, y en particular la integración de una perspectiva cultural en la Estrategia Internacional de Desarrollo de las Naciones Unidas.

VII. ACCIÓN NORMATIVA SOBRE LA DIVERSIDAD CULTURAL

Después de la Conferencia de Estocolmo la atención de los Estados miembros de la UNESCO se centró en la cuestión de la diversidad cultural considerada como un valor intrínseco y una fuerza motriz eficaz del desarrollo, no sólo para el crecimiento económico, sino también para una vida intelectual, afectiva, moral y espiritual más enriquecedora.

Se consideraba también que esta diversidad era un recurso indispensable para reducir la pobreza y alcanzar la meta del desarrollo sostenible. Por consiguiente, el fomento de la diversidad cultural y de su corolario, el diálogo intercultural, apareció como un reto prioritario para el mundo y su futuro desarrollo armonioso que debe ser protegido por un dispositivo normativo.

Después de dos mesas redondas de ministros de cultura, uno sobre «Cultura y creatividad en un mundo globalizado» (UNESCO, París, 1999), y el otro sobre «La diversidad cultural: los desafíos del mercado» (UNESCO, París, 11-12 de diciembre de 2000), la 31.^a reunión de la Conferencia General aprobó por unanimidad la *Declaración de Universal de la UNESCO sobre la diversidad cultural*¹³ en un contexto muy particular. Fue después de septiembre 11 de 2001. Esta fue una oportunidad para los estados a reafirmar su convicción de que el diálogo intercultural es la mejor garantía para la paz y rechazar categóricamente la tesis del inevitable conflicto de las culturas y civilizaciones.

Por primera vez, la diversidad cultural ha sido reconocida como «patrimonio común de la humanidad», cuya defensa se consideró un imperativo ético, inseparable del respeto de la dignidad de la persona humana. La noción de «diversidad» recuerda que la pluralidad es la condición necesaria para las libertades, el pluralismo cultural es por lo tanto la respuesta política al hecho de la diversidad cultural, y es inseparable de un marco democrático. En este contexto, la libertad de expresión, el pluralismo de los medios de comunicación, el multilingüismo y el acceso equitativo de todas las culturas al arte y a los conocimientos científicos y tecnológicos y la oportunidad para que ellos estén presentes en medios de expresión y difusión son garantías

¹³ *Declaración de Universal de la UNESCO sobre la diversidad cultural*, 2 de diciembre de 2001, en [<http://unesdoc.unesco.org/images/0012/001271/127160m.pdf>].

esenciales de la diversidad cultural. Por último, se subrayó que las políticas culturales deben crear las condiciones propicias para la producción y difusión de bienes y servicios culturales diversificados.

La Declaración proclamó, entre otros, que «el respeto de la diversidad de las culturas, la tolerancia, el diálogo y la cooperación, en un clima de confianza y de entendimiento mutuos, son uno de los mejores garantes de la paz y la seguridad internacionales».

Aspirando a una mayor solidaridad fundada en el reconocimiento de la diversidad cultural, en la conciencia de la unidad del género humano y en el desarrollo de los intercambios interculturales, la Conferencia general consideró que «el proceso de mundialización, facilitado por la rápida evolución de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, pese a constituir un reto para la diversidad cultural, crea las condiciones de un diálogo renovado entre las culturas y las civilizaciones».

Se declaró también que «la diversidad se manifiesta en la originalidad y la pluralidad de las identidades que caracterizan a los grupos y las sociedades que componen la humanidad. Fuente de intercambios, de innovación y de creatividad, la diversidad cultural es tan necesaria para el género humano como la diversidad biológica para los organismos vivos».

La Declaración subrayó también que la diversidad cultural amplía las posibilidades de elección que se brindan a todos; es una de las fuentes del desarrollo, entendido no solamente en términos de crecimiento económico, sino también como medio de acceso a una existencia intelectual, afectiva, moral y espiritual satisfactoria.

En nuestras sociedades cada vez más diversificadas, resulta indispensable garantizar una interacción armoniosa y una voluntad de convivir de personas y grupos con identidades culturales a un tiempo plurales, variadas y dinámicas. Las políticas que favorecen la integración y la participación de todos los ciudadanos garantizan la cohesión social, la vitalidad de la sociedad civil y la paz.

La *Convención sobre la protección y la promoción de la diversidad de las expresiones culturales*¹⁴ fue adoptada por la 33.^a sesión de la

¹⁴ *Convención sobre la protección y la promoción de la diversidad de las expresiones culturales*, aprobada el 20 de octubre de 2005, en [http://portal.unesco.org/culture/es/ev.php-URL_ID=33232&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html].

Conferencia General en 2005, entró en vigor el 18 de marzo de 2007. La Convención no abarca todos los aspectos de la diversidad cultural como la Declaración Universal de la UNESCO sobre la diversidad cultural. El objetivo de la Convención es reforzar los cinco eslabones inseparables de una misma cadena: la creación, la producción, la distribución, el acceso y el disfrute de las expresiones contenidas en las actividades culturales, los bienes y los servicios.

En esta relación la Convención insiste en que las actividades, los bienes y los servicios culturales son de índole a la vez económica y cultural, porque son portadores de identidades, valores y significados, y por consiguiente no deben tratarse como si sólo tuviesen un valor comercial.

En consonancia con la Declaración de 2001, la convención subraya que la diversidad cultural amplía las posibilidades de elección que se brindan a todos; es una de las fuentes del desarrollo, entendido no solamente en términos de crecimiento económico, sino también como medio de acceso a una existencia intelectual, afectiva, moral y espiritual satisfactoria. Por eso se necesitan políticas y medidas culturales, locales, nacionales, regionales o internacionales, que protejan y promuevan la diversidad cultural en general y en las expresiones culturales de las personas, grupos o sociedades, en particular la creación, producción, difusión y distribución de las actividades y los bienes y servicios culturales y el acceso a ellos.

El documento subraya al mismo tiempo la necesidad fomentar el diálogo entre culturas a fin de garantizar intercambios culturales más amplios y equilibrados en el mundo en pro del respeto intercultural y una cultura de paz para desarrollar la interacción cultural, con el espíritu de construir puentes entre los pueblos.

La Convención también reafirma la importancia del vínculo existente entre la cultura y el desarrollo para todos los países, en especial los países en desarrollo, y apoyar las actividades realizadas en el plano nacional e internacional para que se reconozca el auténtico valor de ese vínculo.

La Convención afirma finalmente la necesidad de fortalecer la cooperación y solidaridad internacionales en un espíritu de colaboración, a fin de reforzar, en particular, las capacidades de los países

en desarrollo con objeto de proteger y promover la diversidad de las expresiones culturales.

En lo que se refiere más directamente al tema de cultura y desarrollo, en cuanto a los principios de base, la Convención subraya la complementariedad de los aspectos económicos y culturales del desarrollo habida cuenta que la cultura es uno de sus principales recursos.

En cuanto al papel de la cultura en el desarrollo sostenible la Convención declara también que la diversidad cultural es una gran riqueza para las personas y las sociedades. La protección, la promoción y el mantenimiento de la diversidad cultural son una condición esencial para un desarrollo sostenible en beneficio de las generaciones actuales y futuras.

Con la adopción de la Convención se creó por primera vez en la historia del derecho internacional un instrumento que codifica y reafirma claramente el derecho soberano de los estados a conservar, adoptar y aplicar políticas y medidas que estimen apropiadas para proteger y promover la diversidad de las expresiones culturales en su territorio, garantizando al mismo tiempo la libre circulación de ideas y obras.

Es particularmente significativo que la adopción de la Convención se adquirió en el contexto de las negociaciones difíciles sobre la liberalización general de la circulación de los productos y servicios de la OMC. En este contexto la Convención –dado que su aplicación puede afectar intereses comerciales y políticos–. Suscitó una polémica animada entre adeptos de la economía liberal y los defensores de la diversidad que raramente ocurre en relación de temas culturales. Se puede pensar que esta discusión polémica y la emergencia de de la economía creativa han contribuido de atraer la atención de la opinión pública, más allá de los profesionales, a la importancia vital de la cultura en el desarrollo.

A este nivel cabe mencionar el reciente Informe Mundial de la UNESCO titulado «Invertir en la diversidad cultural y diálogo intercultural»¹⁵ que analiza los retos de la diversidad cultural, que ha surgido como una preocupación clave de la comunidad internacional en las últimas décadas, y los mapas y nuevos enfoques de la

¹⁵ *Invertir en la diversidad cultural y diálogo intercultural*, UNESCO, París, 2009. Resumen en [<http://unesdoc.unesco.org/images/0018/001847/184755S.pdf>].

supervisión y la configuración de los cambios que están teniendo lugar en consonancia con los Objetivos del Milenio de Naciones Unidas.

Su objetivo es ofrecer una contribución concreta a la agenda de desarrollo sostenible y la paz basada en el principio de «unidad en la diversidad». En su análisis el Informe Mundial tiene por objeto tener en cuenta las nuevas perspectivas abiertas por la reflexión sobre los retos de la diversidad cultural en consonancia con las conclusiones de *Nuestra diversidad creativa*, Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo (1996).

En el capítulo 7, titulado «La diversidad cultural: una dimensión clave del desarrollo sostenible», el informe subraya que no hay una sola vía prescrita para el desarrollo de una sociedad. Por consiguiente, las estrategias de desarrollo sostenible no pueden ser culturalmente neutrales: no sólo deben ser culturalmente sensibles, sino también sacar provecho de las ganancias resultantes de la interacción dinámica entre las culturas. Así los principios de la diversidad cultural deberían tenerse en cuenta en el diseño, ejecución y seguimiento de todas las políticas de desarrollo.

VIII. INTEGRACIÓN DE UN ENFOQUE CULTURAL EN LAS ESTRATEGIAS DE DESARROLLO

Como ya los recordamos, más de tres décadas después de la Conferencia de Accra, estamos todavía lejos de la aplicación generalizada del enfoque cultural en las estrategias de desarrollo. A pesar de esto podemos identificar resultados importantes que merecen ser recordados.

A nuestro conocimiento los primeros esfuerzos se realizaron en este sentido desde los años ochenta por ejemplo con la adopción de la Declaración de los aspectos culturales del Plan de acción de Lagos por la Asamblea de los Jefes de Estado y de gobierno de la Organización de la Unidad Africana (OUA, 1985) y del Acuerdo Cultural Cuadro de los Estados miembros de la Comunidad Económica de África del Oeste (CEDEAO, 1987), declaraciones importantes en el nivel de los principios que lamentablemente no tenían muchas aplicaciones prácticas.

En cambio, debido a un esfuerzo común de la UNESCO y la Secretaría del Grupo de los países de África, del Caribe y del Pacífico (ACP) en 1985 se integró un capítulo nuevo sobre cooperación social y cultural en la Convención de Lomé III, acuerdo de cooperación entre la CEE (predecesora de la UE) y los Estados ACP, que ya ofreció posibilidades para acciones concretas que quedaron aparentemente poco utilizadas.

Como ya lo mencionamos en la parte V de este capítulo sobre la investigación metodológica, a partir de los años noventa varios organismos de las Naciones Unidas (el Banco Mundial, la UNICEF, el Fondo de Población de las Naciones Unidas –FNUAP–, etc.) comenzaron a preocuparse por la dimensión cultural de algunos de sus programas (sin que las conclusiones de estas experiencias hayan tenido necesariamente consecuencias para la estrategia general del organismo respectivo).

En este periodo parecía que eran las organizaciones no gubernamentales bien estructuradas trabajando directamente con las comunidades beneficiarias, como por ejemplo ENDA Tercer-Mundo u OXFAM, que tenían las experiencias más concretas adquiridas en este campo al beneficiar de su mayor flexibilidad y de su capacidad de análisis científica.

A partir de las informaciones de que disponemos, aparece que eran los países nórdicos, Canadá y los Países Bajos los que comenzaron ya desde los años ochenta a explorar las implicaciones de las dimensiones culturales del desarrollo.

Después del Decenio cultural y, en parte, bajo su impulso se multiplicaban las iniciativas tomadas por los Estados miembros para la formulación de documentos estratégicos oficiales o de manuales prácticos con vistas a integrar más sistemáticamente las prioridades y perspectivas culturales en su acción de cooperación para el desarrollo.

Así en 2000, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Finlandia publicó un manual titulado *Navegando por la Cultura: Una hoja de ruta para la cultura y el desarrollo*¹⁶ a tal efecto, en 2002 y 2003 la DANIDA

¹⁶ *Navigating Culture: A Road Map to Culture and Development*, Ministry for Foreign Affairs, Department for International Development Co-operation, Helsinki, 2000, en [<http://formin.finland.fi/Public/download.aspx?ID=13686&GUID=199345073-A298-48C1-AF08-FA0C425D2984>].

(Dinamarca)¹⁷ y la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación¹⁸, adoptaron sus estrategias culturales de cooperación. Pocos años más tarde fueron publicadas la estrategia de cooperación de Noruega para la cultura y los deportes¹⁹ y la nueva Política de la SIDA para la cultura y las medias (Suecia)²⁰.

Entre estos esfuerzos la experiencia española merece una atención particular por ser la más ambiciosa y completa. En realidad en los últimos años la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) tomó el liderazgo en este campo dedicando mucha energía e importantes recursos a la promoción y aplicación del conocimiento adquiridos en este campo.

En 2005 se adoptó la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Cooperación Española que preconiza la integración del respeto a la diversidad cultural y de la dimensión cultural en todas las intervenciones de desarrollo realizadas en el marco del Plan director de la cooperación española. La Estrategia tiene el objetivo de «abrir un amplio campo de potencialidades a los actores de la cooperación, que permita avanzar hacia un tratamiento más preciso de las posibilidades de la cultura como una importante dimensión de la lucha contra la pobreza y contra la exclusión social». En este proceso el respeto a la diversidad cultural aparece como una prioridad horizontal.

La realización de estos objetivos se acompaña de iniciativas de investigación, de formación, y de información que además de movilizan las competencias en España contribuyen a la dinamización de

¹⁷ *Culture and Development - Strategy and Guidelines*, DANIDA, Copenhagen, 2002, en [<http://www.um.dk/Publikationer/Danida/English/DanishDevelopmentCooperation/CultureAndDevelopment/index.asp>].

¹⁸ *La cultura no es un lujo: La cultura en el desarrollo y la cooperación*, Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE) y Ministerio Suizo de Asuntos Exteriores (DFAE), Berna, 2003, en [www.sdc.admin.ch/ressources/resource_en_23852.pdf].

¹⁹ *Strategy for Norway's culture and sports co-operation with countries in the South*, Norwegian Ministry of Foreign Affairs, Oslo, 2005, en [<http://www.regjeringen.no/upload/kilde/ud/rap/2005/0022/ddd/pdfv/265661-culture.pdf>].

²⁰ *Culture and Media in Development Co-operation - The SIDA's policy for culture and media*, Swedish International Development Agency, Estocolmo, noviembre de 2006, en [http://www.sida.se/shared/jsp/download.jsp?f=SIDA30665en_PolicyCulture.pdf&a=25665].

la cooperación al nivel interregional. Hay que destacar los convenios que concluyó la AECID con el PNUD y la UNESCO en particular para fortalecer con importantes recursos la integración de la cultura, dimensión negligada, en la realización de los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

En el nivel de las estrategias internacionales y regionales se nota también resultados significativos.

Por ejemplo el acuerdo de cooperación que rige la cooperación entre la UE y los países ACP (África, Caribe y Pacífico)²¹ firmado en 2000 en Cotonou declara claramente en el artículo n.º 27 sobre «Desarrollo cultural» que la cooperación en el ámbito de la cultura tendrá por objeto:

1. Integrar la dimensión cultural en todos los niveles de cooperación al desarrollo.
2. Reconocer, preservar y promover los valores e identidades culturales que permitan el diálogo interreligioso.
3. Reconocer, preservar y promover el valor del patrimonio cultural, apoyar el desarrollo de la capacidad en este sector.
4. Desarrollar las industrias culturales y mejorar las oportunidades de acceso a mercado de bienes y servicios culturales.

Como lo comenta Stefano Manservisi, director general de Desarrollo de la Comisión Europea en su artículo titulado «¿Hay un nuevo método para la Cultura y el Desarrollo de la Estrategia de la Política de Desarrollo de la UE?»²², desde entonces estos principios se tradujeron en múltiples acciones concretas, y ganaron en prioridad en varios niveles, por ejemplo en el marco de la Agenda Europea para la Cultura en un Mundo en vías de Globalización (2007)²³ o el

²¹ *Partnership Agreement ACP-EU*, Cotonou, junio de 2000, en [http://ec.europa.eu/development/icenter/repository/Cotonou_EN_2006_en.pdf].

²² Véase Stefano Manservisi, director general de Desarrollo de la Comisión Europea, «Is there a New Approach to Culture and Development in the Strategy of the EU Development Policy?», *Africa e Mediterraneo* 68, diciembre de 2009, pp. 14-18.

²³ Véase *Agenda Europea para la Cultura en un Mundo en vías de Globalización*, en [http://europa.eu/legislation_summaries/culture/l29019_es.htm].

Acuerdo de Cooperación entre la Unión Africana y la Unión Europea (2007)²⁴ dedicando un capítulo substancial a la cooperación cultural.

Existen también realizaciones significativas en otras regiones u organizaciones. En 2004 se publicó un documento metodológico concebido por la SEAMEO – SPAFA (South-East Asian Ministers of Education Organization-Regional Centre for Archaeology and Fine Arts) sobre la directivas para la gestión de la integración de la cultura en programas de desarrollo²⁵.

En África, la Asamblea de los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Africana (Jartum, 2006) adoptó la *Carta para el renacimiento cultural africano*²⁶, que subraya la necesidad de integrar los objetivos culturales en las estrategias de desarrollo confirmando y completando así la breve referencia que se hace sobre este tema en el NEPAD (New Partnership for Africa's Development)²⁷. En cuanto a África una parte cada vez más grande integra de una manera la cultura en los documentos de estrategia de reducción de la pobreza (DELP) entre otros Benin, Burkina Faso, Camerún, Gambia, la República del Congo, Ghana, Malí, Nigeria y Senegal.

Más recientemente, en noviembre de 2009, la Commonwealth adoptó una Declaración sobre Cultura y Desarrollo²⁸, cuyo objetivo es poner de relieve la importancia de las múltiples conexiones entre la cultura y el desarrollo, y el valor añadido que puede lograrse mediante la adopción de una mayor consideración de la cultura en el desarrollo. Esta Declaración fue precedida por la publicación del informe

²⁴ *The Africa-EU Strategic Partnership - Joint Strategy and Action Plan*, en [http://www.eu2007.pt/NR/rdonlyres/D449546C-BF42-4CB3-B566-407591845C43/0/071206jsapenlogos_formatado.pdf].

²⁵ *Guidelines for managing the integration of culture into development programmes*, SEAMEO-SPAFA, Bangkok, 2006, en [<http://www.seameo-spafa.org/files/book.pdf>].

²⁶ *Charter for African Cultural Renaissance*, Parte 1, Art. 3, § g, en [http://www.africa-union.org/root/au/Documents/Treaties/text/Charter%20-%20African%20Cultural%20Renaissance_EN.pdf].

²⁷ En [<http://www.nepad.org/framework/lang/en>].

²⁸ *Commonwealth Statement on Culture and Development*, Commonwealth Foundation, 2009, en [http://www.commonwealthfoundation.com/uploads/documents/Statement_on_Culture_web1.pdf].

titulado *Poniendo la cultura primero (Putting Culture First)*²⁹ que propone a los Estados miembros de la Commonwealth actividades y orientaciones para mejor integrar la cultura y el desarrollo.

Dentro de las instituciones de las Naciones Unidas cabe mencionar los varios informes mundiales publicados por el PNUD sobre La libertad cultural en el mundo diverso de hoy (2004)³⁰, el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA/FNUAP) sobre «El estado de la población mundial en 2008: Cultura, género y derechos humanos»³¹ y por la CNUCED (conjuntamente con el PNUD, la UNESCO, la OMPI y el CCI) sobre la economía creativa (2008)³² que aportaron una importante contribución al mejor conocimiento de los diversos aspectos de la realidad y de la problemática de las dimensiones culturales del desarrollo.

IX. CONCLUSIÓN

Estas experiencias positivas no deben esconder el hecho que al nivel internacional las políticas y estrategias nacionales e internacionales de desarrollo siguen ser dominadas por preocupaciones económicas, inclusive en muchas estrategias de economía cultural y creativa.

Las prioridades culturales continúan a ser negligados, inclusive en comparación con otros campos cualitativos, sociales o ambientales, del desarrollo socioeconómico.

Hay que continuar con los esfuerzos en todos los aspectos de la labor ya realizada: reflexión, investigación, perfeccionamiento y experimentación de los métodos e instrumentos de planificación y de evaluación, formación de especialistas, sensibilización de los decidores y actores de todos los sectores, capitalización y difusión de los

²⁹ *Putting Culture First*, Commonwealth Perspectives on Culture and Development, Commonwealth Foundation, Londres, 2008, en [http://www.commonwealthfoundation.com/uploads/documents/finalPuttingCultureFirst_web3.pdf].

³⁰ PNUD, en [<http://hdr.undp.org/en/reports/global/hdr2004/chapters/spanish/>].

³¹ FNUAP, en [http://www.fpfe.org/docs/UNFPA_EstPobMundial2008_Esp.pdf].

³² *Informe sobre la economía creativa 2008*, UNCTAD, en [http://www.unctad.org/sp/docs/ditc20082ceroverview_sp.pdf].

conocimientos y experiencias, información y concienciación del público, desarrollo de redes de cooperación, etc.

El interés que se manifiesta hacia la economía creativa y el desarrollo de las industrias culturales puede servir de base para ir más adelante hacia un reconocimiento efectivo y más completo del papel de la cultura en el desarrollo.

La tarea es inmensa y necesita una intensificación y dinamización de la cooperación internacional e interdisciplinaria.

Según el programa propuesto para 2010 y 2011, en el marco del Gran Programa IV de la UNESCO proseguirán las actividades relativas a la integración de la cultura y el desarrollo. Se centrarán en la incorporación de los principios de diversidad cultural y diálogo intercultural a las políticas nacionales de desarrollo en cuanto a condiciones indispensables para la cohesión social, el desarrollo y la paz. En el eje de acción 5 se concederá prioridad a la promoción de la cultura como un pilar indispensable de las políticas de desarrollo mediante la integración del tema de la cultura en los distintos países, así como de los principios de la diversidad cultural y el respeto de ésta como condición del diálogo y la cohesión social. Este objetivo prioritario se perseguirá en el contexto de la iniciativa «Unidos en la acción» y los ejercicios de programación conjunta de los equipos de las Naciones Unidas en los países, comprendidas las evaluaciones comunes para los países y los Marcos de Asistencia de las Naciones Unidas para el Desarrollo (MANUD), las estrategias de lucha contra la pobreza, los enfoques sectoriales y las estrategias conjuntas de asistencia, que se beneficiarán de la utilización del «lente de programación para la diversidad cultural» como instrumento normativo.

Asimismo, se desplegarán esfuerzos mediante la ejecución de proyectos financiados por el Fondo PNUD-España para el logro de los ODM, en particular por medio del seguimiento y evaluación de los 18 proyectos extrapresupuestarios seleccionados en el marco de la ventana temática «Cultura y desarrollo». Al mismo tiempo, la UNESCO seguirá tomando parte en procesos nacionales y regionales de formulación de políticas culturales innovadoras.

Las posibilidades ofertadas por el programa de la UNESCO son importantes, pero deben completarse con otros esfuerzos coordinados. A tal efecto se necesita sobre todo la creación de un mecanismo

o de dispositivos de coordinación facilitando el pilotaje de las iniciativas, la evaluación sistemática de los resultados y la definición de la evolución de las prioridades para dar una eficacia más grande a la búsqueda de las soluciones más apropiadas.

4. CULTURA Y DESARROLLO: INTERSECCIONES VIGENTES DESDE UNA REVISIÓN CONCEPTUAL REFLEXIVA

ALBERTO ABELLO VIVES*, AUGUSTO ALEÁN PICO Y

ELOÍSA BERMAN ARÉVALO

Universidad Tecnológica de Bolívar

Pocos conceptos en las ciencias sociales han sido objeto de tan prolífica y profunda actividad reinterpretativa como aquellos de cultura y desarrollo en las últimas décadas. En consecuencia, la teorización sobre sus posibles intersecciones es un campo dinámico, testigo de acercamientos y rupturas, y de nuevas propuestas que evidencian relaciones en doble vía y a través de diversos canales. Analizar la interrelación entre estos conceptos es pertinente porque ellos son un reflejo de la manera en que, como sociedad y como individuos, nos vemos a nosotros mismos y al otro, de nuestras aspiraciones y frustraciones y nuestro posicionamiento en un contexto político e histórico.

Hoy en día existe poco menos que un consenso entre académicos, tomadores de decisiones y aun entre políticos en torno a la idea de que el desarrollo es un fenómeno multidimensional que debe ser abordado de manera interdisciplinaria. De ahí la necesidad del diálogo entre las diferentes ciencias sociales para comprender el significado del desarrollo. El presente artículo comienza delineando las grandes tendencias en el pensamiento sobre el desarrollo desde las ciencias sociales, como marco de referencia a la luz del cual se entienden los diferentes «tipos» de relación entre desarrollo y cultura propuestos más adelante.

* Director y profesores, respectivamente, de la Maestría en Desarrollo y Cultura de la Universidad Tecnológica de Bolívar, Cartagena de Indias. Los tres son miembros del Nodo en Desarrollo y Cultura adscrito al Instituto de Estudios para el Desarrollo (IDe) de esa misma universidad. Agradecen a Ana Lucía Rodríguez su colaboración como asistente de investigación. Sus correos electrónicos son: aabello@unitecnologica.edu.co; aalean@unitecnologica.edu.co; eberman@unitecnologica.edu.co.

I. EL DESARROLLO: DE «DESTINO INEVITABLE» A DISCURSO

Las nociones de desarrollo en el mundo occidental moderno podrían ser trazadas desde el surgimiento del capitalismo industrial en Europa a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX (Edelman y Hauergraud, 2007, p. 5), momento en el cual se vislumbra un progreso material dramático en un contexto de desorden social como consecuencia de las rápidas migraciones urbanas, la pobreza y el desempleo (*ibíd.*). El pensamiento en torno a ese momento histórico del desarrollo se vio entonces dominado por supuestos teleológicos que incluían, entre otras, un paso *del parentesco hacia* el contrato, *de* la agricultura *hacia* la industria, *de* lógicas personalizadas *hacia* lógicas racionales y burocráticas, de la tradición *hacia* la modernidad o de la pobreza *hacia* la riqueza. Los teóricos clásicos desarrollaron ideas en torno a las causas, los fines y las limitantes de diferentes modos de desarrollo, que sin embargo compartían la idea de un progreso histórico inevitable hacia los fines anteriormente mencionados. Dentro de este grupo de pensadores de la «pre-historia» del pensamiento sobre el desarrollo están las corrientes de pensadores de la Ilustración, hegelianas y marxistas, así como economistas clásicos como Adam Smith y David Ricardo. La primera mitad del siglo XX produjo notables aportes al pensamiento sobre el desarrollo con sociólogos como Max Weber en cuya obra *La Ética Protestante* explora las condiciones del desarrollo capitalista en el marco de dicotomías como «occidental» y «no-occidental» y «tradicional» *vs.* «moderno», concibiendo al «tradicionalismo» como obstáculo para este tipo de desarrollo y proponiendo la existencia de pre-condiciones culturales favorables al capitalismo, particularmente el sistema de valores relacionado con el protestantismo (Weber, 2002).

Un segundo período en el pensamiento sobre el desarrollo comenzó en 1944 con el establecimiento de las instituciones creadas en la Conferencia de Bretton Woods, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, de la mano de un conjunto de medidas para promover el crecimiento económico de las naciones. Así, en los años posteriores a la finalización de la segunda guerra mundial, el desarrollo era sinónimo de crecimiento económico, entendido como aumento del ingreso monetario de las personas de un país. Posteriormente

se entendió el desarrollo económico como un objetivo a alcanzar gracias a la industrialización, la promoción de las exportaciones y la participación activa del Estado en la actividad económica, entre otros aspectos. Las políticas nacionales y de las entidades multilaterales antes mencionadas incorporaban la reducción de la pobreza y el crecimiento económico en un «Tercer Mundo» cuyo desarrollo dependería de la aplicación de la experticia de los países del Norte, en el marco de la cooperación Norte-Sur y las instancias multilaterales.

A finales de los años ochenta y principios de los noventa se intensificó la concepción del desarrollo con el liberalismo económico. La aplicación del denominado modelo neoliberal, en particular en los países de América Latina, estuvo a la orden del día. Desestatizaciones de empresas públicas, flexibilización del mercado laboral, apertura al comercio exterior, control de la inflación, fueron algunas de las políticas que se pusieron en práctica en estos países, las cuales favorecerían la dinámica económica con la cual se alcanzaría desarrollo. Se retornaba al entendimiento del desarrollo en términos de aumento del ingreso. Hoy día se sabe que tales políticas no tuvieron resultados positivos para la gente de los países en vías de desarrollo, y lejos de alcanzar el objetivo del desarrollo, concebido desde una mirada capitalista, se alejaron del mismo. El «fracaso» ha dado lugar desde mediados de los noventa a un replanteamiento de la hegemonía del modelo neoliberal a raíz de serias críticas hechas por algunos de sus anteriores abanderados, quienes han abogado por políticas que prioricen la reducción de la inequidad y la pobreza (Sachs, 2006; Stiglitz, 2002).

A finales de los ochenta también se construían enfoques teóricos que permitirían, en los noventa, concebir esquemas alternativos de desarrollo. El paradigma del desarrollo humano, fundamentado en la concepción de «desarrollo como libertad» de Amartya Sen, fue institucionalizado por el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas. En este, la vida de las personas, en sus múltiples dimensiones es el fin del desarrollo. Los otros aspectos tales como el ingreso, el auge de la industria, la participación del Estado, etc., constituyen medios del desarrollo. Esta interpretación novedosa y alternativa permitió entender el desarrollo en varias dimensiones así como en un contexto multidisciplinar.

Por otro lado, una serie de planteamientos desde las ciencias sociales aportaron elementos importantes en la deconstrucción de un

concepto universalista del desarrollo, evidenciando su naturaleza como discurso construido desde una cultura y una posición política particular. Estos nuevos pensadores del desarrollo, entre los que destacan las corrientes posmarxistas, poscolonialistas y posdesarrollistas, se fundamentaron en los trabajos precursores de Michel Foucault, quien desarrolló la idea del discurso como una forma de representación –una forma de conocimiento particular– sobre determinado tema que se institucionaliza como Verdad en el contexto de relaciones de poder desiguales. Esta confluencia entre poder y conocimiento en forma de discurso se nutrió de las críticas al colonialismo expuestas, entre otros, por Franz Fanon (1973) y Edward Saïd (1978) que en los sesenta y setenta habían evidenciado la función política de la separación entre Occidente y «el resto» y de los esencialismos culturales y juicios de valor ligados al uno y al otro.

En este contexto, pensadores contemporáneos como Arturo Escobar conciben el desarrollo como discurso histórico que construye una relación jerárquica entre el Primer y Tercer Mundo y hace un llamado a dejar de lado el desarrollo e iniciar la «invención social de nuevas narrativas, de nuevas formas de pensar y de obrar» que partan de una multiplicidad de visiones (Escobar, 1996, p. 49).

Desde una posición que aboga por el reconocimiento del valor de la cultura como medio y fin del desarrollo, el trabajo de Sen y de las corrientes críticas contemporáneas nos plantean un campo fértil para el posicionamiento de cultura y desarrollo como conceptos no sólo compatibles sino mutuamente definitorios. Aún en el marco de concepciones capitalistas –modernizadoras o neoliberales– del desarrollo, la cultura es hoy en día una dimensión fundamental del desarrollo. No en vano, un creciente número de autores profundizan en este campo de interacción, cubriendo un amplio espectro temático que va desde las «industrias culturales» como medio para el desarrollo económico hasta la «libertad cultural» como fin del desarrollo. Con base en la revisión de diferentes autores en el mencionado campo de intersección, proponemos a continuación tres tipos fundamentales de relación: la cultura como un medio para el desarrollo, la cultura como contexto del desarrollo y la cultura como fin del desarrollo. Los contenidos de cada tipo se relacionan permanentemente con las maneras de concebir el desarrollo expuestas

arriba, haciendo énfasis selectivos en aquellas intersecciones que consideramos más pertinentes en el contexto contemporáneo.

II. CULTURA COMO MEDIO PARA EL DESARROLLO

El primer tipo de intersección hace referencia a las posiciones en las que la cultura es vista como un recurso bajo una visión prescriptiva donde se introducen o fortalecen los *medios* (en este caso, la cultura) para conseguir determinados *finés* del desarrollo. En este tipo de análisis, los fines valorados son el desarrollo económico en términos de dinamización de economías o aumento del ingreso, y democracia y gobernanza en el ámbito político. Las contribuciones de la cultura a la generación de empleo, de riqueza, a la construcción de ciudadanía, de cohesión social, entre otros propósitos sociales sirven al desarrollo bajo esta visión. Un comentario de Yúdice puede ilustrar este punto: «En circunstancias (estables) los museos y la renovación de zonas ribereñas pueden contribuir al desarrollo económico de las ciudades y atraer innovadores a la industria local; los artistas de la comunidad pueden paliar, en alguna medida, algunos problemas sociales como el racismo, la segregación y las migraciones; la integración cultural supranacional puede proporcionar los medios para que los profesionales de los países periféricos compitan con sus homólogos del Primer Mundo y el consumo puede ser una manera de ejercer ciudadanía y así sucesivamente» (Yúdice, 2002, p. 393).

Dentro de este primer tipo de relación entre cultura y desarrollo, se inscriben las expresiones de la cultura con fines de mercado: industrias creativas, culturales y del *copyright*. En estas visiones se muestra a la cultura como generadora de riqueza, de empleo, y de otras variables económicas tales como exportaciones e importaciones y su aporte al producto interno bruto del país. Es un mecanismo para el crecimiento económico y una posibilidad para alcanzar el desarrollo.

Son muchos los estudios recientes que se han interesado por hacer mediciones sobre la economía de la cultura. En el caso de América Latina el Convenio Andrés Bello y la Organización Mundial para la Propiedad Intelectual (OMPI) han promovido varios y diversos estudios sobre el tópico, en la última década. Estas investiga-

ciones buscan, en términos generales, cuantificar los aportes económicos del sector cultural a las economías nacionales, al empleo y al comercio internacional, y caracterizar el sector de bienes y servicios culturales. Incluso la UNCTAD realizó un informe mundial sobre economía creativa donde proporciona datos sobre la mayoría de los países del mundo, (UNCTAD, 2008).

En el marco de este tipo de análisis, donde la cultura es contribuyente del desarrollo, García Canclini sugiere dos puntos de partida para hablar hoy de cultura y desarrollo. Uno, «consiste en recordar que la cultura no es vista ahora como un bien suntuario, una actividad para los viernes a la noche o los domingos de lluvia, en la cual los gobiernos tienen que gastar, sino un recurso para atraer inversiones, generar crecimiento económico y empleos (...). El otro lugar desde donde pueden enfocarse los vínculos entre cultura y desarrollo es el de la desigualdad y la penuria» (García Canclini, 2005, p. 6). Más allá de una visión mercantil de la cultura, este autor concibe la cultura como una dimensión transversal a cualquier estrategia para el desarrollo, más allá del «sector cultura», señalando que «la cultura y las comunicaciones contribuyen al desarrollo comunitario, la educación para la salud y el bienestar, la defensa de los derechos humanos y la comprensión de otras sociedades» (*ibíd.*, p. 6).

Es así como es posible incluir en esta primera visión las expresiones y formas de uso de la cultura para el desarrollo que no están relacionadas exclusivamente con una actividad de mercado: políticas culturales donde se usa la cultura para la salud, comunicación para el desarrollo, la cultura como creadora de tejido social, constructora de ciudadanía y de convivencia, entre otras. En todas estas nociones el fin es el desarrollo –económico o no– y la cultura es un medio para lograrlo.

Siguiendo a Yúdice podemos comentar que la cultura transformada en recurso es un rasgo «obvio» de la vida contemporánea provocado por el efecto de la globalización de transformar todo en recurso y por la nueva aparición de la cultura como episteme en sentido foucaultiano, es decir, en modalidad de relación entre el pensamiento y el mundo (Yúdice, 2002, p. 43). Para este autor, la definición de la cultura como recurso: «Constituye el eje de un nuevo marco epistémico donde la ideología y buena parte de lo que

Foucault llamó sociedad disciplinaria son absorbidas dentro de una racionalidad económica o ecológica, de modo que en «cultura» tienen prioridad la gestión, la conservación, el acceso, la distribución y la inversión» (Yúdice, 2002, p. 13). El autor representa así una corriente de pensamiento crítica que evidencia la dimensión de Poder en las nuevas concepciones de cultura como recurso.

Para Amartya Sen, la cultura puede verse como recurso para el desarrollo, a través de un *vínculo instrumental*, pero más allá de esto, valora el papel esencial que puede jugar la cultura como objetivo primordial del desarrollo. Sen reconoce la concepción actual de la cultura como facilitadora de un desarrollo económico valorado *per se* y propone el ejercicio contrario, la cultura valorada en sí misma y el crecimiento económico como medio para alcanzar el fin de la libertad cultural y de las demás libertades intrínsecas. La crítica para este autor proviene de que considera que la cultura no puede reducirse a una posición facilitadora del desarrollo, debiendo estar en el los fines. Al respecto Sen comenta: «No puede haber duda de que este vínculo instrumental es de gran interés y relevancia, en virtud de que el proceso de crecimiento económico es por una razón u otra muy apreciado. Sin embargo, la pregunta que surge es: ¿Debe valorarse el crecimiento económico en sí mismo, llevando así al atesoramiento de esos elementos (incluyendo los parámetros culturales) que promueven el crecimiento? ¿O es el crecimiento económico en sí un instrumento y no puede reclamar un papel fundacional como pueden tenerlo los aspectos culturales de la vida humana? Es difícil pensar que la gente tiene buenas razones para valorar los bienes y los servicios, sin tomar en cuenta cómo afectan nuestra libertad de vivir en la forma en que la valoramos. También resulta difícil aceptar que el papel de la cultura puede ser plenamente capturado en un concepto puramente instrumental. Ciertamente, aquello que tenemos razón de valorar, nuestro tribunal de última instancia, debe estar relacionado con la cultura y, en este sentido, no podemos reducir la cultura a una posición secundaria como mero promotor del crecimiento económico» (Sen, 1998).

Podemos resumir las interpretaciones de la visión de la cultura como un medio para el desarrollo en la Figura 1. Esta primera relación entre cultura y desarrollo se caracteriza por tener a la esfera cultural como facilitadora o como medio para una finalidad de desa-

FIGURA 1.



FUENTE: Elaboración de los autores.

rollo que puede ser de carácter social, político o económico, pero que se constituye en la finalidad valorada para la cual sirve la cultura. Por ejemplo, en los estudios que hacen análisis sobre la contribución económica de la cultura, la definición práctica de desarrollo resulta ser el crecimiento económico, la generación de empleo o valor agregado, mientras que la de cultura se limita a aquellas actividades generalmente artísticas o creativas que son transables en la economía. Este enfoque cuenta con una conceptualización de cultura al servicio de los propósitos de su medición en el mercado y resulta buena para ejemplificar los casos en los que la cultura se constituye en un recurso del desarrollo.

En resumen, la cultura en esta primera tipología es instrumental en el logro de fines de desarrollo económico, social o político. En términos del pensamiento en torno al desarrollo, estaría enmarcada, por un lado, en un desarrollo capitalista, convertida en un sector más dentro del mercado de bienes y servicios. En un sentido similar, la cultura sería un medio para lograr valores considerados universales como la democracia, la gobernanza o la participación.

Por otro lado, como nos recuerda Yúdice, su carácter instrumental en procesos sociales y políticos encuentra eco en ideas foucaultianas ya no como discurso, sino como campo de negociación de relaciones y significados atravesado por la dupla Poder/Conocimiento.

III. CULTURA EN EL DESARROLLO: EL DESARROLLO UBICADO EN EL CONTEXTO CULTURAL

Una segunda relación entre cultura y desarrollo es aquella donde se reconoce que los modelos, planes, programas y propósitos de desarrollo actúan en un campo cultural. En este sentido la cultura actúa como el escenario del desarrollo. Dentro de este tipo de relación, reconocemos tres grandes perspectivas: la primera asume el desarrollo como un proceso de contenidos incuestionados y universales y se enfoca en el contexto cultural de las sociedades «objeto» del desarrollo; la segunda analiza también a las sociedades objeto de programas de desarrollo, pero esta vez desde una perspectiva crítica a estos programas, que fracasan en la imposición de modelos inviables en determinados contextos culturales. La última se centra en la definición del concepto de desarrollo en sí, analizándolo como una construcción cultural que es legitimada o contestada en un entramado de negociaciones de significados.

En la primera visión, la cultura es una variable que cobra importancia en la medida en que puede determinar las posibilidades de éxito de proyectos o programas de desarrollo. Bajo esta visión también caben las nociones deterministas de la cultura, que consideran que algunas sociedades o equipamientos culturales son más «aptos» para el desarrollo económico que otras.

En esta línea de pensamiento, el politólogo Samuel Huntington explica las diferencias en desarrollo económico en Ghana y Corea entre los años sesenta y los noventa por cuestiones culturales. A pesar de tener indicadores económicos muy parecidos a finales de los cincuenta, Corea se convirtió en una nación industrializada y Ghana se quedó atrás. «¿Cómo se podía explicar esta extraordinaria diferencia en su desarrollo? Sin duda, hubo muchos factores que incidieron en lo que aconteció, pero me pareció que la cultura podía ser una parte muy importante de la explicación. Los surcoreanos valoraban la frugalidad, la inversión, el trabajo duro, la educación, la organización y la disciplina, mientras que los habitantes de Ghana tenían valores diferentes» (Harrison y Huntington, 2000, p. 8). Las culturas hicieron la diferencia. Esta visión de Huntington es criticada por Sen en el capítulo 1 del Informe de Desarrollo Humano de 2004, donde considera que estas visiones deterministas de la cultura son peligrosas, y explica que las dife-

rencias entre estas dos naciones eran también de índole institucional y educativa, lo que podría explicar mejor las diferencia de rumbos.

Sen afirma: «Aunque estas teorías nos puedan dejar muchas enseñanzas y las conexiones empíricas que exponen puedan ser muy perspicaces, es notable la frecuencia con que algunos aspectos específicos de las explicaciones culturales basadas en la observación del pasado han sido refutados por experiencias posteriores. De hecho, las teorías del determinismo cultural muchas veces han ido a la zaga del mundo real» (Informe sobre el Desarrollo Humano, 2004, p. 19).

Otro ejemplo relevante de estudios que pueden enmarcarse en este tipo de relación es el de Max Weber en *La Ética Protestante* cuya conclusión es que el éxito de las economías capitalistas estuvo profundamente relacionado con la ética protestante, pues ella era proclive a hábitos que favorecían un tipo de racionalidad funcional al éxito económico. Este tipo de conclusiones tiene que ver con una visión de la cultura como escenario de las actividades humanas que define las posibilidades de desarrollo de toda una sociedad. Cultura como atmósfera de una idea de desarrollo incuestionada.

Con una posición crítica frente al desarrollo impuesto «desde arriba», James Ferguson refuerza la concepción de cultura como contexto que hace viable, o no, un determinado proyecto de desarrollo. Su tesis doctoral analiza un programa de desarrollo considerado un fracaso por el precario conocimiento que se tenía sobre el aspecto cultural. Específicamente su caso se basó en unos programas de desarrollo rural que llevó a cabo el Banco Mundial en Lesotho en 1974, que tenían como propósito aumentar la productividad del campo. Las agencias consideraron el proyecto un fracaso, porque no se aumentó la actividad económica de la ganadería con fines de mercado. Lo que no se tuvo en cuenta fue que las reses representaban un conjunto de valores superiores a las ganancias económicas, en esa sociedad. De esta forma, aspectos tales como la cohesión social, el estatus y la vida marital, hacían que fuese preferible permanecer con el ganado que comercializarlo (Ferguson, 2004).

Tendiendo un puente entre el grupo de pensadores expuesto arriba y aquel que se ocupa de la construcción cultural del *concepto* de desarrollo, M. Keatings, en su comparación entre las regiones de Cataluña y Galicia, muestra cómo dos modelos de desarrollo evolu-

cionan diferencialmente de acuerdo a las culturas de cada región, a las instituciones que formaron, a las élites con las que contaron y en general a la forma como plantearon su modelo de desarrollo. La conclusión de su trabajo es que: «La ubicación y la dotación de recursos son aún importantes para el desarrollo pero los legados históricos, las dotaciones culturales y las prácticas sociales son fundamentales para construir el modelo de desarrollo» (Keatings, 2001, p. 14).

Las proposiciones sobre etnodesarrollo de Bonfil Batalla, pueden enmarcarse dentro de esta postura al considerar que el desarrollo se ubica en un escenario cultural; de hecho étnico. Para este autor, el tipo de desarrollo que se da en una población debe ir en relación con las particularidades del mismo, siendo un ejercicio de construcción del futuro. Propone su definición de etnodesarrollo, como el «ejercicio de la capacidad social de un pueblo para construir su futuro, aprovechando para ello las enseñanzas de su experiencia histórica y los recursos reales y potenciales de su cultura de acuerdo con un proyecto que se defina a partir de sus propios valores y privaciones» (Bonfil Batalla, 1995, p. 467).

Finalmente, Arturo Escobar (1996), el mismo Ferguson (1991) y otros pensadores de la línea del posdesarrollo como Gustavo Esteva (2000), se detienen a analizar el proceso de construcción del concepto de desarrollo en sí. Esteva escribe: «La metáfora del desarrollo confirió hegemonía global a una genealogía de la historia puramente occidental, robando a las gentes y pueblos de distintas culturas la oportunidad de definir las formas de su vida social» (2000: 73). La hegemonización de esta metáfora pasa, según estos autores, por la construcción de ideas de pobreza y escasez, así como por la creación de representaciones culturales del Otro que legitiman las intervenciones hacia un modelo determinado de desarrollo.

Escobar cuenta la historia del desarrollo como discurso, como el sueño propuesto desde Europa y Estados Unidos de conducir a América Latina, Asia y África hacia las formas de orden y racionalidad del primer mundo. Se esperaba que con planificación y tecnología las culturas de estos continentes se convirtieran en «clones de los racionales occidentales de los países llamados más avanzados» (Escobar, 1996, p. 13). El discurso del desarrollo es aquí una invención que fácilmente fue apropiada por las élites del Tercer Mundo,

que se dio en una coyuntura histórica específica y que buscaba imitar los modos de vida de los países del llamado Primer Mundo, a través de la modernización (sin importar el costo social, cultural o político) que pasaba por la industrialización, urbanización, educación, tecnificación y adopción de los valores de la modernidad.

En conclusión, vemos que una perspectiva de la cultura como contexto del desarrollo conlleva una multiplicidad de significados. La cultura puede ser, entre otras, factor facilitador o limitante del desarrollo, campo de contestación y producción de alternativas o escenario de hegemonización del desarrollo convencional. Cualquiera de los casos evidencia, por un lado, la imposibilidad de concebir el desarrollo por fuera de un contexto cultural, y por otro, la inevitabilidad de que cada sistema cultural lleve implícito un conjunto de ideas sobre la vida colectiva, el bienestar o, si preferimos, el «desarrollo».

IV. LA LIBERTAD CULTURAL COMO FIN DEL DESARROLLO

La tercera aproximación a la relación entre cultura y desarrollo tiene a la cultura como fin del desarrollo. Este tipo de relación ha sido notorio en su posicionamiento en los círculos institucionales y discursivos globales en las últimas décadas.

El Informe de Desarrollo Humano de 2004 propone la libertad cultural como elemento primordial del desarrollo humano: «La libertad cultural es una dimensión importante de la libertad humana, pues resulta decisiva para que la gente viva de acuerdo con sus preferencias y tenga la oportunidad de escoger entre las opciones a su disposición; o aquellas que podrían estarlo. Promover la libertad cultural debe ser un aspecto primordial del desarrollo humano y exige trascender las oportunidades sociales, políticas y económicas ya que éstas, por sí solas, no garantizan la libertad cultural» (Informe sobre el Desarrollo Humano, 2004, p. 13).

En esta concepción de la relación entre desarrollo y cultura, la cultura ya no es una variable ni un contexto para el desarrollo, es el fin valorado. Siguiendo a Sen, esta tercera forma de relación entre desarrollo y cultura le asigna a la cultura un papel constitutivo en términos de desarrollo: «El desarrollo, en su sentido más amplio, inclu-

ye el desarrollo cultural, que es un componente básico e inseparable del desarrollo en general. Si se priva a las personas de la oportunidad de entender y cultivar su creatividad, eso es en sí un obstáculo para el desarrollo» (Sen, 1998). Para Sen, lo que valoramos y que además tenemos razones para valorar está definitivamente influenciado por la cultura: «El crecimiento económico o cualquier otro objetivo de esa clase, carecen de elementos externos importantes y las cosas que valoramos intrínsecamente, reflejan el impacto de nuestra cultura. Incluso si las mismas cosas tienen un alto valor en sociedades diferentes (sí, por ejemplo, se busca vivir más tiempo y con mayor felicidad, en muchas sociedades muy diferentes), ello no las hace independientes de valores o de las culturas, sólo indica la congruencia de las distintas sociedades en sus razones para hacer tal valoración» (Sen, 1998).

La definición de desarrollo de Sen está relacionada con la ampliación de capacidades y libertades de los individuos, con la expansión del bienestar a través del ejercicio de la agencia individual que permitirá a los individuos gozar de libertades instrumentales y libertades intrínsecas. Dentro de esas libertades intrínsecas, que son el propósito del desarrollo humano se encuentra la cultura: «Para construir sociedades humanas y justas, es necesario entender cabalmente la importancia que reviste la libertad en general, y más específicamente la libertad cultural, lo que a su vez implica que es necesario asegurar y ampliar de manera constructiva las oportunidades de las personas para escoger el modo de vida que prefieran y considerar otros alternativos» (IDH, 2004, p. 14).

Si bien los críticos del desarrollo como Escobar se cuidan en el uso del término «desarrollo», su propuesta podría ser enmarcada dentro de la relación «Cultura como fin del desarrollo», concebido este último como proceso de construcción colectiva que reafirma identidades culturales diversas y se constituye en formas de resistencia y «modernidades alternativas» de los grupos de base a las intervenciones dominantes.

«Las diferencias culturales encarnan posibilidades de transformación social. De las situaciones culturales híbridas o minoritarias pueden surgir otras formas de construir la economía, de asumir las necesidades básicas, de conformarse los grupos sociales» (Escobar, 1996, p. 421). Escobar propone acabar con el discurso del desarrollo como

objetivo incuestionado y Amartya Sen propone dejar de mirar el crecimiento económico como fin en sí mismo para comenzar a mirarlo como uno de los medios para alcanzar la libertad. Las dos posturas, que provienen de visiones distintas, buscan la libertad cultural. De hecho ambos parten de una crítica fuerte a los programas de desarrollo fallidos, a la universalización de la lógica occidental y a la excesiva atención a los valores capitalistas de mercado. Para ambos autores es imposible plantear una postura teórica o metodológica aplicable a todos los lugares del planeta, porque consideran que los ejercicios deben ser autónomos con vigencias en tiempo y espacio.

V. SÍNTESIS DE LAS TRES POSTURAS

Los tres tipos de análisis mencionados en la relación entre el desarrollo y la cultura no son excluyentes, como ilustra la Figura 2. Si partimos de una posición que relativiza la definición desarrollo y lo ubica en el campo de la construcción cultural, se hace evidente el carácter emancipatorio de la afirmación cultural; la cultura es entonces recurso en tanto medio de afirmación de un «desarrollo» cuyo objetivo último se ubica en el plano de las libertades intrínsecas. En este marco, el uso estratégico de la cultura como recurso económico no tendría por qué contraponerse a un proceso de desarrollo respetuoso de la diferencia y la libertad cultural.

FIGURA 2.



FUENTE: Elaboración de los autores.

El análisis desarrollado en este artículo sugiere una serie de implicaciones para el campo de la gestión. Sin poner en cuestión la institucionalidad que soporta la gestión cultural, es claro que, más que un «sector», la cultura es una dimensión del desarrollo, bien sea como recurso, como contexto o como fin. En ese sentido, es importante que desde la academia se avance en la comprensión de las intersecciones desarrollo-cultura aplicadas a las políticas y estrategias de gestión de los diversos sectores del desarrollo. No sería osado pensar que de la transversalización de «lo cultural» en el desarrollo depende la capacidad real de éste último de producir bienestar, equidad y calidad de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMOVSKY, L.; CHUDNOVSKY, D. y LÓPEZ, A. (2001), *Las industrias protegidas por derechos de autor y conexos en la Argentina*, Organización Mundial de la Propiedad Intelectual.
- BONFIL BATALLA, G. (1995), «Etnodesarrollo: sus premisas jurídicas, políticas y de organización», en *Obras escogidas de Guillermo Bonfil Batalla*, Tomo 2, Ciudad de México, pp. 464-480.
- CONVENIO ANDRÉS BELLO y CONSEJO NACIONAL DE CULTURA Y ARTES DE CHILE (2003), *Impacto de la cultura en la economía*.
- CONVENIO ANDRÉS BELLO y MINISTERIO DE CULTURA DE COLOMBIA (2003), *Impacto económico de las industrias culturales en Colombia*.
- EDELMAN, M. y HAUERGRAUD, A. (2007), *The Anthropology of Development and Globalization. From Classical Political Economy to Contemporary Neoliberalism*, Blackwell Publishing.
- ESCOBAR, A. (1996), *La invención del tercer mundo: construcción y desconstrucción del desarrollo*, Norma, Bogotá.
- ESTEVA, G. (2000), «Desarrollo», en Viola, A. (comp.), *Antropología del Desarrollo. Teorías y Estudios Etnográficos en América Latina*, Paidós, Barcelona.
- FANON, F. (2009), *Piel negra, máscaras blancas*, Akal, Madrid.
- FERGUSON, J. (1994), «The Anti-Politics Machine: “Development”, Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho», University of Minnesota Press, Minneapolis.

- FONSECA REIS, A.C. (2008), *Economía creativa como estrategia de desarrollo: una visión de los países en desarrollo*, Itaú Cultural, São Paulo.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2005), «Todos tienen cultura. ¿Quiénes pueden desarrollarla?», Conferencia para el Seminario sobre Cultura y Desarrollo, en el Banco Interamericano de Desarrollo, Washington.
- HARRISON y HUNGTINTGTON (2000), *Culture matters*, Basic Books, New York.
- HUNTINGTON, S.P. (1996), *The Clash of Civilizations and the Remaking the World Order*, Simon and Schuster, Nueva York.
- KEATING, M. (2001), «Rethinking the region: culture institutions and economic development in Catalonia and Galicia», *European Urban and Regional Studies*.
- MERCOSUR CULTURAL (2008), *Nosotros y los otros: El comercio exterior de bienes culturales en América del Sur. Argentina / Brasil / Chile / Colombia / Perú / Uruguay / Venezuela*.
- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL (OMPI) (2001), *Estudio sobre la importancia económica de las industrias protegidas por el derecho de autor y los derechos conexos en los países de MERCOSUR y Chile*, Universidad Gradual de Campinas.
- (2008) *La contribución económica de las industrias de derechos de autor y derechos conexos en Colombia*.
- PIEDRAS FERIA, E. (2004), *¿Cuánto vale la cultura? Contribución económica de las industrias protegidas por los derechos de autor en México*, CONACULTA / SACM / SOGEM.
- SACHS, J. (2006), *El Fin de la pobreza: Cómo conseguirlo en nuestro tiempo*, Debate, Barcelona.
- SAID, E. (1978), *Orientalismo*.
- SEN, A. (1998), *La cultura como base del desarrollo contemporáneo*, UNESCO, Colección: La Cultura Hoy, Veracruz.
- (2000) *Desarrollo y libertad*, Planeta, Bogotá.
- STIGLITZ, J. (2002), *El malestar en la globalización*, Taurus, Madrid.
- UNCTAD (2008), *Creative Economy*.
- WEBER, M. (2002), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Coyoacán, Ciudad de México.
- YÚDICE, G. (2002) *El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global*, Gedisa, Barcelona.

5. REFLEXIONES SOBRE CULTURA Y DESARROLLO EN EL CONTEXTO DE CRISIS

JORDI PARDO

Laboratorio de Cultura y Turismo de
Barcelona Media – Centro de Innovación

I. LA CULTURA Y LA CRISIS

Dice el profesor Manuel Castells, en su trabajo *Comunicación y poder* que todo es un proyecto mental¹. Para la humanidad la cultura es la arquitectura de la supervivencia. En ella residen los ingredientes para la superación de los retos como especie y en ella encontramos las herramientas de conocimiento para resolver nuestras necesidades como organismos vivos y como sujetos sociales. En ese sentido, la cultura es una dimensión fundamental para la gestión del desarrollo. De hecho, y desde una perspectiva antropológica, las formas de desarrollo son una expresión de la cultura. Tanto en la esfera individual o colectiva, nuestra percepción de la vida, el sentido que le damos, y la construcción de oportunidades y respuestas para supervivencia o para acercarnos a la idea de felicidad, son proyectos, construidas a partir de lo que más nos diferencia del resto de los primates: nuestra capacidad intelectual que nos ha permitido crear artefactos, y compartir ideas, saber, conocimiento colectivo. De hecho, es la cultura, como expresión individual o colectiva, lo que más nos diferencia del resto de nuestros parientes primates.

Llenamos el espacio entre el pasado y el futuro con expresiones culturales que definen nuestras capacidades y debilidades. La historia es, de hecho, la historia de la cultura: esa creación de la humanidad que es el testimonio de nuestras grandezas y miserias, de nuestras capacidades y de nuestras incapacidades. Hacer ciencia, crear arte e interrogarnos sobre nosotros mismos ante las incógnitas del univer-

¹ Manuel Castells, *Comunicación y Poder*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

so y del sentido de la vida es la expresión más sofisticada de nuestra capacidad intelectual y de nuestra dimensión cultural.

Sea un estadio superior de avance evolutivo de nuestra especie, o un error de la evolución, la cultura es nuestro elemento distintivo fundamental de nuestra «humanidad»: será la dimensión que nos permitirá superar los retos de supervivencia en el planeta, o bien la que nos conducirá hacia nuestra extinción por provocar el colapso ambiental de la tierra o nuestra auto-aniquilación como especie.

Terminamos viviendo los futuros que hemos imaginado. Las visiones sobre el futuro imaginado hace décadas coinciden bastante con algunas de las características fundamentales de los escenarios en los que vivimos. La cultura, en su expresión colectiva, es una plataforma por la que discurre la construcción de la realidad, y la imaginación del futuro, ya sea en sueños o en prospecciones científicas, tiene que ver con los valores y prioridades de la sociedad que proyecta su devenir. La construcción del futuro no otra cosa que la materialización de un sueño (o también de una pesadilla).

La apología derivada del triunfo de los valores de la economía especulativa está mostrando con fuerza su crueldad las contradicciones de una lógica del desarrollo basada en una concepción cultural del esfuerzo, el valor del trabajo, el talento y la creatividad. Del primer instrumento de piedra hasta la nanotecnología más avanzada, nuestras capacidades intelectuales y sociales han sido la impulsora de respuestas de orden cultural. La cultura ha sido la creadora de la economía en sus múltiples manifestaciones de desarrollo.

Durante mucho tiempo, y en muchos escenarios culturales y geográficos, la capacidad de producción de bienes y servicios ha sido el vector de desarrollo fundamental con el que se ha construido una idea de progreso colectivo. El saber, la ciencia y la técnica han sido motores de riqueza al servicio de ese modelo de desarrollo en el que el acceso a los alimentos, la salud, la educación y el bienestar de la población y otras muchas necesidades cada vez más sofisticadas y complejas han creado valor de cambio e intercambio.

Tanto en las economías de mercado como en las economías planificadas, el crecimiento económico cuantitativo ha sido la base de la creación de riqueza y poder.

Con la caída del muro de Berlín en 1989, la lógica de los mercados y el sistema capitalista quedaron como únicos referentes sistémicos para economía mundial en mercado global. El colapso de la Unión Soviética y el abrazo al modelo capitalista que el Partido Comunista Chino propuso para orientar el crecimiento económico de una de las potencias demográficas mayores del mundo, dejaron sólo pequeños ejemplos pintorescos de estados autárquicos, aislados de forma implícita e explícita del sistema de relaciones internacionales. Los modos de gestionar políticamente esas economías, ya sea desde la lógica ultra-liberal, o desde la socialdemocracia, hasta al comunismo, coinciden con una geografía de mercados interconectados, abiertos, e interdependientes, en los que lo local cada vez interacciona más con lo global. El carácter, más o menos dictatorial, democrático, representativo y participativo de los gobiernos de las naciones, coinciden con un marco común en el que ya nada está aislado. Todo está interconectado y los cambios interactúan tanto en su dimensión económica, cultural y en la medioambiental, uniendo bajo retos comunes o relacionados geografías anteriormente muy distantes y realidades diferentes.

Si el nuevo orden internacional resultado del desmantelamiento de la URSS, con sus efectos directos en todos los países que formaban parte de su constelación, creó un nuevo contexto para el impulso de la economía capitalista a escala planetaria, el impacto de la revolución digital aplicada a los modos de producción, distribución y consumo supuso un impulso con una velocidad de cambio exponencial en las formas y posibilidades de relaciones económicas, sociales y culturales. Especialmente a partir de los años noventa, el avance de la tecnología digital y el uso de internet como infraestructura para la creación de un nuevo espacio virtual de relaciones económica, sociales y culturales, han supuesto un proceso de aceleración de los ciclos económicos, del acceso e intercambio infinitamente más rápido de información, así como de los procesos producción, distribución y consumo de ideas, bienes y servicios, tradicionales. Además, la tecnología digital ha permitido el desarrollo de nuevas oportunidades de relación, creación, intercambio o negocio, inimaginables en la era analógica.

El incremento exponencial de la movilidad de personas y mercancías especialmente gracias al desarrollo global del transporte aéreo,

así como el avance de las telecomunicaciones, han hecho de nuestro planeta, un lugar mucho más pequeño, donde lo desconocido es ya muy cercano, y donde los problemas y retos locales no pueden resolverse sin una lógica global que pone en cuestión los sistemas de gobierno en los que las patrias no tenían conciencia planetaria.

El proceso de concentración urbana de la población mundial forma parte de una tendencia imparable que, como una escenografía del cambio, nos recuerda que cada vez nos alejamos de los patrones de desarrollo del neolítico, en los que la agricultura, y por tanto, el control de la tierra, eran la base imprescindible para la supervivencia de los pueblos y para la construcción de poderes: mayores cosechas para satisfacer a poblaciones más grandes con las que expandir el grupo por dominios más extensos, y al mismo tiempo incrementar la capacidad de concentrar riqueza. De hecho, ese modelo de desarrollo, basado en el crecimiento cuantitativo, ha sido el mismo patrón que ha marcado en gran manera el proceso histórico, ya sea en sociedades protohistóricas, los imperios del mundo antiguo, e incluso el propio desarrollo de las sociedades industriales: el dominio del territorio para explotar sus riquezas, impulsar y asentar el crecimiento demográfico con el que expandir la capacidad productiva, la demanda, y los propios mercados. Ser más para producir más, consumir más, y ocupar un territorio más denso y extenso, y así obtener más beneficios.

Todos esos cambios coinciden por primera vez en la historia de la humanidad, con dos realidades extremas cartografiadas por la tecnología y el conocimiento con una precisión nunca vista. Nunca la humanidad en su conjunto estuvo tan cerca, gracias a la capacidad tecnológica y organizativa, de poder tocar con los dedos el fin cercano del hambre y la pobreza, el dolor y el sufrimiento². En un planeta en el que ya no queda ningún confín por cartografiar, interconectado por los medios de comunicación y de transporte, coexisten dos realidades retransmitidas en tiempo real que han entrado en interacción vertiginosa y contradictoria: los países, regiones y ciudades más desarrollados donde la utopía está más cerca que nunca, y

² Esa es la esperanza, el compromiso y el reto de alcanzar los compromisos del milenio contra la pobreza en el mundo.

vastas regiones, países y ciudades, donde la miseria, la guerra y el sufrimiento condenan a millones de personas a la pobreza, el hambre, la huida o la muerte prematura. Esta visión y una conciencia planetaria más necesaria que nunca, hacen de este momento histórico de una complejidad tan profunda como apasionante. Se trata de una crisis marcada por los cambios culturales, sociales y económicos en la encrucijada entre la historia analógica y la era digital, que afecta a todas las naciones y pueblos del planeta.

La palabra «crisis» (en griego, κρίσις) significa cambio brusco, penuria, escasez y además «mutación». Ello nos recuerda la idea que como resultado de una crisis profunda como la que estamos viviendo, algo nuevo se está gestando. En las crisis muere lo viejo para que emerja lo nuevo. La oportunidad es aprovechar este contexto para impulsar cambios basados en el conocimiento y el compromiso global.

En estos tiempos de crisis, pero también de esperanza, el planeta es ya una pequeña y frágil realidad con amenazas que sólo se pueden abordar con una mayor consciencia compartida de los retos y potenciales comunes que tenemos como especie. Los problemas de la pobreza y del subdesarrollo, la convivencia, la seguridad, o la sostenibilidad medioambiental sólo podrán ser resueltos con una visión global para las acciones locales, y con una sensibilidad local para las acciones globales. En ello, la cultura tiene un papel central.

Cultura y desarrollo están más relacionados que nunca. Las tres dimensiones básicas de la cultura: la dimensión creativa y del saber, la antropológica inherente a las formas de vida reales de la población, y la económica, relacionada con la capacidad directa e indirecta de generar valor desde la cultura, deberían formar parte de la agenda de prioridades de orden institucional, social y económica. El binomio cultura y educación debería ser, aún más, una prioridad fundamental de una nueva estrategia para el impulso del progreso, y debería marcar más intensamente la concepción de las políticas públicas y de las estrategias económicas de impulso de la competitividad. Ese concepto abierto y complejo de la cultura incorpora no sólo las capacidades creativas relacionadas con el cultivo de las artes, la memoria, el saber y el pensamiento, sino también la dimensión antropológica del conjunto de expresiones individuales y colectivas que nos identifican como personas y pueblos y que tienen que ver

con la dignidad como seres humanos, el progreso y el bienestar individual y colectivo, y al mismo tiempo su dimensión económica relacionada con la capacidad de crear valor por los efectos intrínsecos y extrínsecos del conjunto de las expresiones culturales.

Si en la madurez de las sociedades industriales la cultura fue considerada muy a menudo como un ámbito simbólico de representación del poder y del prestigio, esencialmente a través de las manifestaciones artísticas, en la actualidad eso ya no es suficiente. El modelo de crecimiento propio de la etapa de la expansión del capitalismo industrial, basado en un concepto de desarrollo incrementalista (más demanda para producir mayor oferta, y obtener así mayores beneficios en un mundo en el que todavía había territorios que colonizar y mercados que abrir), ya no es necesariamente apto para dar respuestas a los retos de un planeta interconectado, con grandes tensiones demográficas, económicas, culturales y riesgos medioambientales. El crecimiento cuantitativo puede conducir al colapso económico, demográfico y ambiental.

La crisis financiera actual es fruto de un ataque impulsado por la codicia del beneficio a cualquier coste: ya sea a costa incrementar las condiciones de pobreza de la gente, de un país entero o de condenar a la miseria el futuro de generaciones venideras al haber hipotecado económicamente el porvenir, y al haber dejado un legado ambiental en situación crítica. Esperemos que más que un primer gran ataque global de la economía especulativa, sea un estertor de un modelo caduco e inviable, por perverso e injusto, de una lógica de desarrollo que ha elevado la economía especulativa a la categoría de instrumento global, y que ha convertido al planeta entero en un mercado en el que el beneficio está por encima de los derechos, la dignidad y del futuro de las personas.

Los retos medioambientales, de convivencia y seguridad internacional, y de lucha contra el dolor, la injusticia y la pobreza están en relación con el fin, rápido o progresivo del modelo de crecimiento basado en lo cuantitativo. Ese modelo está agotado. Su superación o no plantea dos caminos bien distintos. Como bien dice el antropólogo Eudald Carbonell, ésta es una crisis sistémica. Mucho más que una crisis económica cíclica, es un cambio de paradigma. Hasta ahora hemos avanzado como especie dialogando con el azar. La táctica se ha impuesto a

la estrategia, de la misma forma que el corto plazo se ha impuesto al medio y largo plazo. El lucro se ha impuesto a la sostenibilidad. Esa es la base que explica porqué el 20 por 100 de los habitantes del planeta controla el 80 por 100 de los recursos. A partir de ahora, solo las decisiones tomadas con inteligencia y desde un profundo compromiso con el planeta y con nuestra propia especie nos pueden permitir superar la enorme cantidad de retos que debemos asumir.

II. CULTURA Y RETOS GLOBALES EN EL NUEVO PARADIGMA DEL DESARROLLO

La era digital en la que estamos entrando provoca incertidumbre y esperanza. El agotamiento de los modelos por los que ha discurrido el desarrollo, y los fuertes cambios culturales que conlleva todo este proceso debe ser superado con nuevas respuestas y planteamientos intelectuales que resitúen la posición de la humanidad en el universo. Un renacimiento que dé sentido a los cambios con los que construir nuevos modelos de progreso y avance cultural y socioeconómico. En ese renacimiento, además de las humanidades, el conocimiento y dominio de la tecnología serán imprescindible para proyectar los saberes hacia nuevos estadios con los que impulsar el pensamiento científico y el desarrollo cultural.

Después del modelo de crecimiento cuantitativo propio de las sociedades industriales se abren nuevas posibilidades en las que no necesariamente el beneficio económico comporta la utilización o consumo de una mayor cantidad de productos físicos. Venimos de una etapa que fue impulsada por la mecanización y la tecnología orientada para la producción y distribución masiva de bienes, con muy poca preocupación por los costes y efectos medioambientales. Esos bienes son manufacturados con una enorme cantidad materias primas para las que son necesarias grandes cantidades de energía, mayoritariamente de origen fósil, y con las que es posible la extracción de las materias primas, el transporte, la transformación, la elaboración y la distribución final de productos. Ese modelo no es sostenible ambientalmente, y requiere de ajustes que permitan mayores niveles de equidad social.

Progresivamente, la tecnología digital abre nuevas perspectivas y posibilidades tanto a la actividad económica, como a su desarrollo más eficiente y medioambientalmente viable. Ese desarrollo, está conectado con nuevos focos de saber y tecnología relacionado con lo que la literatura ha denominado sociedad de la información o del conocimiento. El valor fundamental para el impulso de ese nuevo crecimiento basado con el uso de la información y el conocimiento, tanto en términos de impacto económico como de desarrollo humano más que en el control de las materias primas, los territorios, o las infraestructuras de producción, reside en la mayor competitividad relacionada con la capacidad de investigación, desarrollo e innovación. En definitiva, es el conocimiento el factor que actúa como protagonista principal en la nueva economía. Por esa razón, uno de los aspectos más directamente vinculados con la cultura, la creatividad, forma parte de los ingredientes fundamentales para el desarrollo de las nuevas oportunidades económicas, y la conectan a través de los proceso de innovación en el contexto del desarrollo económico.

Las posibilidades y los retos de esta nueva era sitúan pues a la innovación en un punto de encuentro con el conocimiento la cultura y la creatividad.

Tanto la reformulación de las políticas culturales, como su conexión con los sistemas de educación y de impulso del talento y el conocimiento científico deberían considerar su papel en los potenciales para afrontar los principales retos contemporáneos. La cultura, como sistema de valores, expresiones y saberes con los que actúan los individuos y los colectivos, tiene un papel importante por la forma en la que impregna la visión de la realidad y la construcción del proyecto mental con el que se imagina el futuro.

La política cultural de las últimas décadas se ha centrado en mejorar las condiciones de acceso de los ciudadanos a la cultura (su cultura, la cultura, las culturas), impulsando la construcción de infraestructuras y equipamientos básicos, fortaleciendo el tejido creativo y las industrias culturales, e impulsando la creación, mediación y difusión cultural. En definitiva, el énfasis fundamental se ha impelido a la gestión de la oferta, mucho más que a la gestión de la demanda, y esencialmente en los ámbitos de la creación y difusión artística, el patrimonio, la memoria y la tradición, y la gestión de los servicios socioculturales de carácter básico.

En este sentido, los actores culturales y el conjunto de la sociedad deberían comprometerse significativamente con los principales retos de nuestro tiempo. La transdisciplinariedad del diseño y la gestión de las políticas culturales pueden aportar muchos beneficios y soluciones a otros ámbitos de la gestión de las políticas públicas, y al modo y la lógica de la actividad económica en el contexto de esos retos que deberían considerarse vectores para impulsar un desarrollo inteligente y comprometido.

De entre muchos otros posibles retos, enumeramos los siguientes:

- El reto de la sostenibilidad ambiental.
- El reto de la equidad.
- El reto de la diversidad cultural y lingüística.
- El reto del desarrollo económico y humano.
- El reto de la gobernanza global. La cultura de la paz y el fortalecimiento democrático.

III. EL PAPEL DE LA CULTURA EN EL CONTEXTO DEL CAMBIO HACIA LA SOCIEDAD DIGITAL DEL CONOCIMIENTO. CULTURA, CREATIVIDAD, INNOVACIÓN Y DESARROLLO

La viabilidad económica y ambiental del desarrollo tiene que ver con aspectos que sitúan al binomio *Educación-Cultura* en un papel más estratégico que nunca. Las nuevas centralidades económicas se están situando no ya en el centro de imperios de gran dimensión territorial, sino en enclaves en los que los sistemas de conocimiento, las infraestructuras, el acceso a la tecnología, la movilidad, la capacidad de innovación, y sobre todo la cultura tiene un papel muy activo, tanto en términos de acceso como de expresión, con oferta y demanda muy activa, ya sea en su dimensión informal como económica, estimulando mensajes y propuestas que son canalizadas como estímulo para la innovación. La cultura, además de su ámbito económico e industrial específico, tiene un papel muy importante en la reconversión de sectores económicos tradicionales, así como en el desarrollo de otros como el cuaternario y el quinario.

En los nuevos escenarios de desarrollo, la competitividad está relacionada directamente con la capacidad de innovación. Asimismo, la innovación tiene que ver con la cultura de forma directa. De entre los diversos factores que pueden inducir e impulsar la innovación, destaco tres que a mi parecer son fundamentales.

- El ejercicio de la libertad. Poder expresar libremente, desde la lealtad, y de forma constructiva, todo aquello que tenga que ver con la crítica a situaciones, procesos o proyectos. El cultivo del espíritu crítico es fundamental para el avance científico, la creación artística, o bien la mejora de la gobernanza. Esa dimensión está directamente relacionada con los valores de la cultura democrática y la defensa de los derechos humanos.
- Los escenarios socialmente complejos en los que la diferencia se percibe como algo positivo. La convivencia en escenarios donde la diversidad cultural es alta, así como la coexistencia inclusiva de ciudadanos con diferencias de renta, y de condición social, permite desarrollar varios efectos beneficiosos: la conciencia colectiva sobre la diversidad y la diferencia de una comunidad que puede cohesionarse con valores, espacios y aspectos culturales comunes. Eso permite el desarrollo de normas de respeto y convivencia hacia el «otro». Además, se aceleran los efectos creativos derivados del mestizaje, la hibridación y coexistencia de diferentes visiones y sensibilidades. De esta forma, el contraste cultural y de visiones creativas actúa como estímulo a la innovación.
- Los territorios culturalmente activos estimulan las geografías de la innovación. En esos territorios no sólo coinciden un alto nivel de oferta y demanda cultural en su dimensión económica, sino de acceso a la cultura tanto en la esfera individual como colectiva en las expresiones informales. Un territorio donde se une el vigor y la fuerza de múltiples mensajes y propuestas culturales distintas tiene una mayor capacidad de inducción de procesos de innovación.

En estas tres características la cultura tiene un papel fundamental, ya sea en su dimensión de impulso y socialización de valores, por

su relación con la dimensión creativa relacionada con la complejidad y la diversidad cultural, o por su capacidad de interactuar con las esferas de *pensamiento-ciencia-arte-creatividad-tecnología*.

Otro aspecto importante relacionado con la capacidad de crear e inducir competitividad desde la cultura en los modelos de desarrollo, está en relación con el carácter atractivo y atrayente de la ciudad o el territorio como espacio para las actividades económicas. Ya hace décadas que las ciudades compiten entre sí y luchan por posicionarse en relación con sus planes estratégicos. La cultura juega un papel fundamental para la mejora del atractivo de un escenario urbano competitivo. Son diversos los factores que otorgan a la cultura un importante papel dentro en el proceso de gestión estratégica de las ciudades y territorios, independientemente de su reconocimiento y registro en los datos estadísticos y el análisis económico.

En primer lugar fue el turismo³, como fenómeno creciente de carácter global, el que utilizó las dimensiones y recursos culturales para la construcción de su propia oferta. Más que un sector, el turismo es un conjunto de actividades económicas que superponen la acción y participación de diferentes sectores económicos relacionados con el uso alternativo de un territorio por parte de los viajeros, visitantes o turistas. En el mundo, el turismo es una actividad con tasas de crecimiento sostenidas desde hace décadas. Las proyecciones de futuro confirman la incorporación del fenómeno turístico como ingrediente cultural fundamental de las sociedades contemporáneas. En los países más pobres el turismo ha actuado y actúa como motor de desarrollo fundamental, y puede ofrecer enormes posibilidades de impulso del crecimiento de otras actividades económicas. Pero es también un ámbito que genera grandes impactos en el Producto Interior Bruto de las economías más maduras. Estados Unidos de Norteamérica, Francia y España comparten las tres primeras posiciones de la industria turística internacional. España, con unos 60 millones de turistas de procedencia internacional, inyecta en su economía más de 60.000 millones de euros, que suponen un impacto económico en el PIB del 11 por 100.

³ En el año 2009, y pese a la crisis económica, se contabilizaron más de 910 millones de turistas en el mundo. Las previsiones indican, que pese a la crisis, el turismo será una de las actividades que registrará un crecimiento sostenido y una diversificación de modalidades y opciones.

Ciudades como Barcelona han visto mejorado su posicionamiento internacional como ciudad atractiva y competitiva, en un proceso paralelo al incremento de su actividad turística. En veinte años, Barcelona ha pasado de ser una ciudad de ferias y congresos que no figuraba en las preferencias internacionales para viajar, estudiar o realizar negocios, a una de las 11 ciudades más atractivas del mundo por sus posibilidades creativas⁴, y una de las capitales culturales más activas de Europa, con más de 8 millones de turistas. En ese proceso de desarrollo turístico, el papel de la cultura ha sido fundamental. Con la cultura se ha construido una parte importante del atractivo de la ciudad y de su oferta turística que en la actualidad supone un impacto de más del 12 por 100 en su PIB. Las inversiones públicas y privadas, así como el estímulo y reconocimiento social de la cultura como elemento substancial al modelo de ciudad que se ha impulsado, ha dado sus frutos positivos mucho más allá del ámbito cerrado de las políticas culturales y de la actividad privada de las industrias culturales. El impacto de la cultura en los modelos de desarrollo tiene pues efectos directos intrínsecos medibles y registrables, pero también de carácter extrínseco e indirecto relacionados con el desarrollo económico general, la competitividad y la calidad de vida de los ciudadanos.

Los viajeros y el turismo organizado han actuado como catalizador de una nueva dimensión de lo cultural como recurso de competitividad para el desarrollo de su actividad. En este sentido, la construcción de las ofertas turísticas de ciudades y territorios se ha realizado con la utilización y puesta en valor de una parte de los recursos y activos culturales tradicionales. Ello permitió consolidar la imagen de «ciudades turísticas», que irradiaban ese atractivo a otras actividades económicas como las ferias y congresos, y posteriormente como estrategia general de mejorar el «atractivo general» de la ciudad como espacio para las actividades económicas, intentando captar inversiones y sedes de compañías gracias a la mayor fuerza competitiva de unos escenarios urbanos situados en el imaginario colectivo internacional. Además, estas ciudades disponían de mejores infraestructuras de transporte, y con unos espacios públicos en los que la oferta cultural

⁴ R. Florida, *Las ciudades creativas. Por qué donde vives puede ser la decisión más importante de tu vida*, 2009.

de orden artístico, creativo o monumental había sido puesta en valor para su uso como escenario turístico y para el fortalecimiento de una mayor capacidad de proyección exterior. El *city marketing* utilizó lo cultural, no sólo para comunicar una mejor imagen de la ciudad, sino para posicionarla dentro de circuitos de mayor competitividad de orden turístico, de prestigio o de atractivo. Cuando la relación entre la cultura y la comunicación es mucho más estable, el *city marketing* permite ir consolidando mucho más que una imagen de marca. En definitiva, estamos hablando del tránsito hacia las «ciudades atractivas», tanto para ser visitadas, como para radicar actividades económicas de alto valor, captar inversiones, y mejorar su competitividad general para cualquier actividad económica. En las «ciudades atractivas» la cultura tiene un papel catalizador de desarrollo económico, revitalización social y de mejora de la calidad de vida del entorno local.

Lo cultural ha sido y es determinante en el proceso de gestión del las ciudades atractivas. Basta enumerar la relación entre la planificación estratégica y la cultura, o el interés por captar grandes acontecimientos culturales o deportivos, o por ser nombrados «capital europea de la cultura», unido al esfuerzo por la mejora del espacio urbano y la inserción de infraestructuras o programas culturales de proyección internacional.

Otro estadio, en el que la cultura juega un papel fundamental y se relaciona con un modelo de crecimiento es el de las ciudades creativas. Bajo ese concepto, se definen los espacios urbanos orientados a la innovación. En ellos se producen las condiciones para favorecer una rápida comunicación de ideas que favorece la adopción de nuevos productos y servicios. Ello fomenta una cultura más abierta al riesgo y a la cooperación estratégica de los agentes económicos. Esta tendencia pretende consolidar el crecimiento económico orientado hacia las actividades del conocimiento y de alto valor agregado, ya sean en el ámbito de los servicios a las personas, el desarrollo tecnológico y la innovación, o en relación con la reconversión o modernización de otras actividades más tradicionales.

La innovación profunda tiene que ver con los conceptos, las ideas y el pensamiento. No se trata pues de limitar la innovación a la mera capacidad de situar en los mercados novedosos productos de éxito. Ésa es solo una cualidad elemental. La innovación implica una revi-

sión profunda y creativa de soluciones para resolver necesidades, y éstas tienen que ver con los valores, el pensamiento, el arte, la diversidad cultural y su creatividad.

Todos esos cambios en los modelos económicos de desarrollo están afectando de dos formas distintas: por un lado están alterando la lógica de funcionamiento de los sectores productivos tradicionales (extractivo, industrial y de servicios), y están impulsando la aparición de nuevos.

La tecnificación de la agricultura y la pesca, y también la minería, y su gestión en términos de sostenibilidad ambiental, ha ido acompañada de una progresiva incorporación de ingredientes de orden cultural. Las denominaciones de origen de muchos productos alimentarios son un ejemplo de cómo los valores culturales de un territorio, de un determinado proceso tradicional o innovador de elaboración, o las condiciones ecológicas con las que llega a los mercados, pueden generar valor y competitividad. El cambio profundo en el mundo del vino es un ejemplo internacional de cómo lo local y tradicional, puede incorporarse a nuevos modelos de desarrollo en lo que lo cultural sea un elemento imprescindible para alcanzar calidad, competitividad y viabilidad económica. Podemos encontrar ejemplos de ese mismo fenómeno en productos alimenticios muy diversos, como la fruta, el aceite, el agua mineral, los productos de elaboración tradicional, las denominaciones de origen, o las «etiquetas de calidad», o los nuevos productos en los que la cultura es un ingrediente fundamental, ya sea para su preparación o su comercialización.

En el sector secundario la cultura también puede suponer la incorporación de valor y oportunidad. El creciente impacto del diseño en las estrategias de competitividad de los productos industriales. Más allá de la moda, el diseño es el resultado de una expresión cultural que incrementa la competitividad, calidad y utilidad de los productos. La innovación en diseño estimula los valores expresivos y formales de los útiles (la artificialidad); está en relación directa con el incremento de su funcionalidad (recordemos que los procesos de diseño más innovadores utilizan las técnicas de la antropología cultural para la detección de necesidades de mejora funcional); con el carácter simbólico y cultural de los objetos, sean tangibles o intangibles, pues la «artificialidad» es una de las expresiones culturales más

importantes; y tiene que ver con los valores relacionados con los requerimientos medioambientales con los que se ha producido un bien o servicio, y con el nivel de equidad en la distribución de la riqueza que genera su producción y comercialización.

Si el diseño es un ámbito de conexión de la cultura con el sector industrial, los requerimientos medioambientales, por su relación con las formas de vida, valores y hábitos de comportamiento, son también una expresión de la inferencia de los cambios culturales en el desarrollo industrial.

El sector servicios ha estallado en procesos de diversificación y especialización. De hecho, más allá del transporte, el comercio y otras actividades tradicionalmente clasificadas como terciarias, el impacto de las tecnologías digitales y la especialización relacionada con nuevas actividades ha provocado dos efectos: por un lado la regeneración del sector a partir de las posibilidades de personalización de los servicios, y por otro lado la aparición de otras actividades con lógicas de sector específicas, ubicadas conceptualmente en nuevos sectores: el sector cuaternario (empresas de servicios para empresas, las altas tecnologías, las telecomunicaciones, servicios altamente intelectuales tales como investigación, desarrollo, innovación, I+D, I+D+I), y el sector quinario (actividades relacionadas con los servicios de alto valor y el conocimiento, ya sean de carácter lucrativo o no lucrativo⁵, que incluyen desde los servicios de salud y para las personas, los servicios públicos en general, la economía creativa, la educación, y la creación de conocimiento).

La competitividad de los servicios tiene mucho que ver con la «customización» del resultado final, atendiendo a demandas cada vez más atractivas y sofisticadas para los clientes y usuarios. Eso afecta no sólo al proceso de diseño y servucción de los servicios, sino a su propia concepción y distribución. La cultura es un ingrediente fundamental relacionado con la demanda personalizada.

La economía creativa⁶ es un ámbito transdisciplinar directamente conectado con una nueva percepción y gestión de la cultura, co-

⁵ Paul Hatt y Nelson Foote, «On the expansion of the tertiary, quaternary, and quinary sectors», *American Economic Review*, mayo de 1953.

⁶ Informe UNCTAD, de Naciones Unidas, sobre Economía Creativa, 2008.

nectada con las necesidades de la gente, la creación de competitividad a través de la innovación, y la gestión de nuevas necesidades relacionadas con la dimensión creativa de las personas. La literatura y praxis sobre la economía creativa se desarrolló en el mundo anglosajón⁷. Para muchos autores la economía creativa se circunscribe al ámbito de gestión de los *copyrights*⁸, pero otros incorporan otras actividades no sujetas a la protección de los derechos de autor, tales como servicios especializados y nuevas actividades que relacionan cultura, tecnología y gestión. El Gobierno de Gran Bretaña impulsó la creación de un proyecto específico desde el departamento de cultura⁹. Comprende un ámbito mutante y emergente de actividades que se sitúan en un territorio comprendido entre la interacción de cultura y arte, con tecnología y gestión de negocios (*management*). Antes de la irrupción de la crisis financiera a finales de 2008, según el informe anual de UNCTAD, la economía creativa suponía ya el 5 por 100 del PIB mundial, con un nivel de crecimiento dos veces más rápido que el sector industrial y cuatro veces más que el sector manufacturero tradicional. La tasa de crecimiento anual mundial supera el 8 por 100. Pese a la crisis financiera mundial, la economía creativa mantiene su vigor y se muestra como uno de los conjuntos de actividad más dinámicos, y que supone una gran oportunidad para los países en vías de desarrollo. Sus conexiones con los ámbitos tradicionales de la cultura, las industrias culturales y el turismo suponen un enorme potencial. La suma de los impactos económicos de la cultura, la economía creativa y el turismo puede superar el 20 por 100 del PIB de la región metropolitana de Barcelona. Este dato es similar en otros entornos urbanos y marca una tendencia internacional.

⁷ Howkings, 2001, pp. 88-117.

⁸ «Las industrias creativas son aquellas industrias basadas en la creatividad, habilidad y talento individual. Son también aquellas que tienen el potencial de crear ganancia y puestos de trabajo mediante el desarrollo de la propiedad intelectual», British Council.

⁹ DCMS, *Creative Industries Mapping Document 2001*, Department of Culture, Media and Sport, Londres, 2001, en [http://www.culture.gov.uk/reference_library/publications/4632.aspx] (consultado el 26 de mayo de 2007).

IV. CULTURA Y DESARROLLO DE TERRITORIOS Y CIUDADES

Hemos visto las posibilidades que se abren al ámbito de actuación de la cultura, relacionadas con nuevos enfoques y con los cambios y retos que se están produciendo en nuestro mundo contemporáneo.

Las políticas culturales clásicas centradas en la promoción de las artes y de la creación artística; la preservación de la memoria; y el impulso de la transferencia y difusión de información y conocimiento sobre la cultura, tienen ahora nuevos retos relacionados con la relación transdisciplinar necesaria para impulsar el desarrollo de ciudades y territorios. La crisis y los cambios estructurales de nuestras sociedades contemporáneas lo hacen necesario y lo reclaman.

Esta visión abierta de la cultura, le confiere grandes posibilidades relacionadas con el desarrollo estratégico. Anteriormente hemos mencionado las conexiones con el desarrollo del turismo y otros sectores. Pero también en la dimensión de mejora de la calidad y la dignidad de las condiciones de vida del conjunto de los ciudadanos, la cultura tiene mucho que aportar. La economía no puede resolver ni en la formulación ni en la gestión, algunos de los retos fundamentales de un concepto integral de desarrollo humano. De hecho la dimensión cultural del desarrollo tiene que ver con los aspectos cualitativos fundamentales para la dignidad y prosperidad de los pueblos y las personas¹⁰ y con la consecución de los derechos universales y los objetivos del milenio promulgados por Naciones Unidas¹¹.

La cultura es un factor de desarrollo fundamental en la planificación estratégica de las ciudades y los territorios. El desarrollo de los estándares básicos de acceso a la cultura y la educación, y el compendio general de competencias públicas en materia de cultura son un ámbito fundamental al que se le unen las posibilidades relacionadas con la regeneración y revitalización de centros históricos y zonas degradadas, el impulso del turismo sostenible, la economía creativa y las industrias culturales. La conexión entre memoria e in-

¹⁰ PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 2004: la libertad cultural en el mundo diverso de hoy*, p. v. Ediciones Mundi Prensa, 2004.

¹¹ Véanse los Objetivos de Desarrollo del Milenio (Millennium Development Goals - MDGs), en [<http://www.endpoverty2015.org/goals>].

novación puede permitir crear nuevas oportunidades de desarrollo, con efectos muy interesantes tanto en la creación de riqueza económica y de empleo, así como la mejora de la calidad de vida, la cohesión social y la convivencia.

La mirada contemporánea a las tradiciones culturales y el patrimonio puede proporcionar oportunidades de actividad e interacción con procesos de innovación y creación de competitividad en otras actividades, y puede ayudar a posicionar ciudades y territorios.

V. CULTURA Y COOPERACIÓN AL DESARROLLO

Una dimensión fundamental de la cultura es su conexión con las estrategias de cooperación al desarrollo. En este sentido, España dio un importante salto cualitativo al aprobar una nueva estrategia de cooperación al desarrollo¹², que fue acompañada de un incremento espectacular de los recursos económicos destinados a la cooperación internacional y la lucha contra la pobreza. La incorporación de la cultura¹³ a las estrategias de cooperación al desarrollo ha sido fundamental por sus efectos directos e indirectos.

Pero si la aportación de recursos es fundamental, no lo es menos la capacidad para transferir conocimiento promoviendo las estrategias de cooperación como un diálogo bilateral marcado por un trato respetuoso de igual a igual, independientemente del carácter dominante o receptor del actor.

Las estrategias de cooperación de cultura y desarrollo pueden suponer la posibilidad de evitar procesos y dificultades de una realidad concreta, a partir de la experiencia de otros, y específicamente romper un supuesto orden en los ciclos económicos y de las fases de desarrollo, abriendo nuevas posibilidades e interactuando con el

¹² *Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Cooperación Española*, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Secretaría de Estado de Cooperación Internacional, Dirección General de Planificación y Evaluación de Políticas para el Desarrollo, Madrid, 2007.

¹³ A. Martinell, «Hacia una nueva política cultural exterior» (ARI n° 127/2006 – Análisis). Real Instituto Elcano de Estudios Estratégicos e Internacionales, Madrid, 2006.

mundo global, sin perjuicio del estadio de desarrollo económico de un país.

En definitiva, se trata de construir puentes y atajos de progreso y desarrollo humano, evitando errores de otras realidades, y conectando las oportunidades globales con realidades locales que necesitan urgentemente estrategias de desarrollo.

Los proyectos de cooperación al desarrollo pueden y deben utilizar la cultura como dimensión, mirada y ámbito. Si al inicio de este artículo reivindicaba la necesidad de otorgar una mayor importancia a la cultura en la agenda política, económica y social, al hacer una revisión de los efectos e indicadores de cambio provocados por la crisis financiera que estamos viviendo, eso mismo debe ser considerado para aquellos países, regiones o realidades que tienen la presión de la pobreza o el conflicto.

De las diez principales conclusiones de la Agenda de Barcelona, comentadas por el profesor Casilda¹⁴ en su excelente artículo publicado por el Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, hay cinco que tienen una especial relevancia para la nueva conceptualización de las estrategias de cooperación para el desarrollo en el ámbito de la cultura:

- La importancia de la economía social de mercado; la especialización productiva en el contexto global a partir de las políticas industriales y tecnológicas.
- Los cambios en los procesos de transferencia de tecnología e investigación relacionados con el tránsito a la Sociedad del Conocimiento.
- Los acuerdos, medidas y procedimientos éticos contra la corrupción en el sector público; y de forma especial el punto relacionado con la cultura: «El estímulo del tercer sector para potenciar las actividades sin ánimo de lucro y la participación activa de la riqueza local en la solución de problemas de la pobreza, elementos clave de las nuevas estrategias de reforzamiento de los sistemas democráticos».

¹⁴ R. Casilda, «América Latina: Del Consenso de Washington a la Agenda del Desarrollo de Barcelona», *Documento de Trabajo* 10, Real Instituto El Cano de Estudios Internacionales y Estratégicos, Madrid, 2005.

- Una revisión de los ámbitos sectoriales de actuación de la cultura desde una mirada estratégica y con una voluntad de impulsar el tejido creativo y productivo, así como un acercamiento tanto a los usuarios (en el caso de los servicios culturales ofrecidos a la comunidad) como a los clientes (cuando la cultura es producto de mercado o ingrediente de un producto o servicio), permite considerar la necesidad de apostar por una consolidación del sector cultural como una actividad económica específica, con diferentes ámbitos especializados. Pero es también un ámbito directamente conectado con otros sectores estratégicos para los países en vías de desarrollo: el turismo, la producción de contenidos y, por su efecto inductivo en áreas de la actividad económica, el sector tecnológico (TIC) y de los *media*. Además de la cultura como ámbito fundamental para el desarrollo territorial, la regeneración urbana, la cohesión social y el impulso de la economía creativa.

El desarrollo de los proyectos de cooperación basados en la cultura debería aprovechar su dimensión de relación intercultural, en el que las realidades locales (la de los donantes y la de los países receptores) pueden y deben aprovecharse del proceso como experiencia enriquecedora.

En primer lugar debería considerarse la cooperación como un ejercicio sincero de relación bilateral (de igual a igual), de diálogo, participación y reconocimiento pleno del otro. En este sentido, la participación debe permitir un consenso tanto en el diagnóstico como en la hipótesis de solución y en la metodología. En definitiva, se trata de compartir tanto la visión, como la misión y la gestión del proyecto.

El fruto de la cooperación para el desarrollo en materia de cultura es de carácter transversal: sus efectos deberían involucrar a diferentes sectores productivos. Para que esto sea posible, es necesaria tanto la institucionalización de la cultura en su esfera pública, como en la sociedad civil, y por supuesto, en el ámbito de las industrias culturales. El carácter pluridisciplinar de los proyectos con traslación práctica en el escenario social real, reclama el esfuerzo de abrir la mentalidad y la capacidad de interlocución de un liderazgo más profesionalizado y más complejo.

La mejor forma de favorecer el proceso de cambio debe atender a una implicación real de los diferentes actores. Teoría y práctica deben encontrarse en proyectos piloto que sirvan de ensayo real de las nuevas formulaciones de gestión cultural y desarrollo de los proyectos.

La capacitación y formación especializada (ámbitos en los que se han invertido muchos recursos y esfuerzos) deberían orientarse hacia acciones y proyectos estratégicos que otorguen un marco de referencia y den mayor utilidad práctica.

Otro aspecto importante es la gestión relacional con la que se deben desarrollar los proyectos.

Las estrategias de cooperación al desarrollo pueden mejorar su capacidad de impacto positivo si se emprenden desde una perspectiva que considere algunos de esos puntos. A modo de sugerencia, se proponen los siguientes:

1. La cooperación es un diálogo entre iguales. El respeto recíproco a los valores culturales y a las identidades deben marcar las relaciones. Todas las partes deben aprender y beneficiarse del proceso, y por ello es necesario considerar esencial la colaboración y cooperación profesional e institucional en régimen de igualdad, con un acatamiento de valores y normas compartidas.
2. El objetivo debe ser no solo la materialización de un proyecto concreto, sino la transferencia del conocimiento y la metodología necesaria para su consecución. El resultado, más allá del proyecto específico de la naturaleza que sea, debe proporcionar como resultado, una experiencia compartida satisfactoria.
3. Es muy importante la definición precisa de objetivos que justifiquen el proyecto de cooperación, considerando especialmente los indicadores con los que se evaluará el resultado final, ya en la fase de diseño del proyecto.
4. Deben concretarse muy bien la gobernanza general del proyecto, las metodologías de trabajo, así como los requisitos organizativos, las aportaciones económicas y los recursos necesarios acordados por las partes.
5. Es especialmente recomendable la creación de equipos locales integrados desde un inicio a los proyectos. Los equipos loca-

- les e internacionales deben compartir la visión y el compromiso sobre la misión, objetivos, metodologías, hitos, recursos y resultados esperados.
6. Los procesos de transparencia y participación institucional deben definirse antes del inicio del proyecto y deben observarse de forma estricta.
 7. Es muy recomendable definir los mecanismos de difusión final del proyecto como proceso, para facilitar la utilización de las buenas prácticas que pudieran replicarse, e identificar errores cometidos, transfiriendo un conocimiento para otros proyectos o para otros equipos.
 8. La visión pluridisciplinar y transdisciplinar es fundamental en los proyectos de desarrollo basados en la cultura. Debe evitarse caer en actitudes gremiales o distantes de los problemas generales de la población, en la inviabilidad económica de los procesos, aprovechando al máximo los efectos sinérgicos con otros ámbitos de la actividad que puedan sumar posibilidades de desarrollo efectivo.
 9. Es fundamental la creación de instrumentos de medida y de indicadores de resultado del proceso y la actividad, para evaluar el resultado final y aprovechar las posibilidades de desarrollar sistemas de información de carácter general.
 10. Los proyectos de cooperación internacional para el desarrollo basados en la cultura pueden ser catalizadores de proceso de cambio relacionados con otros ámbitos del desarrollo y de las actividades y necesidades sociales y económicas. Su comunicación es fundamental para aprovechar los efectos de inducción de cambio y estímulo. Por ello es importante garantizar una comunicación de los proyectos y de sus resultados, de acuerdo con los diferentes grupos de usuarios, participantes y profesionales que han intervenido. Los técnicos, gestores y especialistas deben disponer de los foros e instrumentos de comunicación, de la misma manera que la población general debe por comprender la realidad de un proyecto, para aprovechar el esfuerzo realizado. Conocer es compartir, y compartir es construir nuevas oportunidades.

VI. A MODO DE CONCLUSIÓN

La cultura es un factor de desarrollo para las ciudades y los territorios, un instrumento para el impulso de la prosperidad y la calidad de vida, y un ingrediente imprescindible para la construcción de momentos y escenarios de felicidad individual y colectiva. Invertir en cultura, promover la cultura, hacer cultura es cultivar nuestra capacidad de hacer arte o ciencia, construir conocimiento, expresarnos y ser felices en una dimensión compleja y apasionante, distintiva de la humanidad.

La capacidad cultural de los pueblos e individuos es radicalmente democrática. Ese potencial se halla en cualquier rincón del planeta y es un tesoro íntimo de cada persona. En el escenario contemporáneo, con todas sus grandezas y miserias, la cultura es más que nunca, un ingrediente fundamental para la creación de competitividad a través de su relación con la creatividad y la innovación. Los nuevos epicentros de centralidad económica y progreso tienen una relación directa con el dinamismo cultural y el desarrollo de nuevas actividades económicas y la modernización de las tradicionales. La cultura, en un sentido amplio que supera a las artes y las letras, y que incorpora las formas de vida de la gente, ha sido incorporada por sus efectos intrínsecos y extrínsecos en la economía, como un factor estratégico para el desarrollo. Su vinculación con los procesos de innovación y con la tecnología la convierten en un instrumento muy importante de creación de valor, que abarca desde la recuperación de las actividades agrícolas tradicionales como la vid para el impulso de una nueva cultura del vino, hasta la gastronomía, el diseño, la industria de los contenidos, el turismo, o la puesta en valor de la memoria y la creatividad de los pueblos, además de la creación artística y literaria en todas sus manifestaciones. Por esa razón, la cultura es un factor de desarrollo de primer orden, y por otro lado es un ingrediente fundamental para la construcción de oportunidades personales y colectivas.

En las nuevas geografías de un mundo del que tocamos todos sus límites y en el que las distancias se miden en tiempo, los grandes retos de la supervivencia colectiva tienen que ver con la capacidad de imaginar nuevas formas de desarrollo basadas en la calidad, el respeto medioambiental y la equidad. En un tiempo en el que espa-

cio y tiempo han colapsado y en el que centro y periferia se confunden, ya no es posible imaginar un crecimiento basado en lo cuantitativo como el que hemos tenido desde que la humanidad es humanidad. Al incremento cuantitativo de la demanda y de la consiguiente oferta, debemos anteponer un incremento de lo cualitativo como factor que permita el crecimiento sostenible, o lo que sería según algunos expertos lo deseable: el decrecimiento como vía para la viabilidad de la relación entre la economía, convivencia de los pueblos y el respeto medioambiental, basada en la calidad. En esa perspectiva, la cultura es un factor de desarrollo e impulso de nuevos paradigmas de cambio. Los territorios culturalmente activos, donde la diversidad cultural y la complejidad social son considerados un valor, tienen en la cultura y el ejercicio de la libertad desde el respeto, una combinación fundamental para el avance de la innovación y el desarrollo sostenible y equitativo, basados en el uso de la información, el conocimiento y el talento.

La cultura ha sido incorporada por la lógica del mercado como un elemento de competitividad en las actividades económicas y los territorios. Es un ámbito de donde emergen nuevos elementos de consumo masivo basados en la cultura o en el atractivo cultural de paisajes, experiencias, productos o nuevos servicios.

El binomio Educación y Cultura, más allá de lo reglado y lo formal, e impregnando todas las esferas relacionadas con la economía y la construcción social, es un ámbito estratégico en el que deberían basarse con más solidez las políticas de desarrollo. Sólo si la cultura tiene un papel de mayor centralidad en la agenda política, institucional, económica y social, será posible acelerar el ritmo necesario para abordar a tiempo los cambios y retos que el conjunto de la humanidad tiene planteados. No hacerlo, es dejar al azar las oportunidades de prosperidad, felicidad y supervivencia.

BIBLIOGRAFÍA

CASILDA, R. (2005), «América Latina: del consenso de Washington a la agenda de desarrollo de Barcelona», *DT 10*, Real Instituto Elcano de Estudios Estratégicos e Internacionales, Madrid.

- CASTELLS, M. (1998), *La Era de la información. Economía, Cultura y Sociedad*, vol. I: *La sociedad en red*; vol. II: *El poder de la identidad*; vol. III: *Fin de milenio*, Madrid.
- CROZIER (1987), M., *État moderne, État modeste*, París.
- HOWKINGS, J. (2001), *Creative Economy. How people make Money from ideas*, Penguin.
- MENDOZA, X. (2003), «Las transformaciones del sector público en las democracias avanzadas: del Estado del bienestar al Estado relacional», Documentación del *Executive Master in Public Administration*, ESADE, Barcelona.
- RIFKIN, J. (2000), *La era del acceso: La revolución de la nueva economía*, Madrid.
- STIGLITZ, J. E. (2004), *El Consenso Post-Consenso de Washington*, Barcelona.
- (2000), *Reforming Reform: Towards a New Agenda for Latin America*.

6. CULTURA Y DESARROLLO EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL

EVA SÁNCHEZ BUENDÍA

PRIMERA PARTE: CULTURA Y DESARROLLO EN EL ESCENARIO MULTILATERAL

No es la cultura la que se asienta en el desarrollo, sino el desarrollo el que se asienta en la cultura.

«Nuestra diversidad creativa», *Informe de la Comisión Mundial sobre la Cultura y el Desarrollo*, 1996¹

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Presentación

El objeto de este capítulo es el análisis y reflexión sobre la forma en que las Instituciones Multilaterales para el Desarrollo han insertado el debate intelectual sobre el papel de la cultura en el desarrollo en sus políticas, programas y acciones.

Este estudio no pretende abarcar el análisis de las políticas culturales de todas las Instituciones Multilaterales a escala global y regional, tan sólo desea presentar una muestra representativa de los esfuerzos multilaterales por abordar los complejos nexos existentes entre la cultura y el desarrollo desde un doble enfoque:

- Por un lado desde un enfoque de derechos humanos que promueve el reconocimiento y el respeto de la diversidad cultural apoyando tanto la inclusión de las minorías y grupos menos favorecidos en la vida política, social y económica así como la «visibilización» de su riqueza cultural en el desarrollo humano. De esta forma la cultura permite crear una ciudadanía «plena» de derechos y responsabilidades.

¹ «It is not culture that is embedded in development; it is development that is embedded in culture».

- Por otro lado estimulando el potencial económico del sector creativo de la cultura y de la conservación del patrimonio cultural con políticas y programas tendientes a la creación de empleo, el crecimiento y la reducción de la pobreza de manera más amplia, como base del Desarrollo Sostenible.

«El desarrollo disociado de su contexto humano y cultural es un crecimiento sin alma. El florecimiento pleno del desarrollo económico forma parte de la cultura de un pueblo»². Como Mahatma Ghandi expresó, el pensamiento sobre el desarrollo: «Requiere el reconocimiento de que la actividad económica, en cualquier nivel de desarrollo técnico, no tiene valor si no contribuye a un objetivo social».

1.2. Estructura

En la primera parte del estudio, desde una perspectiva histórica, presentaremos una evolución panorámica de los debates intelectuales sobre la relación indisoluble que existe entre la cultura y el desarrollo y cómo han incidido estos debates en los organismos multilaterales de desarrollo. Se hará especial énfasis en el sistema de las Naciones Unidas y sus organismos especializados, la Organización de Naciones Unidas para la Educación, Ciencia y la Cultura (UNESCO) y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) que reconocen el papel de la cultura como creadora de ciudadanía plena desde un enfoque de derechos.

En la segunda parte nos centraremos en las políticas del Banco Mundial (BM) que como institución financiera internacional a escala global ha reconocido el valor de la cultura como motor del desarrollo económico y de la cohesión social. El BM presenta una ventaja comparativa frente a otras instituciones internacionales por su poder de convocatoria de actores locales y nacionales, del sector público y privado. El BM se ha especializado en la ejecución de proyectos de conservación del patrimonio cultural que han promovido el

² Informe *Nuestra diversidad creativa*, 1996, en [<http://portal.unesco.org/culture/es>].

desarrollo de otros sectores económicos asociados como el turismo sostenible y han generado cohesión social en escenarios de resolución de conflictos con participación comunitaria.

La tercera sección la dedicaremos al espacio interamericano, describiendo el papel de la Organización de Estados Americanos (OEA) como foro político regional con capacidad de convocar cada dos años a los ministros de Cultura de las Américas y proponer, aprobar y ejecutar políticas culturales para el desarrollo. En la parte financiera se presentarán las líneas fundamentales del trabajo del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) como organismo regional con programas específicos en la materia y valiosos estudios sobre el valor económico de la cultura, la formación del capital social y su potencial creativo. En el ámbito iberoamericano, resaltaremos el papel de la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) ha tenido un papel promotor clave de nuevas formas de coordinación en la expresión internacional de Iberoamérica en materia de cultura con la creación de redes, formación de gestores culturales e impulsora de la Carta Cultural Iberoamericana.

Aunque en este documento no desarrollemos el papel de otros organismos regionales en otros ámbitos geográficos, sí mencionaremos aquí, al menos, el reconocimiento de la dimensión cultural de la integración europea y la vinculación de las políticas de desarrollo de la Unión Europea a la cultura en el marco de la coherencia de políticas para el desarrollo. No en vano Jean Monnet, el padre de la Europa unida, aseguró que si tuviera que volver a iniciar el proceso de unión de las naciones europeas comenzaría por la cultura.

2. EL DEBATE INTELECTUAL: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

¿Cómo incorporan las instituciones multilaterales el debate intelectual sobre el papel de la cultura en el desarrollo y qué enfoques adoptan?

Sabemos que la cultura es un concepto con muchas acepciones, que se usa no sólo para describir ciertos tipos de fenómenos empíricos, sino que también evoca sentimientos de legado histórico, de lealtad política y vínculos emocionales como el sentimiento de pertenencia

a una comunidad. Por todo ello la cultura despierta muchas sensibilidades en los debates de política y de políticas públicas, como reconoce cualquiera que haya trabajado en programas de desarrollo. Esto explica por qué hay visiones tan polarizadas al respecto. Unos consideran la cultura como un «instrumento positivo» y otros en cambio la perciben como un «obstáculo» para el desarrollo.

Esta complejidad a la hora de tratar la cultura en el trabajo de desarrollo durante los últimos sesenta años tiene que ver con la dificultad existente para distinguir los aspectos constitutivos, funcionales e instrumentales del discurso cultural.

El concepto de cultura, como se ha definido y usado por antropólogos durante más de un siglo, deriva de la necesidad de encontrar un orden en el contexto tan variado de distintas formas de vida. La cultura, tal como se entiende hoy en el estado del arte en el mundo occidental, se refiere, de una forma más restringida, a una búsqueda de significado y de cualidades de la existencia humana, una forma de entender el mundo y de vivir. Ambas connotaciones han estado siempre interconectadas y confundidas en los debates sobre la cultura y el desarrollo.

En las últimas tres décadas, las políticas culturales y las intervenciones de desarrollo sobre la cultura se han llegado a presentar intelectualmente como «guerras culturales» o como «verdaderas limpiezas étnicas», las primeras normalmente en países desarrollados y las segundas en algunos países en transición o en desarrollo. De aproximadamente 166 guerras que han tenido lugar desde 1945, la mayoría han tenido lugar en el seno de naciones y especialmente desde el final de la Guerra Fría, un gran número han sido estimuladas por discursos étnicos, religiosos o discursos culturales. ¿Por qué ocurre así? ¿Podríamos contestar que la causa subyacente a tales conflictos es el desarrollo desigual que ha favorecido a unos grupos culturales o étnicos a expensas de otros?, o es al contrario, ¿tales diferencias culturales exacerbaban la desigualdad en el desarrollo empujando a unos pueblos hacia el poder y la riqueza y a otros los sume en la pobreza más intolerable? Este debate todavía no cerrado ya traslucía en el momento de la creación de Naciones Unidas. Tras la devastación causada por el Nazismo bajo la creencia de su supremacía cultural y religiosa, las naciones víctimas de la guerra manifestaron una

preocupación internacional por la cultura reconociendo en la Constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)³ que «las guerras comienzan en las mentes de los hombres».

De nuevo, tras el ataque del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York se desplegaron intervenciones militares justificadas en términos que evocaban demandas religiosas y culturales, aunque posteriormente estas invocaciones fueron cuidadosamente negadas por los gobiernos occidentales que participaron en ellas.

Aunque se podría decir que la cultura ha sido un factor ignorado en la segunda mitad del siglo XX en las políticas públicas, la cultura parece haber vuelto con fuerza en el inicio de este nuevo siglo. Ahora los factores culturales y religiosos se han situado en un lugar prominente en la agenda política mundial mientras que el pensamiento sobre el desarrollo todavía se está moviendo de forma lenta para incorporar estos factores en sus modelos.

En el presente, las instituciones nacionales e internacionales todavía no están suficientemente equipadas para tomar plena consideración de los procesos culturales. La ambigüedad cultural en el uso del concepto de cultura y las instituciones multilaterales que surgieron de las negociaciones geopolíticas llevaron a una división de la dimensión cultural del desarrollo entre las distintas agencias de Naciones Unidas, ministerios nacionales, organizaciones no gubernamentales (ONG) y fundaciones.

¿Cuál puede ser una definición operativa de la cultura? Lourdes Arizpe⁴ propone la siguiente definición: «La cultura es el flujo de significados que los seres humanos crean, mezclan e intercambian». Las culturas son filosofías de vida que integran todas las prácticas sociales que construyen y hacen viable y creativo a un ser humano en sociedad. Tales prácticas también integran sociedades equilibradas que funcionan en un espacio y en un tiempo determinado. En este sentido, la función de la cultura es ser un sistema regulador pri-

³ En [http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=29011&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html].

⁴ Antropóloga, profesora investigadora de la UNAM y subdirectora general de Cultura de la UNESCO (1994-1998).

mario que ayuda a situar los sentimientos y las acciones de la gente dentro de los límites del comportamiento que es institucionalmente aceptable. Las directrices para el comportamiento se expresan en los discursos como «valores». Cuando tales sistemas culturales son ignorados en el desarrollo, tienden a crear comportamientos no socialmente aceptados.

Por ello es muy importante resaltar que las culturas no existen si no es a través de los pensamientos, acciones y actuaciones de la gente real, de carne y hueso. No hay esencias culturales abstractas sino creencias asumidas y aceptadas por la gente. Sin embargo, algo especial está ocurriendo en el mundo actual con las representaciones de las culturas. Se percibe un umbral de cambio, creado por la nueva escala e intensidad de fenómenos culturales y por la sinergia que generan. Esta «transición cultural», requiere el desarrollo de nuevos conceptos y de un nuevo marco intelectual para reflejar esta realidad mutante.

3. SISTEMA DE NACIONES UNIDAS

3.1. Primer paso: definir la cultura como un derecho humano

Cuando la devastación provocada por la Segunda Guerra Mundial llegó a su fin, varias ideas se derrumbaron. La primera de ellas fue la creencia en el paradigma de la evolución lineal y el progreso, en el que la «civilización» representaba la cúspide del logro intelectual, político y moral. La segunda fue el ideal romántico de superioridad de la universalidad basada en la razón. Muchas atrocidades se cometieron en la Segunda Guerra Mundial en nombre de la identidad racial y religiosa invocada por la nación que se consideraba a sí misma la más «civilizada» del mundo.

Los fundamentos de la paz se fijaron en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 que expone que cada individuo «tiene derecho al disfrute de los derechos económicos, sociales y culturales indispensables para su dignidad y el libre desarrollo de su personalidad». También reconoce que «todo individuo tiene derecho a participar en la vida cultural de la comunidad y a recibir protección como autor de obras artísticas y literarias».

3.2. La escisión de la cultura en las instituciones de Naciones Unidas: la creación de la UNESCO

Durante este mismo período, el Plan Marshall, se dedicó a la reconstrucción de la Europa occidental devastada por la guerra y los economistas empezaron a fraguar un pensamiento sobre políticas de desarrollo económico. En la práctica, estas políticas se empezaron a formular para las naciones «subdesarrolladas», muchas de las cuales habían emprendido la senda de la descolonización. Este modelo económico estaba basado en la asunción de que las estructuras culturales de las sociedades de Europa occidental, en términos de valores éticos y de contrapesos políticos, representaciones simbólicas y organizaciones tradicionales de la sociedad civil, se podían encontrar en todo el mundo o que emergerían mecánicamente a través de la aplicación de ciertas políticas económicas. Todos los informes pioneros de NNUU sobre el desarrollo a principios de los años cincuenta se referían a medidas de la estabilidad macroeconómica internacional y al crecimiento económico. La cultura estaba subsumida dentro del «desarrollo social» y se percibía como un aspecto relacionado principalmente con la educación y los derechos políticos (desde la perspectiva de las potencias occidentales) o como derechos sociales (desde la óptica del bloque socialista).

Otro conjunto de asunciones presidió la creación de la UNESCO como institución de NNUU encargada explícitamente de «prevenir las guerras que comienzan en las mentes de los hombres». En la publicación de la primera conferencia de la UNESCO en 1946, su organizador, Stephen Spencer, planteó la siguiente pregunta: «¿Realmente puede una organización como la UNESCO contribuir a ayudar al desarrollo en la educación, la ciencia y la cultura en el mundo para garantizar la paz?» (UNESCO, 1947, p. 2).

De hecho, las conferencias de la UNESCO fueron testigos «de las amenazadoras sombras» que, en palabras de André Malraux, se cernían sobre Europa cuando la bomba atómica hacía temer otra guerra mundial. Y terminó diciendo: «Nos enfrentamos a la herencia del humanismo europeo. ¿Cómo interpretamos esta herencia? En primer lugar como el vínculo con el racionalismo permanente y con la idea de progreso lineal y continuo».

No fue hasta 1948 cuando un programa bajo la rúbrica de «cultura» fue aprobado en la segunda Conferencia General de la UNESCO en Ciudad de México⁵. En el capítulo 2 sobre «el libre flujo de ideas» dedicó una sección al «Intercambio entre culturas» que declaraba que «Los canales para el libre flujo de ideas no pueden ser usados para promover una cultura mundial uniforme». El objetivo de la UNESCO es favorecer la «unidad en la diversidad». De esta forma una cultura puede ser interpretada por otras culturas, así los hombres pueden aprender los elementos comunes que pueden servir como base para un pensamiento y acción conjunta y para aprender a respetar otros elementos divergentes». Recordemos la anécdota que Jacques Maritain relató en su introducción a un volumen colectivo sobre *Los derechos del hombre* editado por UNESCO: «Como, en el seno de una comisión de este organismo, alguien se admiró de la facilidad con la que miembros de ideologías radicalmente contrapuestas se mostraban de acuerdo sobre una lista de derechos, aquéllos respondieron que «se hallaban de acuerdo en lo tocante a los derechos enumerados en la lista, pero a condición de que no se les preguntara por qué».

Los programas de UNESCO sobre «cultura», en este contexto intelectual, estaban orientados a la conservación del patrimonio cultural, al apoyo de artistas, la promoción de las artes y tradiciones y a los temas de propiedad intelectual.

En paralelo, el proceso de descolonización se convirtió en una cuestión exclusivamente política vinculada al desarrollo entendido sólo en términos económicos. Ambas preocupaciones se trataron en la sede de las Naciones Unidas, mientras que la planificación financiera fue atribuida a las instituciones de Bretton Woods, al Banco Mundial y al FMI. De este modo se fue fraguando la especialización de las instituciones internacionales y el discurso internacional sobre el desarrollo se construyó exclusivamente en términos de crecimiento económico, mientras que el discurso sobre el papel de la cultura se limitó a su acepción más restringida con referencia a las artes y a las «formas supremas» del patrimonio cultural.

⁵ En [<http://portal.unesco.org/es/>].

4. LA CULTURA EN LAS TEORÍAS DE DESARROLLO: EVOLUCIÓN DEL DEBATE

En los años cincuenta, las teorías emergentes sobre el desarrollo, entre ellas la «Teoría del Crecimiento Económico» de Sir Arthur Lewis, estaban preocupadas principalmente por el crecimiento económico, el empleo, la tecnología de capital intensivo y la productividad. Pocos autores, entre ellos destaquemos a W.W. Rostow, hicieron referencia a la cultura, subrayando que para que el desarrollo sea efectivo, los cambios asociados deben ser hechos con valores e instituciones locales (Rostow, 1960). Daniel Lerner⁶ defendió que todas las sociedades modernas han atravesado un proceso lineal de urbanización, alfabetización y exposición a los medios de comunicación y participación.

Mientras que sí había un consenso teórico en la asunción de que los valores y las actitudes eran componentes esenciales para armonizar el desarrollo de los pueblos, otra escuela de pensamiento procedente del marxismo consideraba que era el conflicto de clases, no el conflicto cultural o étnico, el que era inherente al desarrollo de las sociedades. No fue hasta mucho más tarde, con el trabajo de Antonio Gramsci y Perry Anderson cuando la «cultura» volvió a emerger como un campo legítimo de análisis en las estructuras y estudios marxistas. Otro estudio que influyó considerablemente en los años cincuenta fue la obra de Karl Polanyi de 1944, *La gran transformación*, en la que exponía pruebas históricas que apoyaban su tesis de que «previamente a nuestro tiempo no existía ninguna economía, incluso en sus inicios, que estuviera controlada por los mercados». Insistía que las «motivaciones económicas surgen del contexto de la vida social» y consideraba que la reciprocidad y la redistribución eran los principios básicos de la organización de economías y sociedades.

Otra perspectiva empezó a construirse al observar cómo las economías rurales se estaban incorporando a las estructuras capitalistas de los países en desarrollo. El antropólogo mexicano Gonzalo Aguirre Beltrán y Eric Wolf articularon la teoría de la dependencia «centro-periferia», la explotación y aislamiento del campo y el impacto en el crecimiento desordenado de las grandes urbes. Ya

⁶ En su influyente libro: *The uses of Literacy*.

Robert Redfield definió en 1941 el progreso como «un continuum campo-ciudad» en un proceso lineal en el que los campesinos de las sociedades agrarias iban del aislamiento a la homogeneidad, a la «desestructuración de su cultura, a su secularización y su individualización».

4.1. *La «subcultura de la pobreza»*

Oscar Lewis acuñó la expresión de la «subcultura de la pobreza» con arreglo a unos setenta rasgos interrelacionados social, económica y psicológicamente. Entre estos rasgos estaban el desempleo crónico o precario con escasos ingresos, la falta de propiedad privada, la carencia de ahorros y de liquidez. Enfatizó que la escasa participación efectiva de los pobres y su no integración en las principales instituciones de la sociedad a la que pertenecen, sus altas tasas de analfabetismo y los bajos niveles de educación hacían que no participasen en las agencias nacionales de asistencia social, sindicatos o partidos políticos. En el pensamiento de Lewis, la subcultura de la pobreza es tanto una adaptación como una reacción de los pobres a su posición marginal en una sociedad capitalista estratificada por clases y muy individualista, que permite dibujar un «perfil» estadístico.

4.2. «¿Cuándo una “cultura” no es cultura?»

En los años sesenta se empezó a despreciar la noción de «cultura de pobreza»⁷ por distorsionar la realidad de los pobres y prejuizar nuestro entendimiento de sus formas de vida, propiciando políticas que tendieron a perpetuar esas desventajas asociadas a la pobreza». Charles Valentine⁸ atacó el concepto de «cultura de pobreza» desde dos frentes:

⁷ Encuentro de la Asociación Americana de Antropólogos, 1966.

⁸ En su libro *Culture and Poverty*, 1969 [ed. cast.: *La cultura de la pobreza*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972].

1. La noción negativa de pobreza contradecía importantes aspectos positivos del concepto de «cultura» argumentando que «estas formulaciones apoyaban la racionalización de culpar a los pobres de su pobreza».
2. Porque la esencia de la pobreza es la desigualdad. Consideraba que muchos de los rasgos distintivos que Lewis identificaba como modelos culturales, más que ser creaciones culturales de una subcultura de pobreza, eran, de hecho, «condiciones impuestas externamente» de las que no eran plenamente responsables.

En los años setenta, los estudios de desarrollo de los «estructuralistas», principalmente economistas neoclásicos y marxistas, reconocían que la falta de recursos materiales podía producir rasgos culturales similares en distintas sociedades, pero se consideraba «inadmisibles» que los rasgos culturales pudieran tener una influencia independiente en la perpetuación de las condiciones de pobreza.

Robert Wade (1976) añadía que, aunque la identificación de «pobre» correspondiera a una categoría analítica, al definirlos en términos estadísticos de distribución de los ingresos y pudiera aceptarse con fines puramente descriptivos, no servía para explicar la naturaleza sistemática de la pobreza, manifestando que los factores claves eran la distribución de los recursos y del poder y las limitaciones físicas y materiales.

4.3. «Ajustes culturales» en el desarrollo económico

Una discusión paralela se mantenía en el pensamiento del desarrollo en los años sesenta sobre la necesidad de tomar en cuenta los «ajustes culturales» en la planificación del desarrollo económico de los países. Dos décadas más tarde los fallos en la aplicación de las recetas macroeconómicas del FMI fruto del «Consenso de Washington» revelaban que se había obviado esta adecuación necesaria al contexto local social, político y cultural.

Una publicación de la UNESCO en 1963 sugería que «el estudio de los modelos culturales nos ayuda a situar al individuo de nuevo

en su contexto social». Visto así, los cambios económicos y técnicos no representan más que un aspecto particular del «ajuste cultural».

Una década más tarde, Paul Kennedy explicó que la incapacidad de las empresas capitalistas de mantener a sus trabajadores en Ghana se debía en parte al deseo de los trabajadores de ser sus propios jefes, un rasgo muy valorado en sus culturas tradicionales. Además las demandas de trato igualitario y comunitario debilitaban la capacidad de los emprendedores para acumular capital. Concluía que las limitaciones para el desarrollo son «en parte estructurales y en parte derivan de comportamientos culturalmente condicionados con los que los economistas tienen que lidiar. Ahora bien estos factores culturales no son simples legados tradicionales. Estos pueden ser modificados y reforzados por los rasgos de la estructura económica de las economías dependientes del Tercer Mundo».

A pesar de este interés cada vez más amplio por la cultura en los estudios de desarrollo en los años setenta, según Ron Dore (1976) se constataba «una huida de la cultura» en términos intelectuales, por ejemplo, al intentar comprender el papel de la cultura en el desarrollo de forma científica con datos duros, cuantificables y estructurales. Esta «huida de la cultura» también podía explicarse por la «carga del hombre blanco» a la que aludía Rudyard Kipling⁹. «El etnocentrismo subyacente y la exclusión de los países en desarrollo del control de las políticas monetarias internacionales y de los sistemas de comercio internacional de los modelos de desarrollo de las naciones poderosas» fue contestado firmemente por sociólogos del Tercer Mundo, peruanos, senegaleses o tunecinos que no estaban satisfechos con que se diagnosticasen los problemas de sus países básicamente por su pereza o estrechez de miras para el desarrollo económico, o falta de «orientación al logro» como se denomina en la jerga económica.

4.4. *Cultura y desarrollo endógeno*

De hecho, una nueva generación de intelectuales en países en desarrollo empezaron a examinar los fallos y efectos desiguales de la ayuda internacional en la modernización de sus países. Muchos en-

⁹ Poema publicado en 1889.

contraron en la «cultura» la herramienta intelectual clave para enfatizar el desarrollo endógeno.

Rodolfo Stavenhagen, partiendo de la tesis de Aguirre Beltrán y Eric Wolf de la relación centro-periferia, fue más allá al definir el concepto de «colonialismo interno» al referirse a las condiciones de los pueblos autóctonos en el Tercer Mundo. Propuso el concepto de «etno-desarrollo» como una política que permitiría a los pueblos indígenas la incorporación del capitalismo en sus vidas bajo sus propios parámetros culturales. En los años setenta, los pueblos indígenas eran todavía percibidos como portadores de una «identidad negativa» de pobreza.

El estudio de Lourdes Arizpe de 1978 sobre por qué las familias indias eran más pobres que las mestizas, aunque hubiesen recibido las mismas cantidades de dinero en la reforma agraria de 1930, también arrojaba algunas respuestas. El estigma asociado a la «indianidad» fue usado por las familias mestizas para monopolizar los trabajos y oportunidades de negocios, resultando en un crecimiento económico moderado para sus hijos. Sin embargo los indios reconocieron que no llevaron a sus hijos al colegio porque no querían que perdieran su lengua y su modo de vida.

El mismo dilema de conservar las tradiciones culturales mientras se erradica el colonialismo interno está presente en países de Asia y África. En África, el *apartheid* representó la continuación más radical de la opresión colonial, justificada predominantemente por una base cultural. Extremo que generó una desconfianza en los pensadores y expertos en desarrollo a aludir a explicaciones y motivaciones con base cultural. De hecho, la política del *apartheid* se basó en el reconocimiento de una diferencia cultural y en el deseo de un grupo cultural de vivir de forma separada, llegando a legitimar la exclusión de la población africana del desarrollo de Sudáfrica.

Los intelectuales africanos reaccionaron atacando el colonialismo y buscando apoyo en sus comunidades para la liberación nacional. Frantz Fanon fue uno de los primeros escritores que denunció la experiencia colonialista que intentaba imponer «máscaras blancas en piel negra»¹⁰ y perpetuar relaciones de poder asimétricas y

¹⁰ *Black skin, White Masks*, 1952 [ed. cast.: *Piel negra, máscaras blancas*, Akal, Madrid, 2009].

discriminatorias por razón de la pobreza y de la identidad cultural: «No soy pobre por ser negro, soy negro por ser pobre»¹¹. El movimiento de la «negritud», liderado por el poeta Leopold Senghor y posterior presidente de Senegal y por escritores como Aimé Césaire en el Caribe, realzaba sus culturas africanas y muchos de sus logros artísticos.

En Asia, los debates sobre la cultura y el desarrollo se canalizaron de otra forma embarcándose en «un desarrollo dirigido localmente». En la Conferencia de Bandung de 1955 se habló de los valores asiáticos como los valores de la piedad, la honestidad, la lealtad y la diligencia en el trabajo. Estos valores fueron realzados en los años ochenta como la razón del éxito del desarrollo económico en el sudeste asiático, sólo que, paradójicamente, una década más tarde estos valores fueran vistos como la causa de la crisis económica de la región, relacionada con el nepotismo, el amiguismo y la pasividad, rasgos supuestamente inherentes a la cultura asiática.

5. POLÍTICAS CULTURALES EN LAS INSTITUCIONES MULTILATERALES

5.1. *Formulación de políticas culturales*

La idea de formular políticas culturales fue propuesta por primera vez en 1969 por la UNESCO en un estudio en el que se fijaban criterios que permitieran definir este concepto y permitieran vincular la cultura al desarrollo de las personas y del desarrollo social y económico. Las directrices políticas que se propusieron en el Plan de 1977 a 1982 permitieron consolidar un programa sobre la cultura cuyos objetivos eran:

1. Promoción de la apreciación y respeto de la identidad cultural de los individuos, grupos, naciones y regiones.
2. Promoción de la identidad cultural como medio para lograr la independencia y la solidaridad.

¹¹ Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, 1961.

3. Promoción de la identidad cultural en el marco de una estrategia global de desarrollo.
4. Promoción del respeto de la identidad cultural de individuos y de grupos, especialmente de aquellos marginalizados en los países desarrollados y en vías de desarrollo.

No obstante, cabe destacar que el más importante y exitoso programa cultural de la UNESCO ha sido la promoción de la conservación del patrimonio cultural. La convención de 1972 para la Protección del Patrimonio Cultural y Natural, que creó el listado del Patrimonio Universal, es la segunda convención más ratificada de NNUU, tras la Convención de los Derechos del Niño.

El reto de relacionar la cultura al desarrollo se debatió por primera vez por los gobiernos en la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales en Ciudad de México en 1982. Mondiacult –como se denominó– estableció un concepto de trabajo internacional basado en una definición antropológica de la cultura bastante amplia: «El conjunto de rasgos espirituales, materiales, intelectuales y emocionales que caracterizan a una sociedad o grupo social. Incluye no sólo las artes y las letras, sino también modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, sistemas de valores, tradiciones y creencias». La Declaración de México subrayaba la dimensión cultural del desarrollo, expresando que «El desarrollo equilibrado sólo se garantiza integrando los factores culturales como una parte esencial de las estrategias diseñadas para lograrlo; por consiguiente, estas estrategias deberían formularse a la luz del contexto histórico, social y cultural de cada sociedad».

A mediados de los años ochenta, los factores sociales y culturales empezaron a tomarse en cuenta en la planificación para el desarrollo en otras instituciones de Naciones Unidas, especialmente en el PNUD en las áreas de Pueblos Indígenas, mujer y desarrollo y desarrollo comunitario. Esto también empezó a ser una realidad en el Banco Mundial aunque, tal como lo manifestó Michael Cernea, con demasiada lentitud. Cernea, quien fue pionero en tales estudios en el Banco Mundial, explicó que estas variables culturales se empezaban a tomar en consideración debido a las inconsistencias o fallos de muchos programas de desarrollo que obviaban el factor cul-

tural en su diseño. Este autor señalaba que el mayor obstáculo era la falta de una teoría integral sobre *el desarrollo inducido*, lo que dificultaba el convencimiento de los economistas reacios a incorporar variables culturales en sus modelos de desarrollo.

El derecho al desarrollo ya fue proclamado por la Declaración de Naciones Unidas en 1986 en que fue adoptada por la Asamblea General en la resolución 41/128. Se concibe como un derecho individual y colectivo reafirmado en la Declaración de Viena de Programas y Acciones para el Desarrollo.

En 1987, el Grupo de los 77, representando a la mayoría de los países del Tercer Mundo y con el apoyo de países europeos claves, aprobó una resolución declarando de 1988 a 1997 una «Década para la Cultura y el Desarrollo». Se apadrinó la publicación titulada *La cultura: ¿Rebén del desarrollo?* Los autores advertían que la oposición de los dos conceptos revelaba una simplificación, «ya que los presupuestos del desarrollo son en sí mismos expresiones de una cultura» (Rist, 1994). Por ejemplo, el presupuesto occidental del cambio social se determina por la búsqueda de la maximización de los beneficios o la acumulación de capital; concepto que no es compartido por todas las culturas. Otro de sus autores, Hassan Zaoual, apuntaba que a través de la concepción occidental del desarrollo, «el Tercer Mundo estaba siendo aculturizado».

5.2. *La mujer, la cultura y el desarrollo*

Aunque el pionero estudio de Ester Boserup sobre *El papel de la mujer en el desarrollo económico* publicado en 1970 no tratase explícitamente el papel de la cultura a la hora de analizar la participación de la mujer en el mercado laboral, sí que abrió un nuevo espacio intelectual en las teorías de desarrollo. Reflexionaba sobre la población y la contracepción, como impacto del feminismo y de los movimientos de derechos civiles al situar a las mujeres en la agenda del desarrollo social y político.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) y algunos gobiernos, como el de la India, empezaron a organizar seminarios sobre la participación económica de la mujer. Otros estudios en Lati-

noamérica mostraban la «feminización» de la pobreza al afectarles predominantemente tres desequilibrios en el desarrollo de la región: la terciarización, la migración campo-ciudad y el crecimiento de la economía informal. Los factores culturales eran implícitos en la división sexista del trabajo que creaba modelos diferenciados por género en los procesos de urbanización, industrialización y participación en las estructuras laborales.

El impacto de los modelos culturales era patente especialmente si se comparaban las tasas de incorporación de las mujeres al mercado laboral formal en los países en desarrollo. Los factores culturales y religiosos eran muy significativos en los países islámicos donde el crecimiento económico había tenido escaso efecto en la creciente incorporación de las mujeres al mercado laboral.

5.3. La diversidad cultural y la modernización

A fines de los años ochenta las preocupaciones medioambientales hicieron de la sostenibilidad del desarrollo la estrategia central del desarrollo, sostenibilidad que debe incorporar también la dimensión social y cultural. Lourdes Arizpe describe cuatro procesos que no debían desconocerse:

1. La existencia de grupos que, conscientes y voluntariamente, intentaban permanecer fuera del desarrollo modernizador.
2. Grupos culturales reacios porque habían sido marginados del desarrollo.
3. Grupos culturales que estaban usando la cultura para luchar por ventajas políticas.
4. Grupos que estaban usando la cultura para proteger sus mercados nacionales.

Estas cuatro tendencias siguen presentes e incluso se están agudizando a día de hoy.

Unos años después, con la ruptura de la Unión Soviética y el final de una filosofía política alternativa, se abrió la puerta al resurgir de los grupos religiosos y étnicos tradicionales y a la exploración de

nuevas filosofías espirituales y medioambientales. Entre esta diversidad de corrientes, las más influyentes en el pensamiento del desarrollo y en su relación con las culturas y civilizaciones son el multiculturalismo y la narrativa deconstructiva de las ideas del desarrollo. Lo que en los años setenta empezó como un argumento para el «etnodearrollo», esto es, el desarrollo que incorpora las diferencias culturales, en los noventa se elevó a la categoría de «choque de civilizaciones», término acuñado en términos culturales pero con significado político en su simplificación y confusión de términos.

Samuel Huntington, en su artículo «El choque de civilizaciones y la transformación del orden mundial», inició un confuso debate internacional que se limitaba a categorías religiosas y culturales vagamente definidas. En vez de usar el término más amplio e inclusivo de *civilización occidental*, ya que muchos de sus logros se basaban en los de otras civilizaciones o el de *civilización de Oriente Medio*, que habría permitido referencias generosas a los fundamentos culturales originarios de Egipto, Grecia y Bizancio, Huntington mezcló distintas categorías: religiones como «civilizaciones»: Cristianismo para referirse a Occidente, el Judaísmo, la civilización Eslava-Ortodoxa, el Islam, el Confucianismo y el Hinduismo junto con acepciones geográficas elevadas al rango de civilización: la Japonesa, la Latinoamericana y la Africana. De hecho, al ignorar la ciencia y la filosofía política de los aspectos más vitales de la hegemonía occidental, redujo todo a la posición de una religión entre muchas, ninguna de las cuales podría reclamar mayor legitimidad. De su artículo, la conclusión peligrosa que se podría extraer es que si se elimina la legitimidad moral, política o religiosa, el único poder que queda es el militar.

Ahora bien, Huntington distinguía modernización de occidentalización, argumentando que cualquier civilización se puede beneficiar de los avances económicos y tecnológicos sin tener que occidentalizarse. Sugiere que China (ahora una «civilización» secular) puede convertirse en la potencia dominante en Asia y en el sudeste asiático.

En la búsqueda por modelos culturalmente plurales en los años noventa, el concepto de «transnacionalismo» se usó también para describir a la creación de comunidades culturales en la diáspora como los afrodescendientes, los judíos o los palestinos (Ghosh, 1989). Las mi-

graciones de toda índole, políticas y económicas, han irrumpido y a la vez renovado el tejido social tanto de las comunidades rurales como de las ciudades. Esto ha acelerado el cambio cultural en grupos urbanos, especialmente entre los pobres¹². Así, en la década de los noventa, los estudios culturales se centraron en espacios urbanos multiculturales en los que los medios de comunicación de masas son el principal medio de transmisión de mensajes culturales.

Tal fluidez e integración desigual de los migrantes procedentes de distintas culturas en los contextos urbanos ni siquiera permite abstraer un modelo de «subcultura de pobreza» con fines analíticos. Estos nuevos modelos de «desterritorialización» de las culturas, de la creación de espacios transnacionales, de la asimilación segmentada y de la «reetrnización» de muchas comunidades de inmigrantes en los países desarrollados apuntan a una nueva diversidad de actitudes culturales, especialmente tras la primera generación de inmigrantes en lo que ha venido a llamarse «minorías culturales en movilidad».

5.4. *La evanescencia de la cultura: los debates de los años noventa*

Si a fines de los años setenta el libro de Edward Said, *Orientalismo*, influido por Foucault y otros analistas posmodernos franceses, había abierto la caja negra del discurso cultural deconstruyendo la forma de tratar con Oriente, en los años ochenta, varios autores de países en desarrollo como V.Y. Mundimbe en *La invención de África* usaron las mismas herramientas técnicas para cuestionar el pensamiento dominante sobre el desarrollo. A su vez, los estudios post-coloniales también cuestionaron tales narrativas cuya función estratégica fundamental en las palabras de Homi Bhaba era la homogeneización de modelos culturales.

Mientras que estos debates hacían furor en las universidades y círculos académicos, las organizaciones internacionales empezaban a reaccionar a la presión de los estados miembros para desarrollar políticas y acciones que abordaran estas tres tendencias culturales en alza:

¹² «Pandillas» en Centroamérica.

1. La rápida pérdida de tradiciones culturales asociada a la globalización.
2. El resurgir de choques culturales y fundamentalismos religiosos cuando el Estado y las filosofías políticas seculares perdían fuerza.
3. La necesidad de proteger las condiciones para la continuación de producciones culturales nacionales en un contexto en que los medios de comunicación inundaban los espacios culturales con contenido cultural no nacional.

Fue entonces cuando la independiente Comisión Mundial sobre la Cultura y el Desarrollo llevó a cabo su importante trabajo.

6. LA COMISIÓN MUNDIAL DE NACIONES UNIDAS SOBRE CULTURA Y DESARROLLO

6.1. Informe «*Nuestra diversidad creativa*», 1996

Esta comisión independiente fue creada por la Asamblea General de NNUU en diciembre de 1992 y presidida por el anterior secretario general de NNUU, Javier Pérez de Cuéllar, incluyendo a trece figuras internacionales respetadas y a seis miembros honorarios. Tras casi tres años de trabajo, en noviembre de 1995, la comisión presentó su informe *Nuestra diversidad creativa* a la Conferencia General de la UNESCO y a la Asamblea General.

El mensaje que se extraía del informe era que el desarrollo integra no sólo el acceso a bienes y servicios, sino también la oportunidad de elegir un modo de vida deseado, pleno y satisfactorio. Mira al desarrollo como un proceso que canaliza la libertad efectiva de la gente en cualquier lugar del mundo para crear expresiones culturales e intercambios que amplían la noción ampliamente aceptada de desarrollo humano. El papel de la cultura no es sólo servir a unos fines, sino que constituye de hecho, la base social de los propios fines. En otras palabras, la cultura no es un medio para un progreso material; es el fin y el objetivo del «desarrollo» percibido como la plenitud de la existencia humana en todas sus formas y en su integridad.

En *Nuestra diversidad creativa*, la comisión articulaba, en primer lugar la noción de «ética global» que necesita emerger de la búsqueda mundial de valores compartidos que pueden aglutinar a los distintos pueblos y culturas más que buscar lo que les separa. En el texto se exploraban los retos del «pluralismo cultural», reafirmando el compromiso de fortalecer la coexistencia en la diversidad tanto nacional como internacionalmente. La creatividad era reconocida por su valor de palanca del desarrollo en relación con la tecnología, las nuevas formas sociales y políticas, el «empoderamiento»¹³ de los pobres y la producción artística. El informe también analizaba la implicaciones culturales de los medios de comunicación mundiales, enfocándose en los principios de diversidad, competencia, estándares de decencia y el equilibrio entre equidad y eficiencia aplicados tanto nacional como internacionalmente.

La comisión también trató muchos procesos de cambio como las percepciones culturales de los ciclos de vida de las mujeres y su participación social en el desarrollo. Propuso estrategias para acompañar los cambios necesarios en los papeles que las mujeres desempeñan en sus sociedades. Promovió agendas contra culturas intolerantes a la igualdad de derechos entre hombre y mujer que niegan a las mujeres derechos fundamentales básicos. La redistribución de los ingresos y del poder de los hombres a las mujeres requiere de la consolidación de una base política, de «empoderamiento» y de cambio cultural.

En lo que se refiere al patrimonio cultural tangible e intangible, el informe exponía su valor para preservar la memoria colectiva en el mundo. Esta herencia se compone no sólo de edificios y monumentos, sino que aglutina también multitud de artesanías, documentos, manuscritos, tradiciones orales y culturas que se expresan en todas sus formas incluyendo representaciones artísticas y simbólicas. La salvaguardia de estas creaciones de nuestros ancestros debe ir de la mano de la promoción de las creaciones contemporáneas.

Además, la comisión reconocía que las dimensiones culturales de la gestión medioambiental debían ser consideradas en relación con los conocimientos indígenas (art. 8j sobre el Convenio de Biodiversidad)¹⁴, en el impacto medioambiental de ciertos proyectos, en

¹³ Traducción de «empowerment» (Naciones Unidas, Banco Mundial).

¹⁴ [<http://www.cbd.int/doc/legal/cbd-es.pdf>].

la cultura urbana, el crecimiento poblacional, la reducción de la pobreza y el crecimiento económico sostenible y la diversidad cultural. Así, la Comisión propuso «nuevas estrategias de desarrollo sensibles a la variable cultural» que tomaran debidamente en cuenta el factor humano en el desarrollo.

Varias de las recomendaciones de la comisión tuvieron resultados inmediatos. La UNESCO empezó a publicar los Informes Culturales Mundiales. La Conferencia Intergubernamental sobre las Políticas Culturales para el Desarrollo se reunió en Estocolmo en 1998 con un plan de acción que concedía especial importancia a las políticas culturales, la creatividad, el respeto a la diversidad cultural y el uso de las nuevas tecnologías de la información para los programas culturales. A su vez la creación del Servicio de Voluntariado para la asistencia en la conservación del Patrimonio Cultural recibió una respuesta entusiasta en todo el mundo.

6.2. *Los Informes Mundiales de Cultura*

Para apoyar e informar el desarrollo de nuevas políticas culturales, la Comisión concibió la publicación de un Informe Cultural Mundial independiente como un vehículo de exploración, clarificación y puesta al día de los temas culturales a escala mundial.

El primer informe fue publicado en 1998 y analizaba los temas de la cultura, los mercados y la creatividad. Exponía definiciones de la cultura más precisas y exploraba estrategias para crear indicadores estadísticos sobre la cultura y el desarrollo. Todos los datos y estadísticas sobre la cultura eran agregados a nivel internacional, regional y subregional. El trabajo sobre los indicadores de cultura y desarrollo fue continuado en el seminario *La cultura cuenta* que se celebró durante las reuniones anuales del Banco Mundial en Florencia en octubre de 1999.

El segundo informe trataba sobre la diversidad cultural, los conflictos y el pluralismo. En la primera sección argumentaba que la diversidad incluía no sólo lo relacionado con la cultura, sino también el género, la raza y la orientación sexual, que no amenazaba la estabilidad, siempre y cuando los ciudadanos fueran capaces de ad-

herirse a valores y prácticas culturales apoyadas por instituciones de gobernanza democrática.

Las culturas, como explicaba el informe, deben conceptualizarse como un proceso en mutación continua, como un río multicolor en el que no hay una corriente pura, un río que en cualquier momento, puede ser percibido como diferente aun cuando sigue siendo un río que fluye (UNESCO, 2000). Al separarse la gente de sus territorios geográficos de origen y de sus lugares históricos, la modernización está creando un nuevo contexto mundial y un nuevo marco de referencias culturales. Las adscripciones culturales pueden ser superpuestas allí donde las narrativas culturales se transmiten por los medios de comunicación y por internet creando un marco de referencia cosmopolita. Por ejemplo, la música *Gamelan* de Indonesia, incluso si se mezcla con la música occidental, debe continuar sonando como música *Gamelan* para conservar su nicho en el mercado musical (UNESCO, 1998). En el informe también se presentan los aspectos económicos de la conservación del patrimonio cultural, la construcción de conocimiento a través de las nuevas tecnologías de la información y la construcción de indicadores de cultura y desarrollo.

El principal reto para el siglo XXI –como declara la primera sección del Informe Mundial Cultural de 2001– es encontrar estrategias «para que las naciones y la comunidad global pueda prevenir y remediar la profundización de las desigualdades, especialmente en las fallas, nuevas y viejas, de la diversidad cultural».

7. DESARROLLO HUMANO CON IDENTIDAD

7.1. *Informe sobre Desarrollo Humano de 2004 del PNUD: La libertad cultural en el mundo diverso de hoy*¹⁵

Naciones Unidas dedicó el Informe de Desarrollo Humano de 2004 a la cuestión cultural y concretamente a las políticas multiculturales que reconocen las diferencias y la diversidad. «La libertad cultural

¹⁵ [<https://hdr.undp.org/reports/global/2004>].

constituye una parte fundamental del desarrollo humano puesto que para vivir una vida plena es importante poder elegir la identidad propia –lo que uno es– sin perder el respeto por los demás o verse excluido de otras alternativas».

Los autores del informe, entre quienes estuvo Amartya Sen¹⁶, planteaban que todo individuo tiene derecho a su identidad étnica. «La novedad hoy es el surgimiento de la política de identidad: es necesario que la gente cuente con la libertad de participar en la sociedad sin tener que desprenderse de los vínculos culturales que ha escogido».

En el capítulo «Libertad cultural y desarrollo humano», Amartya Sen aborda «las dimensiones culturales del desarrollo humano» a partir de tres consideraciones:

1. La libertad cultural como una dimensión muy importante de la libertad humana: «Exige trascender las oportunidades sociales, políticas y económicas, ya que éstas, por sí solas, no garantizan la libertad cultural».
2. Durante los últimos años, el debate sobre la cultura y la civilización ha sido intenso pero «más centrado en el reconocimiento, incluso apología del conservadurismo cultural más que en la libertad cultural propiamente dicha. El aspecto medular no es la importancia de la cultura tradicional, sino la relevancia trascendental de las libertades y opciones culturales.
3. Debido a la gran interdependencia entre todas las dimensiones de la vida humana, la libertad cultural incide en los éxitos y fracasos en lo social, lo económico y lo político. «Ni siquiera la pobreza, un concepto fundamentalmente económico, puede entenderse cabalmente sin incorporar consideraciones culturales en el análisis».

Como afirmó el administrador del PNUD, Mark Malloch Brown, en el momento de publicación del informe: «Si el mundo desea lograr los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) y erradicar definitivamente la pobreza, primero debe enfrentar con éxito el desafío de construir sociedades inclusivas y diversas en términos culturales».

¹⁶ Premio Nobel de Economía en 1998.

El Informe sobre el Desarrollo Humano de 2004 enfatizó cuán diverso y desigual se ha vuelto el mundo. Más de 150 países contienen significativos grupos étnicos o religiosos minoritarios y sólo en 30 países no hay una minoría que constituya al menos un 10 por 100 de su población. Más aún, en más de 70 países existen 300 millones de personas que pertenecen a grupos indígenas, que representan al menos unos 4.000 idiomas diferentes. Muchos de estos países han registrado niveles de prosperidad nacional que han aumentado estos últimos años. Sin embargo, estos crecientes niveles de prosperidad nacional coexisten con crecientes disparidades socioeconómicas entre los diferentes grupos de la sociedad. Estas desigualdades pueden adoptar múltiples formas, entre las cuales las más cruciales son el idioma, la religión y las identidades étnicas/raciales. Las minorías de los estados multiétnicos y muchos pueblos indígenas enfrentan con frecuencia graves problemas de discriminación en su acceso al empleo, vivienda, salud y condiciones básicas para la vida. Según ciertas estimaciones, en la actualidad hay todavía casi 900 millones de personas que pertenecen a grupos contra los que existe discriminación o sufren desventajas resultantes de su identidad, razón por la que enfrentan, de una forma u otra, exclusión cultural, económica o política. La pobreza, en sus muchas modalidades de existencia, con frecuencia está relacionada íntimamente con cuestiones vinculadas al acceso a las oportunidades y al conocimiento, e invariablemente tiene un impacto muy especial sobre los grupos sociales, étnicos y religiosos. Por estos motivos, la inclusión de las minorías y los grupos menos favorecidos en la vida social, política y cultural sigue siendo una prioridad permanente para el desarrollo.

A su vez, la cultura puede facilitar el crecimiento económico a través de la creación de empleo, turismo e industrias culturales (es decir la cultura constituye un sector económico para la producción, el consumo y el acceso a los bienes culturales). En este contexto, se entiende que las industrias culturales y creativas son las que comprenden la formación, la producción, la comercialización y la distribución de bienes y servicios culturales que son producto de la inspiración e imaginación humanas. Éstas incluyen, entre otras, imprentas y publicaciones, artes visuales y escénicas, turismo cultural e industrias relacionadas con el patrimonio cultural, el cine, la

radio, la televisión en industrias digitales, las artes, el diseño y la artesanía. Las industrias creativas son uno de los sectores de más rápido crecimiento en la economía mundial y en la actualidad alcanzan un valor global cercano a 1,3 billones de dólares. La promoción de industrias creativas viables en los países en desarrollo ofrece posibilidades reales de expandir el potencial económico y comercial de la creatividad, el talento y el conocimiento especializados locales.

La Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales de 2005, aprobada por la UNESCO, reconoció la importancia de dicho sector en su artículo 14 sobre cooperación para el desarrollo, conforme al cual las partes se comprometen a asistir en la cooperación a efectos de patrocinar la emergencia de un sector cultural dinámico. Asimismo, las industrias creativas pueden ofrecer nuevos enfoques para un mejor diálogo entre los pueblos, el logro de identidades compartidas y la cohesión social.

La cultura ofrece la base social que permite estimular la creatividad, la innovación, el avance de la humanidad y el bienestar. En este sentido, la cultura puede ser vista como una fuerza impulsora del desarrollo humano con respecto al crecimiento económico y también como un medio para llevar una vida que sea más satisfactoria desde los puntos de vista intelectual, emocional, moral y espiritual.

Las acciones que vinculan a la cultura y el desarrollo deben estar dirigidas a los grupos más desfavorecidos, que tienen menos oportunidades para participar en la vida cultural de las sociedades a las que pertenecen, debido a factores económicos, sociales o étnicos. Desde una perspectiva cultural, la lucha contra la pobreza va de la mano con otras acciones de cooperación para el desarrollo.

En su conjunto, estas políticas, estrategias y emprendimientos internacionales ofrecen un marco sólido para vincular la cultura y el desarrollo a elementos políticos claves de nuestro tiempo y convertir la política cultural en un elemento clave de las estrategias de desarrollo, incluyendo el respeto por la diversidad cultural, la promoción de la inclusión social de las minorías y los grupos menos favorecidos y la promoción de las industrias culturales y creativas.

La relación entre la cultura y el desarrollo representa así un factor decisivo para contribuir a los esfuerzos por generar un crecimiento de mayor alcance así como para los derechos humanos, la

democracia y la consolidación de la paz, todos ellos elementos esenciales para el logro de los ODM en 2015.

El informe aborda un amplio abanico de políticas públicas aplicadas por naciones y comunidades multiculturales, desde la educación bilingüe y los planes de acción afirmativa, hasta sistemas innovadores de representación proporcional y federalismo.

El informe refuta cinco falsas creencias que ha cobrado fuerza en el mundo de hoy:

1. *Asunción:* Las identidades étnicas de una persona compiten con su compromiso con el Estado, de modo que existe una disyuntiva entre el reconocimiento de la diversidad y la unificación del Estado.

Realidad: Los países no tienen que elegir entre unidad nacional y diversidad cultural. Las personas pueden y de hecho tienen múltiples identidades complementarias: etnia, lengua, religión, raza al igual que ciudadanía. La identidad tampoco es una dinámica excluyente, pues no es necesario elegir entre la unidad del Estado y el reconocimiento de las diferencias culturales.

2. *Asunción:* Los grupos étnicos tienden a entrar en conflictos violentos entre sí por choques de valores, de modo que se produce una disyuntiva entre respetar la diversidad y mantener la paz.

Realidad: La información empírica indica que las diferencias culturales y los choques en torno a valores rara vez constituyen una causa de conflictos violentos, sí los son si son manipulados y utilizados como arma política.

3. *Asunción:* La libertad cultural exige defender prácticas tradicionales, de modo que podría haber una disyuntiva entre reconocer la diversidad cultural y el progreso en el desarrollo, la democracia y los derechos humanos.

Realidad: La libertad cultural consiste en ampliar las opciones individuales y no en preservar valores ni prácticas como un fin en sí con una lealtad ciega hacia las tradiciones. La cultura no es un conjunto estático de valores y prácticas y no puede ser

usada como pretexto para negar los derechos humanos y la igualdad de oportunidades tal como el derecho de las mujeres a recibir educación.

4. *Asunción*: Los países étnicamente diversos son menos capaces de desarrollarse, de modo que existe una disyuntiva entre el respeto de la diversidad y la promoción del desarrollo. *Realidad*: No hay información que avale que la diversidad cultural frene el desarrollo. Un ejemplo de un país culturalmente diverso y exitoso en términos económicos es Malasia, la décima economía de mayor crecimiento durante 1970-1990 y cuya población está compuesta en un 62 por 100 por malayos, 30 por 100 por chinos y 8 por 100 por indios.

5. *Asunción*: Algunas culturas tienen más posibilidades de avanzar en materia de desarrollo que otras y algunas culturas tienen valores democráticos inherentes, mientras que otras no, de modo que existe una disyuntiva entre acoger ciertas culturas y promover el desarrollo de la democracia. *Realidad*: No existen pruebas que apunten a una relación entre cultura y progreso económico o democracia. Para explicar las tasas de crecimiento económico, se concluye que la política económica, la geografía y la carga de enfermedades constituyen importantes elementos de juicio, no así los indicadores religiosos (por ejemplo si una sociedad es hindú, musulmana o cristiana) que son insignificantes en términos estadísticos en su correlación con la tasa de crecimiento económico. La obra de Max Weber publicada en 1904 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* presenta la tesis de que la ética y las ideas «puritanas» influyeron en el desarrollo del capitalismo. De esta tesis no se debe inferir o extrapolar que otras culturas y/o religiones estén incapacitadas para promover acumulación de capital y menos aún afirmar que el único modelo de desarrollo posible sea el occidental. El enfoque de Max Weber sigue siendo válido para entender por qué el capitalismo occidental surgió en cierto momento de la historia, en un contexto determinado y en el seno de una ética protestante. De igual modo,

la visión tan difundida en Occidente de que el Islam es incompatible con la democracia se contradice con el hecho de que la mayoría de los musulmanes del mundo vive en sociedades que hoy se rigen por sistemas democráticos.

Retos y oportunidades

Como lo destaca el Informe sobre el Desarrollo Humano de 2004, la libertad cultural es un requisito para el desarrollo humano, puesto que es fundamental que las personas lleven vidas satisfactorias. El informe enfatizó la necesidad de políticas multiculturales que reconozcan las diferencias, defiendan la diversidad y promuevan las libertades culturales, de manera que todas las personas puedan elegir hablar su idioma, practicar su religión y modelar su cultura, lo que significa que pueden elegir ser quienes son.

Pese a las potenciales ganancias positivas a las que dan origen los bienes culturales, hay problemas tales como la confianza social, la intolerancia de las diferencias culturales y la discriminación contra las minorías que pueden ser obstáculos mayores y limitar la posibilidad de que todos los sectores de la sociedad se beneficien igualmente del progreso hacia el logro de los ODM.

Asimismo, en países divididos por conflictos de profundas raíces, la mayor tolerancia de la diversidad cultural, la confianza y el diálogo interculturales, tanto dentro de las naciones-Estado, como entre ellos, junto con la creación de instituciones que posibiliten la participación en el poder, también facilitan la consolidación de la paz y las condiciones de una recuperación duradera. Los conflictos que surgen dentro de sociedades plurales divididas por identidades culturales, lingüísticas, religiosas y étnicas han estado a la vanguardia de las actividades de recuperación y consolidación de la paz de las Naciones Unidas, especialmente en los Territorios Palestinos, el Líbano, la República Democrática del Congo, Irak o Bosnia-Herzegovina. De esta forma la cultura presenta un gran potencial para la prevención de los conflictos y la consolidación de la paz y debe ser incluida en el diseño y la planificación de políticas que actúen como instrumentos para mejorar la convivencia.

Fondo español para el Logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (F-ODM): Ventana temática de cultura y desarrollo

En aplicación del marco multilateral de la Estrategia de Cultura y Desarrollo del sistema español de cooperación (MAEC-AECID)¹⁷, España estableció dentro del Fondo español para el Logro de los ODM, creado en diciembre de 2006, una ventana temática de cultura y desarrollo que tiene por objeto ayudar a los países a diseñar, implementar y evaluar políticas públicas eficaces que promuevan la inclusión social y cultural y faciliten la participación política y la protección de derechos. El fondo también pretende apoyar los esfuerzos para promover industrias culturales y creativas y para generar los datos e información necesarios para la formulación y vigilancia efectivas de políticas sobre diversidad, cultura y desarrollo.

7.2. Pueblos Indígenas: desarrollo humano con identidad

En todo el mundo existe una difundida necesidad de elaborar y promover políticas, leyes y reglamentaciones que protejan los derechos de las minorías excluidas por motivos culturales, respeten el multiculturalismo e incentiven la participación y la representación política de las minorías culturales. Dichas intervenciones políticas deberían estar además destinadas a asegurar que las minorías culturales, lingüísticas, religiosas y étnicas y los pueblos indígenas participen activamente, sean consultados y tengan representación como parte integral del proceso de adopción de políticas públicas.

Las organizaciones internacionales han ido otorgando progresivamente una mayor preeminencia a los de pueblos indígenas:

- El Banco Mundial en términos de salvaguardias para proteger a los pueblos indígenas del impacto no deseado por proyectos económicos principalmente de infraestructuras (BM, 1986).
- La OIT respecto a la «auto-determinación».

¹⁷ En [http://www.maec.es/es/MenuPpal/CooperacionInternacional/Publicacionesydocumentacion/Documents/DES_por_10020Cultura_por_10020y_por_10020Desarrollo.pdf]

- La UNESCO en términos de conservación de sus culturas y de las artes.

La nueva presencia pública de los pueblos indígenas y en menor grado, pero de forma creciente, también de las poblaciones afrodescendientes, requiere de nuevas estrategias públicas y civiles de desarrollo social y económico, de reformas legislativas, judiciales y políticas, es decir, de reformas del Estado.

Las críticas a un desarrollo puramente económico han llevado a la construcción del concepto más acabado de «desarrollo humano», «desarrollo sostenible» y del «enfoque de derechos humanos para el desarrollo». Estos tres enfoques se aplican los pueblos indígenas a menudo más en el discurso que en la práctica. Por ejemplo, el Foro Permanente de Naciones Unidas para los Pueblos Indígenas ha enfatizado la necesidad de incorporar el enfoque de derechos humanos para el desarrollo en los ODM.

En el caso del «desarrollo sostenible» existe el riesgo latente de igualar a los pueblos indígenas con la naturaleza. Los pueblos indígenas defienden que sus tierras y recursos no deberían ser considerados como meros activos económicos ya que éstos forman parte de la integridad social y cultural de sus pueblos.

Los pueblos indígenas están siendo cada vez más activos en el diálogo de políticas de desarrollo. Cuestionan la lógica del desarrollo «necesario» en proyectos de infraestructura en sus tierras, como industrias extractivas, carreteras o presas, que en muchos casos, no sólo han generado pobreza y profundas desigualdades sino que también han generado problemas sociales de desestructuración familiar, alcoholismo y suicidios entre la gente joven. El papel de los pueblos indígenas en el desarrollo continúa pivotando entre la gestión de recursos naturales y la preservación de sus culturas en contextos de reforma del sector social y de estrategias de reducción de la pobreza.

Mientras que los objetivos de la Segunda Década de Naciones Unidas para los Pueblos Indígenas del mundo se centran en los marcos de desarrollo más sensibles culturalmente, la realidad es que en muchas instancias, los derechos humanos no constituyen la base de los proyectos de desarrollo que les afectan. Los pueblos indígenas están intentando que las instituciones financieras internacionales, las agen-

cias de NNUU y otras agencias reconsideren sus enfoques para el desarrollo en los proyectos que inciden en sus comunidades. Los derechos humanos y el desarrollo todavía se conciben como compartimentos estancos por parte de algunos políticos y gestores de proyectos de desarrollo, aunque en el discurso las agencias de NNUU sí estén incidiendo ya en el concepto del enfoque de derechos humanos para el desarrollo. Las directrices de NNUU para el desarrollo de los pueblos indígenas son un ejemplo de este nuevo enfoque¹⁸. Establece normativa, políticas y marcos operativos para aplicar el enfoque de derechos humanos sensible culturalmente. Hasta la fecha, ha habido algunos casos de estudio de buenas prácticas que se refieren al desarrollo de los pueblos indígenas y todavía hay mucho espacio para presentar estudio de casos con lecciones aprendidas de proyectos que han tenido impactos negativos en la población cuando no se tomaba en cuenta la dimensión cultural¹⁹.

En relación con los procesos de renacimiento multicultural en la era de la globalización, es importante destacar que los movimientos indígenas están intentando delimitar las fronteras de su integración en el mundo globalizado no como la salvaguardia de tradiciones en decadencia, sino como sujetos activos de sus propios modelos de desarrollo (June Nash, 2001). Entre muchos movimientos indígenas, el zapatista en México fue emblemático internacionalmente en la relación con los procesos de globalización. A su vez, es importante señalar con James Anaya²⁰, el creciente papel protagónico que en estas luchas desempeñan las mujeres indígenas, víctimas perennes de la discriminación y la violencia.

El nuevo marco internacional y los derechos humanos de los pueblos indígenas

Mientras que en el mundo occidental conceptos como la soberanía, autogobierno y autodeterminación son valores centrales, raramente se contemplan así en relación con los pueblos indígenas.

¹⁸ [www.undp.org/partners/cso/indigenous].

¹⁹ *Good practices on Indigenous Peoples' Development*, Tebtebba y FPNUPI, 2006: *Indigenising Development*.

²⁰ Relator actual de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas.

— *Convenio 169 de la OIT:*

En 1989, la OIT adoptó el Convenio 169 sobre pueblos indígenas y tribales que hasta la fecha ha sido ratificado por 20 estados²¹. A su vez, el Convenio 169 conmina a los gobiernos a reconocer a los pueblos indígenas su derecho de propiedad sobre sus tierras tradicionales y los recursos naturales localizados en sus tierras para proteger sus intereses económicos, políticos y espirituales. Además, en el convenio se exige a los gobiernos el reconocimiento de las costumbres e instituciones indígenas y desarrollar una legislación que permita a los pueblos indígenas mantener y fortalecer sus sistemas legales, políticos, económicos y sociales. Por otro lado, el convenio afirma el deber de los gobiernos de «consultar a los pueblos interesados, mediante procedimientos apropiados y en particular a través de sus instituciones representativas, cada vez que se prevean medidas legislativas o administrativas susceptibles de afectarles directamente», derechos que las organizaciones indígenas han invocado múltiples veces en sus conflictos con los gobiernos sobre cuestiones de explotación de recursos, concesiones de exploración y actividad petrolera y minera o proyectos de infraestructura.

El Comité de Naciones Unidas sobre la Eliminación de la Discriminación Racial fue adoptado con recomendaciones específicas con relación a los pueblos indígenas y afrodescendientes. El comité conmina a los gobiernos a facilitar a los pueblos indígenas las condiciones que permitan su desarrollo económico y social compatible con sus características culturales.

— *Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas*²²:

Esta resolución aprobada por la AGNU el 13 de septiembre de 2007 es, a día de hoy, el instrumento jurídico internacional más acabado para la promoción de los derechos humanos de estos pueblos. No obstante, a pesar de no tratarse de un convenio o tratado jurídicamente vinculante, el hecho de que la declaración haya sido adoptada por una amplia mayoría de 143 estados miembros de las Naciones Unidas, incluyendo la gran mayoría de los países latinoamericanos,

²¹ Entre ellos España, que lo ratificó en 2007.

²² En [<http://www.un.org/esa/socdev/unpfii/es/drip.html>].

hace de esta declaración una norma jurídica internacional obligatoria para todos los estados miembros de las Naciones Unidas. No obstante, a pesar de la oposición que se ha manifestado en algunos sectores políticos a ciertos derechos de los pueblos indígenas, como el derecho a la libre determinación, el derecho colectivo a la tierra, el territorio y los recursos, así como el *derecho al consentimiento previo, libre e informado* para la aprobación de cualquier proyecto que les afecte, algunos gobiernos –como Bolivia y Nicaragua– ya están incorporando la declaración en su legislación nacional en sus sistemas de administración de justicia en sus políticas económicas, sociales y culturales.

Así, la declaración ofrece una base mucho más sólida desde la que los pueblos indígenas pueden afirmar y definir sus aspiraciones en los debates con los estados y las corporaciones sobre el desarrollo con cultura e identidad. La declaración afirma su derecho de autodeterminación y el derecho a determinar y desarrollar sus prioridades y estrategias para el desarrollo.

— *Foro Permanente de Naciones Unidas sobre Pueblos Indígenas:*

El Foro Permanente recomendó al Consejo Económico y Social en mayo de 2009 la creación de un grupo de trabajo de expertos sobre «Los Pueblos Indígenas: Desarrollo con cultura e identidad: artículos 3 y 32 de la Declaración de Naciones Unidas sobre los derechos de los Pueblos Indígenas». El grupo de expertos se reunió en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York en enero de 2010. Los resultados presentados más relevantes son las recomendaciones sobre: industrias extractivas, derechos de los pueblos indígenas y responsabilidad social corporativa, el régimen internacional de la Convención sobre Biodiversidad Biológica para el acceso y reparto de los beneficios (ej.: propiedad intelectual sobre investigación en plantas medicinales) y metodologías sobre el consentimiento libre, previo e informado de los pueblos indígenas en los proyectos que les afectan²³. A su vez se presentaron estudios de casos con efectos positivos y negativos sobre el desarrollo de los pueblos indígenas. Se incidió en los factores que permiten u obstaculizan la participación de los pueblos indígenas en los procesos de desarrollo.

²³ En [<http://www.un.org/esa/socdev/unpfii/en/workshops.html>].

— *Responsabilidad Social Corporativa:*

Aunque las empresas, debido a las presiones y demandas de los pueblos indígenas están ahora más predispuestas a consultar con las comunidades, el requisito del consentimiento libre, previo e informado todavía no es una realidad en todos los casos. Se detectan importantes problemas debido a la falta de transparencia de información respecto a los posibles impactos medioambientales, social, culturales y de derechos humanos de ciertos proyectos empresariales en zonas de jurisdicción indígena. El problema más habitual es que las corporaciones empresariales en connivencia con las autoridades gubernamentales, seleccionan a ciertos individuos indígenas o comunidades específicas para negociar sin asegurarse de que representen al total de la comunidad de la zona afectada. Al hacer esto, se consigue dividir a la comunidad indígena.

En los talleres de expertos del foro permanente sobre el tema, los representantes indígenas manifiestan su frustración porque las industrias extractivas a menudo tratan el tema del reparto de beneficios o los programas sociales como caridad, más que como un tema de derechos humanos. Desde los años setenta, las Naciones Unidas han intentado establecer estándares internacionales y directrices operativas para las empresas multinacionales sin llegar nunca a lograr compromisos vinculantes para las mismas.

En el año 2000, el SGNU lanzó el Global Compact, una iniciativa voluntaria que reúne a empresas multinacionales y organizaciones de la sociedad civil para promover el respeto de los derechos humanos, normas laborales mínimas y medidas anticorrupción y de protección del medioambiente. El Global Compact es reconocido como un paso muy importante para el reconocimiento del papel de las sociedades multinacionales en el mundo. Comprende a 3.000 compañías de 116 países. No obstante, a pesar de ser un foro político global e inclusivo, no se ha logrado establecer un sistema de seguimiento que vincule obligatoriamente a las empresas que firmaron los «10 principios para un mundo mejor».

Por otro lado, se constata la falta de datos y estadísticas sobre el concepto de desarrollo de los pueblos indígenas y de su participación en las agendas de desarrollo multilaterales y nacionales. Los pueblos indígenas incluyen a grupos muy diversos de pueblos con niveles de

pobreza muy desiguales. Por ello, son necesarios más investigación y datos estadísticos para medir y hacer seguimiento sobre en qué situación se encuentran los pueblos indígenas. Esta información estadística es clave para mejorar las intervenciones de desarrollo dirigidas hacia ellos.

8. PERSPECTIVAS DE FUTURO: CULTURA Y DESARROLLO EN EL SIGLO XXI

8.1. El déficit cultural en el desarrollo

Lo expuesto anteriormente sobre la relación entre la cultura y el desarrollo revela la incapacidad de los modelos de desarrollo imperantes en incorporar un entendimiento básico de la cultura, especialmente en su finalidad constitutiva.

La economía no tiene una teoría sobre cómo los seres humanos se convierten en seres funcionales en sus sociedades de pertenencia. La economía sólo trata a los individuos como agentes ya constituidos en una sociedad determinada que intercambian bienes y servicios. Las prácticas que se necesitan para mantener a los seres humanos en buen equilibrio físico, mental y emocional no suelen ser consideradas. Tales prácticas son sociales por naturaleza, esto es, dependen de relaciones sociales: familiares, conyugales, de amigos, comunitarias y nacionales, otorgando a los individuos la capacidad de entender y de decidir sus querencias personales en el marco del bienestar colectivo. Los efectos de dejar estas consideraciones fuera de los modelos de desarrollo y de las políticas públicas, incluso en los países desarrollados, son evidentes en muchas instancias como pérdida de confianza en las instituciones, desintegración social, comportamientos delictivos y mayor violencia hacia las mujeres (violencia doméstica) y hacia los niños (maltrato infantil). Demasiada competencia puede conducir a una falta de cooperación y ésta última es esencial para el desarrollo.

La falta de integración social no sólo es una cuestión de valores sino también de la naturaleza sistémica de los sentimientos de pertenencia, reciprocidad y responsabilidad que los seres humanos ne-

cesitan para dar sentido a su vida, incluso cuando participan en los mercados. Estas prácticas sociales integradoras no pueden introducirse de nuevo en la sociedad a través de estrategias políticas fragmentarias o a través de un renacimiento religioso.

Los temas de cultura y desarrollo están evolucionando por nuevos senderos. En los años noventa muchos países en desarrollo intentaban acomodarse al pluralismo cultural en el escenario de democratización; ahora, la atención se ha desviado hacia la interacción entre la cultura y la democracia (Przeworski, 1998). La economía del patrimonio cultural, las industrias culturales y la propiedad intelectual también está en la antesala de la agenda internacional (UNESCO, 2000).

8.2. La transición cultural

Tras todo lo expuesto, estamos en condiciones de expresar que el mayor reto intelectual está de lejos en la cultura que emerge de las interacciones culturales del mundo de hoy por la transmisión de imágenes y textos en tiempo real. Las industrias culturales y el comercio internacional de bienes con contenido cultural también se convierten en un reto cultural en el mundo actual.

Tras años de intentar expandir una «tecnocultura» homogénea en el mundo de manera que las empresas puedan funcionar en un escenario económico mundial sin fisuras, hay una nueva tendencia hacia empresas multinacionales, multiétnicas de hombres y mujeres por igual. Esto puede ser interpretado como un intento de mantener el vivo espíritu creativo que surge sólo cuando se contrastan distintas formas alternativas de hacer las cosas. Si esto está ocurriendo realmente en la cultura corporativa privada, ¿por qué no ha permeado todavía en los modelos de desarrollo económico de las instituciones económicas internacionales?

La historia muestra que un déficit cultural usualmente indica el fin de una época. Una comprensión más cabal de las dificultades que conlleva la globalización requiere reconocer que estamos viviendo en una transición cultural. Tal vez marca el fin de una época que esperaba siempre que conocimientos alternativos, tecnologías, filo-

sofías y manifestaciones artísticas de fuera, provenientes de otras culturas, estuvieran listas para ser incorporadas y enriquecer las producciones y los mercados culturales o que fuesen usadas como espejos que definan mejor el sentido occidental de la universalidad que dirige el mundo. Un mundo homogéneo culturalmente significaría el fin de la creatividad. Promocionar la creatividad se convierte en una prioridad para las políticas de cultura y desarrollo, y la libertad de crear es una prioridad para el desarrollo humano.

En el inicio del siglo XXI, la cultura es clave para la construcción de una nueva geopolítica del mundo global. Los pueblos están reconstruyendo sus percepciones sobre otras culturas como parte de un giro en la relaciones entre naciones, culturas regionales y grupos culturales, étnicos y religiosos. Este giro, combinado con la ineffectividad del desarrollo, están profundizando las percepciones de desigualdad e injusticia en las políticas de desarrollo.

La globalización está dirigida por el comercio y las finanzas, pero también se está configurando con elecciones culturales que influyen en las acciones políticas y sociales. Como los distintos grupos se repositionan en el escenario global, están configurando representaciones culturales y formas simbólicas innovadoras. Esto explica por qué tantos nuevos debates e iniciativas se relacionan con la cultura y el desarrollo desde el desvanecimiento de las ideologías de la Guerra Fría. Estos debates tienen que ver con el capital social y las políticas para la promoción de las artes y las humanidades con componentes del patrimonio cultural y de la memoria colectiva. Esta realidad también explica por qué incluso se han desempolvado algunos viejos conceptos ya desacreditados como «civilizaciones» o «raza» y se han usado para intentar dar algún sentido a las turbulentas tendencias contemporáneas.

Si entendemos el desarrollo como un medio para encontrar soluciones alternativas para el crecimiento económico, entonces la pérdida de diversidad cultural representa una seria amenaza para el futuro. Normalmente esta realidad se ha discutido por su relación con la etnicidad, el género, la raza o la orientación sexual, pero ahora la diversidad también sale a colación en relación con la tecnología. Un artículo de investigación de 2001 que apareció en *The Economist* titulado «La pérdida de diversidad» avisaba a las mentes «estrechas» que la tecnología siempre «había florecido gracias a la diversidad de

opiniones y a la habilidad de inventar soluciones alternativas». El artículo argumentaba que la concentración industrial, el alto coste del desarrollo de productos de alta tecnología y la tendencia hacia la globalización están limitando la búsqueda de soluciones alternativas. ¿No es una coincidencia que esté ocurriendo exactamente en el mismo momento en que los pueblos de diferentes culturas estén perdiendo filosofías milenarias, conocimientos y tecnologías?

Amartya Sen aglutina las diferentes aristas de este debate afirmando que las identidades sociales son importantes, al igual que lo son las razones para rechazar la visión del individuo como una isla autónoma. Sen llega más lejos aún al tratar el centro del debate al declarar que es la gente la que debe decidir si sacrificar bienes materiales para la preservación de una cultura o sacrificar ciertos rasgos culturales para una mayor prosperidad. Expresa: «Desde una perspectiva orientada a la libertad, la libertad de todos para participar en la decisión de qué tradiciones observar, no puede ser eliminada por guardianes locales, nacionales, ni por los *ayatollahs* (o otras creencias religiosas, pensemos en el caso actual de Irán), ni por mandatarios políticos (o dictadores, pensemos en el caso de Corea del Norte o Myanmar), ni por “expertos” culturales (domésticos o internacionales)».

Para concluir este apartado, el debate intelectual y las experiencias políticas en el ámbito de la cultura para el desarrollo, a pesar de su riqueza en estos últimos cincuenta años, no han sido reflejados suficientemente en la reforma de las instituciones multilaterales existentes, ni han resultado en la creación de nuevas instituciones mejor equipadas para ayudar a los gobiernos y a las sociedades civiles para lidiar como los múltiples fenómenos relacionados con la cultura y el desarrollo.

Las ambigüedades en la definición de la cultura y las asunciones implícitas sobre la cultura y los modelos de desarrollo económico han conducido a modelos «ciegos» a la variable cultural más que a políticas y programas de desarrollo sensibles culturalmente, con políticas generalmente bien intencionadas pero frecuentemente sin respuestas institucionales, nacionales e internacionales útiles para convertir la cultura en motor del desarrollo. Como consecuencia, el déficit cultural en las actividades de desarrollo se traduce directamente en un déficit en la calidad de vida de los grupos a los que se intenta ayudar y mejorar.

SEGUNDA PARTE: CULTURA Y DESARROLLO EN EL BANCO MUNDIAL

Percibida como un «activo» para el desarrollo económico, como un elemento de cohesión del tejido social y/o como patrimonio para ser protegido de cara a las generaciones futuras, la cultura permea el diálogo del Banco Mundial (BM) con sus «clientes» (gobiernos de países en desarrollo) y los socios y constituye en sí misma una línea de trabajo estratégica.

El BM acoge la definición operativa de la UNESCO de la cultura: «Sistema de valores, asunciones, normas y creencias colectivas que definen un estado de relaciones sociales, comportamientos y reciprocidad entre individuos y comunidades en una determinada sociedad».

Hoy no se cuestiona que la cultura influye en el funcionamiento de la economía. De lo que se trata es de medir cómo incide y cómo situar la cultura en el centro del debate. A fines del siglo XX, los países sufrieron el impacto de la reestructuración económica y la globalización y empezaron a usar de forma decidida sus recursos culturales para explorar nuevas vías de desarrollo.

1. LA CULTURA Y LAS PRIORIDADES DEL BANCO MUNDIAL

La cultura es un elemento relevante en el proceso de desarrollo social y económico. ¿Hasta qué punto este hecho se ha entendido y se ha incorporado al trabajo del BM? ¿Se considera debidamente la dimensión cultural en el análisis de condiciones, formulación de estrategias y diseño de operaciones de desarrollo del BM? Si es así, ¿cómo se incorpora la cultura en el trabajo del BM? Y si no se hace, ¿por qué es así? Estas preguntas están recibiendo una atención creciente a medida que el BM empieza a investigar la importancia de la cultura en dos aspectos:

Primero: el reconocimiento de la cultura y su visibilidad como parte esencial de la comprensión de las percepciones y el comportamiento de las poblaciones a la que sirve.

Segundo: los bienes culturales, las expresiones tangibles e intangibles de expresiones o productos de los pueblos del pasado y del presente que han mostrado su potencial valor social y económico.

El apoyo del Banco Mundial a los bienes culturales no es nuevo. Desde la reconstrucción de Europa, después de la Segunda Guerra Mundial, los proyectos operativos ocasionalmente incluían provisiones para la restauración de estructuras históricas en el contexto del desarrollo urbano. En 1986, el BM adoptó una política para la gestión de la propiedad cultural que se viera impactada por sus proyectos, con la intención de evitar cualquier daño a los recursos culturales físicos.

No fue hasta 1998 cuando la gerencia del BM asumió un papel más activo lanzando una iniciativa para reconocer la dimensión cultural del desarrollo. Esta iniciativa incluía una oferta explícita de créditos, donaciones y asistencia técnica para los países socios que tuvieran planes de utilización de sus bienes culturales para el desarrollo económico y social.

En abril de 1999, la Junta de Gobernadores del BM consideró esta iniciativa y aprobó un plan de trabajo cuyas líneas estratégicas eran las siguientes:

- El reconocimiento cultural debería ser enfatizado en la orientación de las operaciones del BM.
- Los bienes culturales deben ser movilizados como parte de estrategias de desarrollo económico y de reducción de la pobreza.
- La política del BM y su papel en la conservación del patrimonio cultural físico debe ser examinado y clarificado.

Desde 1999, investigaciones, análisis e inversiones en cultura y desarrollo se han llevado a cabo en varias áreas del BM, incluyendo departamentos de desarrollo económico, desarrollo social y medioambiental y en las seis regiones de actuación. Sólo un pequeño número de inversiones y proyectos no reembolsables ofrecen la posibilidad de experimentar y hacer análisis innovadores sobre el vínculo entre la cultura y el desarrollo. Los gobiernos, las ONG y los profesionales en el ámbito de la cultura contribuyen sustancialmente en la asistencia técnica, orientación y apropiación por parte de las comunidades involucradas en los proyectos con componente cultural.

2. RECONOCIMIENTO DE LA CULTURA

Existe un consenso generalizado sobre la necesidad de considerar la dimensión cultural del desarrollo. Esta constatación surge de la investigación y consulta con los funcionarios de los países clientes, así como de los gestores y académicos en el campo de la economía, la antropología y la sociología. Con apoyo en el Programa de Aprendizaje e Investigación sobre Cultura y Pobreza se preparó el libro *Cultura y Acción colectiva* que analizó la relación de la cultura con la reducción de la pobreza y el desarrollo económico publicado en 2006, cuya investigación desarrolló las ponencias presentadas en el seminario de junio de 2002 sobre la Cultura y el Desarrollo en el BM²⁴.

Parte de la formulación estratégica del BM y de los procedimientos analíticos, incluyendo el Marco de Desarrollo Integral²⁵, las Estrategias de Asistencia al País²⁶, las Estrategias de Reducción de la Pobreza²⁷, Estudios Sectoriales Económicos²⁸, Evaluaciones Sociales²⁹ y Análisis Medioambientales³⁰, están empezando a reflejar un reconocimiento de la cultura y una apreciación de los bienes culturales. Estos procedimientos pueden ser reforzados para dedicar una atención más explícita a la cultura. Los modelos económicos podrían integrar factores culturales en un esfuerzo en aumentar la efectividad de la ayuda.

Los clientes del BM valoran sus bienes culturales y este hecho se refleja en la política de protección de los recursos físicos culturales tanto en los proyectos financiados por el BM como en las inversiones domésticas en bienes culturales. La experiencia fruto de la aplicación de políticas y de inversiones muestran que la protección y puesta en valor de los recursos culturales requiere tanto de una mejor capacidad de gestión en los países clientes como de la colaboración con los diversos socios implicados, oficiales y no oficiales, a nivel local y nacional. Desde que los países clientes del BM son los custodios de una

²⁴ En [<https://www.cultureandpublicacion.org/conference/conference.htm>].

²⁵ Comprehensive Development Framework (CDF).

²⁶ Country Assistance Strategies (CAS).

²⁷ PRSP: Pover Reduction Strategy Papers.

²⁸ Economic and Sector Work (ESW).

²⁹ Social Assessment (SA).

³⁰ Analysis and Environmental Assessment (EA).

gran parte del patrimonio cultural mundial, su habilidad para mantener estos bienes es un asunto de interés internacional.

3. VENTAJA COMPARATIVA DEL BANCO MUNDIAL

El BM habitualmente interactúa con las agencias de gobierno más importantes en los países clientes y esto le posiciona para promover la visión y colaboración necesaria para la protección y uso sostenible de los bienes culturales, en contraste con el acceso más limitado de las organizaciones de patrimonio cultural. El alcance y amplitud de los proyectos del BM, incluyendo proyectos de infraestructura y desarrollo institucional, administrativo y reforma del sistema financiero, con énfasis en la sostenibilidad social y medioambiental, la participación de la sociedad civil y la reducción de la pobreza, favorece la creación del contexto adecuado para una inversión efectiva en la conservación y uso económico de los bienes culturales.

El BM también tiene la capacidad de movilizar recursos: en varios proyectos, su implicación ha servido de catalizador para la participación de cofinanciadores, donantes bilaterales y ONG que buscaban invertir en bienes culturales pero carecían del poder de convocatoria y solvencia financiera del BM.

En el pasado, muchos críticos aducían que el BM o no tenía una ventaja comparativa o carecía de las habilidades para llevar a cabo proyectos en este sector; sin embargo queda patente que en la última década la integración de la conservación del patrimonio y de las actividades de desarrollo económico es crucial para la sostenibilidad de los resultados. Más aún, este poder de convocatoria del BM representa otra forma importante de atraer a agencias especializadas (UNESCO, ICOMOS, etc.) y ONG (National Geographic Society, Smithsonian Institution, el Fondo Mundial de Monumentos, la Sociedad de Aga Khan para la Cultura, etc.) para asociarse con los países beneficiarios de proyectos y programas cuyo objetivo es la preservación de la cultura y de los bienes patrimoniales.

A través de la puesta en práctica de esta política sobre recursos naturales físicos, el BM requiere que los funcionarios de los países clientes responsables de la cultura, el medioambiente y la construc-

ción cooperen para asegurar que se concede la atención oportuna a los recursos culturales en el proceso de desarrollo. Esto implica documentar, evaluar y proteger a estos recursos tanto a nivel nacional como local. La colaboración del BM con otras instituciones financieras multilaterales (bancos regionales de desarrollo y banca privada) en la armonización de directrices para la protección del medioambiente ofrece una oportunidad para la discusión y el enfoque cooperativo apropiado para la consideración de los recursos culturales físicos en el proceso de desarrollo.

Por todo ello, el BM tiene una ventaja comparativa en los proyectos de conservación del patrimonio y de turismo sostenible: Tiene una capacidad inigualable en atraer agentes al más alto nivel de los gobiernos y de otras organizaciones nacionales o internacionales para crear grupos de trabajo interdisciplinarios que diseñen y supervisen los proyectos y para tratar aspectos legales e institucionales. La asociación del BM con la UNESCO para crear un equipo de conservación de expertos en el proyecto de Bosnia-Herzegovina en Mostar es un ejemplo de la capacidad de convocatoria de instituciones internacionales interdisciplinarias. El hecho de que el BM pueda disponer de cantidades de dinero significativas en este sector también es relevante. El sector cultural está infrafinanciado y otras organizaciones bilaterales o internacionales simplemente no tienen los recursos para ayudar a comunidades pobres en países en desarrollo a adquirir las destrezas que necesitan para ejecutar los proyectos. El BM también se distingue de la mayoría de las organizaciones de conservación y de turismo en su capacidad de situar a los proyectos en un contexto de desarrollo y de reducción de la pobreza.

4. ¿CÓMO INTEGRA EL BM LA DIMENSIÓN CULTURAL DEL DESARROLLO Y CUÁLES SON LAS IMPLICACIONES EN SUS POLÍTICAS DE DESARROLLO?

1. Una de las conclusiones del seminario sobre «Acción colectiva» del BM fue la necesidad de empezar a trabajar con las realidades de los pobres y conectarlas con el diseño de políticas públicas. De esta manera estas políticas, tanto si se trata de temas de comercio, des-

centralización, educación o salud, se pueden inscribir en las realidades de los pobres y pueden incidir en los contextos culturales de desigualdad en los que se asientan.

2. Es preciso trabajar con variables tanto formales (visibles, tangibles) como informales, no visibles. No se puede ignorar aspectos informales, invisibles a primera vista en contextos de desigualdad. Lo invisible, lo informal realmente marca el comportamiento de los seres humanos en sociedad y si se es «ciego» a esta realidad, lo más probable es que los proyectos fracasen en el logro de los resultados que pretendían alcanzar. Si no se comprende este hecho y no se valoran estas variables invisibles, será muy difícil diseñar estrategias apropiadas que puedan «empoderar» a los pobres y generar capital social.

¿Qué elementos permiten generar este capital social? Partiendo de la base de que las estrategias institucionales son específicas culturalmente en un contexto dado se pueden resaltar cuatro elementos clave:

1. El acceso a información que culturalmente sea relevante.
2. Crear mecanismos para la inclusión y la participación (en cada cultura esto se entiende de forma distinta). Si verdaderamente se pretende empoderar hay que trabajar en el sistema de coproducción donde los agentes tengan la autoridad para controlar los recursos y tomar decisiones en la ejecución del proyecto para apropiarse y responsabilizarse de los resultados.
3. Rendición de resultados en todos los niveles de gestión del proyecto, a todos los agentes involucrados
4. Capacidad para organizar y movilizar a los agentes (socios públicos y privados). Para ello las instituciones necesitan contar con la legitimidad y confianza de los beneficiarios.

5. PERSPECTIVAS DE FUTURO: CÓMO OTORGAR UN LUGAR RELEVANTE A LA CULTURA EN LAS OPERACIONES DEL BANCO MUNDIAL

La identificación de los bienes culturales en la preparación de las «Estrategias País», en los estudios estratégicos de reducción de la

pobreza³¹, en los proyectos operativos y en otras iniciativas, darán más oportunidades para el crecimiento económico que actualmente no se valoran en su justa medida. De la misma forma, la atención a la cultura en los procesos analíticos que el BM utiliza con sus clientes como los Trabajos Sectoriales y Económicos³² y los Trabajos de Evaluación Social y de Entorno³³ suministran información esencial para la inversión productiva.

5.1. Diálogo interinstitucional

En abril de 2007 el BM organizó un taller interinstitucional con más de 100 participantes sobre el papel de la cultura (papel del patrimonio cultural) en el desarrollo sostenible. Fue el primer foro en el que la banca multilateral y agencias bilaterales discutían cómo la cultura se había incluido en las actividades de desarrollo en el BM y sus socios, cómo se compartía y transfería conocimiento y experiencias entre los equipos de proyectos y los clientes. Fue organizado por la Red de Desarrollo Sostenible del BM y coexponsorizado por el gobierno italiano, USAID, UNESCO/WHC, el Foro Económico Mundial de Davos y DevComm. En el seminario se exploraron nuevos enfoques como el impacto del sector de turismo sostenible en el desarrollo local y en la reducción de la pobreza.

Las sesiones resaltan tres formas distintas de percibir la cultura:

1. Como la esencia de la identidad y la cohesión social.
2. Como un motor de crecimiento.
3. Como una demanda para la gestión del patrimonio.

Se presentaron estudios de caso del BM y de otros donantes que permitieron entender contextos y enfoques alternativos, innovadores y con valor añadido con vínculos con el turismo y la participación comunitaria. Se hizo asimismo patente la responsabilidad del BM

³¹ PRSP: Poverty Reduction Strategy Papers.

³² ESW: Economic and Sector Work.

³³ AAA: Social Assessment and Analysis and Environmental Analysis.

con la protección de la cultura y los valores culturales en el mundo. El reconocimiento de las diferentes culturas fue descrito como el «alma» del BM y la naturaleza multicultural de la institución evidencia que la identidad cultural es clave para el desarrollo. El apoyo a la conservación del patrimonio cultural especialmente en momentos difíciles, favorece el sentido de identidad cuando está acompañado por iniciativas económicas. Por ejemplo, el proyecto de San Petersburgo cuyo propósito era revitalizar el desarrollo económico de una ciudad se ha convertido en el punto focal cultural para el pueblo ruso. El efecto de arrastre se convierte en un motor de desarrollo económico para el resto del país.

El valor de las diferentes culturas es extremadamente importante incluso aún cuando el trabajo de conservación del patrimonio cultural ha sido un tema controvertido en el BM. No se puede desconocer las críticas que se suscitaron fuera y dentro del BM sobre el papel relevante o no del BM en la materia, aduciendo que la conservación del patrimonio ni era parte del mandato principal del BM ni el BM tiene una ventaja comparativa evidente.

La experiencia más reciente del BM revela que la protección de los espacios culturales sí es parte del mandato principal del BM sobre todo desde que se ha empezado a ampliar su definición incluyendo no sólo la protección del patrimonio natural sino también la promoción activa de las minorías étnicas y del patrimonio intangible como parte de los proyectos. El enfoque riguroso y las habilidades de gestión del BM son el valor añadido que encuentran los países de renta media para convertir a la cultura en un motor clave que impacte en las estrategias de crecimiento.

A su vez, la definición de conservación del patrimonio cultural en su sentido amplio es importante intrínsecamente no sólo por la consolidación de una línea de trabajo específica sino también por cómo se trabaja. De esta forma atrae el capital social de las comunidades marginalizadas integrándolas en el proceso del desarrollo.

El BM está lanzando varios proyectos que vinculan patrimonio cultural, minorías étnicas, preservación de la cultura local y desarrollo comunitario. Los efectos negativos de la globalización como la estandarización de los valores a menudo provocan conflictos y marginalizan a las minorías étnicas. La falta de capital social, la ex-

clusión de las minorías étnicas y la pobreza están a menudo muy vinculadas. El proyecto de la medina de Fez en Marruecos no fue sólo un proyecto de reducción de la pobreza, turismo y desarrollo urbano, también permitió reconocer el valor de la cultura musulmana. La ciudad ha creado un festival anual de música sacra y organiza un encuentro para el diálogo entre las distintas civilizaciones.

5.2. Balance: Trabajo del Banco Mundial en cultura y desarrollo

Los estudios del BM sobre la relación existente entre la cultura y las prioridades del BM sugieren que el reconocimiento cultural es un factor clave en el desarrollo y que la inversión en los bienes culturales apoyan los objetivos sociales y económicos del BM y de sus clientes (países socios receptores de ayuda financiera y asistencia técnica). Se hace patente que la efectividad del BM se mejoraría si se contara con una comprensión más cabal de las fuerzas culturales que influyen y motivan a los países socios y en cómo impactan estos proyectos en la gente. La identificación de los bienes culturales en la preparación de las «Estrategias País», estrategias de reducción de la pobreza, proyectos operativos y otras iniciativas, brindarán más oportunidades de crecimiento económico y desarrollo sostenible, aspectos que ahora con frecuencia se pasan por alto o no se valoran lo suficiente.

De la misma forma, la atención a la cultura en los procesos analíticos que usa el BM: evaluaciones sociales y análisis medioambientales ofrecerán información esencial para que las inversiones sean productivas.

La relevancia de la cultura permea todas las relaciones e iniciativas del BM y empezar a reconocerlo explícitamente es un avance. La cultura no es interés especial optativo, ni es un sector administrativo en sí mismo. Más bien, habría que concebirla como un filtro crítico a través del cual el contenido, diseño e impacto deseado de las actividades de desarrollo del BM deben ser examinadas para mejorar su efectividad y sus resultados. Más aún, la integración de componentes culturales en las operaciones sectoriales de planificación urbana, agricultura, educación, turismo o desarrollo comunitario ofrecen la oportunidad de mejorar su impacto social y económico. Dentro de estas premisas y sin excluir la posibilidad de operaciones aisladas en respuesta a demandas

de los clientes, el BM se enfrenta al desafío de integrar el reconocimiento de la cultura y su visibilidad en su trabajo operativo y conceptual. La experiencia desde que se presentó a la Junta de Gobernadores un informe sobre el papel de la cultura en el desarrollo sostenible en 1999, indica que todas las regiones del BM han asumido un papel central para alcanzar el reto. Sin embargo, para una efectividad institucional óptima, hay una necesidad de promover la coordinación y la fertilización transversal de la dimensión cultural en todas las regiones a través del punto focal: la red de desarrollo sostenible.

TERCERA PARTE:

ENFOQUE REGIONAL: LA CULTURA Y EL DESARROLLO EN EL ESPACIO INTERAMERICANO

1. ORGANIZACIÓN DE ESTADOS AMERICANOS (OEA)

Si bien la cultura y la promoción de la diversidad cultural han sido una constante desde los inicios de la OEA (1948), durante la última década el papel de la cultura se ha reformulado, asignándose énfasis a la diversidad cultural y el desarrollo. Esta reconceptualización de la cultura en la OEA fue impulsada por el proceso de Cumbres de las Américas que se inició en 1994 y que dio paso a la celebración de cuatro reuniones ministeriales asignando énfasis a la diversidad cultural y el desarrollo. Durante la última reunión ministerial en Cartagena de Indias, Colombia en 2002, se estableció la Comisión Interamericana de Cultura (CIC)³⁴ con el fin de facilitar el intercambio de temas de política y diversidad cultural y establecer líneas de acción prioritarias a través de los representantes designados por los estados miembros. En la Tercera Reunión Ordinaria de la CIC en 2007 se aprobó un plan de acción para el período 2007-2009 teniendo en cuenta las líneas de acción prioritarias ratificadas en la reunión ministerial de Montreal, Canadá, de 2006 en materia de cultura y basadas en la declaración de la IV Cumbre de las Américas que establece:

³⁴ Altos cargos de los Ministerios de Cultura de los estados miembros de la OEA.

1. La preservación y protección del patrimonio cultural.
2. La cultura y el realce de la dignidad y la identidad.
3. La cultura y la creación de trabajo decente y superación de la pobreza.
4. La cultura y el papel de los pueblos indígenas.
5. Sistemas de información cultural (prioridad transversal) como principal enfoque.

Teniendo en cuenta las anteriores prioridades de los ministros e implementando elementos del Plan Estratégico del Consejo Interamericano de Desarrollo Integral relacionados con la cultura, el Plan de Acción se concentró en los dos siguientes pilares:

*A) Crear capacidad institucional e industrias creativas:
Incrementar el crecimiento económico y promover el
desarrollo a través de la cultura*

Para lograr el intercambio de experiencias e información sobre éxitos y oportunidades en la protección del patrimonio cultural, El Centro para el Patrimonio Cultural del Departamento de Estados Unidos en consulta con el gobierno de México (INAH y CONACULTA) y la Secretaría Técnica de la OEA llevó a cabo un taller en 2007 para fortalecer la cooperación entre los países centroamericanos, México y la República Dominicana sobre la preservación del patrimonio cultural y la protección de sitios arqueológicos e históricos contra el saqueo y el tráfico ilícito.

El segundo taller subregional tuvo lugar en Medellín, Colombia, en 2008 con el fin de fortalecer la capacidad institucional y fomentar la cooperación entre organismos nacionales e internacionales en el combate contra el saqueo y el tráfico internacional del patrimonio cultural en los países andinos.

Se está desarrollando el proyecto «Fomento de la diversidad cultural y la expresión creativa a través de la educación: intercambio de prácticas óptimas» por medio del cual se llevarán a cabo distintas actividades: una reunión de trabajo entre las autoridades de la Comisión Interamericana de Educación (CIE) y la Comisión Interamericana de

Cultura (CIC); un análisis regional de las políticas existentes en materia de integración de la identidad, la diversidad y la creatividad cultural en los programas educacionales; un taller internacional que cuente con profesionales de la cultura y la educación y la publicación de sus resultados, actas y experiencias para presentarlas ante los Ministerios, ministros de Educación y Cultura y otras audiencias. Las autoridades de la CIC, el Departamento de Desarrollo Humano, la Fundación Global Democracia y Desarrollo y la República de China, han asignado fondos para financiar los gastos en los que se va a incurrir para el desarrollo del mismo.

«La cultura en el desarrollo: una red de interamericana de información» es otro de los proyectos que busca respaldar el primer pilar establecido en el plan de acción facilitando el diseño de políticas públicas en cultura por parte de los estados miembros, y fortaleciendo la capacidad humana e institucional de los mismos para llevar a cabo iniciativas de desarrollo cultural. Se llevará a cabo una estrategia de comunicaciones y un sitio *web* para que quienes trabajan en el sector de la cultura tengan acceso a información y puedan compartir sus experiencias. Gracias al apoyo de la Secretaría Técnica se realizó un inventario de instituciones y actores sociales en la política cultural en la región y una lista de sitios web con información relevante.

Se llevó a cabo el «Seminario sobre la economía y la cultura: desafíos y oportunidades en tiempos de crisis» en Cartagena de Indias, Colombia, los días 10 y 11 de septiembre de 2009. El seminario incluyó dos foros y tres talleres concentrados en la discusión del papel de la cultura en la actual crisis financiera y fue respaldado por el gobierno de Francia, la Universidad Tecnológica de Bolívar y la (AECID).

B) Promover la inclusión social: la cultura como herramienta para la participación de los jóvenes y promoción del diálogo intercultural

El primer proyecto desarrollado bajo el segundo pilar del Plan de Acción 2007-2009, «Ignite las Américas: Foro de Jóvenes sobre políticas de las artes», fue una iniciativa creada con el fin de reunir a

jóvenes líderes y artistas de los estados miembros de la OEA y responsables de la formulación de políticas y dirigentes industriales para el intercambio de experiencias que buscan fomentar la inclusión social de los jóvenes y prevenir y/o reducir la violencia relacionada con las pandillas. A partir de este, se obtuvo una serie de recomendaciones a los ministros de Cultura del hemisferio sobre el diseño de políticas culturales relacionadas con la inclusión de los jóvenes y el crecimiento económico. Se halla también en proceso un conjunto de herramientas para la creación de empresas culturales sostenibles y una red hemisférica de organizaciones juveniles en las artes y la cultura que busca el intercambio de experiencias.

El video *Hacia una cultura de la no violencia: el papel del arte y la cultura* muestra experiencias exitosas de las diferentes subregiones de la OEA sobre la forma en que las artes y la cultura son elementos claves para prevenir que los jóvenes participen en actividades violentas o ilícitas y promover al mismo tiempo el desarrollo de habilidades, identidad y sentido de pertenencia. Este video también forma parte de *La cultura en el desarrollo: una red de interamericana de información* y fue presentado en la II Reunión Ministerial de Seguridad e Interior de la OEA (noviembre de 2009).

Entre otras actividades, el gobierno de Chile está dirigiendo el Concurso de Poesía «Gabriela Mistral» con el fin de que los niños de las escuelas de las Américas escriban poesía original sobre las Américas. Así mismo, el gobierno colombiano organizó un Congreso Nacional de Lenguas Indígenas como parte del Programa de Protección y Promoción de las Lenguas Indígenas, el cual tiene como objeto formular estrategias destinadas a preservar las numerosas lenguas nativas.

El año 2011, declarado en la Asamblea General de la OEA en Honduras, como el Año Interamericano de la Cultura, propuesto con el fin de promover el respeto por la gran diversidad de culturas de los estados miembros de la OEA, fomentar el diálogo intercultural y la comprensión mutua, y reforzar el importante papel que la cultura puede desempeñar en el desarrollo social económico.

Además de las actividades ya mencionadas anteriormente, la OEA organiza foros en los que se discuten los desafíos que enfrentan los responsables de la formulación de políticas en materia de cultura y

el intercambio de posibles soluciones. La Secretaría Técnica ha respaldado el diálogo sobre políticas en materia de cultura mediante el apoyo brindado a los estados miembros, la colaboración con el presidente de la CIC y el apoyo en la organización para las reuniones de planificación de las autoridades de la CIC.

La Secretaría Técnica ha participado también en reuniones celebradas en diferentes países en las que la UNESCO, la Organización de los Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), la Iniciativa de Agentes Culturales de la Universidad de Harvard, el Programa de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (ONU-HABITAT) han compartido sus experiencias, intercambiado información y coordinado esfuerzos con otras organizaciones internacionales.

2. BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO (BID)

2.1. *Ámbito de actuación principal: rehabilitación del patrimonio cultural*

La principal política cultural del BID se centra en el apoyo a la rehabilitación del patrimonio cultural incluyendo: patrimonio intangible, fortalecimiento y entrenamiento institucional y el desarrollo de industrias culturales.

El BID se ha centrado en el campo del patrimonio cultural. Invirtió 630 millones de dólares para rehabilitar los cascos históricos de ciudades a través de 46 proyectos y 102 millones de dólares en 23 operaciones de turismo cultural en la última década. Actualmente están planificando operaciones con más de 40 millones de dólares para los cascos históricos de ciudades, y están destinando más de 300 millones de dólares para proyectos de turismo.

Comparativamente las industrias culturales –si se excluye el turismo cultural– contribuyen en un 3,5 por 100 a 4 por 100 del PNB de la región de América Latina, ligeramente por debajo de lo que representa en Europa y en EEUU. Las industrias del sector cultural están creciendo con gran rapidez en la economía mundial; hay predicciones que calculan un crecimiento anual de un 10 por 100.

Desde una perspectiva de política pública, el BID identifica retos para un desarrollo mayor del sector que tome en cuenta la falta de datos comparables y confiables, los débiles marcos legales regulatorios del sector y el papel aún no definido del Estado y de las políticas públicas. Además, según los estudios del BID, los obstáculos al crecimiento del sector derivan de las escasas habilidades de gestión en el sector privado ya que la mayoría de los emprendedores son artistas que tienen un acceso limitado al crédito, en un contexto de falta de inversores y de mercados domésticos de pequeña escala. Las compañías multinacionales son muy competitivas en estos mercados mientras que las empresas locales son más débiles y actúan aisladamente.

Los informes del BID concluyen lo siguiente: En América Latina las industrias creativas se han visto afectadas por un débil apoyo institucional y político, bajos niveles de capacidad empresarial, poco valor agregado, dependencia excesiva de firmas extranjeras y una violación sistemática de los derechos de autor. Las ganancias, las condiciones laborales y el empleo, así como la capacidad de las personas para expresar su rica creatividad y sus opiniones diversas, podrían mejorar si las industrias se organizan más eficazmente, si se fortalecen las capacidades para emprendimientos culturales y si se identifican y se aprovechan nuevas oportunidades de mercado.

Este panorama coloca al valor de la cultura y de la identidad en una situación de riesgo y de pérdida de contenidos. Por todo ello, los informes del BID en la materia argumentan la necesidad de continuar invirtiendo en asistencia técnica y préstamos para el sector de la cultura, en su más amplia acepción, como un factor fundamental en la formación del capital social para el desarrollo humano.

2.2. Iniciativa del BID sobre capital social, ética y desarrollo

Bernardo Kliksberg, coordinador de esta iniciativa que tenía como objetivo estimular el potencial del capital social y su interrelación entre la cultura y el desarrollo, publicó un informe en el año 2000 en el que invita a ampliar el horizonte del desarrollo, invita a repensarlo como un proceso donde el crecimiento económico sostenido y equitativo y el progreso social respetuoso de la diversidad van de la

mano y se potencia, con el fin de ampliar las oportunidades de los seres humanos, que es el verdadero fin del desarrollo.

Así, la cultura como «factor decisivo de cohesión social» es la base que da sustento al capital social. Para Kliksberg, cultura y capital social son esas «claves olvidadas», esas «palancas formidables» para el desarrollo.

Para Putnan (1994), precursor del concepto de capital social, considera que está conformado por el grado de confianza existente entre los actores de una sociedad, las normas de comportamiento cívico-privadas y el nivel de asociatividad que la caracteriza. Así, la definición de capital hace referencia diversos componentes no visibles del funcionamiento cotidiano de una sociedad, que tiene que ver con su tejido social básico que inciden silenciosamente en las posibilidades de crecimiento y desarrollo. El reconocimiento del potencial del capital social se está empezando a incorporar en la elaboración de los proyectos de desarrollo de las instituciones multilaterales de desarrollo y en la búsqueda de criterios de medición del grado de éxito de los proyectos. La crisis de la reflexión convencional sobre el desarrollo propio del «postconsenso de Washington» está abriendo la oportunidad de cruzar activamente capital social, cultura y desarrollo y de ir más allá de la estabilidad financiera. Mejorar el perfil educativo de la población de un país es un fin en sí mismo, como resaltaba Sen. Al mismo tiempo, constituye una vía fundamental para alcanzar productividad, progreso tecnológico y competitividad en estructuras económicas cada vez más basadas en el conocimiento.

América Latina es el continente más desigual del mundo, y esta desigualdad hace disminuir el capital social y ello afecta decisivamente al bienestar de la población.

Capital social y cultural pueden ser palancas formidables de desarrollo si se crean las condiciones adecuadas. Su desconocimiento o destrucción, por el contrario, pueden crear obstáculos en el camino al desarrollo.

El Libro Maestro sobre participación del BID (1997) seleccionó la experiencia de: «El presupuesto municipal participativo de Porto Alegre» como un ejemplo de ampliación del capital social existente. La población se transformó en un gran actor del presupuesto municipal. La amplia base social de apoyo a cambios presupuestarios

profundos, se expresó también en una fuerte demanda para hacer más progresivo y eficiente el sistema fiscal del municipio, y se realizaron importantes reformas en el mismo que permitieron ampliar la recaudación y mejorar la equidad fiscal. El proceso participativo tuvo un gran impacto en la habilidad de los ciudadanos para responder a los retos organizadamente, como comunidad y en la capacidad de trabajar en forma conjunta para mejorar la calidad de la administración pública y en consecuencia, la calidad de vida de sus ciudadanos.

En la movilización de las potencialidades culturales de América Latina, una región con inmensas posibilidades en este campo, como lo evidencia su fecundidad en múltiples campos artísticos, se hallan importantes posibilidades de aporte en campos como: la lucha contra pobreza, desarrollo de la integración social (jóvenes, familias desestructuradas), fortalecimiento de valores comunitarios, solidarios y participativos. Dicha movilización requiere de una acción concertada entre el Estado y las organizaciones de la sociedad civil.

La evolución de estos conceptos en el actual contexto mundial puede encontrar un espacio propicio en el marco de los procesos de integración regional existentes en América Latina y el Caribe replicando experiencias exitosas y aplicando lecciones aprendidas. Un proceso de integración que equilibre las variables políticas, culturales y económicas puede ser un instrumento privilegiado para el diseño de estrategias y la implementación de políticas conjuntas sobre la base de una identidad cultural compartida.

3. ORGANIZACIÓN DE ESTADOS IBEROAMERICANOS PARA LA EDUCACIÓN, LA CIENCIA Y LA CULTURA (OEI)

La OEI ha tenido un papel promotor clave de nuevas formas de coordinación en la expresión internacional de Iberoamérica en materia de cultura desde su creación en 1949 como Oficina de Educación Iberoamericana. La celebración de Conferencias Iberoamericanas de Cultura organizadas a nivel ministerial desde el año 2000 ha servido de referente para establecer las prioridades de la acción de cooperación cultural para el desarrollo.

Fruto de su impulso destaquemos la Carta Cultural Iberoamericana aprobada en la X Conferencia Iberoamericana de Ministros de Cultura en 2007. Esta carta sienta las bases para la estructuración del espacio cultural iberoamericano y la promoción de una posición más fuerte y protagonista de la comunidad iberoamericana ante el resto del mundo en uno de sus recursos más valiosos, su riqueza cultural.

La carta pone en relieve la garantía de los derechos culturales, la participación ciudadana, la cooperación, el desarrollo, la sostenibilidad, la cohesión, la inclusión social y la transversalidad de las acciones culturales. Destaca el valor estratégico que tiene la cultura en la economía y su contribución fundamental al desarrollo económico, social y sustentable, así como la cohesión e inclusión social, sólo son posibles cuando son acompañados por políticas públicas que toman plenamente en consideración la dimensión cultural y respetan la diversidad.

Por todo ello, la Carta Cultural Iberoamericana constituye una herramienta de desarrollo de la Convención sobre Diversidad Cultural de la UNESCO y convierte a la Comunidad Iberoamericana de Naciones en la primera región cultural supranacional que apuesta por unificar y compartir ideas y valores en el espacio cultural de la región.

En el Plan de Acción de la Carta acordado en Santiago de Chile, los ministros de Cultura se comprometieron a continuar los trabajos para la elaboración de metodologías comunes e indicadores de medición cultural compartidos en el área iberoamericana y a reafirmar su determinación de proteger las lenguas nativas y desarrollar estrategias que contribuyan a coordinar los esfuerzos necesarios en cada país y de la Comunidad Iberoamericana en su conjunto.

El modelo de cooperación cultural de la OEI se materializa en dos líneas básicas de acción:

1. Contribuir a la reflexión sobre la identidad y la diversidad de Iberoamérica y que esta reflexión sirva para un mejor entendimiento de los pueblos iberoamericanos y la consecución de la paz, la equidad y la justicia social.
2. Contribuir al desarrollo de los pueblos de Iberoamérica a través de la cultura y que esta contribución se vea reflejada en un mejor progreso social de los ciudadanos iberoamericanos.

La cooperación técnica y horizontal de la AECID se canaliza en alianzas nacionales, regionales e internacionales y convenios bilaterales y multilaterales. Asimismo, la OEI ha ido acompañando y estimulando el diseño de una agenda de cooperación cultural iberoamericana, incorporando a su programación regular los aspectos clave de estas líneas de trabajo. El objetivo es la consolidación de un espacio de cooperación cultural para el desarrollo que tiene en la formación uno de los pilares de las políticas públicas en materia de cultura.

En esta línea la OEI apoya:

- El programa ACERCA de la AECID para la formación y capacitación en cultura y ciencia: potenciación del capital humano al servicio del desarrollo con el objetivo de formar profesionales en el sector cultural para que puedan ajustarse a las nuevas demandas de los entornos institucionales y sociales.
- Escuela de las Culturas: Convenio marco entre la OEI y la Universitat de Girona. Es una iniciativa del Centro de Altos Estudios Universitarios de la OEI y se constituye con la vocación de institucionalizar un programa formativo multilateral en el sector cultural, con vocación de cooperación con universidades, centros de investigación, ministerios, empresas y sociedad civil.
- Programas de educación artística, cultura y ciudadanía: con el objeto de promover el aprendizaje del arte y de la cultura en los colegios como parte una estrategia para la construcción de una ciudadanía intercultural.
- Convocatoria de ayudas a la movilidad: Con el propósito de contribuir a la construcción de un espacio cultural iberoamericano favoreciendo el desplazamiento de los actores y agentes culturales con el fin de generar lazos de proximidad y un conocimiento mutuo.
- Campus Euroamericano de Cooperación Cultural: impulsados por la Fundación Interarts y la OEI, son espacios de encuentros entre agentes del sector cultural en Europa y América. Se pretende analizar el uso actual de las vías existentes de cooperación descentralizada por la que proyectos de países y continentes distintos puedan entrar en colabo-

ración regular. Constituyen un lugar idóneo para detectar los déficits en los medios de información, formación, experiencia sectorial y discurso socio-pedagógico en el marco de la cooperación multilateral.

- Publicaciones: Revista de Cultura *Pensar Iberoamérica* y otras publicaciones de difusión cultural y sobre metodología de gestión cultural.
- Impulso de la Agenda 21 de la Cultura: una propuesta de las ciudades para el desarrollo cultural, con el compromiso de hacer que la cultura sea una dimensión clave de sus políticas urbanas.
- Participación y estímulo de redes culturales que tienden a crear una «sociedad civil global para la cultura» (p. ej.: Iberformat: una red de centros, unidades y formadores en el campo de la gestión cultural en Iberoamérica).

4. CONCLUSIONES: ¿CULTURA PARA EL DESARROLLO?

4.1. Balance de la evolución de la práctica de las políticas de desarrollo a través de la lente cultural

Como se presenta en la primera parte del capítulo, el sistema de Naciones Unidas ha sido el escenario central para el discurso sobre la cultura, con una narrativa que refleja una tensión entre los principios «universalizadores» de los fundadores y la realidad práctica de un club de miembros con culturas muy diversas. Los intentos de resolver esta tensión se han concretado en declaraciones que recogen un conjunto de principios y derechos universales. Si bien estos fijan un umbral mínimo compartido y declaran el respeto a la diversidad cultural, se constata que estos estándares no siempre son aplicados de manera uniforme por todas las culturas.

Esta ambivalencia también estuvo presente en la asignación inicial de la responsabilidad sobre la «cultura» a una sola agencia: la Organización de Naciones Unidas para la Ciencia, la Educación y la Cultura (UNESCO). Progresivamente, se ha ido vinculado la cultura a la mayoría de las áreas de trabajo de NNUU. Aunque la UNESCO sea

más conocida por su trabajo en la preservación del patrimonio cultural, también ha contribuido a una síntesis clave del papel de la cultura involucrando el respeto a la diversidad y las interacciones con los mercados. A su vez, el PNUD, con sus Informes de Desarrollo Humano, ha ayudado a popularizar la concepción más ampliada de Amartya Sen de los fines y los medios en el proceso del desarrollo.

Dentro de algunas agencias ha habido un reconocimiento de que las buenas prácticas de desarrollo necesitan tomar en consideración los factores sociales y culturales. Por ejemplo, muchas agencias bilaterales de cooperación para el desarrollo europeas (p. ej.: holandesa, británica, española) han sido muy sensibles a la perspectiva cultural al tomar en cuenta las condiciones sociales y políticas de los contextos en los que trabajan. Esto ha sido facilitado gracias al trabajo de antropólogos y sociólogos que han desempeñado un papel clave para empujar el diseño de políticas multilaterales más conscientes del papel de la cultura en el desarrollo (Cernea, 1984).

También ha sido muy relevante la atención dedicada a los pueblos indígenas, al menos en el discurso, como sujetos de derechos y en la pertinencia de su participación en el diseño de políticas y proyectos que les puedan afectar con directrices específicas (política de salvaguardias) y con procesos de consulta y consentimiento previo.

En la segunda mitad de los años noventa, el trabajo del BM ha marcado las tendencias del desarrollo internacional con el uso amplio de la inserción de la dimensión cultural en un conjunto de sectores desde el agua a los fondos sociales que concedían cada vez más atención a la formación del capital social, a la participación comunitaria y a enfoques «pro-pobre» que escalan los procesos de desarrollo comunitario desde el nivel local. En el Informe de Desarrollo Mundial del BM sobre la Pobreza (2001) se introdujo el concepto de «empoderamiento» como uno de los pilares fundamentales del desarrollo enfocado en la erradicación de la pobreza alineándose con los Informes de Desarrollo Humano del PNUD.

La publicación en el año 2000 del informe «Voces de los pobres»³⁵ auspiciado por el BM y NNUU fue el resultado de un esfuerzo sin precedentes para entender la pobreza desde la perspectiva de los

³⁵ En [<https://web.worldbank.org/wbsite/external/topics/extpoverty>].

pobres, con más de 60.000 testimonios de hombres y mujeres pobres de más de 60 países que narran sus luchas y aspiraciones por una vida digna. Esta iniciativa de investigación participativa única dio la señal de cambio de tendencia en la práctica del BM más inclinado a escuchar.

La cultura es un concepto que ya no está ausente en el pensamiento sobre las políticas de desarrollo. Un enfoque reduccionista que limita la cultura sólo a las artes y a la conservación del patrimonio no es suficiente. Se puede ampliar la perspectiva apartándose de las nociones monolíticas de «cultura nacional» y aceptando la diversidad de las opciones individuales y las prácticas de los grupos. Es esencial apoyar las artes y los artistas, pero también lo es propiciar un entorno que fomente la propia expresión y la exploración por parte de los individuos y las comunidades. La dimensión cultural debe permear toda acción de desarrollo para entender las necesidades de los beneficiarios y su contexto de aplicación.

Partiendo de los desafíos de un mundo global lleno de oportunidades por las nuevas puertas que abren, pero también cargado de incertidumbre, la mezcla de modos de vida y formas de expresión tiene un gran potencial de creación e innovación, lo mismo que de conflicto. Consolidar la integración social dentro del respeto de la diversidad étnica y cultural y al mismo tiempo permitirles florecer es un reto para las políticas públicas. Apoyar formas y expresiones artísticas nuevas, emergentes y experimentales es invertir en el potencial del capital social y por ende en el desarrollo humano.

Tal vez, como señala Colin Mercer en el informe «Nuestra diversidad creativa», el mayor problema que debemos afrontar hoy en el terreno no proviene sólo de la falta de medios, de compromiso o de coordinación de políticas sino de una mala aprehensión o más bien de una formulación y un reconocimiento incompletos del objeto mismo de nuestra política: la cultura.

Esto requiere del apoyo de toda una red de interlocutores y la creación de nuevas alianzas: Las Naciones Unidas y sus agencias especializadas, la banca multilateral de desarrollo, organizaciones regionales, gobiernos, la comunidad académica y ONG particularmente en el plano local, así como fundaciones privadas y el sector privado diversificando los enfoques y las vías de financiación.

Además de las nuevas alianzas, se precisa una investigación interdisciplinaria, histórica y comparada que promueva métodos participativos de investigación. Solamente entonces podremos tener la certeza de que los resultados obtenidos no estarán sesgados por la óptica de los observadores externos, habitualmente de extracción urbana, pertenecientes a las elites, profesionales o burocráticas, sino que serán puestos al servicio del empoderamiento de las personas, de la ampliación de sus opciones y su bienestar.

El análisis de impacto cultural debe ser un elemento estructural de la preparación de proyectos de desarrollo y las políticas de salvaguardia de las instituciones multilaterales de desarrollo han sido un instrumento muy útil para este reconocimiento.

No obstante, se detecta la falta de una evaluación más sistemática del impacto de las políticas y la planificación del desarrollo en la cultura y la sociedad junto con la construcción y aplicación de indicadores culturales, incluida una compilación sistemática de información sobre la violación de los derechos culturales. La construcción de estas herramientas metodológicas de medición de efectos e impactos culturales no es tarea fácil, pero su ausencia dificulta la protección de los derechos culturales en tanto que derechos humanos, y la elaboración de políticas culturales para el desarrollo más efectivas.

En definitiva, el debate internacional sobre los vínculos entre cultura y desarrollo se ha intensificado en esta última década. La perspectiva cultural ha ganado importancia en las agendas políticas de las instituciones multilaterales para el desarrollo pero todavía queda mucho camino por recorrer para la consolidación de políticas culturales para el desarrollo a nivel local, nacional e internacional.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIZPE, L. (2001), *Cultural Heritage and Globalization*, Instituto Getty, Los Ángeles.
- BURUMA, I. y MARGALIT, A. (2004), *Occidentalism, The West in the eyes of its enemies*, Penguin, Nueva York.
- COMAROFF, J. L. y JEAN, L. (2009), *Ethnicity, Inc.*, Chicago University Press, Chicago.
- COMPAS (Project) (2007), *Learning Endogenous Development: Building on Bio-cultural Diversity*, Practical Action Pub, Warwickshire.

- DE BLIJ, H. (2009), *The Power of Place: Geography, Destiny and Globalization's rough Landscape*, Oxford University Press, Oxford.
- ENGEL, P. H.G. (2006), «Aprender y responder: las organizaciones europeas de desarrollo en un contexto político global cambiantes», *Revista CIDOB 72*, Barcelona.
- HARPER, M.P.S. (2000), *The Lab, the Temple and the Market*, Kumarian Press, West Hartford.
- LAWRENCE E. y HUNTINGTON, S.P. (2000), *Culture matters: How values shape human progress*, Basic Books, Nueva York.
- KAY, J. (2005), *Culture and Prosperity: Why some nations are rich but most remain poor?*, Harper Business, Nueva York.
- KLIKSBERG, B. (2000), *Capital social y cultura, claves olvidadas del desarrollo*, Documento de Divulgación 7, INTAL-BID.
- RAO V.; WALTON, M. y WORLD BANK GROUP, M. (2004), *Culture and Public Action*, Stanford Social Sciences, Stanford.
- RIST, G. (2002), *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Catarata, Madrid.
- SEN, A. (1999), «Cultura, libertad e independencia», en *Informe mundial sobre la cultura*, UNESCO/CINDOC, Madrid.
- THIAGI, S. (2006), *Barnha: A simulation Game on Cultural Clashes*, Intercultural Press, Yarmouth.
- SOBREVILLA, D. (1998), *Filosofía de la Cultura*, Trotta / CSIC, Madrid.
- TOMALIN, Ba. y NICKS, M. (2007), *The World's business cultures and how to unlock them*, Thorogood, Londres.

7. LA INSISTENCIA EN LA METÁFORA. EXPERIENCIAS LOCALES DE CULTURA Y DESARROLLO EN COLOMBIA

GERMÁN REY*

Universidad Javeriana de Bogotá

*A Marta Rodríguez y a Patricia Ariza,
pioneras en la comprensión de la cultura como un lugar
de resistencia e imaginación de la dignidad humana.*

En Zambrano, Bolívar, un hombre en el Taller Cultural La Calle, reúne a niños y niñas debajo de la sombra de un árbol, para ensayar una obra de teatro; cerca, el Colectivo de Montes de María, envuelve la pantalla blanca y el proyector de video de exhibidores trashumantes, después de mostrar una de las películas del cineclub *La rosa púrpura de El Cairo*, en pueblos alejados del Caribe. Entretanto, en uno de los barrios populares de Bogotá, un grupo de mujeres *hip hoppers*, enseña a leer a los niños a través de los versos rítmicos de una estética de la calle (el rap) y un grupo de artistas organiza una nueva versión de «La Bienal de Venecia», que toma irónicamente el nombre de uno de los barrios populares de la ciudad, para dar cabida a artistas emergentes, procesos de arte relacional y exposiciones de arte contemporáneo en sitios no convencionales. Son todas experiencias que tienen en común una particularidad: unen el arte con los procesos sociales, la cultura con la vida de la comunidad.

No es curioso que para referirse a la cultura, dos pensadores de nuestros días, hayan recurrido a la metáfora de las hormigas. Michel de Certeau habló de la cultura como un hormiguero, resaltando su dinamismo y sobre todo su inocultable y febril movimiento. Clifford Geert, en *Conocimiento local*, empieza con un epígrafe que recordaba un famoso refrán africano: «La sabiduría reside en el conjunto de las

* Proyecto de Cultura y Desarrollo del Convenio Andrés Bello, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo y la Fundación AVINA. El autor hace el análisis, a partir de casi dos centenares de experiencias locales de cultura vinculadas con procesos de desarrollo, de cinco regiones colombianas, que participaron en el Proyecto durante el 2008 y el 2009. El autor es profesor de la Universidad Javeriana en Bogotá (COLOMBIA).

hormigas». De esa manera subrayaba la especificidad del conocimiento que se convierte en interacción de saberes mucho más minúsculos y breves y a veces más desconocidos e irrelevantes.

Como en esos documentales de naturaleza, en que las hormigas forman una suerte de gigantesco tapiz móvil, existe una gran cantidad de experiencias locales, no siempre institucionalizadas y casi siempre pequeñas, que forman realmente un tejido cultural de gran importancia. Cada una de ellas tiene una visibilidad propia, que en algunos casos trasciende nacional e internacionalmente, pero que por lo general, poseen una relevancia concentrada en sus barrios, municipios y regiones. La aldea –como escribía Tolstoi– es el mundo. Allí se les reconoce familiarmente, con una proximidad que nace de sus relaciones con la comunidad y su tarea persistente, pero también porque son uno de los referentes de la identidad colectiva, de lo que es propio a un grupo humano.

I. DIVERSIDAD DE EXPERIENCIAS, UNIDAD DE PROPÓSITOS

La diversidad de estas experiencias es una de sus primeras características. Son diversas en su origen, en algunos casos unido a tradiciones ancestrales, como sucede, por ejemplo, con festivales populares como el del pito «atravesao» o el de gaitas, y en otros, a transformaciones radicales de la vida en la ciudad, como ocurre con «Nuestra Gente» en Medellín, una experiencia que encontró en el teatro una forma de reestablecer la convivencia y la esperanza, en comunas asoladas por la pobreza y las violencias.

Las estructuras organizacionales muestran una diversidad de modalidades de funcionamiento, es decir, de maneras de comprenderse a sí mismas en la acción. Hay desde fundaciones y corporaciones, hasta asociaciones o simplemente grupos culturales, sin una estructura expresa y formal. Pero en su gran mayoría, son experiencias que buscan algún grado de estabilidad y de autonomía, que les permita funcionar, tener acceso a recursos y superar la informalidad. Se esfuerzan por construir condiciones para desarrollar la solidaridad y el reconocimiento social y han generado unos comportamientos adaptativos que les garantizan no tanto la supervivencia, como su

respuesta creativa a las contingencias de su fragilidad. La fortaleza organizativa es mucho más que su régimen jurídico o su formalización administrativa; es la consolidación de sus lazos relacionales a través de redes, los vínculos con la ciudadanía, la oferta de portafolios de servicios y el conocimiento del nicho social y de mercado en que se desenvuelven. Casi todas son experiencias que demuestran lo que significa para las organizaciones sociales mantenerse y promoverse creativamente en medio de contextos de penurias.

La diversidad de estas experiencias es claramente una expresión de la diversidad cultural. El hormiguero es la combinación de experiencias muy diferentes entre sí. Algunas están relacionadas con las artes en su comprensión más habitual, pero en su ejercicio menos frecuente. Tienen como centro la danza, la música, la lectura o los medios de comunicación, pero descubriendo en ellos otros usos sociales, otras formas de apropiación y de articulación con las prácticas sociales. A diferencia de las experiencias que recurren a las artes como instrumento de acción, acá son su eje central. Pero también a diferencia de los usos más institucionales de las artes en la sociedad, en estas experiencias se buscan otras posibilidades de acción, que en ocasiones promueven procesos habituales en el enfoque institucionalizado de las artes, pero con otras aproximaciones y sobre todo con otras articulaciones. Por ejemplo, en la formación. Hay entre las experiencias escuelas de danza, cineclubes, medios de comunicación y festivales, que intentan ser experimentales y que tienen unas formas de actuar que las alejan de las experiencias más establecidas. En Comunic@te, la Corporación para la Comunicación y la Educación, Suba al aire, la formación en producción radiofónica, video y fotografía, está unida a la generación de procesos de organización juvenil en la localidad de Suba (una zona muy poblada de Bogotá), en torno al desarrollo comunitario y la comunicación. El cineclub Borges de Pereira, se propone unir la creación con la recepción, y La Rosa Púrpura de El Cairo, reconstruir la memoria, formar públicos y empoderar a quienes han sido excluidos del uso de la palabra. Los medios locales de comunicación –radios comunitarias y televisiones locales– estructuran una parrilla de programación que responde a las necesidades e intereses más cercanos de sus audiencias y cuentan las noticias a través de relatos identificatorios.

Aunque algunas experiencias logran una profesionalización de artistas, sin que sea ese precisamente su objetivo más definitivo, casi todas viven la experiencia artística como un modo de vida, un estilo vital, una dialéctica moral, que aporta mucho más a su vida personal y social que a su desempeño laboral. O que lo hace a una conjunción de los dos. El Colegio del Cuerpo (Cartagena de Indias), tiene un programa de formación profesional, circuitos nacionales e internacionales de presentación de sus trabajos y vínculos muy cercanos con escuelas de formación de danza contemporánea como la del Centro Nacional de Danza Contemporánea de Angers (Francia), pero se plantea como una experiencia de acercamiento a la dimensión expresiva y artística del cuerpo humano, a través del lenguaje de la danza contemporánea y una nueva ética del cuerpo humano. Los niños de las escuelas populares de Cartagena que trabajan con el Colegio del Cuerpo no intentan ser grandes artistas, sino mejores seres humanos.

Pero estas experiencias no son solamente experiencias artísticas sino experiencias culturales, en el sentido en que la cultura fue entendida en el Informe Chileno de Desarrollo Humano de 2002, es decir, como modos en que la sociedad representa e imagina la convivencia. Obedecen menos a la formación artística y mucho más a procesos culturales comunitarios, en que el arte cobra su verdadero sentido de impactar y cambiar nuestras vidas, de hacernos ver otras opciones, de ganar en tolerancia y en comprensión de lo diferente.

La historia de estas experiencias es otro signo de su diversidad. Proviene de pasiones personales, de necesidades barriales, de opciones políticas, de trabajos sociales de ONG. Ellas mismas son experiencias del tránsito, del cambio, que testimonian las modificaciones que vive la sociedad. La familia Ayara inicia sus actividades en 1996, como la primera microempresa de ropa para *hiphoppers*. Sus ganancias las invirtieron en el patrocinio de artistas locales e iniciativas culturales. En 1999, Ayara abre su primera casa cultural en el centro de Bogotá, en la que se realizan talleres de rap, *breakdance*, graffiti y DJ y a partir de 2003, gracias a agencias holandesas de cooperación, la fundación amplía sus actividades de formación en hip-hop a niños y jóvenes en riesgo, ubicados en centros de rehabilitación y de protección. Entre el año 2008 y el 2010 se proyecta la apertura del Centro Cultural del Hip-Hop en Bogotá.

También hay en las experiencias una diversidad de estrategias de acción. Muchas de ellas conectan la cultura con la organización social, particularmente la de los jóvenes y las mujeres, que como se observa más adelante, son grupos sociales predominantes. En el arte y la cultura es posible generar organización, cohesión social y compromisos compartidos. También son, a la vez, experiencias participativas y experiencias culturales que promueven la participación. Hay grados diversos de participación. Mientras se encuentran experiencias más formales, en que la participación no es un dinamismo destacado, en la gran mayoría, la participación es un componente central de la experiencia, ya sea pensada como participación endógena, es decir, que sustenta los proyectos y programas, ya sea exógena, es decir, que relaciona la actividad cultural con la participación en los asuntos más generales de la comunidad. El proyecto «Disparate del Magdalena», se propone explícitamente «la organización social para promover el desarrollo colectivo en poblaciones carenciadas». En el cineclub La Rosa Púrpura de El Cairo, la formación de público implica involucrarse, interactuar. La asociación Colectivo HUITACA, promueve y fortalece «el liderazgo, organización y participación ciudadana de mujeres populares, especialmente jóvenes, desde un enfoque de género y feminista».

Estas experiencias culturales son experiencias de encuentro. En sociedades fragmentadas, simbólica y realmente, la cultura es por excelencia conexión y puesta en común. También por supuesto, tensión y conflicto. Todo ello sucede en ciudades cuya topología física y urbanística discrimina los barrios de clase alta y los barrios pobres, las zonas seguras y las «inseguras», los guetos de minorías (desde los de los afrocolombianos hasta los de los travestis), las áreas de la diversión y la distribución del amoblamiento cultural, los espacios tomados por los jóvenes (calles, plazas, bares, etc.) o comercializados por el mercado (centros comerciales). La Bienal de Venecia, por ejemplo, desplaza los escenarios del arte contemporáneo hacia otros territorios e invita a los artistas a que realicen sus obras a partir de su relación con el espacio y los habitantes del barrio. El Colectivo Distrital de Mujeres Hip Hoppers, crea espacios para la visibilidad de sus creaciones, La Peluquería es un proyecto-lugar para el arte, y a la vez un lugar de encuentro, de conversación y de vida social en torno

al arte, «en el cual siempre habrá arte, café, sofás y espacio para un buen corte de pelo». Los «Motilofs»¹ son eventos conceptuales que se hacen en La Peluquería y que reúnen «rumba², peluquería y arte». Mujeres al Borde, trabaja en espacios de encuentro, formación y creación artística de mujeres con orientaciones sexuales e identidades de género diversas.

El encuentro es un paso adelante para la convivencia, a la vez propósito y estrategia de las experiencias. En un país que ha vivido largos y dolorosos periodos de violencia, en los que precisamente se ha fracturado la convivencia, la cultura es uno de las experiencias que genera confianza, pertenencia y cohesión grupal. Así sean las culturas vivas las que han sufrido un impacto más fuerte. El del desarraigo, la afrenta y el desplazamiento.

Teatrízate, de la Guajira, propone crear a partir del trabajo dramático, alternativas de convivencia. El taller cultural La Calle, de Zambrano, en una zona rural del Caribe colombiano, desea transformar los imaginarios que ha dejado la guerra y el Colegio del Cuerpo, se plantea la formación para una cultura de la paz a través de una educación corporal integral que supere factores que atentan contra el desarrollo humano, como la violencia, las drogas o la deserción escolar.

La generación de emprendimiento y capacidad de producción cultural, es también una estrategia de estas experiencias locales de cultura y desarrollo. Lo que significa fortalecer el entrenamiento para trabajos productivos, especialmente de los jóvenes. La cultura combina así, el goce y la creación.

Las Casas de la Cultura de Suba; promueven «procesos sostenibles en la lógica de transformación social»; la corporación CATIVO, diseña y monta sistemas de información y comunicación; Excusado Printsystem, hace producción a través de medios de reproducción serial de bajo costo y La Peluquería, es un laboratorio de proyectos artísticos autosostenibles.

¹ En Colombia «motilar-motilarse» es sinónimo de peluquear-peluquearse. Es una palabra que además proviene del nombre de una comunidad indígena: los motilones, que se caracterizan por un particular corte de pelo en redondo y parejo.

² Rumba no es sólo un género musical como un sinónimo de fiesta.

Circo Ciudad se crea como «una estrategia de inserción socio-laboral de los participantes a través del arte, la cultura y la pedagogía creativa, generando productividad e ingresos para los jóvenes y sus familias» y la Asociación Lope de Vega, parte de la idea de la «asociatividad como modelo de producción de la cultura».

Las relaciones entre producción, creatividad, empleo y rentabilidad, son difíciles de entender en contextos en que la cultura se resiste a ser comercializada, como ha sucedido prácticamente con otros ámbitos de la vida cotidiana, desde la salud hasta la alimentación. Sus manifestaciones culturales cuestionarían la reducción de los sentidos al mercado, de la creación a su comercialización. Sin embargo, esta visión está siendo superada por una comprensión más integral de la cultura y el arte y una mirada más crítica del comercio y lo rentable. Ideas referidas al comercio justo, la unión de producción y consumo, el estímulo de pequeñas y medianas empresas culturales, la incorporación de jóvenes a opciones de empleo cultural, la construcción de nuevos públicos y circuitos de circulación de las creaciones o el ingreso a momentos de la cadena productiva de las industrias creativas, son pasos que ya han dado las experiencias locales de cultura y desarrollo. Sólo que todas estas ideas están relacionadas con otras como la solidaridad, el carácter asociativo y organizativo de estos emprendimientos o la vinculación de la creación con luchas identitarias.

El consumo y la circulación de las expresiones de la cultura, también forman parte de las marcas de diversidad que tienen las experiencias. Excusado Printsystem, por ejemplo, trabaja en la expresión callejera, convirtiendo el espacio público en «lugar de libre y democrática expresión» y promoviendo espectadores.

II. DESARROLLO SOCIAL Y TERRITORIALIDAD

La gran mayoría de las experiencias analizadas son experiencias locales y en buena parte urbanas, que están asentadas en ciudades o en las cabeceras de pequeños municipios. Están vinculadas, por una parte, con procesos sociales concretos, de formación, educación, medio ambiente, prevención o identidad y por otra, con una incorporación activa de lo territorial. Estas vinculaciones forman parte integral de su acción.

Cuando las mujeres *hip hoppers* de un barrio popular de Bogotá, coordinan programas de educación de niños en lectura y escritura a través de sus cantos y ritmos, están yendo más allá de un uso funcional de la música para el logro del aprendizaje lector. Lo hacen, como ha sucedido desde hace años, con rondas y nanas tradicionales, con estribillos, juegos lingüísticos y trabalenguas, que facilitan la enseñanza de la lengua. Pero también incorporan a los niños en una dimensión cultural que es mucho más amplia que la música. Hay un estilo de vida, una determinada opción social que se convierte en mundo referencial de los niños. Así, el hip hop deja de ser simplemente herramienta para convertirse en espacio de socialización, que acude a la ironía, el juego, el humor y la poesía. De paso están encontrando un camino original para el fomento de la lectura, hoy tan necesitado de propuestas que la coloquen en un ecosistema más amplio que rebase las estrategias tradicionales de su enseñanza en la escuela. Leer es menos el resultado de un procedimiento didáctico y mucho más la derivación de una ubicación cultural diferente, en este caso, de su ubicación en el ritmo y el estilo de vida hip hop. En Bolivia y en el norte de Argentina, en Jujuy, lo textil forma parte del aprendizaje de la lengua, ya que los hilos conforman tramas que son signos de la cultura, interpretaciones simbólicas del mismo entorno en el que crece y se desarrolla la capacidad de hablar y de escribir. De este modo, los niños aprenden a leer en contacto con las expresiones más ancestrales de su cultura, como también con las más contemporáneas: urdimbres y rap.

Algo similar ocurre con las relaciones entre algunas experiencias de cultura y la prevención de la violencia urbana y la drogadicción. En el Club Juvenil Golpedirecto se plantea el arte juvenil urbano como «herramienta para la educación integral, la prevención del uso y abuso de las drogas y los actos criminales». Desde hace años, el club trabaja en la construcción de una escuela de artes urbanas alrededor de la cultura hip hop, enseñando danza, pintura, poesía y deportes extremos. El Colegio del Cuerpo, en su programa «Mi cuerpo, mi casa», propone una educación corporal integral que se enfrenta a factores que atentan contra el desarrollo humano como la violencia o el consumo de drogas.

La ciudad es uno de los escenarios culturales más ricos y diversos. Además de un espacio físico habitado, de circuitos y movimien-

tos, de áreas y zonas marcadas por signos de identidad, existen apropiaciones y sentidos asignados por sus habitantes, modos de vida, rutinas y usos del tiempo. Y en ese laboratorio de la convivencia la cultura aparece como una de las dimensiones más importantes para participar en los programas de prevención de aquellos comportamientos que la sociedad considera disfuncionales o perturbadores de las relaciones sociales. «Se teme porque hay situaciones, espacios y sujetos definidos socialmente como fuentes de amenaza, en una dinámica en la que se entrecruzan relatos que circulan globalmente con aquellos que, desde lo local y de acuerdo a anclajes sociales y culturales particulares, adquieren formas y significados diferenciados»³. A la par de una construcción social del crimen y del delito, hay también una producción imaginaria de delincuentes, zonas vedadas, formas de la represión. Stella Martini, analizando el caso argentino, habla de la atribución social del delito y la delincuencia a los jóvenes, pobres y villeros. Amparo Marroquín explora los estereotipos que rodean a los jóvenes mareros en El Salvador y Rossana Reguillo construye una reflexión inquietante sobre la producción y circulación de los miedos. Inclusive se habla de una cultura de la pobreza, de las favelas, de las comunas o de las pandillas, que muchas veces opera como una justificación del estigma y la discriminación.

Pero hay definiciones y contextos culturales de los comportamientos y proyectos sociales. Desde hace años se ha reconocido la importancia que tienen la cultura y las artes en programas de intervención y de prevención social. Solo que no hay que exagerar o maximizar sus posibilidades, ya que con frecuencia el éxito depende de una acción integral, que tiene en cuenta diferentes dimensiones. Una de ellas, la cultural, que permite ingresar en territorios cerrados, convocar colectivamente y aprovechar el potencial creativo de comunidades afectadas por la violencia o por la pobreza. Frente a la desconfianza, la cultura genera proximidad, frente a la agresividad, la cultura actúa como recurso de la identidad grupal. A intervenciones sociales emprendidas desde afuera, la cultura responde con estrategias que provienen de adentro, a largas historias de estigmatiza-

³ Marta Inés Villa, Luz Amparo Sánchez y Ana María Jaramillo, *Rostros del miedo*, Corporación Región, Medellín, 2003, p. 25.

ción, la cultura responde con la valoración y el reconocimiento de lo propio. La cultura moviliza, promueve la participación de los niños y los jóvenes, resalta el liderazgo de las mujeres y facilita el encuentro de los lenguajes artísticos con los estilos de vida que se imponen en la ciudad. Es posible que sea la cultura la que contenga claves mucho más cercanas a los conflictos y las tensiones que la gente vive cotidianamente y a la vez es posible que sea también ella la que proporcione más posibilidades de encuentro y celebración. «El miedo disgrega, aísla, encierra, crea barreras que rompen el tejido social e imposibilitan la comunicación y la interacción de sus partes, generando nuevas fuentes y formas de exclusión social y simbólica. Pero el miedo también vincula, propicia otras junturas alrededor de un sentimiento compartido de vulnerabilidad, reactualiza y potencia los acumulados sociales y culturales con los que cuentan los grupos sociales para garantizar la permanencia en contextos que como éste, amenazan permanentemente con la alteración o la disolución»⁴.

Golpedirecto habla de arte juvenil urbano, artes urbanas, prevención y combinación de artes como el rap, la poesía y los deportes extremos; el taller Cultural La Calle, de la ampliación de las opciones de vida de los niños y los jóvenes; y la familia Ayara, de formación artística y rehabilitación. ¿En dónde están los hilos que tejen todas estas manifestaciones culturales? Posiblemente en la interpretación de la conflictividad de la vida urbana desde las artes que se producen en ella, que emergen como signos de nuevas representaciones simbólicas, como pueden ser los deportes extremos o el hip hop. También en la recurrencia a las estéticas que genera la vida en la ciudad: los gimnasios donde se cuidan los cuerpos, los graffiti que plasman en los muros las sensibilidades emergentes, la iconografía popular que adorna los almacenes expresando la diversidad de los gustos o los automóviles y «busetas engallados⁵» que son intervenciones simbólicas intencionadas, como lo comprueba, «El garaje de los deseos».

⁴ *Ibid.*, p. 149.

⁵ «Engallar» es un colombianismo que significa intervenir simbólicamente sobre objetos para diferenciarlos, destacarlos, valorarlos de modo diferente. Así engallar un autobús significa desde decorarlo con motivos familiares y religiosos, hasta transformar su equipo de sonido, sus sillas, su tapizado o sus paredes exteriores de una manera singular. Un automóvil se engalla convirtiéndolo en una máquina de

La educación es uno de los temas centrales de estas experiencias. Pero no la educación formal, la que se imparte directamente en la escuela, que es también un poderoso foro de recreación cultural, sino la formación como oportunidad de crecimiento. Son experiencias educativas no es un sentido formal y escolarizado, sino informal y formativo. Si la escuela deja por fuera una parte de la creación cultural –sobre todo la más masiva, experimental y trasgresora– estas experiencias la recupera y la pone a actuar en campos en que no ha sido habitual su presencia. Al margen de la escuela, estas experiencias acogen a los niños y jóvenes después de sus deberes y sus prescripciones, para demostrarles que la vida corriente si se conecta con lo que espera a las puertas de los colegios, o transcurre por las calles de sus barrios. La cultura sirve con una bisagra entre la escuela y la sociedad, como una conexión entre la educación y los problemas de la comunidad. Incluso a su pesar, los signos culturales se introducen en la escuela de la mano (es un decir, de la mente, el cuerpo y el corazón) de los niños, las niñas y los jóvenes. «El poder cultural ya no está localizado en una escuela, escribe Michel de Certeau. Se infiltra por todas partes, no importa en qué casa, no importa en qué habitación, por medio de las pantallas de la televisión. Se “personaliza”. Por todas partes insinúa sus productos. Se hace íntima. Esto cambia la posición de la escuela»⁶.

Sin embargo, las experiencias no se identifican por su oposición a la escuela. Todo lo contrario. Crean escuelas, aunque su sentido difiera de las establecidas en el sistema educativo, definidas por la progresividad, la compartimentalización de las disciplinas y el desarrollo de las competencias. Las escuelas no son tanto transmisoras de conocimientos, como formadoras de subjetividades. Suelen ser escuelas de temas extraños, que dentro de las percepciones sociales se ocupan de cuestiones interesantes pero marginales: la representación teatral, la danza, las fusiones musicales o las artes del circo.

Las escuelas reproducen la tradición y los conocimientos canónicos, pero estas escuelas ocupan zonas mucho más mixtas y liminares. ¿Acaso no son raras las escuelas en que los jóvenes aprenden a bailar

sonido; en la poma de los cambios de un autobús puede aparecer un escarabajo y en su espejo colgar el zapato de un bebé. Están engallados. Posiblemente hay una cercanía del verbo con la acepción «gallito fino».

⁶ Michel de Certeau, *La cultura en plural*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1999, p. 113.

breakdance, cantar rap o pintar graffiti? No son habituales las escuelas que acogen expresiones culturales demasiado recientes y que además se han gestado e interpretan la vida en las calles o en los barrios marginales, que expresan la inconformidad que nace de la pobreza o que se oponen con un lenguaje duro e irónico a las autoridades. Artes de un tiempo exageradamente cercano, tanto temporal como vivencial, que apenas han podido construir una tradición esquiua, pero que poseen la vitalidad de lo que está surgiendo como un caudal sin barreras, de las entrañas de las sociedades locales. Nacidas en otras realidades, y diferentes a los conservatorios o a las escuelas de arte tradicionales, estas escuelas de artes urbanas, introducen a los jóvenes en artes que reinterpretan las urgencias locales y logran expresar los sentimientos de resistencia, mientras insertan a los jóvenes de los barrios en contextos globales. Su actualidad sintoniza al arte con la vida de una manera directa. Hay muchas cosas que unen el rap de las calles colombianas, con el rap de las calles de Nueva York: sobre todo la vivencia de la calle como lugar de los acontecimientos, las afiliaciones y el reconocimiento social; y el grupo de pertenencia como el nicho de las reglas, los afectos y el enfrentamiento de los signos de la pobreza y la exclusión.

Lo que se enseña en la Escuela de Hip Hop de la Familia Ayara rompe reglas, porque es el resultado de movimientos culturales que interpretan el movimiento permanente de la sociedad, sus tensiones creativas y sus exclusiones más sentidas. El Colegio del Cuerpo, parte del contexto de una ciudad que combina el glamour del turismo de elites, con la efervescencia de otra ciudad, oculta y cercada por los conflictos y la pobreza extremas. Tiene en cuenta los aportes de diversas pedagogías de la danza y a la vez, la gran influencia que ha tenido en Cartagena la cultura africana, para colocar en el centro el cuerpo. «A través de la danza se aprende a tener una relación mucho más sana con el cuerpo, que es el sitio donde ocurre la vida se aprende a relacionarlo con todo su espacio que está a su vuelta», dice Jair Luna, uno de los jóvenes bailarines. «En una clase de danza, uno se está autoesculpiendo y esculpiendo al otro», dice Álvaro Restrepo. «Sin el colegio del cuerpo –escribe Óscar Collazos– cuyos cursos son totalmente gratuitos, esos pequeños, en su mayoría habitantes del barrio Nelson Mandela de la ciudad –refugio de familias

desplazadas por la violencia– seguirían extraviados y condenados al drama de la más azarosa supervivencia».

Es una escuela que construye una ética del cuerpo y que es consciente de la pertenencia social de sus jóvenes bailarines: «Trabajo con niños y jóvenes –dice Álvaro Restrepo– provenientes de barrios populares de Cartagena, a quienes trato de ofrecer la educación y las oportunidades de descubrir, desde los primeros años, su vocación y su talento. Estos muchachos han conocido de cerca los “rigores de la existencia”, “las injusticias consagradas del mundo”, la “ignorancia de los padres”, y “la asombrosa indiferencia de los vivos en medio de la sencilla belleza del universo”. Ellos han tocado la violencia y han sido tocados por ella. Nacieron y crecieron en los peores años del conflicto que hoy nos aqueja y no conocen otras realidad que la guerra»⁷.

Refiriéndose al espacio como una estructura social, el geógrafo brasileño Milton Santos escribió que «si concluimos que la organización del espacio es también una forma, un resultado objetivo de una multiplicidad de variables actuando a través de la historia, su inercia pasa a ser dinámica»⁸.

Estas experiencias tienen una fuerte conciencia de su carácter territorial. Son habitantes de un territorio específico, pero también componen la realidad-territorio. Son territorio. La identificación territorial se configura por diferentes razones: su ubicación geográfica, la asimilación de expresiones culturales que son propias de un territorio y una «impregnación cultural» del territorio, que convierte a la cultura en definición y no simplemente en característica de lo territorial. De este modo, los territorios son mucho más que espacios demarcados física o administrativamente. Debido a esto, muchas experiencias culturales rompen estos límites y componen regiones o territorios culturales. Por ejemplo, los de la comunidad de los wayúu, que están a la vez territorialmente en Venezuela o en Colombia. Es fundamental la construcción del territorio desde las sensibilidades y a la vez, como se lo proponen algunas experiencias, ensayar otras narraciones de las ciudades, de lo urbano. Los territorios defi-

⁷ Cita de Álvaro Restrepo, en: José Antonio d'Ory, «Callejero - Carta de Bogotá. Mapa Teatro y Alvaro Restrepo», *Cuadernos Hispanoamericanos* 648 (2004), p. 105.

⁸ Milton Santos, *De la totalidad al lugar*, Oikos-Tau, Barcelona, 1996, p. 35.

nidos físicamente por localidades, comunas o barrios, son solamente una parte de lo territorial. Porque otra parte muy importante son los circuitos, los puntos de referencia, los recorridos, todos ellos trazados imaginarios de la ciudad, que tienen una enorme familiaridad con lo cultural.

III. LA DEMOCRACIA LOCAL DESDE LA CULTURA

La existencia de una democracia cultural es aún un tema más conceptual que real. Porque todavía se está lejos de que la cultura forme parte activa de la construcción institucional y el afianzamiento de la democracia. El proyecto de una democracia participativa que emergiera frente al predominio de la democracia de representación, es un asunto que aún no está suficientemente consolidado. La democracia de ciudadanos y sobre todo las democracias locales, aún tienen muchos desafíos pendientes. Es verdad que se han dado pasos importantes como la elección popular de alcaldes, la descentralización, las autonomías, la transferencia de recursos y en algunos casos los presupuestos participativos. Pero la cultura todavía no incide directamente en la gestión pública de los municipios, por varias razones: tiene unos presupuestos bajos, unas institucionalidades frágiles, unas relaciones muy distantes con otras áreas de la vida social y económica de las localidades y una debilidad formativa de los gestores públicos de la cultura. Por otra parte, todavía existen unas comprensiones retrasadas del papel de la cultura en la gestión local: los presupuestos se invierten más en espectáculos o en festividades cuando no se destinan a otras acciones, las interacciones con las instancias culturales del Estado son muy esporádicas y la infraestructura cultural o no existe o está en franco deterioro. Las iniciativas locales de cultura están demasiado supeditadas a los presupuestos públicos, ya que la iniciativa privada apenas llega a las capitales y a algunas ciudades intermedias. Han sido los organismos de cooperación internacional y progresivamente los programas de concertación, estímulos y poblaciones del Ministerio y Secretarías de Cultura, los que han estimulado la expresión y el desarrollo de estas experiencias locales de cultura.

De todas formas, muchas de las experiencias de cultura y desarrollo están definidas en torno a la realización de vida pública, la ampliación de la democracia y las relaciones con los poderes locales.

¿Cómo puede entenderse esta distancia entre las realidades políticas y los propósitos de los grupos sociales? Quizá una de las respuestas sea que la cultura, desde hace años, está arraigada en organizaciones de la sociedad civil, en iniciativas ciudadanas y en movimientos sociales y que representa más que otras áreas de la vida pública, las necesidades de identidad, de celebración y disfrute de las comunidades. De esa manera el aporte a la democracia local, se hace desde estos actores sociales y políticos, que conforman un tejido institucional público de creciente importancia, entre otras razones, por la constitución juvenil de los grupos culturales y el rango social de sus actuaciones.

La democracia local desde la cultura, por lo menos en el caso colombiano, está concentrada en la participación social y la construcción de vida pública, pero sobre todo en el aporte a la convivencia y la paz. Esta focalización es explicable. La cultura convoca, moviliza y representa un «poder suave», frente a los contextos duros de la violencia. La narración de los efectos de la guerra se desplazó en Montes de María (Bolívar), de los noticieros de las radios comunitarias a los festivales itinerantes de décimas. Son los copleiros los que cantan las tribulaciones de las comunidades, cuando se bloquean otros canales de expresión.

Siempre que se habla de los municipios colombianos se mencionan el alcalde, el cura, el juez, la policía y la escuela. Son las instituciones sobre las que giran las democracias locales, como una réplica de los poderes nacionales. También se mencionan los grupos armados ilegales como narcos, guerrilleros o paramilitares, que han capturado lugares importantes de los estados regionales y locales.

Las experiencias de cultura y desarrollo producen «narraciones de la vida pública», ya sea porque generan espacios de visibilidad y expresión social, ya sea porque se articulan con la institucionalidad pública (alcaldías, consejos, resguardos), para llevar a cabo parte de sus acciones. La visibilidad se logra resaltando sujetos sociales que de otro modo pasarían desapercibidos, uniendo sus objetivos culturales con los objetivos sociales de la comunidad, promoviendo la

participación y desarrollando redes. Prácticamente todas las manifestaciones culturales analizadas conforman espacialidades públicas. Muchas generan posibilidades de encuentro y de apropiación social, mientras que otras son inclusivas y promueven derechos ciudadanos.

Lo público forma parte de las experiencias a través de diversas modalidades: una primera, es la representación pública de la cultura y el arte, que se hace con la exposición de expresiones como la danza, la música o el cine, la producción y distribución de video o la exhibición de artes visuales. La presentación en público de los procesos formativos, es una de las características de las experiencias de cultura y desarrollo. Se socializan los resultados y se exponen los talentos individuales o grupales, con frecuencia articulándolos con celebraciones públicas, fiestas o festivales populares. Se produce así un doble movimiento de lo público: en un primer momento, se construye vida pública con la circulación de manifestaciones culturales, y en un segundo momento, espacios públicos –como la plaza o la calle– se tornan aún más lugares de lo visible gracias a las expresiones de la cultura.

La idea política de un público que asiste a la plaza para escuchar a los líderes ha sido ampliamente superada por la actividad de un público que no solamente oye sino que se expresa, interviene, crea. Las distancias ceden, las jerarquías se desestabilizan y los públicos cambian de lugar. Esta reconsideración de las relaciones entre cultura y política, permea las experiencias locales en diferentes rangos e intensidades. Por eso recurrentemente aparecen reflexiones sobre la vida pública, la autonomía, la participación social, los derechos y las libertades. La cultura y la comunicación son derechos y la libertad cultural, «es una dimensión importante de la libertad humana, pues resulta decisiva para que la gente viva de acuerdo con sus preferencias y tenga la oportunidad de escoger entre las opciones a su disposición... o aquellas que podrían estarla»⁹.

Pero la relación entre cultura y política es aún más amplia y diversificada. La sensibilización frente a las realidades del país es uno de sus caminos, como lo son también las luchas identitarias de géne-

⁹ PNUD, *La libertad cultural en el mundo diverso de hoy*, Informe sobre Desarrollo Humano, 2004, p. 13.

ro, sexuales y étnicas, las relaciones con movimientos sociales de resistencia y de afirmación ciudadana, el reconocimiento del cuerpo como «primer territorio de paz» y la construcción de liderazgos.

Excusado Printsystem, concentra su trabajo «en el planteamiento del espacio público como un lugar de libre y democrática expresión». La gráfica se traslada a la calle (que además está poblada de rastros gráficos) y que es comprendida como lugar del intercambio no solo económico sino imaginario y vivencial. En la calle se producen las procesiones religiosas, los festejos del carnaval, las manifestaciones musicales de los festivales. «Las calles y plazas, que se habían acostumbrado a ser sitios transitorios e indiferentes, un poco turísticos, se tornaron lugares habitables, solidarios, interesantes, disputables, festivos, apasionados y razonables»¹⁰.

El investigador mexicano, Pablo Fernández Christlieb, vincula acertadamente la recreación de la calle con el ascenso de la sociedad civil. Las artes y expresiones de la calle, desde el cine proyectado en los muros hasta las músicas nacidas en el ambiente callejero, se fortalecen y a la vez consolidan lo público en la medida en que la cultura convoca, reúne. «El ascenso de la sociedad civil en todas partes del planeta en este principio de siglo ha vuelto a mostrar que, efectivamente, la vida colectiva piensa y siente con la calle, y que ésta tiene una razón más extensa, múltiple y plural que la de cualquier otro lugar. Así la única forma de tener razón en la sociedad civil es sacando las críticas y las propuestas, desilusiones y utopías, enojos y alegrías a la intemperie, para que allí crezcan como les plazca»¹¹.

Una segunda modalidad es la creación de públicos, que es mucho más que la formación de espectadores. Algunas experiencias tienen explícitamente este objetivo, que unen a la generación de nuevos circuitos de creación y circulación de bienes culturales, la emergencia pública de actores sociales y la asignación de sentido a espacios territoriales convencionales y no convencionales. Es lo que se proponen experiencias como los cineclubes Borges y La rosa púrpura El Cairo para el cine y la Bienal de Venecia para el arte. A

¹⁰ Pablo Fernández Christlieb, *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*, Anthropos, Barcelona, 2004, p. 2.

¹¹ Pablo Fernández Christlieb, *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*, op. cit., pp. 10-11.

diferencia de las grandes industrias creativas, que generan públicos para extender mercados y fortalecer consumos, las experiencias locales de cultura y desarrollo, construyen públicos para afianzar ciudadanos y profundizar el debate público.

Una tercera modalidad, es la contribución a una modificación del significado público de la sociedad, relacionado tradicionalmente con lo estatal, para revertirlo a la participación de la sociedad civil en los asuntos del interés común. Estas experiencias se han fortalecido en la medida en que ha ido creciendo el perfil y la presencia de la sociedad civil y los movimientos sociales y ciudadanos en la vida pública del país.

Una cuarta modalidad de lo público, es el aporte de la cultura al empoderamiento de grupos sociales excluidos, que empiezan a participar en la esfera pública de la sociedad mediante el reconocimiento de sus creaciones y la presencia de sus comprensiones y sistemas valorativos en la argumentación social.

IV. LA CENTRALIDAD DE LA IDENTIDAD

La gente se identifica cada vez menos por la economía, la política e inclusive por lo social. La economía intentó afianzar la identidad por el mercado (todos iguales como consumidores), pero muy pronto se evidenciaron las enormes fisuras entre las personas. La economía más que unir, divide. La política fue, durante mucho tiempo, uno de los referentes más importantes de la identidad. Se pertenecía a un determinado partido y esa pertenencia asimilaba a otros, construía relaciones con la tradición y promovía comunidades, más o menos estables de co-partidarios. Era una identidad fundamentada en lazos clientelares y emociones, no tanto en ideas y visiones compartidas y diferenciadoras. El acierto de la política clientelista –más allá de las críticas a las que se haga merecedora– es haber conformado una trama de relaciones enmarañadas y relativamente consistentes alrededor de los afectos, los favores, las relaciones de dependencia y el paternalismo. Esta urdimbre social se entretejía a partir de un sistema político aceitado por la entrega de puestos, la contraprestación de favores por votos y la ocupación de los escasos espacios de representación y participación social. Como escribió el historiador colombiano Marco Palacio,

la política social empezó a funcionar como una «caja de galletas» en manos de los políticos profesionales, «cada vez más incontrolables, que dispensaban educación, “casa-lote”, electricidad, acueductos, vacunas; paliativos a la pobreza urbana para crear y mantener clientelas barriales que darían fluidez a un mercado electoral supuestamente competitivo, pero de hecho, limitado a los dos partidos»¹².

El clientelismo es sin duda, una forma de actuación cultural, en la medida en que inserta la ficción política en un modo de vida, en unas redes de significados en los que convergen el melodrama y los afectos, la estructura familiar patriarcal y la dependencia de la «política-favor». No fue difícil en muchas regiones colombianas, trasladar a la política el tipo de lazos que ya existían entre el terrateniente y los campesinos, o entre el cura y sus fieles.

La religión ha sido en Colombia uno de las dimensiones decisivas de la identidad. No es el caso de países en que la devoción y las creencias ligan y comprometen a la gente, de una manera que raya con el fundamentalismo. Ser colombiano significó por muchos años (y aún significa en muchas regiones y clases sociales), ser católico. Por eso se identificó al país como «el país del Sagrado Corazón», al que además se consagra como un voto nacional. La nación no existía por la confluencia de la diversidad de las regiones y por la existencia de un proyecto político unificador, sino por la pertenencia a una religión. Una pertenencia formal, ritual y sobre todo moral, en la que ni el orden de las creencias ni el peso de las prescripciones morales, lograron cohesionar una nación de ciudadanos. Porque los lazos religiosos de ascendencia hispánica y de naturaleza católica, estaban asentados sobre las apariencias de las ceremonias, el vaciamiento de las responsabilidades civiles y una comprensión infantilizada del pecado y su castigo. La religiosidad de los sicarios muestra hasta que punto la religión católica no creó bases éticas sólidas, sino que reafirmó creencias a partir de una cierta racionalización de los afectos y las familiaridades primarias.

Las experiencias locales de cultura y desarrollo buscan construir identidad, velar por ella, transmitirla a jóvenes y niños. Se entiende la identidad como la relación con el patrimonio ancestral (Teatrízate, Guajira), la recuperación de la tradición (Festival de la leyenda Va-

¹² Marco Palacio, *Parábola del liberalismo*, Norma, Bogotá, 1999, p. 291.

llenata, Valledupar), la promoción de expresiones culturales de arraigo popular (Festival Autónomo de Gaitas), la inculturación, por ejemplo, de la población afrocartagenera (Fundación Centro de la Cultura Caribe), el acercamiento a la dimensión expresiva y artística del cuerpo (Colegio del cuerpo, Cartagena), la afirmación de género (Huitaca) o generacional.

La visión que tienen las experiencias sobre la identidad, fluctúa entre la recuperación y mantenimiento de las tradiciones y expresiones que identifican a los grupos sociales con los que trabajan (generalmente manifestaciones populares), y la identidad como definición caracterizadora de la vida de la gente (identidad de género, identidades sexuales, identidad étnica, identidad juvenil, etcétera).

Hay propuestas de construcción de identidades muy específicas, como las de las mujeres que trabajan en la extracción de piangua y otros moluscos del manglar (recolectando sabores, disfrutando valores de Nariño) o las identidades en contextos de desarraigo o desplazamiento (Fundación Arte y Cultura del Pacífico, Bogotá).

La identidad se relaciona con la expresión artística, la productividad (pequeñas empresas), el reconocimiento social, la sexualidad o la participación pública. De esta manera, las identidades caben dentro de una comprensión amplia de diversidad cultural. Existe más diversidad, en la medida en que se pueden expresar múltiples identidades.

Las funciones que se proponen las experiencias frente a la identidad son su conservación, recuperación, diálogo en contextos interculturales y lucha política. Hay experiencias que intencionalmente se plantean objetivos de afirmación identitaria, a partir de la recuperación de la memoria artística, la valoración de las expresiones culturales propias y el aprendizaje de aquellas reservas culturales que están a punto de perderse o que deben enfrentar duramente otros contextos simbólicos mucho más extendidos y dinámicos. Son procesos de recuperación identitaria, focalizados en prácticas o expresiones de la cultura particulares, como géneros musicales, ritmos, utensilios, cantos. La identidad se construye en estas experiencias, a través de la cultura y de manifestaciones muy específicas de ella, que además, están relacionadas con el arraigo y lo que diferencia.

Hay otras experiencias, en que la identidad se convierte en un propósito fundamental y la cultura en un medio para lograrla. En al-

gunas lo que se busca es la identidad de género y para ello sirve como una de sus estrategias, la música o las artes; en otras, hay una opción deliberada por las identidades étnicas y para ello se recurre a la revitalización de su lengua, sus rituales o sus desarrollos artesanales.

La cultura ofrece grandes posibilidades (y tensiones) a las identidades. Más que la economía o la política, la cultura contribuye a la constitución de identidades como construcciones que se relatan (Néstor García Canclini), o relatos que se construyen (Jesús Martín Barbero).

El análisis que hacen Julio Arias Vanegas e Ingrid J. Bolívar de lo sucedido en Montenegro (Quindío), con las estatuas de Bolívar y el indígena quimbaya Cuturrumbí, es un ejemplo que ilustra –por contraposición– la tarea identitaria de las experiencias locales de cultura y desarrollo. En el centenario del pueblo (1990), se colocó la estatua del indio en el centro de la plaza y se desplazó hacia un costado la de Bolívar, lo que suscitó polémicas y protestas del pueblo. «Cuturrubí –dicen los autores– no representaba una tradición, no había sido incorporado en los relatos de los habitantes –ni siquiera de los maestros–, no podía ser situado en un origen remoto, ni en una posición incuestionable. Y es que la invención de una tradición trae consigo tensiones. Por lo menos mientras es instituida como tal por aquellos que se presentan como los legítimos portadores del pasado oficial. Las tradiciones tienen que ser trabajadas, transmitidas, enseñadas y puestas en escena»¹³.

Es interesante observar las relaciones entre elites, tradición y cultura, porque la acción de las experiencias culturales locales, se ubicaría en otra orilla a la que describen excelentemente los autores, cuando afirman que «a partir de la apropiación de un pasado y la creación de un discurso sobre dicho pasado, las elites refuerzan y renuevan su posición. Salvaguardar, custodiar y promover lo quimbaya les permite restablecerse simbólicamente como elites, por ser las portadoras de una nueva versión del pasado que es presentada como la oficial y legítima»¹⁴.

¹³ Julio Arias Vanegas e Ingrid J. Bolívar, «El cultivo de la identidad natural. Paisaje, cultura y turismo en Montenegro (Quindío)», en Ingrid J. Bolívar (ed.), *Identidades culturales y formación del estado en Colombia. Colonización, naturaleza y cultura*, Universidad de los Andes, Bogotá, CESO, 2006, p. 72.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 74

En el caso de las experiencias analizadas –no en todas, puesto que algunas confirman el poder de elites locales– hay una contraréplica cultural desde la participación social, en que inclusive se disputa el orden simbólico acaparado por las elites dominantes.

Algunas experiencias locales se proponen lo que Zygmunt Bauman plantea sobre la identidad, cuando dice que ella «se nos revela sólo como algo que hay que inventar en lugar de descubrir, como el blanco de un esfuerzo, “un objetivo”, como algo que hay que construir desde cero o elegir de ofertas de alternativas y luego luchar por ellas para protegerlas después con una lucha aún más encarnizada»¹⁵.

La construcción de la identidad encuentra el camino de las músicas, las fiestas, la apropiación del patrimonio, el cuerpo o las artes, como un itinerario que convoca, sin evitar los conflictos que supone toda invención identitaria, pero también se refiere a la articulación entre identidad, subjetividades y cultura, como un propósito que asumen las experiencias que enfatizan, por ejemplo, en el cuerpo como territorio de paz o en la vida interior, como una manera de inculturación.

Las experiencias que suelen trabajar con las artes proponen identidades estéticas generadas en contextos de dificultades y a la vez producen estéticas del lugar en que se vive, ya sea el barrio, la comuna o el municipio. Los jóvenes de barrios populares de Medellín, que en el pasado fueron asolados por el narcotráfico, las milicias o el paramilitarismo, acogen el teatro como una forma de replantearse su identidad y la de su propio barrio.

V. LA ALTERNATIVIDAD DE LAS ARTES

La gran mayoría de estas experiencias tienen como centro las artes, pero de una manera que las diferencian de sus usos sociales habituales, ligadas a lo que Pierre Bordieu denominaba la distinción. Porque en la tradición cultural colombiana las artes, sobre todo las plásticas, la música clásica o la literatura, formaron parte de un grupo minoritario de creadores y de públicos, aunque se han hecho esfuerzos por ampliar la cobertura de su disfrute y las instancias de su for-

¹⁵ Zygmunt Bauman, *Identidad*, Losada, Buenos Aires, 2005, p. 40.

mación. Otras artes lograron construir mejores afiliaciones con la sociedad, porque sintonizaron con dinámicas culturales más cercanas a la gente, tuvieron una difusión más masiva y se incorporaron a lógicas económicas que favorecieron su circulación. Pero también porque expresaron más directamente los cambios de la sociedad e interpretaron las modificaciones de la sensibilidad que vivían grandes grupos de excluidos, desde los habitantes pobres del campo y la ciudad, hasta los jóvenes que no se identificaban con los referentes simbólicos que les proporcionaba la escuela y que ella y la sociedad, presentaban como los más relevantes. Estas manifestaciones artísticas interpretaron a una sociedad que ya era moderna, se acercaron a los modos de vida urbanos y se establecieron sobre el avance pujante de las tecnologías. Entre ellas están, la música popular, introducida en fiestas, ferias y festivales, reproducida en discos, cassettes y cedés y difundida masivamente a través de la radio. Los primeros puestos del consumo cultural que ocupa la radio se deben en buena parte a la posibilidad que ofrece de escuchar música; las danzas populares y el baile, el cine, la televisión y las tecnologías digitales, se unieron al rock, los videojuegos, el graffiti y el hip hop.

Las experiencias analizadas son un buen lugar para estudiar lo que los grupos sociales han hecho con las artes, las modificaciones a las que las han sometido y los usos que les han asignado. Habitualmente lo que conocemos son las operaciones de resignificación, por ejemplo, de lo popular, que han llevado a cabo artistas plásticos colombianos tan importantes como Beatriz González, Miguel Ángel Rojas, Antonio Caro, Santiago Uribe, Nadín Ospina o María Fernanda Cardozo, para mencionar solo algunos creadores excepcionales de diferentes generaciones. También se conocen los trabajos en este sentido de algunos músicos, dramaturgos y escritores.

Pero ha sido menos frecuente explorar las resignificaciones del arte que hacen sectores de la sociedad; solamente los estudios sobre el melodrama han valorizado estos procesos de apropiación y recreación social de los productos simbólicos.

En el campo de las artes plásticas se destacan, la Bienal de Venecia, el Museo de Antioquía y el Garaje de los Deseos. En danza, el Colegio del Cuerpo, el colectivo de Danzas Juacar; en música, la familia Ayara, el Colectivo Distrital de Mujeres Hip Hoppers; en cine, la

Fundación Cine Documental Investigación Social, el cineclub Borges, la Cinemateca del Caribe o el cineclub itinerante La Rosa Púrpura de El Cairo; en teatro, Nuestra Gente, Teatrízate, La Candelaria; en artesanías la Escuela de artes y oficios de la Fundación Mario Santodomingo; en arquitectura y urbanismo, La Casas de adobe; en radio, Comunícate o Transmisiones; en creación audiovisual, la experiencia escolar de Belén de los Andaquies; en lectura, María Mula-
ta lectora o el Biblioburro y en artes del circo, Circo-Ciudad.

Lo que parece particularmente interesante de la Bienal de Venecia son sus propósitos de incluir y activar nuevas audiencias en el circuito de las artes visuales de la ciudad, dar cabida a artistas emergentes y a procesos de arte relacional, realizar exposiciones de arte en sitios no convencionales y promover a Bogotá como un escenario de arte contemporáneo. El juego irónico que relaciona a un barrio popular de Bogotá con la internacionalmente reconocida Bienal de Venecia, es decir, a lo local con lo internacional, es una puerta de entrada a un replanteamiento a fondo de las artes visuales, que aquí interactúan con el barrio y su comunidad y le proponen a los habitantes de la ciudad un ejercicio de interpretación diferente de sus realidades más cotidianas. El concepto de museo y de galería, de exhibición y mercado del arte, pero también el de conocedor del arte o el de artista, se replantean en esta experiencia. «La Bienal de Venecia –dicen sus promotores– busca explorar formas de aproximación entre el arte y el barrio Venecia de Bogotá D.C, mediante estrategias pedagógicas articuladas con el contexto de la comunidad. Cuando hablamos de pedagogía en el marco de la Bienal, la entendemos como un espacio donde circulan y se confrontan distintos saberes en torno al arte, su papel, sus audiencias. La Bienal pretende apoyar la búsqueda de la propia comunidad para transformar sus formas de vida, explorando con ella nuevos elementos de interpretación de su cotidianidad, nuevos referentes para leer y experimentar su relación con el espacio urbano, el barrio y consigo mismos».

El barrio encuentra vía libre a una representación simbólica nueva en que actúan combinadamente el arte y los habitantes; una representación que se renueva como sucede normalmente con los barrios, pero también con la temporalidad y variedad de las expresiones artísticas cada dos años. El público, ya no es el que asiste a

disfrutar de la obra de arte expuesta, sino quien elabora asociaciones entre lo que el arte dice y su vida corriente, entre el arte y la memoria. De esta manera, el mismo barrio se transforma en un objeto artístico y lo comunitario se readecua de la mano del arte.

Ivonne Pini, al referirse a la obra artística de Franklin Aguirre, creador y director de la Bienal de Venecia, dice que sus reelaboraciones «hacen a reflexionar también acerca de la intromisión que la esfera de lo público tiene en la esfera privada». Más adelante escribe que Aguirre, «obtiene significativos resultados formales, abriendo espacios que ofrecen múltiples posibilidades de lectura al espectador. Imágenes que se han masificado, volviendo lo icónico un bien común, un objeto globalizado y por ende compartido en espacios disímiles»¹⁶. No hay duda que existe un encuentro entre la propia obra artística y los valores que definen la experiencia social de la Bienal.

«Esta bienal busca aportar a los esfuerzos que se hacen desde distintos sectores sociales, públicos, profesionales y académicos para movilizar nuevos conceptos y prácticas de lo comunitario. Para los artistas esto implica un compromiso diferente con los resultados de su obra, puesto que la bienal propone la búsqueda de *otras* soluciones, condiciones y campos de acción para sus proyectos en un escenario único: el barrio».

Apropiación de referentes universales desde claves culturales locales, fusiones, polivalencia y nomadismo, multidisciplinariedad, interpretación artística de las realidades barriales por creadores profesionales, forman parte de los enfoques y las acciones de alternatividad artística de esta experiencia.

Pero las experiencias locales de cultura y desarrollo tienen otras características además de las mencionadas. La primera es la progresiva apropiación social de las tecnologías. Hay quienes piensan que las experiencias locales son ese reducto en el que no han entrado las tecnologías, como si fueran focos de resistencia a la modernidad, que por otra parte, garantizarán con ese aislamiento la persistencia de una suerte de inocencia no vencida, de tradición guardada. Sin embargo, las experiencias analizadas mostraron todo lo contrario: ge-

¹⁶ Ivone Pini, presentación de la exposición «Decore sin decoro» de Franklin Aguirre en la Galería Alonso Garcés en Bogotá (2006).

neran diálogos con lo que les es ajeno, diferente y hacen asimilaciones que resultan arriesgadas y creativas. Uno es este con las tecnologías, a las que aún observan desde su potencial instrumental, pero que empiezan a ver como centros potentes de la creación y de la circulación simbólicas.

La segunda característica es la del papel de la comunicación. Una buena parte de las experiencias son experiencias «comunicativas», ubicadas en lugares diferentes al de las opciones comerciales. La producción de significados, el intercambio de sentidos, la generación de expresividad social, empiezan a ser considerados propósitos de la comunicación, lo que la empieza a sacar de su ubicación meramente funcional. La comunicación no es sólo algo que sirva a las experiencias locales de cultura para hacerse visibles, exponer sus puntos de vista, participar en el debate social o lograr reconocimiento; sino un proceso que se convierte en centro de sus acciones, como sucede con las radios comunitarias, los periódicos locales, el cine, el documental. Puede ser producción de cine político, cine documental, contra información y testimonio de vida, como lo plantea la Fundación Cine Documental, dirigida por Marta Rodríguez, o la formación en radio y fotografía como aporte a la organización de los jóvenes. La comunicación en estas experiencias es acompañamiento a las comunidades, estímulo a la expresión, construcción de mensajes propios o sintonía con las necesidades comunitarias. Hay una relación de la oralidad con otras prácticas culturales y comunicativas, como la producción de imágenes, artefactos virtuales o escrituras. También es defensa y promoción del derecho a la comunicación y diálogo con los productos culturales y las prácticas de consumo.

La tercera característica de las experiencias locales de cultura y desarrollo es su intención explícita de reconstrucción y divulgación de la memoria. Buena parte de las experiencias se refieren a la recuperación, la salvaguarda o la conservación de la memoria, como también a su sentido de futuro. Construir memorias es un hecho político que involucra preguntas sobre el porqué recordamos y para qué lo recordamos, además, por supuesto del qué se recuerda. Se entiende que es necesario implicar a los jóvenes en la conservación de la memoria, como una forma de hacerlos partícipes de su legado y recurrir al arte como una estrategia para la reconstrucción de las me-

morias negadas, fragmentadas o deshechas. No se trata simplemente de recoger y sistematizar hechos, sino de tejer –en todo el sentido del verbo– una memoria crítica. Por eso debe proponerse la participación de los sectores populares en la recuperación de las memorias barriales, locales, así como dinamizar el diálogo de saberes entre la academia y las formas de construcción empírica del conocimiento.

La cuarta característica de las experiencias locales de cultura y desarrollo, es lo que podríamos denominar «la sostenibilidad desde dentro». La inquietud más recurrente sobre estas «experiencias micro», tiene que ver con su permanencia en el tiempo y su capacidad para afrontar las demandas económicas, administrativas y sociales, es decir, con sus posibilidades y mecanismos de sostenibilidad. Hay en ellas una sostenibilidad desde dentro que es más fuerte que la sostenibilidad pensada desde fuera. Tiene que ver con sueños, esperanzas, planes y proyectos de vida, compromisos personales, vida interior. Con pasión.

La sostenibilidad, si bien es un problema de recursos económicos, eficiencia administrativa o racionalización de la inversión, no se agota en ello e incluso modifica estos conceptos desde las realidades particulares que viven las experiencias. Es fundamental, sin embargo, la clara y eficaz administración de los recursos, la diversificación de las fuentes de financiamiento, el desarrollo de capacidades personales e institucionales y la calidad de los productos generados.

Para la sostenibilidad es necesaria la sensibilización social, el reconocimiento comunitario, la articulación de las propuestas con los respaldos sociales, pero sobre todo, la sintonía con las necesidades y demandas de los sectores sociales próximos.

La información, el intercambio de conocimientos, la sistematización de las experiencias, la transferencia de buenas prácticas, la evaluación consistente, son todos elementos de la sostenibilidad. Como lo son la autogestión, los procesos de concertación, las redes y las alianzas.

En muchos ámbitos no se puede hablar de sostenibilidad de la cultura por la vulnerabilidad o intangibilidad de los procesos, así como por la fragilidad de los lazos sociales, que convierten a las experiencias en proyectos endebles o episódicos.

Todas estas características forman parte del «hormiguero» cultural, del dinamismo que hace posible en un país como Colombia y

probablemente en otros de América Latina, la existencia de múltiples experiencias culturales vinculadas con el desarrollo local, asentadas en los territorios de los significados sociales y las sensibilidades, afirmando muchas veces las voces de los excluidos y sus más profundas esperanzas. La creación, que es una dimensión central de toda cultura, se refiere también a la vida y a los procesos de todos estos grupos que habitan los lugares de la proximidad.

8. EDUCACIÓN, CULTURA Y DESARROLLO

LUCINA JIMÉNEZ Y GEMMA CARBÓ

I. EDUCACIÓN Y FORMACIÓN DE CAPITAL HUMANO PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE

La educación ha sido considerada por la mayoría de las sociedades como una de las fronteras transitables para salir de la pobreza y alcanzar formas básicas de participación individual y colectiva en el conocimiento, la cultura y la vida económica contemporáneas. La educación se convirtió en la esperanza de movilidad social de millones de ciudadanos en todo el mundo, pero especialmente en los países considerados en vías de desarrollo.

De la educación depende no sólo la forma en que cada país participa en la economía global, sino la orientación y el alcance de su desarrollo. Por ello, en el año 2000, las Naciones Unidas lo establecieron como el segundo de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM)¹, después del combate a la pobreza extrema, la meta global de alcanzar la conclusión universal de la educación primaria, al ser ésta la puerta de entrada para alcanzar otros niveles más altos de educación.

Al retomar los ODM, el Banco Mundial reconoce en la educación el fundamento de todas las sociedades, un arma para combatir la inequidad, mejorar la salud, desarrollar y ampliar el alcance de las nuevas tecnologías, crear y diseminar el conocimiento². Y es que la educación constituye un eje transversal indispensable para lograr la reducción de la pobreza, la equidad de género, la erradicación de

¹ En [<http://www.undp.org/spanish/mdg/basics.shtml>]. Consultado el 10 de febrero de 2010.

² En [<http://ddp-ext.worldbank.org/ext/GMIS/gdmis.do?siteId=2&goalId=6&menuId=LNAV01GOAL2>]. Consultado el 10 de febrero de 2010.

múltiples enfermedades y para promover el respeto y cuidado del medio ambiente.

Si bien el avance global en el cumplimiento de esta meta educativa muestra una tendencia favorable, al mostrar una cobertura del 88 por 100 para 2007, respecto al 83 por 100 logrado en el año 2000³, lo cierto es que hay un reconocimiento internacional de que este indicador no es suficiente para establecer el valor e impacto de la educación en la vida de las personas.

En nuestro tiempo los sistemas educativos de prácticamente todas las regiones se enfrentan a un enorme debate, toda vez que el desarrollo ha dejado de verse como un asunto de ingresos, para entenderse más como desarrollo humano, es decir, «un concepto definido como el proceso del aumento de las opciones de las personas y el fomento de las libertades y capacidades humanas (todo lo que las personas pueden ser y hacer), permitiéndoles vivir una vida larga y saludable, tener acceso a los conocimientos y un nivel de vida digno, y participar en la vida de sus comunidades y en las decisiones que afectan sus vidas»⁴.

En la era de la sociedad del conocimiento y de la información, la escuela ha dejado de ser la única instancia formadora, toda vez que la calle, los medios de comunicación, las redes tecnológicas, la publicidad y otros espacios, contribuyen a la conformación de las identidades culturales y también a la formación para la vida. La escuela sigue siendo el espacio primordial de socialización, pero no necesariamente el único ámbito de donde niños y niñas obtienen conocimientos. De hecho, la escuela se enfrenta con desventaja a poderosos medios de comunicación y redes tecnológicas que han cambiado las formas de percepción y de relación entre millones de niños, niñas y adolescentes y frente a los cuales la escuela no ha logrado actualizarse.

En ese sentido cobran relevancia los espacios de educación no formal, los programas de Ciudades Educadoras, los espacios públicos y de encuentro, como sitios que pueden alentar la educación de la ciudadanía en los más diversos campos. De gran relevancia resultan los esfuerzos que intentan dar un sentido formativo al uso de los

³ ONU, *Objetivos del milenio. Informe 2009*, Nueva York, 2009, p.4.

⁴ PNUD, *Informe 2009*, Nueva York, 2009. p.4.

medios masivos de comunicación y las tecnologías digitales, aunque existe un reconocimiento internacional de que la simple tecnologización de la educación o de la formación no significa un cambio cualitativo en los aprendizajes de quienes interactúan en dichos espacios.

El mundo contemporáneo requiere personas formadas para los retos del siglo XXI, tanto en el mundo laboral como en el ámbito de lo social y de la comunicación. La sociedad global reclama del capital humano habilidades y capacidades para impulsar el cambio, para adaptarse a contextos de diversidad e inestabilidad, para generar y trabajar en la gestión del conocimiento, la creatividad, la cultura, la información y lo intangible. Igualmente, reclama seres humanos capaces de convivir y actuar responsablemente ante los nuevos retos del siglo XXI.

¿Cuál es la naturaleza del conocimiento que los sistemas educativos deben incorporar y cuáles son las competencias que la educación básica debe aportar a la formación del ciudadano para alcanzar esas habilidades? Las respuestas a estos interrogantes nos colocan de lleno frente a la dimensión cultural del desarrollo, toda vez que las capacidades humanas suponen no solo su dimensión productiva. El desarrollo humano supone la capacidad de interactuar en contextos de diversidad cultural, de desarrollar la creatividad propia y colectiva, de participar en nuevas formas de gobernanza democrática, además de contribuir a cuidar y preservar el medio ambiente.

A fines de los años noventa, en pleno proceso de globalización, el llamado Informe Delors estableció que la educación básica ha de aportar a niños, niñas, jóvenes y adultos la posibilidad de «aprender a ser, a conocer, a hacer y a convivir. Dicho de otro modo, la educación nos da la posibilidad de alcanzar nuestro máximo potencial como seres humanos. La construcción de un mundo de paz, dignidad, justicia e igualdad depende de múltiples factores, entre los cuales la educación es sin duda uno de los más importantes»⁵.

El mundo muestra sin embargo, una gran desigualdad en la inversión en educación y en sus resultados. Millones de niños, adolescentes y jóvenes abandonan la escuela antes de concluir el nivel básico y los

⁵ En [<http://www.unesco.org/es/efa/the-efa-movement/10-things-to-know-about-efa/>] (consultado el 11 de febrero de 2010).

servicios educativos distan todavía de alcanzar la pertinencia y la calidad necesarias para garantizar una formación integral a los educandos. Así lo señalan las múltiples evaluaciones que realizan organismos internacionales periódicamente. Un dato cada vez más preocupante es el relativo a la deserción escolar en la escuela secundaria. Aunque todavía existe un reto en las mediciones respectivas, en 2005, el Banco Mundial estimó la existencia de 118,7 millones de adolescentes fuera de la escuela, cifra especialmente relevante en Asia y África⁶.

Por ello, las organizaciones económicas internacionales proponen el replanteamiento de la educación y, especialmente, el establecimiento de metas compartidas para lograr la calidad y la pertinencia educativa a nivel mundial. No es gratuito que, paralelo al esfuerzo de alcanzar la cobertura universal de la educación primaria, como parte de los Objetivos del Milenio, la UNESCO avanza en el llamado Decenio de las Naciones Unidas de la Educación para el Desarrollo Sostenible (2005-2014). Este tiene por objeto «integrar los principios, valores y prácticas del desarrollo sostenible en todos los aspectos de la educación y el aprendizaje, con miras a abordar los problemas sociales, económicos, culturales y medioambientales del siglo XXI»⁷.

Igualmente, la Organización de Estados Iberoamericanos ha establecido las metas 2021 como parte de los compromisos que asumen los gobiernos de América Latina, España y Portugal en el marco de la celebración de los Bicentenarios⁸. Por su parte, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) impulsa la evaluación de los sistemas educativos de los 28 países que integran dicho organismo, a través del llamado examen de PISA (*Programme for International Student Assessment*) y cuyos resultados se antojan alarmantes.

Si en el ámbito internacional la educación se convierte en una de las prioridades más relevantes tanto en términos de gobernanza mundial y cooperación internacional, al interior de cada país, los gobiernos impulsan reformas en diversos sentidos, en un intento por reorientar los sistemas educativos a los contextos que reclama un siglo XXI que avanza con velocidad, a fin de atender las necesi-

⁶ UNESCO, *Out-Of-School Adolescents*, Institute for Statistics, Nueva York, 2010, p. 6.

⁷ En [<http://www.unesco.org>].

⁸ En [<http://www.oei.es>].

dades y los intereses de millones de niños, niñas, adolescentes y jóvenes, quienes son radicalmente diferentes a quienes ocuparon las aulas de los sistemas educativos durante el siglo XX.

II. LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA EDUCACIÓN Y DEL DESARROLLO

La educación es una tarea o una función social implícitamente relacionada con el concepto cultura en un sentido antropológico y holístico (formas de ser y de estar juntos) y es parte en sí misma, del sistema cultural de una sociedad o comunidad. La *educación* es también un sistema articulado por las políticas públicas de los estados modernos, cuyo objetivo es satisfacer este derecho fundamental del desarrollo individual y colectivo de los ciudadanos. Como sistema público está en diálogo con la cultura entendida en un sentido temático y sectorial, es decir, con el mundo de las artes, del patrimonio, de la comunicación y de la creatividad. Como derecho universal, está en relación directa con las políticas de cooperación para el desarrollo. Y sin embargo, las políticas de desarrollo, las políticas educativas y las políticas culturales, no están, por lo general ni coordinadas ni alineadas.

II.1. *Cultura y desarrollo*

Entre las políticas de la cultura y del desarrollo, es cierto que empiezan a definirse algunos espacios de encuentro y de gestión compartida. Las políticas de cooperación para el desarrollo y las políticas culturales podríamos decir que comenzaron a encontrarse en sus objetivos y discursos a partir del momento en que ambas ampliaron sus perspectivas y cambiaron sus enfoques hacia finales de los años noventa, con la convocatoria por parte de la UNESCO del Decenio Mundial para el Desarrollo, y de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo⁹.

⁹ En [http://portal.unesco.org/culture/es/ev.php-URL_ID=35171&URL_DO=DO_PRINTPAGE&URL_SECTION=201.html].

En el documento final de Estocolmo se constata el reconocimiento explícito que la dimensión cultural tiene en el desarrollo, en cualquiera de sus concepciones así como de la riqueza económica y social que supone la diversidad cultural en sí misma.

El documento señala, asimismo, varios principios fundamentales entre los cuales destaca que el desarrollo sostenible y el auge de la cultura dependen mutuamente entre sí; que uno de los fines principales del desarrollo humano es la prosperidad social y cultural del individuo y que la creatividad cultural es la fuente de progreso humano y de diversidad cultural, que al ser un tesoro de la humanidad, resulta esencial para el desarrollo.

De acuerdo con estos principios, el Plan Director de la Cooperación Española 2009-2012¹⁰, como ya hiciera el anterior Plan Director 2004-2008, reconoce la cultura como sector transversal y como estrategia específica concretada en un programa y en unas líneas de acción o temáticas. Con ello se crean, por primera vez, espacios efectivos de coordinación de las políticas culturales con las políticas de cooperación para el desarrollo.

A nivel internacional, en el Foro de Alto Nivel sobre la Eficacia de la Ayuda celebrado en Accra en 2008 y en la Declaración de París sobre la Eficacia de la Ayuda al Desarrollo en 2005¹¹ (último documento de referencia para las políticas de cooperación), se insiste en la necesidad de potenciar el trabajo por resultados y la rendición de cuentas; la evaluación según indicadores de la OCDE, la armonización de acciones y la alineación de las políticas de cooperación para el desarrollo con las políticas específicas locales, entre las que se encuentran o empiezan a concretarse en los países donde no estaban aún definidas, las políticas culturales. La Declaración de París estipula que la ayuda al desarrollo debe ser alineada a las prioridades, sistemas y procedimientos de los países socios, ayudando a incrementar especialmente, sus capacidades. Es decir, que los gobiernos nacionales y locales determinarán sus propias estrategias de prioridad de acuerdo con sus identidades y realidades pero que en definitiva, la ayuda deberá centrarse en especial en la formación de capacidades, y para ello será esencial el papel de la educación y la cultura.

¹⁰ En [http://www.aecid.es/web/es/publicaciones/Documentos/Plan_director/].

¹¹ En [<http://www.unesco.org/es/efa/funding/aid-effectiveness/>].

II.2. Educación y desarrollo

Si las políticas culturales y de desarrollo empezaron recientemente a dialogar, parecería de antemano, que entre educación y desarrollo ha habido siempre una relación mucho más evidente. La garantía de escolarización universal y de alfabetización configura un campo específico de la cooperación al desarrollo y uno de los sectores más definidos y prioritarios, en el que se ha avanzado de forma importante en algunos países concretos, aunque sigue siendo uno de los Objetivos del Milenio prioritarios, en especial para la región de África y Caribe.

Sin embargo, los avances realizados en materia educativa, concretados en las mejores tasas de escolarización y alfabetización, no parecen estar dando respuesta satisfactoria a los retos contemporáneos de los jóvenes y escolares, que abandonan las aulas sin terminar los estudios y no resuelven su integración laboral ni su formación como ciudadanos libres y responsables.

La educación y el desarrollo se han orientado tradicionalmente a la formación y aprovechamiento de las capacidades consideradas fundamentales en el contexto de la sociedad moderna e industrial. La diferencia y la diversidad cultural se han considerado en realidad durante mucho tiempo, un obstáculo al crecimiento económico porque dificultaban el seguimiento de una vía de desarrollo marcada por los países occidentales de acuerdo con sus formas de ser y estar, que se entendía como la única posible o como la más indicada.

El fracaso de las políticas económicas liberales y neoliberales, basadas en una concepción de desarrollo identificada de forma casi exclusiva con la generación de riqueza ha sido notable sobretudo en América Latina. Como señala Alberto Abello¹²: «Las políticas del Consenso de Washington promovieron la liberalización de los mercados, la inversión extranjera directa y el capital financiero. También proponían como objetivo macroeconómico fundamental reducir la inflación a niveles de un dígito y flexibilizar el mercado laboral, en-

¹² Alberto Abello y Augusto Aleán, *El empleo cultural en el crecimiento pro pobre en América Latina*, en V Seminario Internacional de Gestión Cultural: «El empleo en el sector cultural y su impacto en el desarrollo sostenible», Cátedra UNESCO de Políticas Culturales y Cooperación, Universidad de Girona, 2009.

tre otros aspectos. Al final de los noventa se constató que lo único que se logró con tales medidas fue reducir la inflación a costa de otros objetivos clave como la mejora de los niveles y la calidad del empleo, así como la disminución de los niveles de pobreza y desigualdad. También se constataron como consecuencias, una pérdida de participación en los sectores productivos, agrícolas e industriales, mientras por otra parte creció el sector servicios. Hay que anotar, sin embargo, que este sector de servicios en los países menos desarrollados es diferente con respecto al de los países desarrollados. En los primeros tiene que ver con servicios de bajo valor agregado, informalidad y precariedad. Y en los segundos, con servicios de alta tecnología, informática y comunicaciones».

El sistema educativo más apropiado para esta política de desarrollo fue considerado el modelo diseñado en el mundo occidental. Un modelo basado en la razón ilustrada y científica, que apoyaba la formación de ciudadanos preparados para su integración en un mercado laboral y productivo industrial en el que se reproducía una estructura social y una forma de organización sociopolítica muy concreta. Los contenidos curriculares en este modelo están claramente determinados y estructurados y ponen el acento en las competencias lógico-matemáticas y de «lectoescritura» así como en las competencias científico-técnicas. En general, obvian cualquier referencia a la propia historia, a la tradición, a la lengua materna y a las formas de expresión y creatividad artística propias.

Pero después de treinta años de políticas de educación y desarrollo en estos términos, la situación en muchos países de América Latina no parece contentar ni a los ciudadanos ni a los países cooperantes. Bernardo Kliksberg, asesor de la Dirección del PNUD/ONU para América Latina y director del Fondo España-PNUD habla de la brecha educativa¹³ con algunos datos sobrecogedores que señalan que a pesar de que se ha universalizado el ingreso a la escuela primaria en América Latina, un 17 por 100 de los niños no la finalizan. Los que no terminan la secundaria son muchos más, 30 por 100 en Chile y Perú; el 50 por 100 en Bolivia, Brasil, Colombia, Panamá y Paraguay, y el 70 por 100 en Guatemala, Honduras y Nicaragua.

¹³ «La brecha educativa», en el diario *El País*, 3 de enero de 2010.

Los indicadores creados por las agencias de desarrollo de acuerdo con la OCDE no son satisfactorios y las demandas expresadas por las comunidades y ciudadanos de estos países no parecen obtener respuestas. Los expertos en educación, a través de múltiples informes y análisis destacan como una de las causas de esta situación el divorcio cada vez más evidente entre la esfera cultural propia de cada comunidad y una práctica educativa apropiada y consecuente. Las formas culturales están cambiando de forma rápida y radical, la escuela y la educación siguen, por lo general, planteadas y replanteadas desde ópticas decimonónicas. La conclusión a todo ello es que empieza a ser urgente poner en valor y potenciar las dimensiones culturales de la educación para incrementar su potencial de contribución al desarrollo.

II.3. Cultura y educación

El análisis de las interrelaciones y conexiones, cada vez más evidentes y buscadas, de las formas y expresiones culturales con las acciones y objetivos de desarrollo, y de los retos educativos con las políticas de cooperación, nos conducen a una tercera dimensión estratégica: la dimensión cultural de la educación.

Hemos visto hasta ahora cómo la educación es uno de los grandes instrumentos para las políticas de desarrollo económico y social; pero que hoy se enfrenta a dificultades no consideradas previamente, y directamente relacionadas con la cuestión de la diversidad cultural. No se trata de *la cultura*, sino de *las culturas* en un sentido holístico y transversal.

La cuestión es que en el contexto contemporáneo, la educación que no esté en consonancia con los valores, lenguas, formas de entender el mundo y de relacionarse propios de la comunidad de pertenencia del educando, no puede generar arraigo, autoestima ni afirmación de identidad, y sin todo ello, es difícil avanzar en términos de desarrollo de los individuos y de la ciudadanía.

Esta diversidad cultural no está considerada en un sentido temático y sectorial en los programas educativos, concretados en los currículos académicos, que no consideran importantes ni estructura-

les las cuestiones y habilidades relacionadas con la expresividad, la memoria y el patrimonio (cultural, natural e inmaterial), la creatividad, la comunicación, el pensamiento lateral y crítico, el gusto y la formación estética o artística.

Tal vez tales aspectos no han sido, hasta hoy, aspectos relevantes para la formación de las personas y las comunidades pero son absolutamente centrales en el nuevo paradigma hacia el que estamos avanzando. Como señala T. S. Eliot¹⁴ en relación a la entonces reciente construcción cultural europea, los retos de cualquier sistema educativo –y ello sigue sin duda siendo vigente– son la formación de personas capaces de inscribirse en un mercado de trabajo, la formación de ciudadanos y la formación de personas felices.

Es evidente que en buena parte del continente africano, en muchas regiones asiáticas y en todavía algunos países latinoamericanos, la lucha por la escolarización de todos los niños y niñas en edades tempranas sigue siendo prioritaria, así como la reducción de las tasas de alfabetización entre los adultos. Los objetivos de desarrollo del milenio así lo confirman.

Pero, como señaló J. Brunner y como recuerda el documento Metas Educativas 2021 acordado por los países de América Latina¹⁵, las agendas educativas en estos países son ahora dobles. Por un lado, conseguir los índices y tasas de mínimos imprescindibles; por el otro, avanzar hacia un modelo educativo para el siglo XXI comprometido con la lucha contra la pobreza y la exclusión social, que considere seriamente los nuevos significados de la cultura.

Por otro lado, ha de enfrentarse a los retos del siglo XXI para que de la mano de una educación sensible a los cambios tecnológicos, a los sistemas de información y de acceso al conocimiento, a las formas de desarrollo científico y de innovación y a *los nuevos significados de la cultura*, pueda lograr un desarrollo económico equilibrado que asegure la reducción de la pobreza, de las desigualdades y de la falta de cohesión social.

¹⁴ T. S. Eliot, *La unidad de la cultura europea. Notas para la definición de la cultura*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2003.

¹⁵ *Metas educativas 2021. La educación que queremos para la generación de los Bicentenarios*, Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Madrid, 2008.

Entender y asumir que existe una gran diversidad de contextos y realidades y el desequilibrio entre ellas, implica considerar precisamente la dimensión cultural de la educación.

La brecha social en América Latina es radical y el modelo educativo contribuye en cierta forma a consolidarla. En el estrato del 20 por 100 más rico terminan la enseñanza secundaria cuatro de cada cinco, mientras que en el 20 por 100 más pobre sólo lo hacen uno de cada cinco. São Paulo tiene el mayor número de coches de lujo del mundo, y de favelas en condiciones de pobreza extrema; en Ciudad de México conviven las escuelas públicas del centro, con índices de pobreza y deserción altísimos, con las escuelas privadas de las elites europeas, etcétera.

Difícilmente se puede lograr el objetivo de formar personas felices en contextos de marginalidad y contrastes tan elevados. Será necesario en estos países considerar la desigualdad cultural como factor diferencial cuya solución requiere de mayores inversiones y esfuerzos políticos, económicos y culturales de compensación y reequilibrio.

Para comprender en un sentido profundo el llamado fracaso escolar, sobre todo entre los adolescentes y los jóvenes, es necesario ver mucho más allá de los indicadores que evalúan solo los aprendizajes cognitivos. Es importante poner atención cada vez más a los factores subjetivos, emocionales y contextuales, los cuales están íntimamente relacionados con la condición migratoria, de adaptación cultural a un sistema reglado en que viven miles de adolescentes y jóvenes en distintas regiones del mundo.

El modelo de política educativa del siglo XIX, diseñado en clave occidental está centrado en la igualdad y la universalidad, en el carácter estandarizado de unas políticas no previstas para una realidad global e injusta y para una nueva idea de cultura y diversidad cultural que tiene que contribuir a superar la brecha social y educativa y a reducir los índices de pobreza. La identidad y la diversidad de formas de expresión cultural son los recursos mejor distribuidos y más presentes en todos los países del planeta y su contribución al desarrollo social y económico sostenible debe ser potenciada y promovida por las políticas públicas culturales, educativas y de desarrollo.

Desde la nueva perspectiva o realidad de la cultura, desde sus nuevos significados, y entendida en clave sectorial y específica, las ar-

tes, el patrimonio, la comunicación y la creación se están configurando como un campo de creación de empleo e industria de futuro.

América del Norte, Europa y los países emergentes asiáticos como India y China, o como Brasil, caminan hacia una nueva economía basada en el conocimiento y la propiedad intelectual como eje de un nuevo marco de producción más sostenible y de acuerdo con el contexto contemporáneo.

Los empleos culturales en el campo del patrimonio, de las industrias del libro, la música y las artes escénicas o el sector audiovisual mantienen una tendencia constante al alza, bajo formas empresariales de reducido tamaño, de gran simplicidad organizativa y funcional que permiten mucha flexibilidad y continuidad. La cultura crea empleo de forma directa y además, interviene de forma indirecta como activadora potencial y real de clústeres y distritos culturales. Los economistas coinciden además en que incluso aquellos empleos no culturales en ámbitos culturales presentan una mayor calidad y son percibidos como más interesantes para el desarrollo personal y laboral.

Y no se trata sólo de crear empleo. Potenciar la dimensión cultural de la educación contribuye de forma directa a la consecución del segundo gran reto esencial: el de la formación de ciudadanos. En ese aspecto, los indicadores de progreso no son tampoco suficientemente satisfactorios. Los avances en materia de institucionalidad, transparencia y participación en las esferas de lo político y lo público son relativos no solo en los países receptores de las ayudas al desarrollo sino en los mismos países emisores. Las formas de la política y la participación social están cambiando de forma considerable porque el mundo, desde una perspectiva global, es una realidad mucho más cercana, conectada e integral.

La extrema movilidad de personas y mercaderías, la mundialización de la economía y de los mercados, la revolución digital y las tecnologías de la comunicación han impactado de forma importante en la realidad sociocultural y la están transformando de un modo considerable. La comunicación en una sociedad red y una era digital es el eje de centralidad alrededor del cual se configuran las nuevas formas de creación, producción y distribución cultural. La educación en medios de comunicación o en comunicación audiovisual, nunca considerada en la escuela tradicional, es hoy fundamental para garanti-

zar la consolidación de las democracias, las instituciones y la gobernanza global.

Las políticas educativas y las políticas de desarrollo ya no pueden definirse desde posiciones aisladas y específicas, sino que requieren con urgencia ser revisitadas desde la cultura y partir del diálogo con las políticas culturales. Tomar en consideración la dimensión cultural de la educación y el desarrollo permitirá lograr el objetivo del desarrollo individual y colectivo, la consolidación de ciudadanía culturales, democráticas y participativas.

La responsabilidad y la tarea que corresponde a las políticas y los agentes culturales para hacer posible proyectos con enfoques compartidos es la de repensar en buena parte sus principios y formas de funcionar y ajustarse a los criterios de actuación consensuados por los documentos y foros internacionales de ayuda al desarrollo. Los futuros gestores culturales tienen que ser capaces de hablar y entender los lenguajes de la cooperación y los lenguajes de la educación y la formación de ciudadanía buscando terrenos compartidos con los agentes educativos y con las organizaciones y entidades que trabajan en el campo de la cooperación. Tratar de hacer posible este diálogo y conseguir proyectos que nazcan del cruce de las tres miradas es uno de los frentes políticos y sociales más interesantes para este siglo XXI.

III. RETOS DEL DIÁLOGO ENTRE EDUCACIÓN Y CULTURA

El trabajo coordinado y el diseño de proyectos y actuaciones multisectoriales exigen realizar previamente algunos cambios en los modos tradicionales de nuestras formas de organización social y política. En la esfera pública, será necesario superar la brecha administrativa, política y funcional entre gestores y departamentos sectoriales. La excesiva especialización y división administrativa es herencia de una época y unas formas de entender la organización, la gestión y la planificación pública de una forma descoordinada y poco participativa.

En la mayoría de los países donantes de ayuda al desarrollo es poco habitual un encuentro entre ministerios de Educación y de Cultura con ministerios de Desarrollo y Promoción Económica, en los que los representantes de cultura, desde nuevos enfoques, señalen la

función que como eje transversal o como actividad específica pueden realizar los agentes y las prácticas y expresiones culturales como recursos para la consecución de objetivos de desarrollo compartidos.

En un contexto de crisis económica y financiera global, que costará superar, la práctica habitual al incrementalismo presupuestario y una burocracia característica de las administraciones públicas tradicionales, diseñadas para entornos sociales y económicos muy distintos, ya no es ni viable ni sostenible. Como señala Pau Rausell: «La crisis pone en evidencia los costos de oportunidad en la asignación de recursos colectivos»¹⁶.

El proceso de transición de la sociedad del bienestar a la sociedad relacional que se abre a la participación privada y social en la política ha sido gradual y se consolidará en los próximos años, pero no ha ido acompañado de un proceso de cambio en las organizaciones públicas que permita avanzar hacia la transversalidad, tan citada y tan poco conseguida, y que ahora es urgente y es una prioridad.

Otro reto importante, derivado de lo anterior es el de promover, articular y consolidar espacios de encuentro y líneas de trabajo en común para los agentes implicados en los procesos culturales y educativos: los creadores, los pedagogos, maestros y profesores, los públicos, los niños y niñas, los jóvenes, los gestores y políticos culturales y educativos, la ciudadanía, los agentes sociales y de la cooperación, los intérpretes, los intelectuales, los científicos, los comunicadores, etcétera.

Lo tercero será definir retos comunes y discutir metodologías y proyectos para avanzar en la consecución de estos objetivos de acuerdo con las necesidades identificadas en los países de la cooperación, pero con aportaciones y capacidades específicas de cada uno de los agentes que intervienen en el proceso. Cooperar en el sentido integral del concepto, operar juntos, trabajar en común y de acuerdo a una propuesta consensuada y compartida.

El cuarto reto podríamos situarlo en la redefinición de los campos de actuación, de acuerdo con los principios y valores de la diversidad

¹⁶ Pau Rausell, *Empleo y cultura*, en V Seminario Internacional de Gestión Cultural: «El empleo cultural y su impacto en el desarrollo sostenible», Cátedra UNESCO de Políticas Culturales y Cooperación Universidad de Girona, octubre de 2009.

cultural y de una nueva economía que tiende a la sostenibilidad y requiere de un mercado global. La educación y la cooperación para el desarrollo tienen en esta nueva visión de lo cultural, un recurso fundamental del que se tienen que apropiarse.

La escuela y los educadores, formales y no formales, puede encontrar en los creadores y gestores culturales, en los espacios y equipamientos de las artes, las letras y la expresividad, aquellos contenidos, temas y formas de pensamiento creativo y lateral que le ayuden a reaccionar frente a la apatía, la desmotivación y la desilusión de unos estudiantes y de un profesorado que buscan recuperar la pasión y el gusto por descubrir, experimentar y disfrutar de la experiencia estética, artística, científica e intelectual que permite en definitiva la cultura.

La cooperación para el desarrollo puede encontrar en la alianza con la cultura y la educación la fórmula para la sostenibilidad y la eficacia de la ayuda. Educación y cultura como ejes de complementariedad o centrales de los proyectos de cooperación son sin duda la garantía de continuidad de estos apoyos fundamentados en la realidad cultural diversa y específica, y en la formación de las personas y capacidades.

El quinto reto lo constituye la formación. Formación de los formadores entendidos como docentes creativos o creadores pedagogos, como gestores culturales o como gestores educativos o como agentes de la cooperación para el desarrollo capaces de trabajar desde los proyectos locales en entornos globales¹⁷. La escuela es, en muchas ocasiones, un excelente laboratorio de innovación y gestión cultural para la cooperación. Del mismo modo, la formación de los gestores culturales tendrá que incluir aspectos y conceptos del discurso de la cooperación para el desarrollo y la función educativa la formación de los cooperantes deberá abrirse a la gestión cultural y educativa.

Otra posible línea de acción es la promoción de la investigación, la publicación y difusión de avances metodológicos y conceptuales en aquellas líneas de trabajo que respondan a este enfoque integrado,

¹⁷ Hay algunos muy buenos ejemplos y prácticas en centros escolares y espacios educativos que están realizando proyectos de codesarrollo y sensibilización para la cooperación y el diálogo intercultural. Véase por ejemplo el proyecto del IES La Garrotxa en Olot, Girona, de conocimiento de la diversidad cultural a través del viaje y el lenguaje audiovisual, en [<http://www.olotmarraqueix.blogspot.com>].

innovando y reorientando la tradición universitaria y académica convencional. La organización de seminarios, encuentros, intercambios y diálogos entre expertos, experiencias, necesidades y propuestas desde los distintos ámbitos y comunidades profesionales es fundamental y es en sí mismo, un ejercicio de cooperación cultural y educativa para el desarrollo.

Desde las distintas situaciones y realidades culturales, otros retos son la revisión de los currículos escolares, la identificación de expresiones artísticas y culturales propias, la detección de demandas educativas específicas y el análisis de potencialidades y debilidades en relación a la cultura como sector estratégico y de desarrollo.

La educación artística, como señala Lucina Jiménez, no es un lujo sino una necesidad para el desarrollo individual y colectivo. El patrimonio cultural y natural constituye aquella esfera de las artes y la cultura que socialmente hemos considerado como relevante y fundamental, y en cuya transferencia y redefinición basamos la construcción de identidades culturales. El patrimonio está directamente relacionado con la memoria y la sostenibilidad de las culturas y es la base sobre la que se sustenta la capacidad de innovación y el desarrollo de las capacidades creativas.

La diversidad cultural genera asimismo, necesidades educativas y de desarrollo muy concretas si partimos del respeto y la consideración de la riqueza que suponen las distintas lenguas maternas, los entornos naturales determinantes, las formas de espiritualidad, etc., pero también, la diversidad de las edades, las condiciones físicas e intelectuales, los recursos y/o las posibilidades económicas como señalábamos en el punto anterior. La función cultural de la educación ha sido siempre la de dar respuestas a estas necesidades específicas poniéndolas en relación, a su vez, con aquellos valores universales que permiten conectar las partes y la diferencia con el todo, con el mundo global y la escala planetaria que caracteriza el siglo XXI.

La declaración de derechos humanos de 1948 fue el primero de los grandes consensos universales. Desde entonces, se han sucedido varias generaciones de derechos universales. En la llamada «tercera generación», los derechos culturales¹⁸ son aquellos derechos direc-

¹⁸ Declaración de Derechos Culturales, en [<http://culturalrights.net/es/>].

tamente relacionados no solo con las identidades colectivas sino con el desarrollo de individuos y ciudadanos diferentes, diversos y muy variados, pero capaces y capacitados para convivir y potenciar la riqueza de esta diversidad.

Entre los derechos culturales indirectos, está el derecho a la educación y a un desarrollo de la persona y la comunidad. El reto está en lograr construir un nuevo modelo organizativo, social y económico que este cambio de perspectiva conlleve, redefiniendo sensibilidades y prioridades ciudadanas y construyendo nuevas agendas políticas.

IV. REFORMA EDUCATIVA Y NUEVAS COMPETENCIAS CULTURALES Y ARTÍSTICAS PARA LA VIDA

Desde finales de los años setenta, los estándares de la educación primaria establecidos por la UNESCO, consideraban además de las materias para el desarrollo cognitivo, la inclusión de una formación cultural, artística y musical. Sin embargo no llegó a cumplirse. Muchos sistemas educativos habían dejado de lado, cuando no eliminado, la formación artística en la escuela básica, bajo la pretensión de lograr ciudadanos productivos con habilidades vinculadas al mercado laboral.

En 1999, en la XXX Conferencia General de la UNESCO, celebrada en París, el entonces director general del organismo, Federico Mayor, hizo un llamamiento a todos los gobiernos de los países integrantes, a fomentar la enseñanza de las artes y la creatividad a través de los sistemas educativos. A partir de entonces, y especialmente durante la década de los noventa, diversos países europeos y latinoamericanos comenzaron una batalla aún inconclusa, por equilibrar los conocimientos y saberes que aporta, la escuela y otros espacios formativos, aunque no siempre convencidos de que la cultura y las artes deben formar parte fundamental de la experiencia educativa o en qué sentido deben ser incorporadas estas formaciones.

En muchos casos, la cultura se consideró como sinónimo de folclore o bien se subordinó al civismo o a alguna otra materia. Las artes en especial fueron y han seguido siendo colocadas como formación complementaria, marginal o bien condicionadas a una visión limitada que las ubica en el mejor de los casos como lenguaje y por tanto como

creadoras de expresión y apreciación, pero sin reconocer su aporte al ámbito cognitivo o de relación con la experiencia y la vida cotidiana de los estudiantes.

En el inicio del siglo XXI, la batalla por la educación artística y cultural se enfoca. En 2005, en Bogotá, se produce la llamada Declaración de Bogotá, fruto del diálogo de los países latinoamericanos y del Caribe, para dar seguimiento a la propuesta de la UNESCO y se manifiesta por una educación artística de calidad.

Se impulsaron diversos diagnósticos regionales y nacionales. La UNESCO impulsó el informe denominado «The WOW Factor», el cual señaló los avances de diversos países en la inclusión de las artes dentro del currículo educativo. Anne Bamford estableció, a través de una encuesta entre muchos de los países miembros, que las artes son todavía un tema emergente, en expansión y frente al cual todavía hay muchas responsabilidades institucionales y sociales pendientes¹⁹.

Lo cierto es que no en todos los países este esfuerzo diagnóstico ha venido acompañado con la correspondiente transformación del perfil de los docentes. Igualmente, aunque se ha logrado una mayor presencia de la formación artística en los currículos, así sea en algunos casos más de discurso que de realidad, lo cierto es que no ha sido otorgada mayor significación o importancia a los factores afectivos y emocionales que conlleva el aprendizaje.

Este último punto ha cobrado relevancia solamente ante las olas de violencia que han azotado las aulas de las secundarias de muchos países, descubriéndose en dicha violencia y las consecuencias que entraña para quien la ejerce y para quien la padece, como un factor importante de abandono escolar, especialmente entre los adolescentes.

Los resultados alcanzados hasta ahora son desiguales. No en todos los casos se ha logrado generar nuevos equilibrios entre la formación racionalista y cartesiana y aquella que considera la dimensión cultural, estética y ética en un sentido amplio (patrimonio, artes, comunicación, valores, ciudadanía, etcétera).

Frente a las circunstancias que rodean la crisis educativa, la mayoría de los países han iniciado diversos procesos de reforma expresados no sólo en un intento de reformulación de los currícu-

¹⁹ Ann Bamford, *The Wow Factor*, Waxmann, Berlín, 2006.

los orientados hacia la búsqueda de nuevos equilibrios entre los saberes, sino a partir de enfoques que privilegien los aprendizajes significativos, es decir, ligados a la experiencia y la actuación de los educandos en los contextos de la vida cotidiana.

Igualmente, consideran dentro de esta reforma, un nuevo papel del maestro, considerado aún como agente fundamental del proceso educativo, pero ya no como el único actor en la creación del conocimiento y del aprendizaje.

La aspiración a transformar el ambiente escolar y a generar nuevas competencias ciudadanas dentro del aula han puesto de relevancia el tema de los valores y de la formación cívica y ética dentro de los sistemas de enseñanza formales, particularmente entre los millones de adolescentes que cursan la educación secundaria.

Aún bajo los esquemas de los sistemas centralizados en el diseño y la gestión escolar, las reformas educativas tienden también a generar mayores márgenes de las escuelas en la toma de decisiones. A pesar de que estén acotadas por la definición de objetivos y contenidos de aprendizaje con pocos márgenes de negociación, salvo en países donde la descentralización del currículo supone la posibilidad de intervención de las autoridades educativas regionales en el ámbito de lo que se debe o no aprender en la educación básica. Tal es el caso de los sistemas educativos de EEUU por ejemplo, o de Brasil.

Si durante las décadas posteriores a los años cincuenta y sesenta, los currículos estuvieron orientados hacia el desarrollo de conocimientos y habilidades vinculadas hacia la incorporación al ambiente laboral, hoy los sistemas educativos en su conjunto, avanzan hacia la definición de ciertas competencias ligadas a los cuatro saberes establecidos por la UNESCO en el «Informe Delors» ya mencionado: aprender a ser, a hacer, a conocer y a convivir.

Aunque pareciera que la definición de estas cuatro competencias pondría de relieve las competencias culturales y artísticas dentro de los objetivos del currículo y las estrategias de enseñanza aprendizaje colaborativo en el aula y en los espacios no formales, esto no necesariamente ha sido así, o al menos no ha quedado todavía suficientemente establecido en el debate educativo cómo influyen los contextos culturales e identitarios en la formación de las personas.

A pesar de que la educación se desarrolla cada vez más en contextos de diversidad cultural, no sólo por razones de las altas y crecientes tasas de migración, sino porque la globalización y el desarrollo local hacen que la diversidad y la hibridación sean parte constitutiva de las identidades de cualquier persona en este siglo XXI, son pocas todavía las orientaciones que toman en cuenta los contextos identitarios y culturales de los alumnos como parte de los campos de experiencia necesarios de tomar en consideración en el contexto educativo.

Uno de los campos donde se ponen los mayores esfuerzos, desde el punto de vista de la diversidad, son los relativos a las lenguas y sus variantes dentro de los sistemas educativos, a partir de la búsqueda de orientaciones y estrategias de bilingüismo. Sin embargo, la enseñanza de lenguas en el contexto de la migración se ha vuelto más difícil, dada la pluralidad de lenguas maternas que pueden llegar a confluír en un aula.

Del lado de la educación en los lenguajes artísticos, si bien éstos han ganado nuevos espacios en los diseños curriculares, lo cierto es que aún no se ha logrado en la mayoría de los países una visión que equilibre y reintegre los saberes relativos al arte, la ciencia y la tecnología.

Las artes siguen siendo consideradas, en la mayoría de los casos, como campos complementarios de aprendizaje y de experiencia, porque los enfoques en el desarrollo de la propuesta curricular tienden todavía hacia el reconocimiento de las dimensiones expresivas y comunicativas o acaso avanzan hacia el reconocimiento del arte como lenguaje, pero todavía en pocas ocasiones se concibe el arte como creador de conocimiento y por tanto como generador de competencias cognitivas y formativas.

Las debilidades de formación inicial y la formación continua de los profesores en los campos de la diversidad cultural, educación y comunicación intercultural o bien en el del lenguaje artístico, representan parte de los retos más difíciles de afrontar por parte de los sistemas educativos, toda vez que se requiere la formación y actualización de los profesores que ya están dando clase además del cambio en el perfil de egreso y los diseños curriculares de las instancias de formación inicial de maestros.

Los estándares internacionales de evaluación de la OCDE han dado prioridad a diferentes campos del aprendizaje escolar, pero en

términos generales han estado enfocados hacia el desarrollo de las competencias lectoras, así como a la comprensión y aplicación de las matemáticas en la vida cotidiana. Sin embargo, diversas investigaciones han dejado constancia de que la capacidad de relacionar, jerarquizar, seleccionar y comparar son parte del aporte de la formación artística, siempre y cuando tenga un sentido formativo y vinculado a la experiencia. Los sistemas educativos no han terminado de comprender que la formación artística contribuye al desarrollo de pensamiento complejo entre los estudiantes, además de que puede promover un sentido de afirmación personal y de ciudadanía creativa.

En ese sentido, las prioridades de los sistemas educativos siguen enfocadas a la dimensión racional de la formación de la persona y ponen en segundo lugar la parte de la valoración, la distinción y el desarrollo de la sensibilidad.

Aunque existe cada vez más una tendencia a buscar en los contextos culturales las fuentes de diversos conflictos de la enseñanza en las aulas. Parte del conflicto radica en que hasta hace muy poco se ha puesto énfasis en la definición de las competencias que aportan la exploración de la diversidad cultural, aprendizaje y ejercicio de los lenguajes artísticos.

Si bien existe un creciente interés y consideración a la necesidad de fortalecer la inculcación en valores, en el desarrollo de nuevas formas de convivencia y la creación de una cultura de paz, sobre todo frente al incremento mundial de los índices de violencia en las escuelas. Lo cierto es que no hay todavía una articulación generalizada que logre establecer procesos metodológicos generalizables que contribuyan a la universalización a la que tienden los sistemas educativos.

En el caso particular de las artes, los enfoques por competencias tienden a reconocer la importancia de las dimensiones expresivas y comunicativas, pero no aquellas que relacionan el trabajo artístico con el desarrollo de competencias analíticas, relacionales, comparativas, de selección y de abstracción que son capaces de generar, bajo ciertas condiciones y enfoques pedagógicos, como parte de la construcción de pensamiento complejo.

En ese sentido, tanto el sistema educativo como el cultural, requieren hacer ajustes de carácter epistemológico y pedagógico, de tal suerte que las experiencias educativas de millones de niños y ni-

ñas, adolescentes y jóvenes, incorporen los contextos culturales para vincularse con las prácticas culturales de los estudiantes, para educar en perspectivas de diversidad y de memoria histórica y cultural, y también en la dimensión afectiva y sensible.

Reconocer el papel del deseo y de la afectividad entre los niños y niñas en los ambientes de enseñanza/aprendizaje entre los adolescentes; reconocer, aprovechar y educar en la visualidad, el movimiento, la percepción sonora o auditiva, la cultura musical y corporal, son elementos que brindarán herramientas para comprender y crear en el mundo contemporáneo.

Uno de los retos fundamentales a este respecto, a fin de promover reformas educativas con una mayor profundidad, es actuar en consecuencia en las agendas de la formación docente, tanto en la formación inicial como en la de educación continua.

Si los maestros no tienen los elementos para comprender la cultura contemporánea y los efectos de la globalización en ella, si no conocen y viven la experiencia de los lenguajes artísticos, difícilmente podrán incorporar los propósitos de las reformas.

En su inestabilidad permanente, el mundo gira hacia la creatividad. En estos tiempos de poco sirven los conocimientos estables y acumulativos, la información sin contexto, los conocimientos mecanizados sin capacidad de explicación del mundo. Sin habilidades de comprender el entorno inmediato y la manera de transformarlo, seguiremos en los lugares más bajos de la evaluación educativa internacional.

Los sistemas educativos de todo el mundo están buscando nuevas estrategias para enseñar a aprender, a interpretar, a relacionar, a transitar de lo estable a lo inestable. Se adentran en experiencias que buscan una profunda reorganización de los roles de la memoria, en la manera de abordar el conocimiento, la historia, las matemáticas y aún la educación en el cuerpo²⁰.

La II Conferencia Mundial sobre Educación Artística de la UNESCO, realizada en Seúl en mayo de 2010, abre la posibilidad

²⁰ Lucina Jiménez López, «Arte y Escuela: el reto de la creatividad y el capital intelectual en el siglo XXI», en *Memoria del Encuentro Nacional de Educación Artística; espacio de posibilidades infinitas*, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, Ciudad de México, 2006, pp. 9-25.

de retomar las buenas prácticas desarrolladas en diversos puntos del planeta, así como de avanzar en la clarificación de las orientaciones epistemológicas y pedagógicas de esta formación dentro de los sistemas educativos. Pero de especial importancia será que se logre avanzar en la consideración de la importancia y el sentido de abordar la diversidad cultural en la educación artística formal y no formal de nuestros países.

V. COMUNICACIÓN, REDES DIGITALES Y CULTURA EN LA EDUCACIÓN

A pesar de que en las esferas políticas, en los círculos de intelectuales y especialmente entre los creadores de todas las disciplinas y métodos existe una clara conciencia del protagonismo y del poder de la comunicación en la sociedad contemporánea, y de la revolución radical que supone internet y las redes digitales, esta conciencia ha provocado hasta hoy pocos cambios significativos en el ámbito de la educación y la formación. En ninguno de sus niveles académicos o áreas sociales de intervención, que apunten a una cierta readaptación de contenidos, objetivos o metodologías acordes a esta realidad. Tampoco en el campo de la cooperación para el desarrollo, las ONG y los organismos multilaterales están tomando demasiado en consideración la esfera y la cuestión de las nuevas formas de comunicación social y cultural en sus proyectos y políticas.

En el siglo XXI ya tenemos que considerar la comunicación –entendida no solo como los medios masivos sino como ejercicio de diálogo individual y social– sino como eje central de las culturas y como elemento fundamental para la articulación de la diversidad cultural. Si, como señala Jesús Martín Barbero, la cultura es una larga conversación, comunicación significa cultura y capacitar para este diálogo es una de las funciones principales de la educación cultural.

La historia de los medios de comunicación, desde la invención de la escritura hasta la generalización del uso de internet a partir de los años noventa del siglo XX, es básicamente, una historia de la cultura. Como señala Manuel Castells refiriéndose a las redes digitales, «internet es la combinación de cuatro culturas que se apoyan mutuamente:

la cultura universitaria de investigación, la cultura *hacker* de la pasión de crear, la cultura contracultural de inventar nuevas formas sociales y la cultura empresarial de hacer dinero a través de la innovación. Y todas ellas, con un común denominador: la cultura de la libertad».

El sistema educativo formal, nacido a mediados del siglo XIX a consecuencia de la ilustración y las revoluciones económicas y sociales de finales del siglo XVIII es contemporáneo a unas formas de comunicación social muy concretas, las de la imprenta, el libro y la escritura lineal. El problema es que las nuevas formas de comunicación emergentes desde entonces, que constituyen las nuevas formas y modos culturales, no han sido integradas nunca en la esfera educativa y escolar.

La renovación pedagógica de principios de siglo XX en Europa alcanzó a proponer la introducción de medios de comunicación como la radio y la prensa en la escuela pero ya fracasó con el recién estrenado lenguaje audiovisual del cine. La oposición frontal de la escuela a los medios de comunicación ha sido una constante desde entonces, agravándose con la aparición de la televisión y hoy, con internet. El rechazo absoluto a los medios de comunicación evidencia el divorcio entre las formas culturales que la escuela sigue defendiendo como válidas y necesarias, y aquellas que la sociedad ha generado como alternativas.

Los intentos por invertir esta situación son ya muchísimos, aunque el cambio será lento y necesariamente progresivo. La introducción de ordenadores en el aula no es la panacea ni la solución pero es un primer paso que puede permitir dar el segundo. En Uruguay, el plan público Ceibal (un niño, una computadora) significó la entrega de 380.000 ordenadores a alumnos y maestros de las escuelas públicas en las que se instaló conectividad. El 50 por 100 de los niños que recibieron la computadora formaba parte del 20 por 100 más pobre de la sociedad y están enseñando a sus padres y hermanos. En España se están siguiendo iniciativas similares de introducción de ordenadores en los centros de secundaria en comunidades como Cataluña, con una alta aceptación social especialmente por parte de los jóvenes.

La computadora es el instrumento que permite el acceso a internet y a las culturas de la investigación, la innovación y la creación, las nuevas formas de economía y las nuevas formas de organización

política y social. Será necesaria una educación que esté a la altura del reto. El profesorado no puede solo conducir a los estudiantes en el acceso tecnológico, sino que deberá estar preparado para guiarlo y como señala Gimeno Sacristán, ser los «nuevos profesionales de la cultura y los creadores de la información, pedagógicamente digna de ser aprovechada».

Las pantallas requieren otras formas de leer y el conocimiento de otros lenguajes que van más allá, aunque se basan en la escritura lineal, el libro y el alfabeto. Lo característico del nuevo soporte de lectura es que está atravesando todos los medios posibles y permite además, una interacción cada vez más fuerte entre la teoría y la práctica, entre la información, la adquisición de conocimiento y la creación o la participación.

La revolución digital ha provocado, en ese sentido, la reivindicación de los otros lenguajes. No estamos descubriendo nada nuevo si decimos que la oralidad, el cuerpo y el movimiento, la sonoridad y la visualidad son formas de expresión y comunicación más antiguas que la propia escritura. Lo que ocurre es que nunca fueron considerados lenguajes de cultura. La cultura se redujo a las letras y las ciencias, y la «lectoescritura» y las capacidades matemáticas siguen siendo las competencias fundamentales en los indicadores de evaluación y en todos los sistemas educativos. Pero la adquisición de estas competencias y habilidades consideradas fundamentales se ha demostrado inviable desde las viejas fórmulas convencionales. Los datos de los últimos informes PISA así lo demuestran en muchos países. Las tasas de abandono escolar lo confirman.

Es urgente si consideramos que sigue siendo fundamental la institución escolar como tal, recuperar las vías de comunicación entre alumnado y profesorado; superar la brecha generacional que es esencialmente cultural y repensar la relación entre la escuela y la sociedad. Si el eje de la comunicación se convierte en el eje central, tal vez sea más sencillo articular la tarea educativa de forma transversal alrededor de esta nueva y vieja competencia fundamental.

Todos los contenidos culturales se transmiten utilizando lenguajes que configuran por sí mismos una parte esencial de estos contenidos. La danza es un lenguaje a través del cual se cuentan historias como también lo es la música, la imagen, la voz, la escritura, etc. En

sociedades absolutamente diversas culturalmente hablando, y plenamente conectadas, la tarea educativa fundamental es la de garantizar la formación de ciudadanos capaces de convivir y dialogar, de comunicarse y de comunicar sus sentimientos, historias, conocimientos y demandas en plena libertad, es decir, con capacidad crítica para escoger, proponer y seleccionar.

No es tarea sencilla. Como la lectura de los textos, la lectura de los mensajes corporales, audiovisuales y orales es básica para el análisis y la discriminación de los contenidos y para el salto a las escrituras. La sociedad contemporánea aún no ha asumido los objetivos de la alfabetización universal y ya tiene planteados nuevos retos culturales.

VI. PATRIMONIO CULTURAL, CONOCIMIENTO TRADICIONAL Y DESARROLLO SOSTENIBLE

Los retos culturales de la educación entrañan una responsabilidad del tamaño de sus implicaciones. La humanidad toda se adentra en la lucha por la preservación del medio ambiente y el combate al calentamiento global, considerado como parte de los ODM.

Para impulsar este objetivo, la UNESCO ha establecido el Decenio de la Educación para el Desarrollo Sostenible. En el fondo, su cumplimiento supone un profundo replanteamiento del modelo de consumo y de desarrollo que hemos construido a partir de la revolución industrial y luego de la revolución tecnológica y poner en tensión dicho modelo a través de una educación inmersa en una profunda dimensión cultural, capaz de promover una reflexión crítica y ética.

Las problemáticas del agua, la energía, la convivencia amigable con el medio ambiente suponen un replanteamiento de la formación que reciben millones de niños, niñas, adolescentes y jóvenes en todo el planeta a ese respecto. Las estrategias de cooperación para fomentar una cultura y una educación para la preservación del medio ambiente y la paz, son esenciales para avanzar a pasos más acelerados hacia el cumplimiento de las metas del milenio, las cuales se miran todavía distantes respecto a la fecha propuesta para su cumplimiento en 2015.

Los sistemas educativos tienen frente a sí, la necesidad de promover una formación que reconozca los elementos identitarios de

los estudiantes, siempre en su carácter histórico y cambiante. Pero estos factores identitarios no aluden solamente a una dimensión estética, sino que incluye todos aquellos elementos que tienden a conformar memorias colectivas, formas de relación social, expresiones lingüísticas, conocimientos del medio ambiente, técnicas tradicionales, sistemas de representación, cultura espectacular, entre otros elementos que conforman el patrimonio cultural.

Si antes la formación escolar y las políticas culturales aludían esencialmente a las grandes obras de la creación humana, vistas como patrimonio edificado, ya sea en un sentido universal o local; hoy el énfasis en el patrimonio cultural intangible o inmaterial insiste en la necesidad de fomentar el conocimiento de las relaciones humanas que se esconden o que explican la existencia de dichas obras. Igualmente nos colocan frente al reto de entender las memorias colectivas no como un hecho del pasado, sino como construcciones contemporáneas que permiten al estudiante ubicarse en el mundo, en su comunidad y en sus grupos de pertenencia.

En el mismo sentido, la educación básica debiera contribuir a la valoración del conocimiento tradicional y promover la formación en su apreciación y aprovechamiento, especialmente porque de ello depende que los niños y niñas, adolescentes y jóvenes puedan participar del cuidado y promoción de la biodiversidad y contribuir activamente en la lucha por la preservación del medio ambiente.

Si los niños y niñas de una comunidad que vive de la pesca conoce la memoria de sus antepasados y la manera en que esta memoria se expresa en su cotidianidad, si es capaz de acercarse al conocimiento que orienta y guía la práctica sostenible de los recursos que brindan sustento a su comunidad, y a la vez son fuente de historias, creencias y gustos, estarán en condiciones no sólo de reproducir las prácticas que orientan la vida de sus padre, sino que podrán conectarlas con otros conocimientos científicos, técnicos, históricos, estéticos y analíticos.

La UNESCO estableció en 2005, la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales, la cual insiste en la importancia de dotar de contenidos culturales que muestren la diversidad cultural y la biodiversidad en las llamadas industrias culturales. Ésta es una aspiración que tomará su tiempo, antes de convertirse en una realidad en todos los países.

Si la educación en medios y tecnológica se relaciona con los elementos de carácter patrimonial, existe la posibilidad de valorar la diversidad cultural en un sentido más profundo y no solamente entendiéndola como algo externo a la persona. La memoria histórica se entenderá como vigente y no como elemento arcaico desconectado de la vida. Para ello hay que dar prioridad a la agenda de carácter transversal entre las políticas de accesibilidad tecnológica y digital y aquellas que buscan dotar de contenidos significativos a dichos medios, acordes al cumplimiento de la conocida como la Convención de la Diversidad.

Si la educación contribuye en ese sentido a generar una conciencia activa respecto del valor del patrimonio cultural y la forma como éste contribuye a dar sentido y pertenencia a una comunidad y a los individuos que la integran, tendremos mejores condiciones para colaborar en la construcción de formas de convivencia más armónicas, además de una relación más amigable entre las personas y el medio ambiente porque éste adquiere significado y sentido. El autoconocimiento de la persona es la base para la convivencia en la diversidad, para la comprensión y respeto de la diferencia.

La UNESCO lanzó en 2009 el «Informe mundial invertir en la Diversidad y el Diálogo Intercultural», el cual ratifica la importancia de que la educación contribuya, a través de la generación de habilidades interculturales, a la promoción del respeto a la diferencia y a los derechos humanos.

En aras de una educación de calidad, que debe ser adecuada (es decir, culturalmente aceptable) y flexible (es decir, adaptada los cambios en las sociedades), la elaboración de los planes y programas de estudios debe estar encaminada a aumentar la pertinencia de la educación mediante un ajuste de los procesos de aprendizaje, el contenido educativo, la capacitación de los docentes y la gestión escolar a la situación de los educandos. Para esto es necesario elaborar planes y programas de estudios multiculturales y plurilingües, basados en puntos de vista y voces diversas, así como en las historias y las culturas de todos los grupos de la sociedad²¹.

²¹ UNESCO, *Informe Mundial Invertir en la Diversidad Cultural y el Diálogo Intercultural*, UNESCO, París, 2009, p.16.

La capacidad de generar empatía hacia el otro no puede más que partir del autoconocimiento y del aprecio de la cultura y el patrimonio propios. La diversidad ha de reconocerse primero en la persona, para luego ser reconocida en los demás y en el colectivo del que se forma parte. La formación de los niños, niñas y adolescentes en la diversidad es la base para la convivencia y el respeto de los derechos humanos en los ambientes escolares y en la vida cotidiana.

Parecería exagerado decir que de la promoción de la diversidad y de las habilidades educativas y comunicativas interculturales depende mucho el futuro de la educación y del desarrollo humano sostenible. Sin embargo, basta convivir con adolescentes en escuelas públicas de diferentes países para darse cuenta de que muchos de los conflictos escolares, entre maestros y alumnos entre estudiantes o entre comunidades, nacen de la intolerancia.

Si no queremos ver ampliarse los conflictos juveniles y la condición de vulnerabilidad que mantienen millones de adolescentes, en especial las adolescentes, es necesario acelerar el paso, para que la educación, tanto al interior de los sistemas educativos, como en los espacios no formales, consideren los aspectos culturales, identitarios, las voces y los sentires de quienes, en poco tiempo, habrán de tener el futuro en sus manos.

CONCLUSIONES

1) Educación, formación de capital humano para el desarrollo sostenible

La educación y el desarrollo son parte de un mismo binomio que adquiere mayor relevancia en una sociedad contemporánea que se desenvuelve cada vez más hacia la gestión del conocimiento, de la información y de la creatividad, como los recursos más importantes en todos los campos.

Por ello, la formación de capital humano entraña un reto de escala planetaria, dado que todas las sociedades requieren de la estructuración de las nuevas competencias y capacidades con las que cada país participe en la construcción de la escala planetaria del desarrollo, ya

no sólo en su dimensión económica, sino también en términos de mejores formas de convivencia, gobernanza democrática, promoción de la diversidad cultural y la preservación del medio ambiente.

2) La dimensión cultural de la educación y del desarrollo

Los últimos grandes encuentros, debates y acuerdos internacionales en el ámbito de la cultura y de la educación pero también en el de las políticas de cooperación, coinciden en señalar la relevancia que está adquiriendo la diversidad cultural como patrimonio de la humanidad y como eje estratégico de futuro, clave para la comprensión y las posibilidades de las nuevas formas y sentidos del desarrollo.

A pesar del avance en la universalización de la educación básica y de la alfabetización, se abre el cuestionamiento sobre un modelo educativo que no ha tomado en cuenta la cultura y un concepto de desarrollo que igualmente sobredimensionó el potencial del mundo productivo y de una educación productivista y que no tomó en cuenta la formación integral de las personas.

El desarrollo y la educación, enfrentan el reto de la diversidad cultural, porque los contextos y los paradigmas de la sociedad del conocimiento entrañan visiones complejas y diferentes aún sobre un mismo fenómeno, pero también porque la diversidad cultural se convierte en eje de la identidad y de la cotidianidad y, en consecuencia, se requieren nuevas capacidades para actuar y para potenciar su riqueza.

3) Retos del diálogo entre educación y cultura

Nos enfrentamos a una tradición de divorcio administrativo y político que se deriva de la burocratización de unos sistemas públicos que fueron pensados para sociedades homogéneas y desconectadas entre sí. Estos sistemas apostaron por políticas culturales y educativas apropiadas para el modelo del Estado-nación convencido de la unicidad de las culturas «nacionales», oficiales o de la capacidad aglutinadora de una sola identidad oficial.

La desvinculación política y administrativa no ha podido resolver el trasvase de funciones y la redefinición de prioridades en un Estado que hoy se define como relacional en su modelo organizativo y diverso en sus formas culturales. Tampoco ha permitido la reorganización de las entidades públicas ni ha conducido hacia una mejoría en la articulación de acciones o la canalización de los recursos hacia los proyectos y demandas sociales que se definen, por naturaleza, en forma integrada cultural, educativa y de desarrollo.

Los retos que hoy tienen por delante las políticas culturales en alianza con la educación son muchos y definen especialmente, nuevos campos abiertos de cooperación entre agentes. Trabajar desde la alianza cultura-educación significa pensar en el diseño de metodologías compartidas, en la redefinición de campos de actuación acordes con las necesidades de la diversidad cultural o del desarrollo sostenible, etcétera.

4) Reforma educativa y nuevas competencias culturales y artísticas para la vida.

Las últimas décadas están marcadas, a nivel internacional, por la reconsideración del currículo y de la definición de lo que son las nuevas competencias que requieren las personas para contribuir a una mejor convivencia y para insertarse en la cultura, el conocimiento y la economía contemporánea. A pesar del avance en el reconocimiento de la importancia de la cultura y de la formación estética y artística, lo cierto es que no se ha logrado explicar el cómo estas formaciones contribuyen al desarrollo de las competencias establecida por el «Informe Delors» saber ser, saber hacer, saber conocer y saber convivir.

La definición de competencias en la educación artística y cultural ha terminado por reducirse al ámbito expresivo y si acaso comunicativo, dejando fuera de su alcance las competencias cognitivas y las relativas a la ampliación de la mirada del mundo contemporáneo.

Igualmente, porque estas formaciones se conciben de manera aislada encerradas dentro de sí mismas y desconectadas de la experiencia. Por tanto, es necesario hacer un esfuerzo de carácter episte-

mológico, filosófico y pedagógico para incorporar la educación artística en un sentido formativo, transversal y ligado a la experiencia, no sólo dentro del currículo, sino sobre todo, como parte de la formación inicial y continua de los docentes. Es necesario hacer una recapitulación de la investigación contemporánea que demuestra la importancia y el peso de esta enseñanza-aprendizaje en el desarrollo del pensamiento complejo y en la autoafirmación de las personas en sus memorias culturales y estéticas y en su capacidad de diálogo intercultural.

5) Comunicación, redes digitales y cultura en la educación

A pesar del protagonismo y del poder de la comunicación en la sociedad contemporánea, el impacto no se constata ni en las estrategias de enseñanza-aprendizaje, ni en el modelo escolar. Entre otros motivos, porque la comunicación se ha confundido tradicionalmente con los medios de comunicación, entendidos como soporte y pensados como parte de un proceso de tecnificación o, en todo caso, pensados para incidir en la producción como es el caso de las industrias creativas.

Lo esencial de la mirada sobre la cultura y la educación desde la comunicación es la transformación que implica del modelo escolar tradicional de relación entre el maestro y sus alumnos y padres dentro y fuera del aula. La lectura contemporánea de la revolución comunicativa conduce a abandonar el esquema emisor-receptor basado en estructuras lineales y unidireccionales y permite ensayar modelos de relación verdaderamente participativos e interactivos, susceptibles de potenciar enormemente la riqueza de la diversidad cultural y la función educativa de la cultura.

6) Patrimonio cultural, conocimiento tradicional y desarrollo sostenible

La educación enfrenta el reto de reconocer la validez y el sentido contemporáneo de las memorias y de las identidades que se construyen en

relación con los espacios, recursos y entornos culturales de los diversos grupos sociales, no sólo como conocimiento legítimo, sino como base de la creación contemporánea, de la creatividad y la innovación.

El conocimiento tradicional suele ser explotado o visto sólo como elemento vinculado al turismo y no como fuente de recursos ligados a otro concepto de bienestar sostenible y a la apropiación social y afirmación de sus creadores y portadores, como base de su relación con la diversidad y como eje de su desarrollo.

El desarrollo de competencias interculturales, suponen la valoración y la exploración de la cultura de los estudiantes, así como la capacidad de relacionarse con respeto con los demás. De ello depende la suerte de las nuevas formas de convivencia y el desarrollo de una cultura de respeto a los derechos humanos y una cultura de paz, dentro y fuera del ambiente escolar. Es necesario impulsar una educación en la diversidad, para erradicar la intolerancia y el incremento de la violencia en las aulas y en las comunidades urbanas.

A modo de reflexiones finales

El concepto de desarrollo no puede seguir siendo entendido sólo en la dimensión económica o peor de las economías de los países, ya que todo campo social está poblado de personas, por lo que el desarrollo ha de entenderse desde la dimensión de la persona.

En ese sentido, cobra relevancia la dimensión cultural y la estética dentro de la educación formal y no formal, porque construye los puentes entre individuo y sociedad, entre persona y colectividad, ligados justamente a los cuatro pilares de la sostenibilidad del «Informe Delors»: ser, conocer, hacer y convivir.

Para avanzar en los ODM y lograr no sólo la cobertura, sino la mejora en la calidad y pertinencia de la educación, se requiere hacer énfasis prioritario en la formación inicial y continua de los agentes educativos y culturales en temas transversales y en visiones globales que tomen como ejes el patrimonio, las artes, la comunicación y la formación intercultural.

Es necesario asumir con urgencia, las necesidades de creación de metodologías, plataformas conceptuales e instrumentos comu-

nes que permitan el diálogo pedagógico y promuevan así el trasvase de saberes, enfoques y experiencias.

Fomentar la cooperación internacional para la socialización de buenas prácticas educativas, la mejora curricular, la investigación y la formación docente en la vinculación educación-cultura, pueden ayudar a hacer avanzar más rápido nuestros procesos educativos en la perspectiva del desarrollo sostenible.

9. LOS HORIZONTES DE LA DIVERSIDAD

MARIAPIA PILOLLI

PREMISA: *LA HERMOSURA DE LA DIVERSIDAD*

La Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales, aprobada en París por la Conferencia General de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura el 20 de octubre de 2005, ha sido el sello de un largo proceso, pudiéramos decir hasta milenario. Desde tiempos inmemoriales han existido corrientes de pensamiento, intelectuales, escritores y filósofos, en particular, que han visto espontáneamente en la diversidad la característica más específicamente humana; practicando en su individual camino intelectual, el reconocimiento y el respeto del *otro* como principio irrenunciable para la elaboración del propio universo creativo, la conciencia de la propia identidad y la convivencia constructiva.

Por otro lado, históricamente¹, el poder político-social se ha fundamentado y consolidado sobre la base de la defensa cerrada de elementos de identidad –de un pueblo, una nación, una clase o una casta– que se elevan como estandartes en contra de «intrusiones» foráneas. Defensa que fácilmente se vuelve menosprecio y ataque hacia el otro visualizado como enemigo, como peligro para el logro de objetivos de acumulación de poder y riquezas, y en general como un obstáculo al proyecto de predominio y supremacía en el consorcio mundial. En nuestros días, la existencia de una instancia internacional como el G8 –que reúne anualmente los ocho países supuestamente más «grandes» e industrializados del mundo para tomar decisiones que de una forma u otra tienen influencias y consecuencias relevantes

¹ Algunas civilizaciones, o más bien ciertos periodos dentro de algunas civilizaciones, pudieran mencionarse como excepciones relativas.

en otros muchos países— demuestra que este esquema sigue subyaciendo en el orden mundial, por más que las declaraciones oficiales hoy en día se cuiden de no caer en errores crasos, o imperdonables caídas diplomáticas.

Paralelamente han crecido mucho, sobre todo desde la segunda mitad de siglo XX, tres «órdenes de preocupaciones básicas o niveles de conciencia»: a) la seguridad de irreparables pérdidas culturales como consecuencia de una homogenización a escala mundial, a beneficio casi exclusivo de algunos países; b) las condiciones de vida lesivas de la dignidad humana —al límite de la supervivencia— de pueblos enteros, etnias, comunidades, países marginales y marginados en la historia moderna; c) la insostenibilidad e insensatez del desarrollo dirigido al crecimiento *ad eternum* de los bienes materiales.

En este proceso, la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales es un punto de llegada y un trampolín de salida. Este documento nos habla de la hermosura de la diversidad y de la necesidad impostergable de cuidarla y protegerla. Nos indica el camino y nos ilumina zonas oscuras.

Falta cumplir tareas y empeños para conocer y reconocer la diversidad en todas sus manifestaciones. Faltan estudios y reflexiones para poder dirigir las iniciativas en aquellos campos en los cuales más eficazmente la protección de la diversidad pueda volverse pivote de desarrollo.

Al hablar de *diversidad* en sentido positivo² —al querer protegerla y promoverla— pueden darse dos formas de visualizaciones que esquemáticamente pueden clasificarse como: a) desde la perspectiva occidental; b) desde la perspectiva de los países en vías de desarrollo.

Los vicios posibles en estas dos visualizaciones parciales son que en el primer caso la diversidad es, aún si muy valorada, percibida como exotismo (caso extremo el *folclorismo*), y en todo caso no se le reconocen las mismas posibilidades de excelencia reservada, por ejemplo, a las expresiones culturales del universo «occidental». En el segundo caso la diversidad viene percibida como anclada a un pasa-

² No podemos olvidar que la *diversidad* en muchas regiones del mundo, y aún en países otrora «insospesables», es todavía golpeada por formas pesadas de racismo y exclusión.

do épico: tesoros para ser guardados en museos, cuentos para sustentar una dignidad etno-histórica desligada del presente.

La primera idea fuerte que habría que subrayar es que la diversidad –mejor dicho, todas las formas en las cuales puede manifestarse la diversidad cultural– son *expresiones en continuo devenir*, y que *creatividad e innovación diversas pueden alcanzar los máximos niveles de excelencia de por sí y sin términos de comparación*³.

I. INTRODUCCIÓN

Que existe una relación entre cultura y desarrollo era claro desde la Antigua Grecia. El celeberrimo *Mito de la caverna* de Platón puede leerse a través del hilo conductor del conocimiento como instrumento de aprehensión de la realidad y ampliación de las propias capacidades de incidir en el mundo. En general, la enorme valoración de las prácticas culturales y de los conocimientos científicos en todas las antiguas civilizaciones –tanto de ser custodiados muy celosamente por las castas dominantes– indica la implícita interrelación que se intuía entre cultura, desarrollo y poder. Desde la segunda mitad del XIX y durante casi todo el siglo XX, el estudio de los procesos económicos y sociales, y la atención prioritaria a los fenómenos histórico-políticos de opresión y expoliación, llevaron a marginar la «esfera cultural» en una subestructura de segundo o tercer nivel. Es cierto también que subyacía a esas interpretaciones una idea lineal de desarrollo –de menos a más– y sustancialmente una escasa valorización de las culturas diversas.

El dudoso desarrollo lineal⁴ del sistema capitalista, entre otras cosas, además de la difusión de las ideas ecologistas y de la conciencia de que otros estilos de desarrollo están en condición de ofrecer respuestas más fiables para el futuro del planeta, han revalorizado el elemento cultural, y puesto sus procesos como centrales para un desarrollo ecosostenible.

³ Fáciles ejemplos pudieran sacarse de la producción artística, la construcción de vivienda o los métodos de cultivos de la tierra, entre otros.

⁴ Desarrollo *muy dudoso* por los enormes problemas no solamente insolutos, si no dramáticamente en aumento: extrema pobreza, hambre, falta de respeto a los derechos humanos situaciones que afectan a millones de seres humanos.

Un concepto muy compartido hoy en día es entonces que la riqueza no es mensurable únicamente a través de una serie de bienes de consumo y valores materiales, porque existen también un capital humano, un capital social y un capital natural, valores todos *culturales* y en cierta medida imponderables, que constituyen casualmente la riqueza diversa que posee cada región, territorio y comunidad.

La importancia de haber individuado estas otras manifestaciones del capital –el humano, el social, el natural– diferentes del capital «clásico» (los bienes producidos) reside en que, como corolario, el aumento o desarrollo de uno de ellos puede incidir en el enriquecimiento del conjunto. Por ejemplo, si en una comunidad pobre en cuanto a «capital clásico», resultan enriquecidos el capital humano (por procesos de formación muy avanzada) o el capital social (por formas de participación y de asociación muy activas y/o novedosas), la comunidad puede experimentar un desarrollo integral y una mejor calidad de vida, aun sin un aumento de bienes producidos. También, lo interesante es que pueden darse «combinaciones diversas» igualmente ricas, válidas, gratificantes. Puede darse el caso que una comunidad con «más» capital natural y capital social, tenga una calidad de vida igual o mayor a una comunidad con más capital humano y más producción de bienes.

Los proyectos de Estados nacionales, tanto en Europa occidental como en América Latina, se construyeron sobre el presupuesto de una base de unidad y uniformidad socio-territorial. Con mayor o menor «buena fe» y conciencia limpia, los gobiernos ponían el máximo de los esfuerzos para consolidar dicha unidad y uniformidad: por ejemplo, a través de los programas de alfabetización; también a través de campañas de reconocimiento y dignificación del mestizaje, dirigidas a ennoblecer la particular forma de mestizaje espontáneamente producida en el país, con la finalidad de que todos y cada uno de sus habitantes se sintiera partícipe de la nacionalidad como expresión única y original del territorio. En estos caminos (repetimos, cumplidos a veces con el máximo de la buena fe y con todas las intenciones de generalizar derechos, mejorar la calidad de vida y el nivel de instrucción formal) se perdieron riquezas diversas: lenguas, dialectos, saberes y valores tradicionales.

Se perdió, tal vez sea lo más fundamental, la conciencia de tantas identidades que, en lugar de sumarse en una identidad mayor, se

restaron para siempre, se hundieron en un cieno homogeneizado, nadando en el cual fueron después presa fácil de los intereses dominantes de turno.

En esos contextos, en la actualidad operan varias «presiones»:

- El parcial fracaso de los estados nacionales, por el peso de los problemas internos irresueltos, el predominio de intereses transnacionales y los fenómenos de corrupción difusa.
- La pujanza de los movimientos ecológicos.
- La decidida y competente participación de la mujer.
- La fuerza de los movimientos indigenistas.
- La precariedad de las relaciones laborales.
- La paulatina disminución de la capacidad providencialista del Estado.
- El difundirse de tendencias individualistas.
- La degeneración del sistema de seguridad social.
- El miedo al futuro.

A menudo se asiste a movimientos que tienen como común denominador la valorización de la diversidad cultural como riqueza, movimientos pero a veces de *signo contrario*. Por un lado se afirman y practican valores como la solidaridad, la participación democrática, e ideales como el empeño común para la construcción de una sociedad más justa y un bienestar compartido; en otros casos, algún «elemento de diversidad» es tomado como pretexto para ondear banderas de sectarismos, separatismos, revanchismos, fundamentalismos, agresiones a «todos los demás».

En otras palabras, la mera valorización de la diversidad cultural no nos exime de profundizar en los valores que quisiéramos que caracterizaran nuestra visión de desarrollo.

¿Es posible el sueño de la diferencia en la igualdad? Los privilegios de la cultura dominante existen. ¿Es posible la igualdad en la diferencia sin desestructurar los privilegios de la cultura dominante?

La diversidad cultural no debe dividir, sino más bien unir. En la comprensión de esta aparente contradicción está probablemente el núcleo, la esencia, del por qué la diversidad cultural *es* una riqueza. Un territorio, una región, una misma comunidad (o sea una entidad

por definición caracterizada por cierta uniformidad) tiene mayores posibilidades de desarrollo, de autorrealización de sus habitantes, de logros sostenibles en el plan económico y social, en fin, una mejor calidad de vida, si todos y cada uno de sus componentes tienen las posibilidades efectivas de vivir, expresarse y crecer sobre la base de sus propios conocimientos y valores culturales. La riqueza deriva del intercambio continuo y de la comparación, no del encierro celoso; nace de la comprensión recíproca. La riqueza deriva de la dignidad que sepamos otorgar al otro. La riqueza es un agregado construido entre todos, no un elaborado inventado desde una esquina apartada, en celoso aislamiento.

II. LA RELACIÓN ENTRE CULTURA-DESARROLLO Y LA DIVERSIDAD

En el análisis de las relaciones cultura-desarrollo, lo básico no está en establecer quién o qué determina qué cosa –si las condiciones económicas o las condiciones culturales–, cuanto la conciencia de las interrelaciones continuas que de hecho se dan. Se está abriendo paso, o hay el peligro, de que haya (hasta nos duele decirlo) una cierta sobrevaluación de la cultura en detrimento de otros factores más específicamente económico-históricos. No se puede dejar de subrayar que en ausencia de condiciones mínimas de vida material y de instrumentos para poder crearlas y mantenerlas, no puede haber desarrollo, por más que –potencialmente– la comunidad o región posea reservorios de riqueza cultural.

A nivel de investigaciones, convenciones y planes de cooperación internacional, es ya un lugar común afirmar el derecho a un desarrollo humano integral, y que el desarrollo se mide en base a las oportunidades que todas las personas tengan de realizarse plenamente, es decir, *en el respeto de su ser cultural*. Preocupa que, en la práctica, la tendencia parece ser la opuesta: se amplía el número de personas que no encuentran ningún tipo de realización en la cotidianidad de sus vidas, en las relaciones laborales, en las posibilidades de expresión cultural, y más en general, dramáticamente, en sus mismas posibilidades de supervivencia.

El desafío, en términos teóricos y de praxis, sigue en pie. Mientras, seguimos afirmando con convicción que no hay desarrollo posible sin el reconocimiento de las diferencias culturales. Agregando pero que tampoco puede haber desarrollo global si las culturas y los estilos de desarrollo «occidental» no hacen una «reflexión colectiva» –expresión que estamos conscientes quiere decir mucho y nada– sobre los errores e incongruencias que le son propios. En este punto no resistimos a la tentación de hacer una pregunta ingenua: la actual crisis a nivel mundial de la industria automotriz, en lugar de ocasionar monstruosos financiamientos públicos para evitar su quiebra, ¿no hubiera podido ser una ocasión para incentivar la utilización de medios de transportes públicos y repensar la organización industrial con macizas inversiones en los sectores de energías renovables? Tal vez haya sido otra ocasión perdida para la aplicación de una visión cultural diversa...

Entre los varios papeles que juega la cultura en el desarrollo está uno básico, cardinal, que es el de determinar qué es el desarrollo. Dicho de otra manera: lo que en un espacio geográfico y temporal (un territorio, un país, una nación) se define y se anhela como «desarrollo» depende casualmente de su cultura, del conjunto de sus valores y creencias. Mientras, en un extremo, los bienes de consumo sofisticados, tecnologías avanzadas, casas, indumentarias, medios de transportes hipertecnológicos son el desarrollo, para otras culturas poder disfrutar de las tierras ancestrales caminándolas con los pies descalzos, cultivarlas con métodos tradicionales y ecosostenibles, respetar los tiempos de la naturaleza, son otra forma de desarrollo igualmente «inteligente» y recomendable, o más, a la luz de la moderna conciencia acerca de la irresponsable depredación de los recursos naturales y de sus consecuencias desastrosas para el ecosistema planetario.

Para evitar caer en un romanticismo hipócrita, nos apresuramos a decir que no se trata de celebrar una «arcadía pobre» para los otros, y los últimos adelantos tecnológicos para nosotros, sino más bien reconocer que el desarrollo capitalista de este último siglo ha aportado, junto con el «dominio» de la naturaleza, su destrucción. Y que valorar sin prejuicios negativos otras diversas visiones de desarrollo, puede salvar la cultura occidental del dudoso crédito de ser la mayor res-

ponsable de la absoluta inhabilitad del planeta para las próximas generaciones.

La cultura no sirve para aumentar el producto interno bruto. La atención a los fenómenos culturales no sirve para resolver todos los problemas de una sociedad, pero sencillamente la cultura va reconocida, respetada, fomentada en su desarrollo autónomo y espontáneo porque es condición indispensable del desarrollo humano sostenible. Lo cual no es una frase vacía: los seres humanos dan lo mejor de sí en condición de posibilidad de autorrealización, cuando sienten valoradas sus creencias y formas de vida, cuando el ambiente físico y social que aman no le viene arrancado, cuando creen en lo que hacen, y cuando tienen espacios de creatividad e innovación partiendo de sus propias bases cognoscitivas y vivenciales. De ese respeto, y de los intercambios posibles, nace una riqueza compartida que puede contribuir a resolver los problemas gravísimos que la humanidad en su conjunto tiene en su horizonte próximo.

III. LA DIVERSIDAD EN LA COMUNICACIÓN

A veces me parece que una epidemia pestilencial haya golpeado la humanidad en su facultad que más la caracteriza, o sea, el uso de la palabra, una peste del lenguaje que se manifiesta como pérdida de fuerza cognoscitiva y de inmediatez, como automatismo que tiende a nivelar las expresiones en sus fórmulas más genéricas...

ITALO CALVINO, *Lecciones americanas*

Estamos sumergidos, atacados por todos lados por esa peste del lenguaje. La peste del lenguaje es aquella que trasuda –como la grasa de un pollo frito en un restaurante de tercera categoría– de la casi totalidad de la programación de la televisión comercial; de tantos artículos y comentarios de periódicos y revistas. Es una peste que se insinúa en nuestras casas, en nuestros contactos de trabajo y de amistad, sin olvidar la política tradicional, que a veces parece «vivir de ella». Se mani-

fiesta en una pérdida progresiva de la capacidad de definir con palabras –palabras justas y cultivadas con honradez– conceptos y situaciones nuevas; elaborar pensamientos e ideas que expresen una participación auténtica, superando la indiferencia y la superficialidad difusas.

Se afirma comúnmente que los grandes medios de comunicación agonizan. Los costos de producción demasiado altos y la disminución de la circulación garantizan la supervivencia sólo en presencia de subvenciones estatales y/o de los partidos políticos. En este cuadro, se tiene la tendencia a oponer «medios de comunicación tradicionales» a «medios alternativos o libres vía internet» lo cual indudablemente describe un fenómeno real, pero es necesario anotar también que –lamentablemente– también sensacionalismo, personificación de la noticias, falta de periodismo investigativo serio, caracterizan ambas vertientes de la información.

Ciertamente, noticias que no pasan por los canales comerciales de televisión son divulgadas ampliamente –a veces de forma obsesiva o morbosa, «superficialmente» tenemos la tentación de decir– por Youtube y los millares de blogs donde corren y se esparcen en forma prodigiosa. Ampliando seguramente el bagaje de informaciones y estímulos a través de los cuales podemos hacernos opiniones autónomas.

Sin embargo, por lo menos el caso italiano parece demostrar la importancia de los medios tradicionales de información, y especialmente la televisión comercial⁵, para la creación de un consenso que se traduce en voto, y mantiene solidamente al gobierno (con cerca de un 60 por 100 de preferencia) un personaje que en el ciberespacio viene descrito y «condenado» por lo que es: una figura impresentable y vergonzosa para el país.

¿Qué está pasando en la comunicación? La existencia de internet, red global de la información, es seguramente el más grande fenómeno cultural participativo y democrático de la historia reciente. En varios países con gobiernos autoritarios los *bloggers*, arriesgando su propia incolumidad, cumplen una loable función defendiendo la libertad de expresión y la democracia. Internet alcanza en el mundo

⁵ La propiedad privada de la cual, concentrada en manos de un empresario que es también el primer ministro, provoca en Italia un conflicto de interés probablemente único en el mundo.

un billón de usuarios y cada día nacen 120.000 blogs en todo el mundo. Es una masa de informaciones, datos y opiniones de una utilidad enorme, que pero a veces también «asusta», porque cualquiera puede difundir en el espacio cibernético, noticias, impresiones, provocaciones, pero también venenos y basura. Así que el máximo de la libertad de expresión –y de las potencialidades de expresión de la diversidad– puede producir una diáspora de la información/comunicación que termina por instaurar un universo en el cual cada uno cree y escribe lo que mejor le parezca sin que tenga necesariamente la más mínima relación con la realidad y con los hechos.

En las sociedades más desarrolladas se tiene la tendencia a identificar la descentralización –el acceso individual a la información y a la producción de la misma– como participación, lo cual es cierto en alto porcentaje. No podemos dejar de anotar una preocupación relacionada con el peligro de un cierto atomismo, una dispersión provocada por la misma red global de la información la cual, a pesar de ser lo que es, una gran y útil red, vacía o destruye el sentido más profundo de comunidad en el mismo momento que la crea. Con lo cual se quiere decir que el punto de partida y el «regreso» deberían siempre ser la comunidad real, mujeres y hombres de carne y hueso con sus necesidades reales y sus lícitas aspiraciones a la superación de condiciones de vida que nada tienen de humanas.

Espacios y expresiones de la diversidad se promueven favoreciendo esta dialéctica o recorrido de doble vía entre el espacio sin confines que nos prometen las nuevas tecnologías, y los horizontes más nuevos y conocidos. Un poco como un andar continuo entre el pueblo global y la huerta al lado de nuestra casa.

Sin olvidarnos –en sentido contrario al protagonismo e individualismo exacerbados de nuestra época– de la utilidad de delegar. No es posible vivir en una sociedad compleja sin delegar necesariamente una serie de funciones y tareas. Lo cual parece y es una obviedad, pero no así sus implicaciones, que comportan procesos de control y vigilancia, toma de conciencia y participación de todo el cuerpo social, lucha contra la corrupción, justicia en la aplicación de las reglas.

Debo delegar al verdulero para que consiga para mi familia frutas y verduras frescas y posiblemente libres de organismos genéticamente modificados; necesito delegar en el político para que contro-

le que leyes y reglamentos que urgen modificar en beneficio del bien colectivo; me sentiría muy agradecida si un periodismo serio desarrollara todas las investigaciones necesarias para ofrecer informaciones transparentes y verídicas en torno a fenómenos, situaciones y personajes relevantes en el contexto social.

Lamentablemente, asistimos a una excesiva «espectacularización» y «personalización» de la información en detrimento de la fuerza y coherencia de las ideas, y de la atención a los hechos. De tal forma que se termina mirando muy en detalle la hoja perdiendo de vista el árbol... y tal vez se logre mirar el árbol, pero no el bosque... Y el riesgo es grande: ¡se corre el peligro de no ver al *bulldozer* que llega para echar al suelo el bosque entero! Alguien ha dicho: «Lo que está pasando en la web es la demostración de como puede existir la libertad de pensamiento sin el pensamiento...».

Desde el punto de vista de la promoción de la diversidad, provocativamente podríamos decir que lo que aparenta ser –y en mucho sentidos es– su máxima expresión, contribuye a generar una *homogenización de las diversidades*, las cuales permanecen, se expresan, emergen, pero ya homogeneizadas, descontextualizadas, inhibidas de sus fuerzas vitales. Con lo cual no se quiere en absoluto menospreciar el papel que tienen los medios cibernéticos, pero insistir en las potencialidades de los medios más tradicionales de comunicación en grado de recoger en manera más inmediata y operativa necesidades y energías emergentes en las comunidades⁶.

Sin olvidarnos de la simple y pausada lectura de un clásico y viejo libro, a través de la cual se cumple una de las aventuras más específicamente humana: la apropiación y nuestra personal interpretación-reelaboración de una pequeñísima parte de aquella enorme, oceánica, titánica, milenaria acumulación de palabras, pensamientos, ideas concentradas en libros, tratados, códigos, imágenes fijas y en movimiento. Leemos cada vez menos, pero de todas formas leemos. Desde las instrucciones para preparar la paella, hasta *La crítica de la*

⁶ En Brasil el Movimiento de Sem Mídia, cuyo nombre recuerda el heroico Movimiento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra, autorizando la libre utilización de los materiales que aparecen en su página web por cualquier medio de comunicación, contribuye al pluralismo de la información y a la búsqueda de una variada gama de medios de información alternativos.

razón pura de Kant. Pero, ¿cómo leemos? O mejor dicho, ¿qué particulares actitudes, habilidades específicas, se empeñan y afinan en el acto de la lectura? Leemos e interpretamos en base a lo que somos, y nos volvemos mejores en base a lo que logramos interiorizar de nuestras particulares experiencias de lectura. En este recorrido circular, nuestras diversidades se expresan y enriquecen a la vez.

En un primer nivel abstracto-conceptual, en el aspecto comunicacional la diversidad cultural se manifiesta en una forma alternativa y novedosa de utilización del medio. En cuanto a los contenidos, son –justamente– objeto de atención prioritaria la difusión de valores autóctonos, el favorecimiento de procesos de empoderamiento, y, en general, la reivindicación de la dignidad de una cultura; sin embargo hay que notar cómo esos elementos no siempre acompañan a una percepción rápida de los cambios y de las necesidades operantes en una comunidad, por lo cual el medio de comunicación puede terminar resultando algo «viejo», repetitivo, y no acorde, sobre todo, con el sentir de las nuevas generaciones.

La comunicación de por sí tiende a la homogenización, a la uniformidad. A pesar que sea restrictivo y simplista pensar en un *deus ex machina* que maniobra los hilos que van tejiendo la opinión pública, es indudable el enorme poder y capacidad sin límite que tienen las grandes corporaciones comunicacionales para crear consenso, simpatía, aceptación, conformidad, hábito; y contemporáneamente insensibilidad e indiferencia hacia toda iniciativa que intente contrarrestar la manipulación de los medios de comunicación, que son expresión del poder económico-social dominante.

Sin embargo, los canales alternativos, por ejemplo las pequeñas emisoras locales arraigadas en el territorio, pueden intentar deshacer las construcciones homogenizadoras de los grandes canales construyendo su universo informativo sobre la base de elementos culturales autóctonos, de las necesidades más sentidas en su entorno humano-territorial, de adecuados procesos de retorno de la información⁷. Y sobre la base de los hechos.

⁷ Por «procesos de retorno de la información» entiendo aquellos mecanismos, basados a veces en la pura creatividad y simpatía de los operadores, que permiten un contacto continuado, cálido, rico, productivo, entre los emisores y los receptores de la información.

Porque actualmente, entre los fenómenos más graves y preocupantes de la comunicación están la «desaparición» de los hechos y la cuestión de la selección de las noticias. Entre los millares de hechos y situaciones que ocurren diariamente en el mundo, eventos dramáticos o altamente significativos, en positivo o en negativo, para la vida de pueblos enteros, no puede ser casual que en un noticiero televisivo de 30 minutos se dediquen 5 a un proceso por delincuencia común, o a un chisme de la farándula. Como tampoco es casual que se siga opinando, apuntando, parafraseando, escarbando, agregando, etc., en torno a una situación omitiendo –en realidad escondiendo alevosamente– los simples y verdaderos hechos, por ejemplo⁸, que determinado personaje ha sido condenado en proceso regular. Cumpliendo la mágica operación de hacer desaparecer los hechos, sustituyéndolos con enredadas acusaciones de complots, fantasiosas razones oscuras, confusas construcciones «post ideológicas».

IV. LA DIVERSIDAD EN LA ECOLOGÍA

El antropólogo Arturo Escobar ha utilizado recientemente un concepto novedoso e interesante al hablar de «conflictos de distribución cultural»⁹ para adentrarse en los procesos que dificultan o impiden la diferencia en la igualdad. El concepto es seguramente muy útil desde un punto de vista descriptivo, tal vez menos desde el punto de vista interpretativo del proceso en sí. Escobar se pregunta de qué forma las «diferencias-en-igualdad» económicas, ecológicas y culturales son propiciadas o, al revés, rechazadas. Después de anotar que algunos estudiosos han empezado a resaltar conflictos causados por el control de los recursos naturales (los cuales podrían llamarse «conflictos ecológicos»), afirma que son pocos los analistas que enfocan lo que Escobar llama «conflictos de distribución cultural», o sea, aquellos que surgen de desequilibrios entre culturas presentes en una re-

⁸ Aquí valdría la clásica fórmula: «Cualquier semejanza con personajes reales es puramente casual».

⁹ Véase Arturo Escobar, «Una ecología de la diferencia: igualdad y conflicto en un mundo “globalizado”», en *La cultura, estrategia de cooperación y desarrollo*, Documenta Universitaria, Girona, 2008.

gión, por el poder relativo, limitado, cercenado, que una cultura tiene con respecto a otra u otras presentes en el territorio. El elemento conceptual de distribución es en efecto muy preciso para indicar la naturaleza del fenómeno, centrada en el desequilibrio de la misma (de la distribución) en cuanto que una cultura –la dominante– tiene todos los derechos, espacios de acción y amplios rayos de influencia; las otras culturas, nulos o menores derechos, posibilidades, espacios. Pero en cuanto a las causas y la génesis de estos procesos, serían necesarias más investigaciones y análisis de situaciones reales para ir más allá de la evidente interrelación entre los conflictos económicos, ecológicos y culturales.

Estas cuestiones nos remandan a un histórico y muy encendido debate que se dio en las primeras décadas del siglo XX entre intelectuales de la talla de Frantz Fanon, Aimé Césaire y Jean Paul Sartre, cuando se acuñó el término «negritud» para afirmar la identidad y la dignidad de la cultura negra. Sartre se cuestionaba, con un juego de palabras: «¿El negro es *negro* por ser negro o por ser pobre?» (dando a *negro* una acepción negativa y despectiva).

Hoy más que nunca, se puede decir que *el conflicto ecológico se tiñe de social y cultural, y el conflicto social se tiñe de cultural y ecológico*, y no porque así fuera elaborado por teóricos o agitadores profesionales, sino porque así mismo se está dando en la realidad. Estamos asistiendo, desde el hemisferio sur a un poderoso proceso que puede definirse como revolucionario en el sentido pleno del término, o sea novedoso, portador de nuevas relaciones: los que estaban «del lado equivocado del desarrollo», en perpetua desventaja, marchando a la retaguardia, están imponiendo un «¡alto!» y una lección: el desarrollo de sello economicista, *depredador* de los recursos naturales, parece dirigirse hacia su propio fracaso y autodestrucción, dejando grandes problemas irresueltos: hambre, sed, muerte por guerras interminables y enfermedades curables, falta de respeto a los derechos humanos para millones de seres condenados a una existencia intolerable. Un estilo de desarrollo que, además, no tiene en sus mismas capacidades sistémicas, inherentes a su naturaleza, los elementos para seguir alimentando o regenerando su propio desarrollo, y muy al contrario empuja estratos cada vez más amplio de la población mundial en condiciones de precariedad laboral, inseguridad alimenticia y sanitaria.

Por lo cual, defender la identidad cultural es otra cara o es lo mismo que defender el derecho a la subsistencia, a una vida digna, a la sostenibilidad del desarrollo y a la protección de los recursos naturales. La novedad más prometedoras que viene de los nuevos movimientos comunitarios de varios países latinoamericanos (pudieran definirse de «autodefensa») es la manifiesta ligazón indisoluble entre los derechos culturales –los cuales comprenden el reconocimiento de la identidad y del propio concepto de desarrollo– y el derecho a un territorio, o sea a un proyecto autónomo de organización política y económica sostenible.

Si es cierto que los economistas no se han acercado casi nunca al análisis de las desigualdades y expoliaciones desde puntos de vistas ecológicos y culturales en sí, no por eso podemos subvertir ciertas lógicas de causas y efectos. Tal como los conflictos de distribución ecológica nacen porque las economías centrales tienen toda la fuerza de sus estructuras –financiera, comercial, tecnológica– para imponer sus intereses económicos de corto y mediano plazo, así los desequilibrios de distribución cultural se originan en una red de canales solidamente estructurados para ejercer imposiciones culturales que favorecen, acompañan, justifican, y al final mitifican determinado orden político-social.

En Europa, es reseñable el éxito político del franco-alemán Daniel Cohn-Bendit, que logró aumentar sus seguidores en la deriva de la izquierda europea¹⁰. Antinacionalista y sostenedor de un federalismo europeo, Cohn-Bendit, actual presidente del Grupo de los Verdes del Parlamento Europeo, se ha presentado con una lista (Europe Ecologie) que reúne a los verdes y diversas personalidades cercanas a las ideas ambientalistas. Su notable resultado (su lista ha logrado conseguir 14 diputados), aun dentro de algunas contradicciones, da un alcance especial a sus afirmaciones, como por ejemplo su insistencia en el hecho que sólo la reconversión ecológica de muchas de las industrias actuales pudieran salvaguardar los puestos de trabajo.

En la misma línea, Vandana Shiva, la famosa científica india que ha participado últimamente en diversas iniciativas, reuniones y con-

¹⁰ Resultados de las elecciones para el Parlamento Europeo, 6 y 7 de junio de 2009.

venios en Europa¹¹, ha afirmado que es urgente ir hacia una agricultura biodiversificada; a pesar que muchos especialistas, en la misma India, la critican porque sus teorías no serían realizables y harían retroceder al país a una época preindustrial, ella insiste en que la emergencia alimenticia es tal que se deberán tomar en consideración también las soluciones más creativas.

El último informe del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC) publicado en 2007 contiene unas evaluaciones internacionales muy minuciosas entre 1988 y 2002. El mismo nos proporciona la evidencia científica más definitiva sobre el cambio climático, acerca del cual, por fuertes intereses de orden económico, existe una gran desinformación. Se ha intentado negar la evidencia científica del calentamiento global, o cuanto menos «redimensionar» los efectos negativos del cambio climático antropogénico (fabricado por el hombre).

En realidad, un número plural de científicos ha demostrado suficientemente que aun pequeños aumentos de la temperatura promedio global, provocan un aumento del nivel del mar, olas de calor o inundaciones/sequías más frecuentes y destructivas. Es impostergable intensificar los esfuerzos –a través de una mayor concienciación y concertaciones políticas a nivel mundial– para que el incremento de la temperatura global promedio no supere los 2°C en relación a su valor preindustrial.

Lo anterior comporta que la concentración de CO₂ debe mantenerse por debajo de las 450 partes por millón, lo cual significaría que antes de 2050 las emisiones globales de CO₂ deben reducirse a menos del 50 por 100 del nivel de 1990 (actualmente están 15 por 100 sobre ese nivel), y que las emisiones promedio en los países desarrollados tienen que reducirse en por lo menos el 80 por 100 del nivel de 1990.

Objetivos que asustan mucho por la escasa voluntad de los gobiernos de ir en contra –más allá de las declaraciones diplomáticas– de aquellos intereses económicos que se verían seriamente afectados. Así como asustan mucho fenómenos que, a parte de los raros momen-

¹¹ Entre otras iniciativas, ha presentado en la Feria del Libro de Turín del 2009 su último libro –una encendida acusación hacia las multinacionales de la alimentación– y ha participado a un debate en compañía del fundador del movimiento «Slow Food», Carlo Petrini, y del afamado director de cine Ermanno Olmi, autor del documental *Terra Madre*, presentado en premier mundial en la Berlinale, el festival de cine de Berlín 2009.

tos en los cuales capturan la atención mundial de los medios, continúan tranquilamente desde más de veinte años, aparentemente dentro los confines de la legalidad. Por ejemplo, la empresa Bayer, que sigue produciendo maíz transgénico, mientras en Brasil, país responsable, en 2007, del 12 por 100 de los cultivos genéticamente modificados en el mundo¹², las organizaciones ambientalistas tienen muchas dificultades en su campaña contra la liberación comercial de una variedad de arroz transgénico. Otra situación a la cual no se presta la debida atención son las carreras hacia las patentes de las especies vegetales no modificadas genéticamente, prácticas cuya definición más apropiada sería «biopiratería»¹³.

En estos cuadros tan desalentadores, más que los acuerdos entre las grandes potencias, los países «pequeños» y en histórica desventaja, ofrecen atisbos de esperanza. El 2 de febrero del 2009¹⁴ la Alternativa Bolivariana para los pueblos de Nuestra América (ALBA) definió un nuevo acuerdo para el fortalecimiento de la soberanía alimenticia. Los países miembros –Bolivia, Honduras, República Dominicana, Nicaragua, Cuba, y Ecuador como país observador– presentaron la creación del ALBA-Alimentos como una iniciativa que busca incrementar la producción sostenible de comida y garantizar la soberanía popular.

Contemporáneamente a las luchas de las comunidades indígenas (sobre todo en Colombia, Brasil, Bolivia), gracias también a una relevante participación de mujeres, surge un concepto novedoso o, mejor dicho, un concepto que supera en la praxis las teorizaciones avanzadas en ese campo por los investigadores: que *el territorio no es un mero hecho económico sino cultural*. Mientras los estudiosos siguen empeñándose en demostrar –con un éxito parcial, porque hay todavía quién lo duda– que la cultura no es un sector accesorio del quehacer humano, sino un conjunto indisoluble que impregna todas las prácticas sociales, las luchas indígenas para la supervivencia

¹² Según un estudio de la ONG Consejo de Informaciones sobre Biotecnología, en Brasil fueron plantados cerca de 16 millones de hectáreas de cultivos transgénicos, quedando atrás sólo de EEUU y de Argentina.

¹³ La primera concesión para el derecho exclusivo de utilización de un gen se remonta a 1986. Desde entonces investigadores occidentales, sobre todo de las casas farmacéuticas, peinan en particular la zona tropical del planeta, la más rica en biodiversidad, buscando de genes de plantas y animales.

¹⁴ *Radioagência Notícias do Planato*, febrero de 2009.

y el derecho a una vida digna, con sencillez y humildad nos dan lecciones de enorme importancia: que la misma supervivencia del planeta y de toda la raza humana, así como un desarrollo sostenible y aceptable¹⁵ dependen de que se valore el mundo en su biodiversidad y riqueza cultural; que el territorio puede proporcionar digno sustento y desarrollo sólo si se respeta su unidad ecológica y cultural; que la orientación productiva/exportadora exclusiva de algunas regiones en ventajas de otras se está demostrando a la postre como inviable y no sostenible por los mismos países favorecidos; que nuevos modelos políticos de igualdad y justicia social sólo pueden pensarse en contextos de total aceptación y respeto de las diferencias culturales; que la diversidad cultural, capaz de apropiarse de un territorio de manera única e irreplicable, es también motor de su riqueza, base de su economía sostenible.

La riqueza de la diversidad en los movimientos indígenas se expresa a través de la necesidad de sus luchas y da la justicia de sus planteamientos; en las lecciones fundamentales que aportan a la comprensión de un presente que nos atañe a todos. Definitivamente, el mundo «occidental» sería más rico si tuviera la humildad de ver y apreciar esta diversidad. La cultura europea-occidental ha mitificado sobre todo en siglo XIX y XX la tecnología, la producción y el consumismo, la idea de progreso como una carrera continua hacia adelante. Debemos asumir que otras culturas, diversas, habían entendido antes que nosotros el colapso inevitable que una similar visión acarrearía. Como ha dicho Edson Brito¹⁶: «A luta indígena é contra extinção da humanidade».

¹⁵ Porque en todo caso no es aceptable un desarrollo que margina la 2 terceras parte de la población de la tierra en condiciones de ausencia total o parcial del respeto de los derechos humanos fundamentales, incluyendo aquellos de tercera y cuarta generación.

¹⁶ Historiador indígena brasileño también conocido como Edson «Kayapó». Él define el modo de vida occidental como «estúpido y suicida» y afirma con énfasis que «o la comunidad científica capitalista tiene por primera vez en la historia la humildad de asumir sus límites e ignorancias sobre una serie de complejas cuestiones –entre las cuales la conservación de la Amazonía y la relación entre seres humanos y naturaleza– o estaremos todos condenados a la extinción». Entrevista a Miryám Hess, *Brasil de fato*, 27 de abril de 2009.

V. LA DIVERSIDAD DE LA MUJER: LA PARIDAD NEGADA

¡Muchos hallazgos científicos atribuidos a hombres los hicieron en verdad sus hermanas, esposas e hijas!...

No se admitía la inteligencia femenina, y la dejaban en la sombra.

Hoy, felizmente, hay más mujeres que hombres en la investigación científica: las herederas de Hipatia, la sabia alejandrina del siglo IV... Ya no acabaremos asesinadas en la calle por monjes cristianos misóginos, como ella.

RITA LEVI MONTALCINI, Premio Nobel de Medicina en 1986

«Mujer no se nace, se llega a ser». Simone de Beauvoir apuntaba esta frase destinada a volverse celeberrima en las primeras páginas del primer volumen de *El segundo sexo*, aparecido en Francia en 1949. Todavía hoy en día hay blogs con ese título y discusiones en torno a esa afirmación, a demostración de la actualidad del pensamiento de la Beauvoir y de cómo puede ser todavía subversiva. Naturalmente, la afirmación de la filósofa francesa apuntaba a demostrar que no hay ningún «destino predeterminado» ni biológico, ni psíquico que justifique la condición de sumisión y minusvalía de la mujer con respecto al hombre, sino que causas histórico-sociales son las que determinan que la mujer se vuelva lo que es y permanezca en condiciones de inferioridad.

Hoy en día podemos agregar una nueva acepción a este concepto. Un corolario «en positivo». Gracias a las luchas por la emancipación femenina que se han desarrollado en mayor medida después de la Segunda Guerra Mundial, podemos afirmar que *la mujer se hace a sí misma* también con base en el empeño diario para la afirmación de sus propios derechos inalienables; volviéndose una mujer consciente de sus propias capacidades, presente y activa en su comunidad, fuerte en su compromiso en las luchas necesarias.

El hombre está acostumbrado a la «no paridad», vive cómodo en ella, y (en general) piensa, erróneamente¹⁷, de no tener ninguna con-

¹⁷ Erróneamente porque, por ejemplo, el «milagro indio» del cual mucho se habla últimamente, ha demostrado que un muy significativo impulso para el

veniencia en compartir su poder; la mujer anhela la paridad y está preparada para ella. En eso consiste la riqueza y la diversidad de la mujer.

Lamentablemente, la condición de la mujer en el mundo presenta las marcas trágicas de injusticias insoportables. Dos tercios de los analfabetos y tres quintos de las personas pobres en el mundo son mujeres¹⁸. En condiciones de subsistencia, y con escasas posibilidades de participación política, los horizontes no pueden ser promisorios. El promedio europeo de mujeres activas en política es del 23 por 100; la presencia femenina en los Parlamentos indica¹⁹: Suecia: 47 por 100; Cuba: 43,2 por 100; Argentina: 40 por 100; España: 36,3 por 100; Alemania: 31,6 por 100; Emiratos Árabes: 22,5 por 100; Italia: 21,3 por 100. Desequilibrios similares se encuentran al analizar los porcentajes de mujeres en los niveles directivos de las empresas, en el sector cultural y en diversos campos profesionales, con la excepción de aquellos dedicados a diversas formas de «cuidados y atención» a los demás como maestras, enfermeras, asistentes sociales, y algunas ramas de la medicina.

Además, algunos elementos negativos que golpean las mujeres tienen la tendencia a agravarse, fenómenos que últimamente, cómplice la crisis mundial, se están evidenciando. Curiosamente, tanto al sur como al norte del planeta, asistimos a una dicotomía particular: por un lado las mujeres se visualizan como un recurso precioso²⁰, por otro lado siguen sufriendo en su propia piel grados elevadísimos de dramática inseguridad y peligros intensos: el 80 por 100 de los refugiados de las guerras que se libran en el planeta son mujeres, viven hacinadas en

desarrollo de la India tiene su origen en el progresivo ingreso en el mundo del trabajo de un siempre creciente número de jóvenes mujeres muy preparadas y con espíritu empresarial, que además participan como sujetos de primer plano en los niveles político-administrativos de la democracia más grande del mundo.

¹⁸ Relación de 2008 del Fondo de las Naciones Unidas para la Población (FNUAP).

¹⁹ Fuente: Unión Interparlamentaria.

²⁰ Es bien conocido el hecho que, por ejemplo, organismos internacionales y bancos de desarrollo en los países emergentes, conceden el microcrédito más fácilmente a las mujeres por considerarlas más fiables como sujetos de créditos, más trabajadoras y responsables, más creativas y capaces de incidir en los procesos de reconstrucción y pacificación.

campo de concentración en condiciones terribles, y en particular son objetos de violencias que vienen conscientemente y cruelmente utilizadas como «armas» de dominación y exterminio. A este propósito recordamos la importante resolución de las Naciones Unidas del 19 junio de 2008, en la cual el Consejo de Seguridad condena el estupro definiéndolo abiertamente como «táctica de guerra». Un paso adelante significativo para la defensa de los derechos humanos y la identificación de situaciones que requieren de urgentes intervenciones internacionales, aun si no podemos confiar demasiado en el acatamiento al dictado de la Corte Penal Internacional de La Haya que pide: «a todas las partes involucradas en conflictos armados el cese completo e inmediato de la violencia sexual en contra de civiles, con efectos inmediatos».

Puede afirmarse que la condición femenina se está radicalizando. Por un lado, en muchos países las muchachas superan a los muchachos en lo referente al nivel de instrucción (en el 2000, en Europa, los graduados de la universidad eran en un 56 por 100 mujeres), por otro lado, a nivel mundial, sobre 100 pobres 70 son mujeres –fenómeno que se conoce como la «feminización» de la pobreza–. Por un lado se analiza y «celebra» el así llamado «estilo de *leadership* al femenino», que sería más democrático, incluyente, interactivo, con más disposición para compartir la información, delegar el poder y mejorar la autoestima de los trabajadores; caracterizado por una mayor capacidad para transmitir el entusiasmo por el trabajo y la lealtad hacia la empresa o la institución. Por otro lado, las mujeres siguen siendo minoría en los puestos de poder real, sea en las instituciones públicas como en las empresas privadas²¹.

Como si lo anterior fuera poco, en todo el mundo, vergonzosamente, subsiste en larga escala el problema de la violencia en contra de la mujer. Problema sumamente intrincado y complejo –históricamente, socialmente y psicológicamente– que hunde y oculta sus raíces en estratos insospechados. Disfraza a veces su trágica y torva persistencia detrás de fachadas de respetabilidad. Se contamina con los odios raciales, sumando oprobio con oprobios. Entra en colisión con los fundamentalismos religiosos llegando al colmo de lo indeci-

²¹ En Europa el 51 por 100 de la población son mujeres, en las instituciones trabaja un escaso 19 por 100.

ble: mortificar, despreciar, torturar o asesinar en nombre de dios. Sangre, dolor y miedos acompañan las vidas y las muertes de millones de mujeres en el mundo. Privado de la vida, literalmente y metafóricamente, el ser humano al cual fueron siempre limosneados, o arrancados brutalmente, capacidad e instrumentos de autodefensa.

Como bien es sabido, la violencia en contra de la mujer no se circunscribe exclusivamente a la violencia física. Otras formas son aquellas que logran afirmar el dominio del macho, y el correspondiente hundimiento de las capacidades de autorrealización de la mujer, con diversos mecanismos: sociales, educativos, psicológicos, sentimentales, religiosos. En estos casos no hay golpes, ni constricciones físicas, al contrario: puesta en un pedestal, «defendida» con amor del mundo externo, cuidada con cariño como una eterna niña, o un adorno de lujo en los «mejores» casos; ridiculizada como una mentecata o una incapaz en los otros. Pero siempre de todos modos humillada, profundamente humillada como persona, limitada, empujada con suficiencia en el microcosmo doméstico. O en ocasiones también muy valorada, pero en el fondo chantajeada, obligada a ser una «supermujer», a realizar –en el arco de las 24 horas que componen un día– la prodigiosa aventura de ser al mismo tiempo extraordinaria madre, amante, cocinera e artista, o maestra, o empresaria, escritora, obrera, investigadora, modista, dirigente política, ... Por lo general a los hombres se les pide que sepan hacer bien sólo una de esas funciones.

Los estereotipos de género son muy difíciles de extirpar²², sin embargo, en la misma debilidad de la mujer están escondidas las raíces de sus fuerzas y potencialidades. En la vida cotidiana de la mujer, el aspecto o elemento público y el privado se interrelacionan, se entretienen, se entrecruzan en formas muy variadas. En estas «contaminaciones» se anida una debilidad, pero también una diversidad de grande potencialidad. Nos sirvan un par de sencillos ejemplos.

Para una profesional con hijos pequeños tener que preocuparse, en el medio de una importante reunión de trabajo, porque en su casa no falte la leche, es una debilidad si la obliga a salirse de la reunión para llegar al supermercado antes de la hora de cierre; pero también conocer el precio de la leche, tener eventualmente temor que en una

²² Ya lo decía Albert Einstein: «Es más fácil romper un átomo que un prejuicio».

determinada zona la leche pueda estar contaminada, consecuentemente informarse, investigar, tomar iniciativas para la defensa de la salud de una comunidad, representa una enorme fuerza potencial de la mujer, porque la hace más consciente de las necesidades reales, más atenta al entorno, más alerta a los problemas ambientales. Casualmente, la conciencia ecológica y el interés para cultivos que respeten el ambiente se están difundiendo mucho más entre las mujeres.

Otro ejemplo. La vida exclusivamente doméstica a la cual son obligadas y mantenidas muchas mujeres, las encierra en microcosmos a menudo opresivos y poco gratificadores. Sin embargo, en estas condiciones es también frecuente que las mujeres practiquen diversas formas de acciones comunes con otras mujeres (charlas de patio, actividades solidarias para el cuidado de los niños, etc.). En estos reducidos hay tesoros de sabiduría y formas embrionarias de organización. En una novela de la escritora bengalí Chitra Banerjee Divakaruni, *La maga de las especias*, he encontrado una magnífica descripción de la importancia del compartir entre mujeres, que termina con estas palabras: «[...] Aprendimos a protegernos las unas con las otras... Y sobre todo aprendimos a percibir el dolor no expresado de nuestras hermanas, y a confortarlo sin palabras». En efecto, el compartir entre mujeres conlleva momentos de gran concienciación y crecimiento colectivo. A veces son sólo pequeños gestos de costumbres antiguas que, reencontrados en las condiciones actuales, pueden abrir insospechados espacios de creatividad para iniciativas significativas en una comunidad.

Es por eso que en los países emergentes y en aquellos devastados por las guerras, las mujeres y sus organizaciones representan un recurso insustituible, que debe tomarse en cuenta prioritariamente, para favorecer procesos de desarrollo, poner en marcha la reconstrucción, afianzar elementos de democracia y participación. Nos gustaría subrayar este concepto expresando que la mujer puede ser excelente conductora, «vehículo de buenas prácticas»: precisamente porque la mujer a través de la gestación de la vida desarrolla una ligazón más fuerte con las fuerzas de la naturaleza, una mayor atención a la calidad de la vida, y consecuentemente está más dispuesta a aceptar como propios, en primera persona, los desafíos para la supervivencia del género humano y de todas las especies vivientes; le

es más congenial luchar en contra de la degradación del ambiente, las guerras de crueldades interminables y, en general, está más sensibilizada hacia la necesidad de un desarrollo sostenible. El concepto de la mujer como «vehículo de buenas prácticas» conlleva el reconocimiento de la centralidad e importancia de las diversas responsabilidades que la mujer está en condición de asumir, no en competencia sino en complementariedad funcional con el hombre.

La participación comprobada y constante de la mujer en los movimientos e iniciativas para el mantenimiento de métodos ecológicos de aprovechamiento de la tierra y la defensa de los recursos naturales, conjugándose en niveles muy efectivos de la acción social, fortalece las luchas para el derecho a condiciones mínimas de bienestar para todos. Ennoblece y fortifica la figura de la mujer como eje de la vida social y ofrece uno de los caminos más promisorios para iniciar procedimientos virtuosos hacia procesos de desarrollo.

VI. LA PERSISTENCIA DE LA IDEOLOGÍA Y LA DIVERSIDAD EN EL CAPITALISMO

El socialismo ha sido hasta ahora la última visión del mundo que parecía ofrecer una esperanza de gobernar humanamente el salvaje devenir del mundo. Su actual crisis es indudable, pero no implica necesariamente su muerte definitiva, como cree quién piensa, cada vez, que el estadio de las cosas en aquel momento sea el estadio final e inmutable de la historia [...].

CLAUDIO MAGRIS, *Alfabeti*, Garzanti Editori, 2008

Con respecto a la ideología, se ha vuelto común una obstinada negación apriorística y aseveraciones confusas del tipo: «Las personas no son ideológicas» –parcialmente cierto– o «la ideología está muerta» –totalmente falso–. La llamada «alternancia del voto» que en los países formalmente democráticos premia en forma alterna opuestas formaciones políticas en las contiendas electorales, más que indicar una ausencia ideológica en los electores, revela como –en presencia de

graves dificultades económico-sociales, en climas de inseguridad e incertidumbre— las personas tienden a otorgar confianza, a poner su «desesperada esperanza», en manos de un grupo político que se presenta como «nuevo» o que de todas maneras no ha estado directamente involucrado en el manejo de la cosa pública²³.

La escasa cultura político-histórica, y en general niveles de formación cada vez más apesurados y superficiales, conllevan el inexacto convencimiento que la ideología «tiene poco o nada que ver» en el acontecer social, y que una u otra formación política son «iguales». El hecho de tener más o menos conciencia de la propia postura ideológica no se puede confundir con la ausencia de aquella matriz ideológica presente en cada uno de nosotros, la cual se manifiesta en cada singular gesto o acción de nuestra cotidianidad. Suficiente reflexionar sobre el individualismo y el racismo —en preocupante ascenso en muchos países europeos— tópicos de una cultura fuertemente de derecha.

Ciertamente, son evidentes en amplios universos sociales los altos niveles de apatía, indiferencia, incapacidad de reacción frente a hechos que en otros momentos históricos hubieran conmocionado la entera estructura social de un país. Por un lado podríamos decir que el individualismo sembrado ha dado sus frutos, sus tristes y míseros frutos. Por otro lado, anotar que la complejidad del capitalismo desarrollado mantiene ocultos muchos de los mecanismos que alimentan su funcionamiento, invalidando el sentido común y la medida humana de las cosas. ¿Qué «sentido común» tiene que una empresa a la cual compro un producto en Italia, construido en Rumanía, tenga su *call center* en India? El extrañamiento, el aislamiento del individuo es total. Nada o muy poco pertenece a su entorno y a su capacidad de comprensión, de aprehensión. Son situaciones universalmente advertidas. Como hace notar Alfredo Reichlin²⁴, también en publicaciones de amplia difusión se empieza a escribir y afirmar como obvio que el capitalismo tal cual es en la actualidad, ya no logra

²³ Fenómeno que en América Latina se conoce como el «síndrome de la gallina», la cual, puesta en una calle de intenso tráfico, asustada, corre alocadamente de una a otra acera.

²⁴ Insigne intelectual, periodista, ex partisano italiano. Alumno de Palmiro Togliatti y colaborador de Enrico Berlinguer.

garantizar la tenida del tejido social, ni una relación digna entre los pueblos, como tampoco una correlación sustentable entre los seres humanos y la naturaleza.

¿El mundo desarrollado puede sobrevivir a sí mismo? Los países ricos, que han sustentado su propio estilo de desarrollo gracias a una distribución injusta de los recursos, ¿tendrán las capacidades para insertarse equitativamente en un macro-sistema enriquecido por una diversidad de experiencias ecológicas-culturales-económicas?

Una forma para prepararse a este posible, anhelado, nuevo orden mundial, sería desestructurar desde su interior los prejuicios y los privilegios de la cultura dominante, a través de estrategias educativas que formen nuevas generaciones con una mentalidad abierta, listas para convivencias constructivas y gratificantes en todo sentido, con conciencia de la propia identidad pero interesadas, curiosas y respetuosas hacia las demás. La alternativa son todos aquellos solapados y terroríficos preparativos de guerras más o menos «preventivas»²⁵. No nos hacemos ilusiones: soplan vientos en ambas direcciones...

Robert A. Dahl²⁶, politólogo norteamericano de fama mundial, profesor emérito en Yale, en su ensayo sobre la igualdad política, «nos asusta» con una perspectiva que, si bien presentada en el contexto de otras posibilidades menos catastróficas, perfila –con un razonamiento de una lógica impecable– un futuro muy preocupante.

La mayoría de los observadores económicos –entre los cuales aquellos de *The Economist*, el prestigioso semanario londinense– anotan como también en EEUU la desigualdad en la renta crece a nive-

²⁵ Término «obsceno» que denuncia el colmo de la prepotencia y la abierta voluntad del uso de la fuerza para la imposición y el mantenimiento puro y simple de los propios privilegios. Guerras preventivas que en muchos casos significan solo eso: «Por si acaso –en el caso pretendieras tú, país objeto de mis deseos y mis particulares planes– hacer algo en tu propio beneficio, yo “grande país” te muevo guerra preventiva».

²⁶ Robert A. Dahl, *On political equality*, 2007. Es posible, escribe Dahl, que la igualdad crezca y prevalezca en todo el mundo, pero es también posible que se realice el escenario opuesto: «Predecir cuál de estos –u otros– futuros posibles prevalecerá, va más allá de mis capacidades. Pero tengo plena seguridad que el resultado puede ser fuertemente influido por las iniciativas y acciones tanto individuales como colectivas que nuestros descendientes escogerán emprender».

les nunca vistos desde los tiempos de la fiebre del oro (años ochenta del siglo XIX). Hace treinta años, los más ricos, el 1 por 100 de la población, tenían una renta 133 veces mayor de los más pobres, el 20 por 100 de la población. Hoy en día, calculada probablemente por defecto, aquella ventaja está en el orden de 200 veces más. En el mismo periodo, la retribución de los 100 ejecutivos más pagados, ha pasado de 39 a 1.000 veces el salario de un trabajador norteamericano de clase media.

En contextos de enormes desigualdades económicas, crecen también las desigualdades políticas y sociales, hasta niveles que pueden parecer «irreversibles». El poder sin cara ni fronteras de los super-ricos influye de formas muy variadas e incisivas, mientras la gente «común» se vuelve cada día menos capacitada para enfrentarse a un poder impersonal e inaprensible. Las personas situadas fuera de la estrechísima franja de privilegiados, no tienen ni el tiempo, ni la energía, la capacidad, la formación y la información para comprender los procesos de los cuales son partícipes y víctimas a la vez. Los costos –en términos de tiempo y recursos– de la participación política y de la adquisición de conocimientos, se vuelven tan altos que el ciudadano medio renuncia, termina por no comprar ni siquiera los periódicos; mira distraído los noticieros televisivos, mientras se vuelve presa de un pesimismo y un «poco me importa» extremadamente útiles al poder.

Paulatinamente se imponen los modelos de «Egolandia». No importa quién eres o qué sabes o qué quieres, te tienes que poner *al centro de la plaza*. Cualquier exceso, cualquier nimiedad, cualquier falta de todo –por eso mismo– es buena para intentar la espectacularización de sí mismo, pisando todos los demás con tácticas de «terrorismo». El YO en primer plano, a cualquier coste. Los espantosos abismos de ignorancia, inconsistencia y vulgaridad no constituyen ningún estorbo, al contrario, dan crédito. Los contenidos valen menos que cero. El propio cuerpo –y consecuentemente la cura que se le da y el estilo visual que se persigue– se ha vuelto el manifiesto de la voluntad de imponerse a los demás, de conquistar un lugar en el mundo y construir un proyecto de vida. Lujos inimaginables e indecorosos se ha vuelto aspiración común y totalmente lícita, frustrada, claramente, en la mayoría de los casos.

Por lo demás, la Democracia se desliza en forma indolora –como denuncia Noam Chomsky– hacia el «Espectáculo de la democracia». Los electores se transforman en público, y como público viene tratado con los mejores elementos del *marketing*. Mientras los verdaderos temas vitales para nuestra humana supervivencia quedan fuera del *show*, los fuegos artificiales de genéricos «cambios» se encargan de aturdir los potenciales electores.

Entre el final de los años sesenta y el comienzo de los setenta empieza una fase de reducción de la economía capitalista debido a la sobreproducción, crisis que cuestiona duramente las políticas económicas de crecimiento regulado de inspiración keynesiana. En los primeros años ochenta, los Estados Unidos e Inglaterra, impulsan la superación de la crisis desarrollando el modelo neoliberal e introduciendo, con cierta prepotencia, la filosofía del mercado como mecanismo central y absoluto.

Sólo el mercado define qué, cuánto y para quién se produce. En esta lógica, el mundo debe funcionar sin fronteras sea para el capital financiero como para las mercancías. Los capitales, anónimos, evaden responsabilidades en sus países de origen y, con mayor razón, en aquellos de paso. Se desmantela la capacidad del Estado para orientar la política económica, se aminoran las conquistas sociales de los decenios anteriores, se privatizan empresas que habían acumulado enormes potencialidades económicas (comunicación e infraestructuras sobre todo). Todo parecía ir bien. Ahora resulta que nuevos monstruos circulan en Europa.

Los «monstruos» son los nuevos comensales. Mientras la monstruosidad está en el empezar a ver «las limitaciones y los vicios» del mercado cuando otros emergen, demostrando todas las capacidades y las intenciones de querer sentarse a la mesa. La monstruosidad está en la atroz verdad que mientras por años se eliminaban –literalmente se destruyan– productos agrícolas para mantener alto su precio, enteras poblaciones estaban, y permanecen, subalimentadas.

En los años noventa, brillantes políticos, economistas y sindicalistas mexicanos y centroamericanos empezaron a evidenciar los problemas relativos al TLC (Tratado de Libre Comercio) con EEUU y Canadá (NAFTA en sus siglas inglés) y la Ampliación de la Inicia-

tiva de la Cuenca del Caribe, precisamente porque el desarrollo asimétrico entre ellos, jugaba a total ventaja de los países con las economías más competitivas. Pero aquellos eran años en los cuales no era tolerada ninguna voz que pusiera en duda la eficiencia reguladora del libre mercado; hoy en día las posiciones se han vuelto más matizadas y dialécticas.

Pero, actualmente, resulta cuanto menos curioso que, mientras en Europa muchos países revisan su actitud abierta hacia la globalización, se siga pretendiendo vender la idea de que, por ejemplo, un tratado de libre mercado entre la Unión Europea y América Latina²⁷ puede resolver los problemas del cambio climático y la pobreza en el mundo. Lo cual en estos tiempos suena un poco «hipócrita», sería como decir: «Sigan ustedes apuntando al neoliberalismo, abran sus mercados, mientras nosotros cerramos los nuestros».

El desarrollo histórico ha demostrado a qué límites de iniquidad y absurdidad ha podido llegar el sistema capitalista: unas riquezas nominales desmoronadas como castillos de arena, *managers* omnipotentes y sin embargo incapaces; dirigentes de haciendas que, aun culpables de sus quiebras, se retiran con unos «premios» cuya cifra resulta ofensivo repetir. Por no hablar de tantas situaciones de dramáticas que siguen afectando un número tan alto de personas que ninguna *pietas* y solidaridad logra abrazar y reconfortar.

Según datos de la FAO, en 2008 el número de personas con hambre en el mundo ha crecido de 850 a 925 millones a causa del aumento del precio de los alimentos, calculado en un 50 por 100 en el año 2008. El actual modelo de agricultura, las altas inversiones de capitales extranjeros en los países latinoamericanos y los monocultivos para la exportación, no priorizando el mercado interno, están entre las causas principales de los altos precios de los alimentos, del hambre y de la pobreza extrema.

Es necesario estudiar los alcances y las posibilidades de la soberanía alimentaria; fomentar el uso de la producción de un país para la alimentación de su población y no para combustible, o para las diversas especulaciones de las pocas grandes industrias alimentarias, que no son más de 11 en el mundo entero.

²⁷ Cumbre entre la Unión Europea y América Latina, mayo de 2008, Lima, Perú.

No es azaroso decir que las «finanzas canallas»²⁸ son las responsables de haber aumentado en cien millones los nuevos hambrientos en el mundo; y que las grandes empresas y compañías son sustancialmente insensibles a los problemas de la sostenibilidad ambiental. Los países ricos no han sido capaces de financiar en el espacio de 10 años las agriculturas pobres del Sur del mundo, sin embargo en 15 días, en el 2009, para salvar un sistema bancario infectado por aquellas «finanzas canallas», las mismas comunidades políticas han encontrado 2 mil billones de dólares.

Simultáneamente, como denuncia Klaus Werner-Lobo²⁹, 2009 es el primer año en la historia en el cual un billón de personas vive en permanente estado de necesidad. Nunca antes, a pesar de todas las crueldades y rigores de la convivencia humana, el 2 por 100 de la población mundial poseía el 50 por 100 de la riqueza global, mientras el 50 por 100 de la población se divide el 1 por 100 de la misma riqueza.

Una de las operaciones más exitosas del siglo XX ha sido decretar la muerte de la ideología, en un periodo, que además, ha visto el incremento de las luchas religiosas, expresiones entre las más altas y puras (y a menudo más crueles y dramáticas) de la lucha ideológica. La ideología es la columna vertebral que nos mantiene erguidos –como género humano y como *homo sapiens*–, que nos permite mirar en los ojos del otro con una idea nuestra de humana convivencia, de posible desarrollo. La ideología es una estructura densa, que otorga una íntima coherencia a cualquier proyecto, y por supuesto también a un programa de gobierno. Es ineludible. Decir que «la ideología está muerta», equivale casi a afirmar que «la filosofía está muerta». Será seguramente una pedantería el repetirlo (por su ob-

²⁸ Expresión de Eduardo Di Blasi, periodista, columnista del periódico italiano *L'Unità*.

²⁹ El austriaco Klaus Werner-Lobo –junto con Naomi Klein y Noam Chomsky– es una figura de relieve en la contestación a un cierto tipo de globalización. Sostiene que la «mala globalización» ha globalizado también racimos, fundamentalismos y xenofobias. Afirma pero que no habría que hablar de *No-global* y tampoco de *New global*. En su opinión, la palabra debería ser +*global*, en el sentido de querer más globalización para todos, pero de los derechos humanos, de los estándares socio-ecológicos, de la democracia. Últimamente ha publicado *El libro que las multinacionales nunca te harían leer*, Newton Compton, 2009.

viedad), pero la ideología es implícita en todas las acciones e iniciativas, tanto individuales como de cualquier grupo, y naturalmente de partidos y gobiernos, pero puede estar escondida, o sea no presente en la conciencia inmediata de las personas.

En síntesis, hay suficientes razones para expresar dudas acerca del hecho que *el capitalismo democrático sea el mejor sistema nunca concebido*³⁰, y que tampoco sea suficiente una simple «moralización» del capital para sanar situaciones que están frente al asombro y a la dolida preocupación de muchos.

La diversidad tiene amplios caminos para avanzar propuestas novedosas y experimentar soluciones más satisfactorias.

³⁰ Frase pronunciada por el ex presidente norteamericano George W. Bush en una de sus últimas intervenciones públicas.

10. SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN, CULTURA Y COOPERACIÓN AL DESARROLLO. MITOS, REALIDADES Y RAZONES PARA LA ESPERANZA

JAVIER BRUN
Fundación Interarts

Poco antes de comenzar estas líneas, he podido participar, conjuntamente con miles de personas, del lanzamiento en directo del último *gadget* de la factoría de Cupertino, el *iPad*. Una vez más, Steve Jobs, el visionario ídolo de la modernidad, que acuñara el término *think different*, ha conseguido, bajo su estudiada y sencilla imagen de pantalones tejanos y jersey de cuello cisne, encandilar a la comunidad mundial con un invento que, a decir de algunos expertos, está llamado a cambiar la relación de toda la humanidad con la lectura, el cine, la prensa, el entretenimiento y la información en general, de la misma manera en que antes lo hiciera con su iPod, respecto al consumo musical, o con el iPhone y las telecomunicaciones personales.

Y aquí, si el tema permitiera un tratamiento más frívolo, podríamos hacer un juego de palabras y parafrasear a Uderzo y Gosciny para decir, «toda la humanidad, no, ¡No! Una pequeña aldea gala se resiste a la ocupación. ¿Cómo es posible que el poderoso Imperio romano no pueda doblegar a esta pequeña aldea?».

Lamentablemente, el problema está en que esa pequeña aldea desconectada supone en la actualidad la mayoría de la población mundial, convertida en el *lumpen proletariado de la sociedad informacional*.

Internet, como es de dominio público, constituye el símbolo y la parte más visible de todo el proceso de la revolución tecnológica en nuestra experiencia cotidiana. Muchos ya no entenderían el mundo sin su existencia, o cuanto menos, ya no sería el mismo mundo. Posiblemente, ya no exista marcha atrás posible. En 2003, se calculaba que el número total de personas con acceso a internet ascendía a unos 600 millones de personas, cuando siete años atrás, apenas al-

canzaba la cantidad de 16 millones, y diez años antes, apenas alcanzaban los 2 millones. No obstante, esta cantidad se halla muy desigualmente distribuida en el mundo. Así, por zonas geográficas, se distribuiría de la siguiente manera:

TABLA 1. *Estadísticas usuarios de internet de 2009*

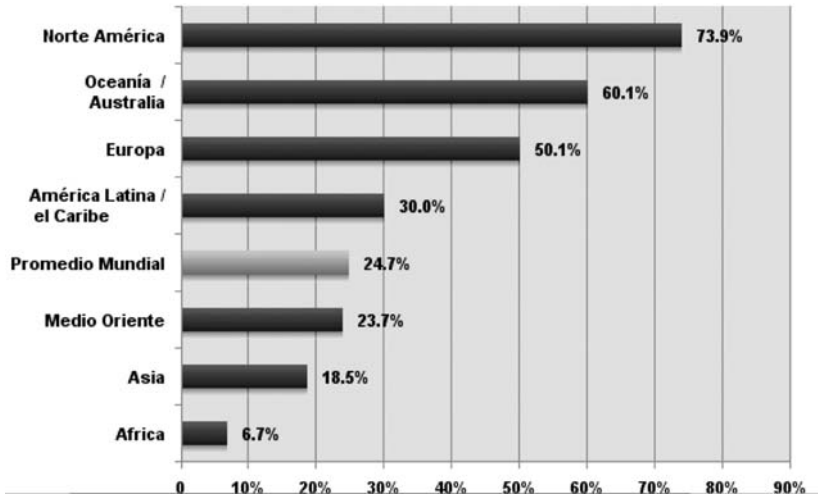
USUARIOS DE INTERNET (2009)	Usuarios, dato más reciente	% población (Penetración)	Crecimiento (2000-2009)	% uso mundial
África	67.371.700	6,8 %	1.392,4 %	3,9 %
Asia	738.257.230	19,4 %	545,9 %	42,6 %
Europa	418.029.796	52,0 %	297,8 %	24,1 %
Oriente Medio	57.425.046	28,3 %	1,648,2 %	3,3 %
Norteamérica	252.908.000	74,2 %	134,0 %	14,6 %
América Latina y Caribe	179.031.479	30,5 %	890,9 %	10,3 %
Oceanía	20.970.490	60,4 %	175,2 %	1,2 %
TOTAL MUNDIAL	1.733.993.741	25,6 %	380,3 %	100,0 %

FUENTE: Miniwatts Marketing Group, [www.exitosexportador.com], 30 de septiembre de 2009.

El resultado es que, aun obviando la desigual penetración del acceso a la información digital en distintas zonas del planeta, en un cómputo global, solamente una minoría –la cuarta parte concretamente– disfruta de lo que empieza a ser considerado derecho fundamental en algunos países, como es el caso del nuestro.

Naturalmente, el distinto peso demográfico hace que los resultados de usuarios de internet por regiones, aunque reales, nos den datos que puedan llamarnos a equívoco. Es importante saber que el 42 por 100 de los usuarios de internet provienen de Asia, pero aún es más significativo para nuestro propósito el porcentaje de penetración por regiones, ya señalado en la tabla anterior, pero que se ve de manera más elocuente en el gráfico siguiente:

GRÁFICO 1. *Penetración de internet en el mundo por regiones geográficas, junio de 2009*



El porcentaje de penetración de internet se basa en un estimado de 6.767.805.208 para la población mundial y de 1.668.870.408 usuarios de Internet a 30 de junio de 2009.

FUENTE: Éxito Exportador [www.exitoexportador.com/stast.htm].
© 2009, Miniwatts Marketing Group.

Al margen de la pequeña diferencia de resultados debido a los tres meses de diferencia entre unos datos y otros, lo importante es observar cuántas personas de cada 100 tienen acceso a los servicios que da internet, dependiendo de la región mundial que habiten.

Nuestra obligación, en especial si hablamos de cooperación al desarrollo, es analizar el fenómeno teniendo en cuenta estos parámetros. El resultado es una imagen que representa la desigualdad existente en diferentes áreas del planeta, y aun dentro de cada área. Vemos claramente el significado de esa divisoria que, comúnmente, se denomina «brecha digital».

Ahora bien, aun aceptando la sensibilidad de quiénes se preocupan por este fenómeno, este análisis adolecería de una gran dosis de etnocentrismo (posiblemente no sería ésta la mejor expresión). La cuestión es que, por el hecho de que en los países del llamado

«norte» la penetración sea mucho mayor, no nos debe hacer perder vista esa otra fotografía, en relación con las cifras globales de Asia que mencionábamos antes, que explica en cierto modo la emergencia de nuevas potencias, como son Brasil, India o China. Estos países aparecen con un enorme peso específico en este dominio, a nivel mundial –hay más chinos, y tantos indios y brasileños, como europeos conectados– y, sin embargo, no refleja la enorme desigualdad existente en el seno de esas naciones y la falta de cohesión en este aspecto, que se une a inequidad tradicional.

La divisoria digital se manifiesta, tanto en términos absolutos de diferencia de porcentaje en cuanto a ciudadanos/as con acceso a internet entre un país y otro, como en el seno de cada uno de los países, entre zonas urbanas y rurales, entre personas de diferente poder adquisitivo, entre géneros, entre segmentos de edad, etcétera.

Produce una cierta inquietud comprobar que esta sociedad informacional coexiste en un mismo ámbito territorial con sociedades que ignoran este proceso. Ello hace posible que una determinada minoría en Lagos, Cantón, Ciudad de México, Nueva Delhi o São Paulo pertenezca a esa sociedad, que los aeropuertos jueguen el papel de exclusas/módem, que podamos hablar de una serie de características comunes entre las minorías conectadas de esta «ciudad mundial» de la que nos habló Manuel Castells, pero estas minorías coexisten junto a unas mayorías desconectadas, y cada vez más excluidas, en unas tensiones cada vez mayores en estos nuevos conglomerados urbanos, que se manifiestan también urbanísticamente en la nueva estructura de las ciudades, por ejemplo, en la proliferación de *gated communities* o condominios, esos espacios exclusivos protegidos y seguros, y la progresiva separación de estas clases respecto al resto de capas sociales, en el predominio de los centros comerciales, como nuevos y aún más asépticos *downtowns*, etcétera.

No obstante, a pesar de que el parámetro más conocido para mostrar esa desigualdad es el porcentaje de personas con acceso a internet, es decir, con posibilidad de acceso a la información, ello no llega a ofrecer la imagen completa que puede interesarnos.

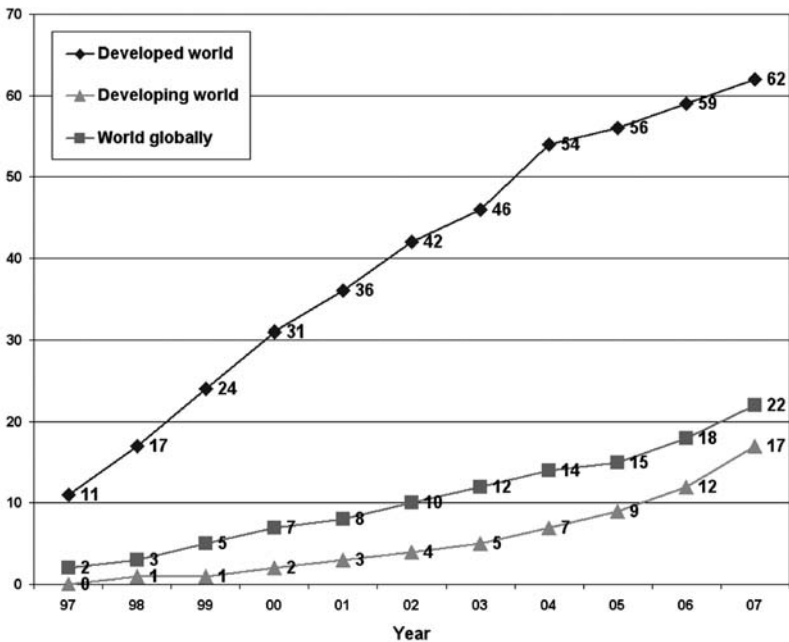
Podríamos preguntarnos si esta situación, que en absoluto es estática (ya hemos visto cómo en un pequeño lapso de 3 meses ya se dan cifras algo distintas a nivel mundial) evoluciona en favor de una ma-

yor armonización, o bien la tendencia es a profundizar en las divisoria planetarias.

Para ello nos podemos ayudar del gráfico siguiente, que analiza el proceso, a escala mundial, diferenciando la evolución entre los años 1997 y 2007 en los países desarrollados y los que están en vías de desarrollo.

El resultado nos arroja una diferencia mayor entre ambos grupos de naciones en cuanto a porcentaje de penetración al final de los 10 años, con una mayor pendiente de crecimiento en el mundo desarrollado. No obstante, en el último periodo parece detectarse una cierta aceleración, un repunte, entre los países en vías de desarrollo. La diferencia, sin embargo se manifiesta abismal, como puede verse:

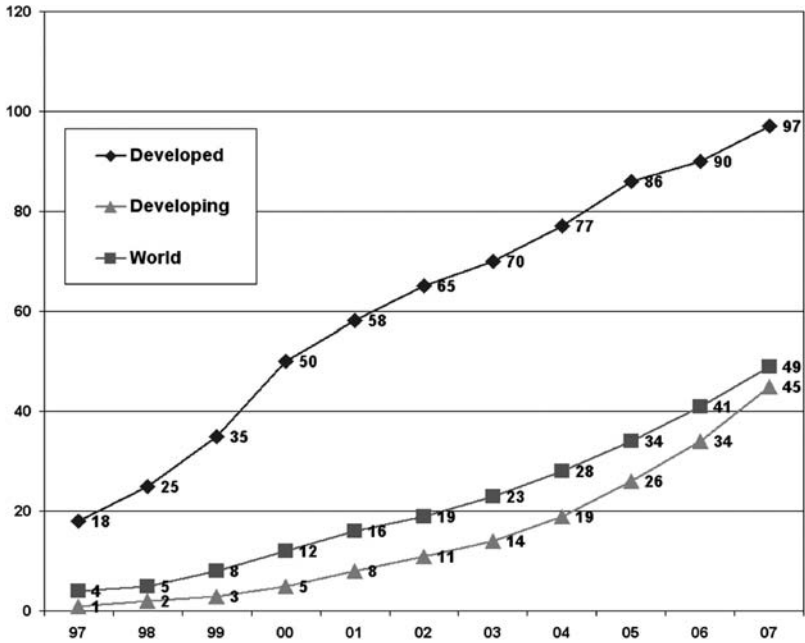
GRÁFICO 2. *Usuarios de internet por cada 100 habitantes, 1997-2007*



FUENTE: International Telecommunication Union (ITU), en [<http://www.itu.int/ITU-D/ict/statistics/ict/graphs/internet.jpg>].

Pese a los muchos, y no siempre desinteresados, esfuerzos que se han hecho por facilitar el acceso a internet en estas regiones desfa-

GRÁFICO 3. *Cientes de telefonía móvil por cada 100 habitantes, 1997-2007*



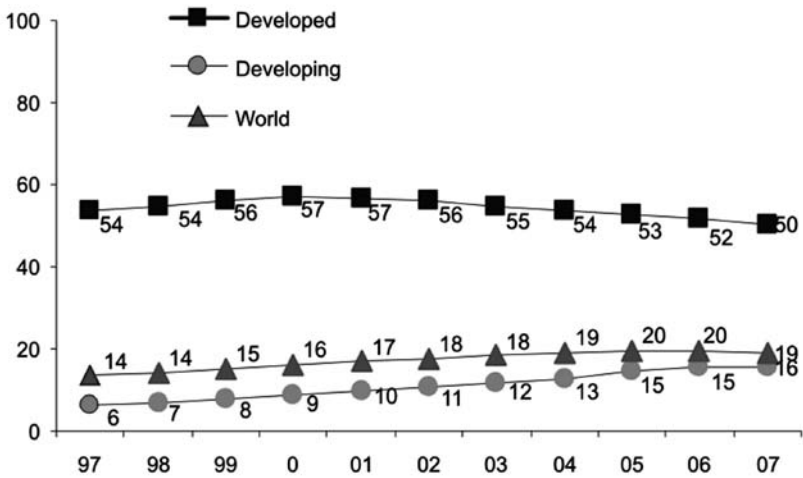
FUENTE: International Telecommunication Union (ITU), en [<http://www.itu.int/ITU-D/ict/statistics/ict/graphs/mobile.jpg>].

vorecidas, lo cierto es que en muchas ocasiones se choca con condicionantes de difícil resolución. Uno de los ejemplos es claro. ¿Cómo posibilitar el acceso a internet a amplias capas de la población que viven en territorios donde no está establecido el servicio telefónico de manera normalizada o, incluso, donde no hay siquiera suministro eléctrico?

En los últimos años, sin duda porque algunos avances tecnológicos lo han posibilitado, se han abierto nuevas vías de trabajo que exploran, como veremos, la implantación de tecnologías satelitales o, en mayor medida la aplicación de las redes inalámbricas de largo alcance y, especialmente, el acceso a través de los teléfonos móviles.

Sin duda, cada una de las alternativas tiene su aplicación óptima, pero es de destacar que, mientras la evolución de la penetración de la telefonía tradicional se ha ralentizado en las zonas desfavorecidas

GRÁFICO 4. *Líneas de teléfono fijo por cada 100 habitantes, 1997-2007*



FUENTE: International Telecommunication Union (ITU), en [<http://www.itu.int/ITU-D/ict/statistics/ict/graphs/fixed.jpg>].

el crecimiento del número de líneas de teléfonos móviles por cada 100 habitantes alcanza ratios muy importantes en los países en vías de desarrollo, acercándose a la mitad de la población y alcanzando zonas inaccesibles con las tecnologías tradicionales.

Sin duda, la experiencia de acceso a la información que hoy ofrece la red experimenta una tendencia a la diversificación y en un futuro próximo va a verse integrada en todo tipo de dispositivos, incluyendo la televisión y el ya mencionado teléfono móvil.

Pero no debemos dejarnos llevar por un falso optimismo, puesto que el balance es aún mucho más preocupante cuando se analiza la desigual creación de contenidos en la red, algo que puede mostrarse geográficamente de forma aproximada por el número de dominios alojados en cada zona geográfica, así como también por el tipo de contenidos que ofrecen.

Tampoco se trata de una medida exacta, pues contenidos producidos en un país pueden ser alojados en otro, como tampoco por los dominios registrados podríamos ofrecer un dato directo, ya que los dominios temáticos o los .com, .net, .info, .org, etc. distorsionarían los resultados primarios.

Sin embargo, la imagen que ofrece la tabla siguiente es suficientemente elocuente del desequilibrio que se da en el mundo digital en referencia a la presencia y dominio del mismo. El caso de España, ni se refleja, al estar situada en el número 21 del *ranking*, justo detrás de Suiza.

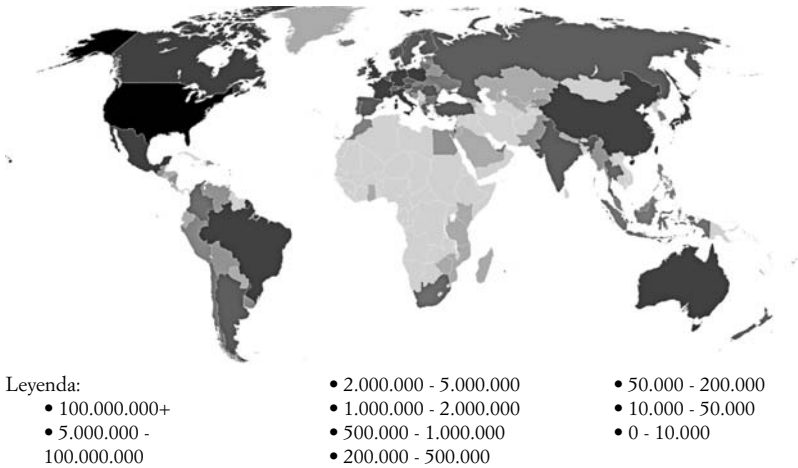
TABLA 2. *Servidores de internet por países*

País	% sobre el total mundial
Estados Unidos	56,8%
Japón	7,2 %
Alemania	4,1 %
Italia	3,2 %
China	2,6 %
Australia	2 %
Países Bajos	2 %
México	1,9 %
Brasil	1,7 %
Reino Unido	1,5 %
Polonia	1,4 %
Taiwán	0,9 %
Canadá	0,9 %
Rusia	0,9 %
Finlandia	0,7 %
Bélgica	0,7 %
Argentina	0,7 %
Dinamarca	0,7 %
Suecia	0,6 %
Suiza	0,6 %

FUENTE: NationMaster.com, datos de 2009, en [<http://www.nationmaster.com/cat/int>].

Y, naturalmente se puede analizar, desde una perspectiva más cultural, a partir de la presencia de los distintos idiomas en la red, cuyos principales datos están reflejados en el siguiente gráfico:

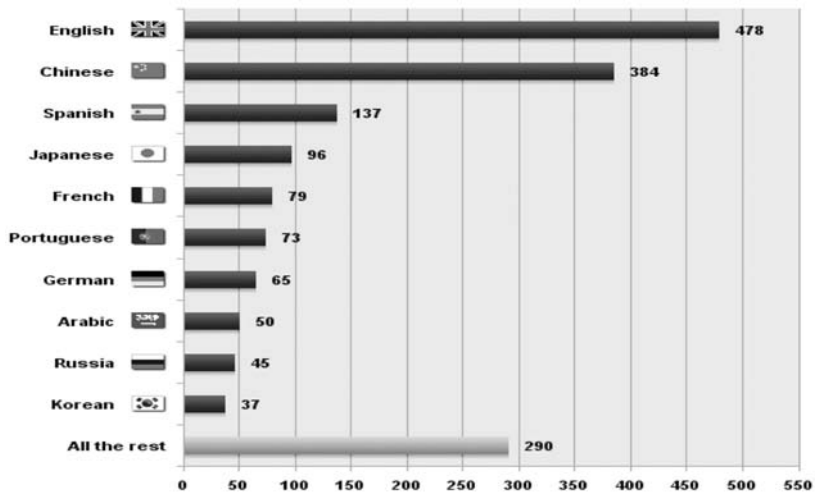
GRÁFICO 5. *Servidores de internet por países*



FUENTE: elaborado a partir de los datos de CIA's World Factbook, por *Addicted04*, en [http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Internet_Hosts.svg], 17 de septiembre de 2009.

Publicado bajo licencia de Creative Commons.

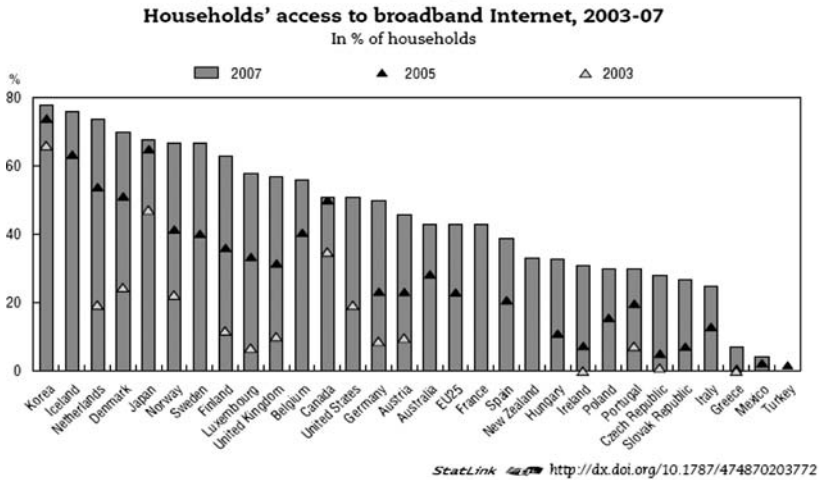
GRÁFICO 6. *Los 10 lenguajes más usados en internet (en millones de usuarios)*



FUENTE: Internet World Stats, en [www.internetworldstats.com/stats7.htm].

© Miniwatts Marketing Group, 2009

GRÁFICO 7. Hogares con acceso a internet por banda ancha, 2003-2007



FUENTE: StatLink

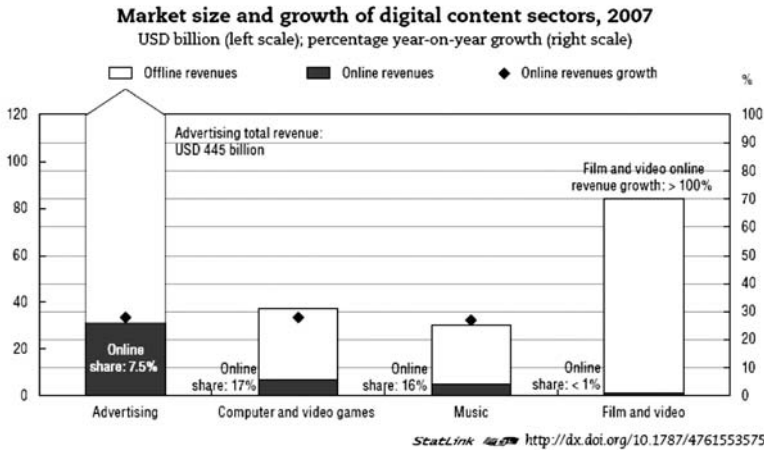
Lo mismo podríamos decir de la penetración de la banda ancha. A continuación se presenta un *ranking* entre los países de la OCDE (las diferencias son notables incluso cuando no valoramos países en vías de desarrollo).

Los elementos más utilizados entre las herramientas de información y comunicación que nos ofrecen las TIC son, sin duda alguna, el correo electrónico –e-mail–, así como el *world wide web*. No obstante, existen diferencias entre el uso en cuanto a la edad de los usuarios, siendo las herramientas de comunicación tipo *chat* muy populares entre la población más joven, como es de dominio público.

La anteriormente considerada penetración de la banda ancha también está produciendo un cambio en los usos de internet, incrementando actividades tales como acceso a radio y televisión vía web, juegos en línea, banca electrónica, mensajería instantánea voz sobre IP, reservas de viajes y hoteles, etc., como se puede ver en el gráfico que ofrece StatLink¹, en el que se marca la diferencia de porcentaje de estas actividades entre usuarios con y sin banda ancha.

¹ En [<http://dx.doi.org/10.1787/475315134884>].

GRÁFICO 8. *Tamaño y crecimiento del mercado de contenidos digitales, 2007*



FUENTE: StatLink

Un cambio de estos usos que permiten –en el mundo desarrollado– unos usos de consumo cultural domésticos cada vez más competitivos con la experiencia tradicional de acudir a acontecimientos culturales. Así, Intel Corporation, en un estudio realizado en 2005 con personas de la Unión Europea entre 16 a 65 años, marcaba entre un 20 por 100 y 30 por 100 –según países– de los mismos que afirmaban acudir menos al cine, entre un 4 por 100 y un 11 por 100 que acudían menos al teatro, entre un 3 por 100 y un 13 por 100, que iban menos a conciertos en vivo (Intel, 2005).

Y, naturalmente, tras la infraestructura y la popularización del uso, viene el negocio derivado de la explotación de los contenidos. Seguramente por ello, por el interés derivado, tanto en el negocio del cobro por el acceso, como por el suministro de contenidos de entretenimiento, es por lo que la mayor parte de los estudios y estadísticas que han trascendido habitualmente han hecho énfasis, por un lado en la conexión o no (el negocio de los proveedores de acceso) y, más recientemente, en la penetración de la banda ancha (el mismo negocio, más el de las majors suministradoras de contenidos on-line). Naturalmente, sin olvidar la gran fuente de riqueza que está detrás de la falsa gratuidad de internet: la publicidad.

Y, sin embargo, poco se ha hablado todavía, comparativamente, sobre el uso que hace la población de estos recursos, en especial si ese uso no es fuente de negocio debido al bajo poder adquisitivo de los consumidores.

Aunque parezca que estamos dando por sentado que es muy importante vivir en conexión a la red, sería no menos importante saber por qué decimos eso, o, lo que es lo mismo, de qué manera ha influido este uso de las TIC en nuestra vida cotidiana.

La brecha digital representa una pérdida de posibilidades para mejorar las vidas de las personas a través de las tecnologías de la información y la comunicación. Esto es una afirmación que se ha tomado como un axioma, pero convendría todavía aclarar por qué no se pone en tela de juicio y por qué no se reflexiona de manera más profunda sobre la misma, de manera que podamos orientar nuestras intervenciones, especialmente en lo referente a la cultura, que es el tema que nos ocupa.

Quizá, por eso, Armand Mattellard afirmaba hace unos años: «A eso es a lo que me opongo, a la forma que se nos propone para implantar la llamada sociedad de la información, que nos presentan como si aportara más democracia, más prosperidad, etc. Es importante comprender que la noción de sociedad de la información que se ha popularizado se refiere a un proyecto concreto que, a mi juicio, no beneficia a la mayoría, sino que está construido, precisamente, sobre el mito de que va a beneficiar a la gran mayoría. Es una creencia que, desde sus comienzos, ha acompañado a las tecnologías de comunicación a distancia» (Mattellard, 2002, p. 166).

LECTURAS ALTERNATIVAS DE LA BRECHA DIGITAL

La falta de acceso a internet por parte la población no se puede justificar con una sola razón, ni intentar paliarla linealmente con una única solución. Las razones (y por ello las formas de resolverlo) son múltiples, distintas para cada caso, aunque se pueden identificar varias principales y, lógicamente, pueden ser acumulativas en algunos segmentos de la población. Sin ninguna duda, la combinación entre falta de infraestructura pero, sobre todo, falta de apropiación y analfabetismo digital serían las principales.

De manera creciente, algunos autores identifican la brecha digital, no tanto con la posesión o no de un ordenador personal, o el hecho de que llegue o no una conexión a internet a un determinado territorio, sino que cada vez ponen más énfasis sobre la funcionalidad del mismo. Naturalmente, la conexión es un requisito, aunque su presencia no basta, y resulta especialmente sangrante que incluso el coste al usuario suele ser en términos absolutos, más elevado en las zonas que son más desfavorecidas. En términos generales, es más caro el acceso a internet en África, de lo que es en los países desarrollados de Europa.

En esa línea, Tony Hernández, del Departamento de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad Carlos III de Madrid, aclara cómo el concepto mismo de la brecha digital, contra lo que se suele creer, «surgió en el seno de los países más desarrollados para referirse a aquellos ciudadanos que teniendo la posibilidad y los medios para acceder a internet no lo hacían o no podían hacerlo por diversas causas. La preocupación por la brecha digital que se abría en los países menos desarrollados no tuvo su reflejo hasta algunos años más tarde. El concepto de brecha digital y los primeros estudios surgieron a finales de los años noventa, inmediatamente después de que internet comenzara a expandirse como medio de comunicación y, sobre todo, como medio de intercambio comercial» (Hernández, 2004, p. 1).

Como afirma el mismo autor, «el acceso a la información implica que los usuarios sientan la utilidad de la red, o sea, que esté en un idioma que puedan entender, que sea de interés y que además sean capaces de entender y de aprehender lo que se les ofrece» (Hernández, 2004, p. 13).

Es necesario, pues, un trabajo prioritario de alfabetización desde distintos aspectos, especialmente una vía doble, la que tiene que ver con el uso de los recursos informáticos, los ordenadores, las tecnologías, pero, del mismo modo, una alfabetización que tiene que se relaciona con el uso, manejo y gestión de la propia información a la que se accede.

Es por ello por lo que numerosos proyectos de cooperación han incidido en los últimos años en la creación de telecentros y bibliotecas que hagan de mediadores entre estos recursos y la población excluida.

O, en otras palabras, «los indicadores del grado de desarrollo de una sociedad de la información no deben limitarse a las herramientas disponibles, lo importante es el uso que la gente hace de dichos instrumentos TIC» (Echeverría, 2008, p. 176).

BRASIL, UN CASO A SEGUIR DE CERCA

Tanto si miramos los diversos gráficos y tablas presentadas referentes a usuarios de internet por país, como por porcentaje, como la que tiene que ver con las lenguas más usadas en la red, nos llama poderosamente la atención la evolución que han tenido estos parámetros en Brasil. No se nos puede escapar que si el portugués es el sexto idioma más utilizado en la red ello se debe principalmente a este país, y no tanto a la antigua metrópoli o el resto de las antiguas colonias.

El Centro de Estudos sobre as Tecnologias da Informação e da Comunicação (CETIC), ofrecía en sus últimas estadísticas publicadas que, en noviembre 2008, el 39 por 100 de la población brasileña utilizaba internet, porcentaje que sufre variaciones significativas si hablamos de población urbana (43 por 100), o rural (18 por 100), o si nos fijamos en alguna de las franjas de edad, como es la de 16 a 24 años (69 por 100), pero con poca distorsión en cuanto a cuestiones de género (41 por 100 frente a 38 por 100). Un 25 por 100 de los hogares tenía ordenador (CETIC.br., 2009).

En estas cifras, el hecho de que estén también desagregadas por lugares de acceso individual a internet más frecuente, nos permite ver que, en zonas urbanas haya un 35 por 100 que accede desde lugares públicos de pago, una cifra similar desde casa (36 por 100), frente a sólo un 1 por 100 lo hace desde lugares públicos gratuitos (CETIC.br., 2009).

Estos datos son coherentes con la observación que hace Tori Holmes con datos del observatorio de las favelas: «Hay indicadores de que ahora mismo esta demanda de puntos de acceso en las favelas se asume, al menos en parte, gracias a la expansión de las *lan houses*. Por ejemplo, se estima que hay unas 150 *lan houses*, sólo en el complejo de favelas Maré de Río, que tiene una población de de 130.000 personas», (Holmes, 2009, p. 1). Con esta afirmación y los

datos en la mano, la autora argumenta que no parece ser el económico el determinante para una falta de uso de internet, sino, en primer lugar, la carencia de lugares próximos para ello.

Otro de los motivos que parece estar detrás del crecientemente activo papel que asume la población brasileña en referencia a internet es el uso de las redes sociales, en especial Orkut, que está jugando un rol fundamental en este proceso de apropiación del que ya hemos hablado anteriormente. Citando una investigación de Jeremiah Spence², la autora se suma a la opinión de que «las destrezas y las capacidades (...) aprendidas gracias al uso de Orkut son elementos clave en el desarrollo de ciberalfabetismos y capital sociotécnico» (Holmes, 2009, p. 4).

¿REALMENTE LAS TIC SON UN ELEMENTO PRIORITARIO EN LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO?

En el prefacio del libro *Information Communication Technologies and Human Development* los autores recogen una ya conocida anécdota que data de los inicios de la Bill And Melinda Gates Foundation, en el marco de una conferencia sobre desarrollo, celebrada en Seattle en el año 2000. ¿Debemos invertir prioritariamente en Salud o en Tecnologías de la Información? La importancia de esta cuestión radica en que, el mismo Bill Gates, cuya cercanía a las TIC es de sobra conocida, dudaba y se planteaba esta diatriba, e incluso optó por dedicar prioritariamente la orientación de su recién creada fundación al ámbito sanitario.

Para Manuel Acevedo, una de las principales referencias en el campo de las tecnologías de la información en relación con el desarrollo humano, estamos ante un falso dilema por tres motivos:

- a) se mezclan necesidades con herramientas: la herramienta puede o no puede ayudar a satisfacer la necesidad, pero desde luego no es una alternativa apta de ser considerada. Esto se ilustra más claramente si la pregunta fuera ¿salud o rayos X?

² J. Spence, «Orkut: a catalysis for the Brazilian internaut», en *Internet Research 8.0*, Association of Internet Researchers, Vancouver, 2007.

- b) La simplificación que conlleva ignorar los efectos de sistema que son característicos en el desarrollo. (...) Acciones sobre un área (salud) tendrán efectos sobre otros (educación, generación de ingresos, participación ciudadana, etc.) y viceversa.
- c) El desarrollo humano precisa de información y de su conversión a conocimiento. Las TIC ayudan a conseguir, procesar, analizar, almacenar y (hoy más que nunca) a comunicar la información (Acevedo, 2004, p. 23)

Quien sea sensible a la importancia del binomio cultura y desarrollo en materia de cooperación conocerá varios de estos falsos dilemas. Sabemos que la cultura es necesaria para la vida de las personas y también somos conscientes que es necesaria una intervención que considere todos los aspectos sensibles del sistema que constituye una sociedad en vías de desarrollo. Las intervenciones parciales pueden resolver situaciones transitorias, emergencias, pero no son útiles para resolver la situación integral de un determinado territorio o comunidad. Hoy, más que nunca, las estrategias de cooperación al desarrollo tienen que contemplar escenarios temporales, al menos a medio plazo y no caer en el cortoplacismo que ha sido moneda de cambio en anteriores etapas.

Y si hemos defendido el discurso de la doble importancia de la cultura, como bien en sí mismo, pero también utilitariamente, en el caso de las TIC, herramienta fundamental en todos los procesos económicos y sociales en la actualidad, la necesidad de su incorporación en las estrategias de desarrollo está fuera de toda duda.

En ese sentido, el propio Acevedo sostiene que, «en general, el valor de la información para el desarrollo humano depende, por un lado, de su contribución a la expansión de opciones y libertades, el resultado último del desarrollo humano» (Acevedo, 2006, p. 2), y nos recuerda que «el octavo Objetivo de Desarrollo del Milenio, relativo al partenariado mundial para el desarrollo (la meta de los países ricos), incluye un objetivo referido al uso generalizado de las TIC. El Grupo de Tareas sobre las TIC de las Naciones Unidas (UN ICT Task Force) preparó para la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información un estudio sobre aplicaciones de las TIC a cada una de dichas Metas [UN ICT Task Force, 2003]» (Acevedo, 2006, p. 3).

Esta implicación, recuerda el autor, está en relación con los objetivos sostenidos por Amartya Sen, «es decir, el desarrollo humano como aumento de las opciones y libertades para una mayor calidad de vida» (Acevedo, 2006, p. 7).

En una línea similar, Blake L. White cita el informe del Banco Mundial del año 2000, en el que señalaba algunas de las razones por las cuales las TIC son cruciales para la lucha contra la pobreza:

- Estimulan el crecimiento económico.
- Crean bienestar y mejoran los servicios para los desfavorecidos.
- Aumentan los ingresos de los pobres abriendo y mejorando los mercados.
- Ofrecen un canal a través del cual las voces de los desfavorecidos pueden ser oídas.
- Aceleran las alertas y las respuestas a las amenazas a la seguridad, como desastres naturales, problemas medioambientales, cosechas fallidas y epidemias.
- Con las TIC, los países aumentan la productividad de otros sectores, incluyendo los servicios sociales.
- Sin TIC, los países agravan el retraso en su lucha contra la pobreza.
- Hoy en día, la elección no puede ser salud o TIC, educación o TIC, tiene que ser salud, educación y TIC (White, 2006, p. 55) (traducción propia).

Pero, dado como el trabajo a partir de las TIC es necesario en todos los frentes, a pesar de que insuficientemente según muchos autores, lo podemos encontrar de una manera transversal en las distintas estrategias de cooperación, ligado a elementos como los ya expresados, productividad, comercio, salud, educación, prevención de catástrofes, etc., puesto que, como ya hemos indicado anteriormente, –y en contra de lo que podría parecer por el énfasis de muchos gobiernos y entidades privadas– predomina su carácter utilitario, de herramienta al servicio de otras políticas de desarrollo.

En ese sentido, cabría introducir quizá la pregunta más compleja de responder y la que tiene más sentido en el ámbito de este trabajo:

¿En qué punto interviene de manera decisiva la cultura para convertir el binomio *TIC – Cooperación al Desarrollo* en un triángulo virtuoso *C + D + TIC*?

Observando el fenómeno de la digitalización e interconexión a escala mundial que ha supuesto la revolución informacional, los actores del mundo de la cultura, por propia deriva profesional hemos tendido a identificar como «cultural» todo el desarrollo de internet. Esto es, sin duda alguna, un resultado de la mediatización de los propios observadores. Sin embargo, esta afirmación no se sustenta más que como una reproducción en el mundo virtual del concepto puramente antropológico de la palabra cultura, llevado a sus últimas consecuencias.

Evidentemente, internet es en sí un «artefacto cultural» y hay una forma etnográfica de acercarse al mismo. Pero posiblemente este acercamiento tiene poco que aportar de cara a determinar de qué manera puede contribuir la cooperación cultural, de la mano de las tecnologías de la información, al desarrollo de las comunidades o países desfavorecidos.

La misma percepción de que «todo en internet es cultura» la podría tener un profesional de la cooperación en materia de educación, de sanidad, de emprendimiento, de género. Sus lecturas más inmediatas serían: «todo en internet está relacionado con la educación, con la sanidad, con el mundo de la empresa, todo internet tiene una lectura de género...» y nos llevaría a considerar algo real, pero quizá poco útil a nuestro propósito: que internet no es más que otra lectura del mundo, en el que se reproducen roles, problemas, expresiones, actividades, o como mejor definió psicóloga social Sherry Turkle, en palabras de un miembro activo de comunidades virtuales: «la vida real es sólo una ventana más, y normalmente no es la mejor» (Turkle, 1995).

La primera de las respuestas de la importancia de unir cooperación cultural y tics la podemos encontrar por el mero hecho de identificar internet como un sistema, como un mundo en el que debemos preservar la diversidad cultural, de la misma manera como sabemos que es preciso defender en la vida cotidiana, en todos los planos de la misma. Una cultura que no existe en internet está sin duda llamada a desaparecer.

Como indican algunos autores, «la existencia de una brecha digital supone muchas veces también la existencia de una brecha cultural, la prevalencia de unos valores y modelos sociales sobre otros; una brecha lingüística, la prevalencia de un idioma sobre otro en la red; una brecha generacional; la prevalencia de usuarios de cierta edad sobre otros, etc.» (Hernández, 2004, p. 2).

Sin duda, por buscar un enfoque metodológico, se debería plantear el análisis del problema desde el respeto a los diversos derechos culturales en internet, empezando por los más básicos y globales, es decir, el derecho a la presencia y expresión de la propia cultura en la red, así como el derecho al acceso a la cultura que está presente en la misma. A continuación deberíamos ir desgranando a partir de ellos el resto de enfoques y desarrollos de los mismos.

Por poner un ejemplo, asumir una de las categorizaciones de derechos culturales, por ejemplo la que propone Stephen Marks (Marks, 2003), recogida por Annamari Laaksonen (Laaksonen, 2005):

1. Derecho a la identidad cultural, incluyendo la libertad de la determinación del futuro cultural.
2. Participación en la vida cultural.
3. Conservación y difusión de la cultura.
4. Protección de la propiedad cultural.
5. Derechos de los creadores, los intérpretes y los artistas.

Y, a continuación, estudiar de qué manera son vulnerados en las distintas vertientes que tiene la red como vehículo de información, medio de comunicación, archivo o como el espacio público «glocal» que es, a pesar de su virtualidad.

Dado que no nos encontramos en un entorno puramente académico, bastará con citar algunos de los aspectos más relevantes de entre los muchos que podríamos repasar sistemáticamente.

La primera manifestación de todo ello la hemos podido ver anteriormente y está íntimamente vinculada a la pervivencia de las lenguas, minoritarias y no. Entrando en detalle sobre las cifras de la penetración de los distintos idiomas en internet, podemos presentar la siguiente tabla:

TABLA 3. *Los 10 idiomas más usados en internet*

IDIOMAS USADOS EN INTERNET	Usuarios de Internet (por Idioma)	Penetración en Internet (por Idioma)	Crecimiento en Internet (2000 - 2009)	% del total de usuarios en Internet	Población mundial que habla este idioma (estimación 2009)
Inglés	478.442.379	37,9 %	237,0 %	27,6 %	1.263.830.976
Chino	383.650.713	27,9 %	1.087,7 %	22,1 %	1.373.859.774
Español	136.524.063	33,2 %	650,9 %	7,9 %	411.631.985
Japonés	95.979.000	75,5 %	103,9 %	5,5 %	127.078.679
Francés	78.972.116	18,6 %	547,4 %	4,6 %	425.622.855
Portugués	73.052.600	29,5 %	864,3 %	4,2 %	247.223.493
Alemán	64.593.535	67,0 %	133,2 %	3,7 %	96.389.702
Árabe	50.422.300	17,3 %	1.907,9 %	2,9 %	291.798.743
Ruso	45.250.000	32,3 %	1.359,7 %	2,6 %	140.041.247
Coreano	37.475.800	52,7 %	96,8 %	2,2 %	71.174.317
Total 10 Lenguas más usadas	1.444.362.506	32,5 %	363,5 %	83,3 %	4.448.651.771
Resto de las lenguas	289.631.235	12,5 %	487,1 %	16,7 %	2.319.153.437
Total Mundial	1.733.993.741	25,6 %	380,3 %	100,0 %	6.767.805.208

FUENTE: Internet World Stats, Miniwatts Marketing Group, en [<http://www.internet-worldstats.com/stats.htm>].

A pesar de todo, de estos datos podemos sacar algunos elementos para la esperanza. Al ya sabido dominio de la lengua inglesa en internet, hay que oponerle el fuerte crecimiento que han experimentado en esta última década idiomas como el chino, el español, el árabe, el portugués, el ruso y una lengua que no aparece en este ranking, como es el hindi. Ello es una buena noticia, no sólo desde un punto de vista cultural, sino por las facilidades de acceso que supone la existencia de contenidos en el idioma propio para amplias comunidades. Bien es cierto que se debe matizar que este creci-

miento se produce en algunos casos a partir de cifras iniciales excepcionalmente bajas, y que, por otro lado, seguimos refiriéndonos a las lenguas de mayor uso mundial, cuando la situación más crítica sigue estando en los cientos de lenguas en peligro de desaparición existentes en el Mundo.

Javier Echeverría, al abordar esta problemática, indica que «practicar una lengua en el espacio electrónico implica poder digitalizar, informatizar, hipertextualizar, telematizar y memorizar lo que unos y otros expresamos. La alfabetización digital implica nuevas competencias “lingüísticas”, que es preciso aprender si queremos expresarnos en el espacio electrónico. La apropiación social de las TIC pasa por la mediación de los idiomas, con la particularidad de que el sistema TIC transforma las lenguas conforme los hablantes (y escribientes) van haciendo suyas dichas tecnologías (...) Aquellas lenguas que sepan adaptarse a la estructura del nuevo espacio sobrevivirán y se desarrollarán en las sociedades de la información. Las que no lo logren, se verán relegadas, como ya ocurrió en el caso de las tradiciones orales que no dieron el salto al espacio impreso» (Echeverría, 2008, p. 181).

Naturalmente, eso supone un esfuerzo conjunto, en el que tienen que participar desde tecnólogos a lingüistas, pasando por creadores, pedagogos y un largo etcétera. La situación se ha visto agravada en unos primeros estadios en aquellos casos en los que las lenguas no comparten el sistema alfabético dominante, es decir, el alfabeto latino. Quienes hayan podido observar la experiencia de inmigrantes de lengua árabe intentando comunicarse por ordenador en nuestras bibliotecas públicas sabrán a lo que nos referimos.

Pero, aunque sea la parte más visible del problema, la presencia de un idioma en internet no deja de ser la punta del iceberg. Por importante que sea, una lengua es sólo un elemento más de lo que conforma un patrimonio y una señal de identidad de una comunidad cultural.

La necesaria presencia de una cultura en internet, para evitar su olvido o su desaparición en términos globales pasa por utilizar las tecnologías de la información y comunicación como una herramienta de primera importancia de cara a difundir el patrimonio de un grupo humano. Y, cuando decimos patrimonio, lo decimos en toda su extensión y variedades, material e inmaterial, muebles e inmuebles... Se tra-

ta de que los elementos constitutivos del patrimonio de una cultura en particular sean conocidos, consultables, estudiados difundidos, reelaborados, acrecentados y respetados, no sólo por los individuos externos a la misma, sino por los propios miembros de la comunidad. Ello contribuirá a su preservación, pero también a aumentar las motivaciones de acceder a contenidos digitales por parte de ese colectivo, como por su contribución a la mejora de su autoestima individual y colectiva.

Para visualizar la importancia de ello podemos extrapolar en el pasado pensando en lo acaecido con aquellas culturas que no contaron con idiomas que se plasmaran por escrito y que dependieron exclusivamente de la tradición oral.

El grado de profundidad del tratamiento de estos materiales dependerá del tipo de patrimonio del que estemos hablando. En algunos casos, el acceso a su digitalización permitirá aprehenderlos en toda su dimensión. En otros, cuando estemos hablando de objetos, obras de arte, edificios, no debemos olvidar que lo que se digitalizará y pondrá a disposición de manera universal será una mera representación de los mismos con vistas a su estudio y difusión, nunca será sustitutivo de la experiencia que supone la observación directa de un monumento, sitio o museo.

Sin embargo, en ocasiones, los caminos para que las culturas locales estén cada vez más presentes en internet, pueden requerir algunos rodeos inesperados, como ya vimos antes con el ejemplo de la utilización de Orkut en Brasil. Como bien señala Holmes, «los formuladores de políticas o los líderes de proyectos pueden definir o limitar el contenido local como contenido o información relacionado con los problemas locales o con ámbitos considerados cruciales para los grupos o individuos implicados, como la salud, o la educación o el medio ambiente. El contenido relacionado con el entretenimiento y el ocio puede no ser tan bien recibido en un escenario de proyectos, cosa que refuerza la idea de que, a menudo, hay un abismo entre los ideales de los proyectos de inclusión digital y las prácticas de usuarios reales. Como Schofield Clark descubrió en EEUU. Este escenario se puede observar en Brasil, donde el uso de Orkut se prohíbe o limita cada vez más en los telecentros. Pero también hay ejemplos en los que se ha adoptado Orkut para proyectos que trabajan con gente joven para el trabajo en red, el trabajo social

y la promoción social». Para terminar, recuperando una cita de Marianne Franklin² «en la que critica la investigación académica por haberse desentendido de las interacciones en línea informales y orgánicas de grupos que no son de elite en internet (como es el caso de los foros de debate o chats) y que considerar que estas interacciones son menos políticas, menos sociales o menos relevantes “perpetúa una representación de internet monolítica, monocultural y convertida en una mercancía”» (Holmes, 2009, p. 4).

Siguiendo con la lógica de los derechos culturales, entre las libertades culturales consagradas por las declaraciones universales y pactos internacionales, encontramos, tanto la libertad de expresión y de opinión, como la libertad de información.

Si obviamos por un momento la violación a las mismas que supone privar a tres cuartas partes de la población de estos dos derechos a través de la herramienta fundamental de nuestros días, nos podremos centrar en la lucha que en los últimos años se está dando sobre el control de la red, la censura de la misma, la persecución de los blogueros disidentes, las interferencias o suspensiones de los servicios de las redes de telefonía móvil para silenciar la información que sale al exterior de un país o el bloqueo de los servicios básicos de búsqueda.

Ejemplos característicos de ello han sido habituales en los últimos tiempos en los medios de comunicación: el hostigamiento continuo del gobierno cubano a Yoani Sánchez, redactora del ya conocido blog GeneraciónY³ y a su familia, la censura feroz impuesta por el régimen iraní para silenciar los movimientos de protesta desatados tras las últimas elecciones y que fueron sorteados por los jóvenes seguidores de la revolución verde, mediante el uso de sistemas como Twitter o Facebook y que tuvo sus momentos más críticos con la muerte de Neda Soltan. Irán es un país son 23 millones de internautas (la tercera parte de la población) y con 60.000 blogueros. Ya en víspera de las elecciones fueron censurados una decena de sitios internet vinculados con la oposición, y en los momentos más activos de las manifestaciones, se bloquearon o ralentizaron críticamente las conexiones a in-

² *Postcolonial Politics, the Internet, and Everyday Life*, Routledge, Londres, 2004.

³ En [<http://www.desdecuba.com/generaciony/>].

internet en las ciudades de Teherán, Ispahán y Shiraz, algo que se ha convertido en inseparable cada vez que hay movimientos de protesta en ese país. Las cuentas de Gmail o de Yahoo fueron suspendidas, los sitios críticos, redirigidos por los proveedores de internet locales, bajo orden gubernativa, a páginas progubernamentales. Y aún así llegaron informaciones, imágenes y vídeos de la represión mediante las conexiones móviles, Twitter, Youtube y Facebook, hasta que se cortaron las conexiones de las redes gsm, se detuvo a quienes tomaban imágenes con sus teléfonos móviles, etcétera.

Y es que internet, en su faceta más reciente de la Web 2.0 y servicios como los apuntados, se han convertido en un arma de primera importancia para sortear las políticas de silencio y represión informativa que aplican distintos países, al margen de ser un instrumento que en cualquiera de los contextos menos críticos favorece procesos de emancipación y gobernanza mediante el uso de elementos claramente culturales.

Es por ello por lo que colectivos como Reporteros Sin Fronteras, como ejemplo más activo no cejan en la denuncia de la persecución de la libre expresión a través de la red en múltiples países, elaborando incluso su propia lista negra sobre los 12 países enemigos de internet, lista que tienen el dudoso honor de integrar Arabia Saudí, Birmania, China, Corea del Norte, Cuba, Egipto, Irán, Siria, Túnez, Turkmenistán, Uzbekistán y Vietnam (RSF, 2010).

Siguiendo por la consideración de los nuevos formatos digitales como potentes medios de comunicación, encontramos numerosas experiencias que atestiguan usos emancipadores y que fomentan la participación de grupos excluidos. Es el caso de las radios o televisiones comunitarias. Es de destacar cómo las tecnologías digitales simplifican los procesos de grabación, edición y postproducción de los contenidos que son servidos localmente a través de emisoras convencionales, pero que también pueden ofrecerse a nivel mundial y servir de altavoz a las comunidades a través de formatos de *streaming* insertados en las webs, o bien mediante *podcast*, en forma de audio o de vídeo. Estos contenidos, a la vez pueden ser recogidos por otros medios con mayor implantación internacional y con mayores índices de *share*, que, además de permitir una mejor agilidad a los redactores, ejercen un efecto amplificador y diversifican la presencia cultural en contextos globales.

Para citar ejemplos de su utilización, podemos recurrir a AMARC, Asociación Mundial de Radios Comunitarias⁴, red con su sede central en Montreal y que agrupa a más de 4.000 emisoras comunitarias de 115 países en todos los continentes. Según su plan estratégico, la principal finalidad es «combatir la pobreza, la exclusión y falta de voz y promover la justicia social y desarrollo humano, sostenible, democrático y participativo».

ARC, Alliance des Radios Communautaires du Canada, afirma que «la radio comunitaria se ha convertido, con el pasar de los años, en una herramienta indispensable para el desarrollo de las comunidades. Las personas pueden reconocerse, identificarse y, además, comunicarse entre ellas». Es por lo que AMARC fija como propósito de su tarea la de «amplificar las voces de los excluidos y marginados a través de los medios comunitarios y las nuevas TIC de apoyar el acceso popular a las comunicaciones y defender y promover el desarrollo de la radio comunitaria mundial» (AMARC, 2007). Gran parte de sus miembros son extraordinariamente activos en resolver problemáticas derivadas de las cuestiones de género. La vicepresidenta de su Red Internacional de Mujeres, Mavic Cabrera-Balleza, ponía en acento, durante el Foro Social Mundial de Nairobi, en la «importancia de abordar temas como el SIDA, la violencia, el aborto y la participación política de las mujeres en la programación de las radios, porque son éstas las que llegan a las comunidades y colocan los temas entre la misma población» (Pulsar, 2007).

Y en otro orden de cosas, las tecnologías de la información se pueden utilizar también para servir al mundo una imagen distinta de la habitual sobre una comunidad o un territorio. Holmes cita algunos casos en esta línea: «Tanto capao.com, como Viva Favela, portal de una ONG que se centra en las Favelas de Rio de Janeiro, se crearon explícitamente con el objetivo de presentar una visión positiva de estos barrios en internet» (Holmes, 2009, p. 5).

En fin, otros muchos casos podrían ilustrar este documento para subrayar el carácter emancipador y decisivo en el desarrollo de las comunidades, en especial de aquéllas que se hallan en situaciones más difíciles, como también sería pertinente traer a colación la potencia

⁴ En [<http://www.amarc.org>].

de la relación entre formación y tecnologías de la información, tanto en lo que se refiere a la población de los países en los que se interviene a través de las acciones de cooperación al desarrollo, como en particular en el mundo de la gestión y las políticas culturales: la puesta en red de proyectos de temática similar, el favorecer marcos regionales de intervención asegurando una eficaz colaboración entre pares, entre socios locales de proyectos relacionados, permitir el acceso a recursos clave de información sobre los propios territorios y países, o sobre las temáticas a trabajar, el permitir visualizar ese trabajo en red que pueda ser identificado por otros actores para futuras colaboraciones... Sin embargo éstos son temas en los que ya se ha insistido profusamente en otras ocasiones y probablemente sea más necesario aprovechar este espacio para llamar la atención sobre otros ejes.

Dos son los aspectos que no deberían dejarse son tratar en este texto, aunque sea de manera sucinta, y que se hallan estrechamente relacionados. Por un lado, si centramos nuestro discurso en la necesidad de asegurar la expresión artística, tanto de las comunidades en su conjunto, como de los creadores que practican los lenguajes artísticos de manera principal en el seno de las mismas, hemos de tener muy en cuenta que las disciplinas del arte han vivido, como tantos aspectos de nuestro tiempo, una fuerte convulsión relacionada con la irrupción y el desarrollo de la sociedad de la información.

Las herramientas TIC han modificado la forma de expresión artística, dando a los creadores nuevas posibilidades. Éstas se podrían reconocer relacionándolas con los dos aspectos fundamentales de la revolución informacional:

1. La digitalización, es decir la conversión a formatos binarios, procesables informáticamente de muchos de los elementos con los que trabajaban anteriormente. Ello permite, primero, un mayor abanico de posibilidades creativas, así como de integración de medios. Alguien dijo que el *multimedia* en realidad era el «monomedio», es decir, que el audio, la imagen estática, el vídeo, la interacción, el texto coexistían en un mismo documento.
2. Estos documentos pueden procesarse con facilidad de formas antes no exploradas.

3. Estos medios, antes prohibitivos y sólo al alcance de grandes capitales y empresas especializadas, hoy en día se han popularizado y democratizado, con lo que se parte de una mayor equidad en los medios dedicados a la creación y producción artística.

Es de suma importancia que el imaginario de una población, en especial de su segmento juvenil, que se ve muy influenciado por los productos generados por los creadores y servidos por las industrias culturales, pueda nutrirse de la propia cosmovisión, de la reelaboración por parte de los miembros de sus propios países o culturas. También es importante que cada cultura tenga elementos y posibilidades para hacer lecturas contemporáneas de sus símbolos y legados.

Hemos dicho que la digitalización representa un eje de la revolución informacional. El otro, del que también hemos hablado, es la interconexión. Ésta permite cambiar los parámetros de los trabajos artísticos. Hoy en día es más posible que nunca crear colectivamente, sin que la distancia represente un condicionante insalvable. Hoy en día se piensan trabajos para que, de alguna forma tengan una vida propia e independiente del creador que lo impulsó en un principio. Hoy en día se hace arte pensando en las pantallas, en su consumo individualizado, en la interacción. El «net.art» puede que tuviera sus raíces en las prácticas de *mailart*, pero lo cierto es que ha realizado un camino propio lleno de matices y en el que vislumbra cada vez nuevos horizontes.

De la misma manera Javier Echeverría ve necesaria una adaptación de las lenguas para su supervivencia en la red, si se quiere asegurar la diversidad cultural, es preciso que las propias culturas encuentren sus caminos hacia la contemporaneidad y sean capaces de encontrar vías de expresión a través de estos nuevos formatos.

Si hace ya unos años Bombay surgió como un importante polo de creación cinematográfica, hoy en día tenemos la referencia de Lagos-Nollywood, con más de 1.000 películas artesanales producidas cada año en Nigeria, como un interesante fenómeno que, más allá de sus virtudes cinematográficas, ha conocido un éxito que no se podría entender en un contexto histórico y social distinto.

Y, llegados a este punto, es preciso hacer referencia a uno de los aspectos de mayor relevancia entre los que unen desarrollo, cultura

y tecnologías de la información. Nos referimos a la cada vez mayor importancia que tiene la producción y el comercio de los productos digitales culturales con respecto a la globalidad de la producción cultural de un país.

De entre todos los subsectores de las llamadas industrias creativas, los que están experimentando un mayor crecimiento son aquéllos vinculados en su producción y/o distribución a la sociedad de la información de una manera más definitoria. En la pasada conferencia «El sector cultural hoy, oportunidades, desafíos y respuestas», celebrada en Cartagena de Indias, Colombia, los días 10 y 11 de septiembre de 2009, fue claramente identificable cómo todas aquellas disciplinas o subsectores que se apartaban de esa premisa eran poco o nada considerados por la mayoría de los distintos panelistas.

Esta afirmación no es una crítica a los ponentes, sino que viene a ser una constatación de por dónde se observan las oportunidades de negocio. No debemos minusvalorar el potencial del patrimonio o la cultura tradicional o popular, o la artesanía, especialmente en relación con el fenómeno del turismo. Sin embargo lo que hoy en día se considera como fuente de ingresos está más relacionado con el comercio de productos cuya distribución puede beneficiarse de las redes telemáticas, de las cadenas de emisión de contenidos, etc., el cine, la animación, la televisión, la programación para móviles o dispositivos personales, el audiovisual en general, la literatura, los juegos de ordenador, la música –una vez sepa resituar su negocio sobre las cenizas de la industria del disco–, son los elementos que cuentan y que interesan a los inversores, conjuntamente con otros como el diseño, la moda en concreto, la publicidad... poco que decir de las artes escénicas, la cultura de proximidad, los servicios culturales, etcétera.

Paralelamente, hay que tener en cuenta que la propia situación económica y social de muchos de los países que participan de los proyectos de cooperación, no permite la emergencia de mercados internos suficientes como para soportar la importante nómina de creadores existentes en los mismos. De ahí que sea razonable pensar como una salida que pueda mantener un empresariado cultural local, la orientación de muchos de sus producciones y servicios hacia la exportación. Y, para ello, es necesario un intenso proceso de

apropiación de estas herramientas creativas de las que hablábamos antes, pero también de una amplia formación de los productores e intermediarios, distribuidores, comercializadores, etc. en procesos de internacionalización que pasan por su integración en los mecanismos de difusión derivados de la sociedad de la información.

Solamente de esta manera y favorecidos por una diversificación amplia de mercados y por la propia digitalización de la exhibición (cine, televisión, radio, lectura, contenidos integrados para dispositivos móviles,...) podremos asegurar, por un lado, la presencia de la creación de los países en vías de desarrollo, de sus propias culturas desfavorecidas, y la emergencia de un tejido empresarial indispensable localmente para ello; como también que la Red y todos sus elementos conexos les devuelvan a las comunidades una imagen en las que éstas se puedan identificar.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEVEDO, M. (2004), «Las TIC en las políticas de cooperación al desarrollo: hacia una nueva cooperación en la Sociedad Red», en *Cuadernos de Tecnología para el Desarrollo Humano 2*, Ingeniería Sin Fronteras Ed., Madrid, en [http://www.cuadernos.tpdh.org/file_upload/02_Manuel_Acevedo.pdf].
- (ed.) (2006a), *Information Communication Technologies and Human Development*, Idea Group Publishing.
- (2006b) *La integración de las Tecnologías de la Información y la Comunicación: Asignatura pendiente de la cooperación*, Coordinadora de ONG para el Desarrollo, en [http://www.congde.org/cuadernillo_TIC.pdf] (consultado el 14 de febrero de 2010).
- AGENCIA INFORMATIVA PÚLSAR (2007), «FSM: Mujeres, gobiernos y radios comunitarias», Asociación para el Progreso de las Comunicaciones (APC), en [<http://www.apc.org/es/blog/fsm-mujeres-gobiernos-y-radios-comunitarias>] (consultado el 24 de enero de 2010).
- AMARC (2007), *Plan Estratégico 2007-2010*, Asociación Mundial de Radios Comunitarias, Montreal, en [http://www.amarc.org/index.php?p=Plan_Estrat%C3%A9gico_2007-2010&l=ES] (consultado el 14 de marzo de 2010).
- BANCO MUNDIAL (2000), *Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000/2001*, Banco Mundial, Washington, en [<http://go.worldbank.org/7KWQQ1WVT0>] (consultado el 11 de marzo de 2010).

- CETIC.br (2009), *TIC DOMICÍLIOS e USUÁRIOS 2008 - TOTAL BRASIL*, en [<http://cetic.br/usuarios/tic/2008-total-brasil/rel-int-01.htm>] (consultado el 15 de marzo de 2010).
- ECHEVERRIA, J. (2008), «Apropiación social de las tecnologías de la información y la comunicación», *Revista CTS* 10/4, en [<http://oeibolivia.org/files/Volumen%204%20-%20N%C3%BAmero%2010/doss07.pdf>] (consultado el 31 de diciembre de 2009).
- (2009), «Cultura Digital y Memoria en Red», *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura* CLXXXV 737, en [<http://hdl.handle.net/10261/15121>] (consultado el 31 de diciembre de 2009).
- FISHMAN, J. (2001), «El nuevo orden lingüístico» *Digithum* 0, UOC, en [<http://digithum.uoc.edu/ojs/index.php/digithum/article/view/590>] (consultado el 9 de febrero de 2010).
- FRANKLIN, M. (2004), *Postcolonial Politics, the Internet, and Everyday Life: Pacific Traversals Online*, Routledge, Londres/Nueva York.
- HERNÁNDEZ, T. (2004), *El rol de las bibliotecas ante la brecha digital*, Colectivo Pez de Plata n.º 3, en [http://www.sld.cu/galerias/pdf/sitios/bmn/el_rol_de_las_bibliotecas_ante_la_brecha_digital.pdf] (consultado el 10 de enero de 2010).
- HOLMES, T. (2009), «Contingut local al Brasil: marc conceptual i implicacions metodològiques», *Digithum* 0, UOC, en [http://digithum.uoc.edu/ojs/index.php/digithum/article/view/n11_holmes] (consultado el 9 de febrero de 2010).
- INTEL CORPORATION (2005), «Informe de Intel sobre el estilo de vida digital», en [http://www.financialtech-mag.com/_docum/50_Documento2.pdf] [consultado el 9 de febrero de 2010].
- ITU (2004), «World Telecommunication/ICT Indicators Database», International Telecommunications Union, en [<http://www.itu.int/ITU-D/ict/statistics/maps.html>] (consultado el 10 de marzo de 2010).
- LAAKSONEN, A. (2005), «Measuring Cultural Exclusion through Participation in Cultural Life», Third Global Forum on Human Development: Defining and Measuring Cultural Exclusion, Interarts Foundation, en [http://www.culturalrights.net/descargas/drets_culturals135.pdf] (consultado el 13 de marzo de 2010).
- MARKS, S. (2003), «Defining Cultural Rights», en Morten Bergsmo (ed.), *Human Rights and Criminal Justice for the Down-trodden, Essays in honor of Asbjorn Eide*, Herndon, Marinus Nijhoff Publishers, en [http://www.hsph.harvard.edu/faculty/stephen-marks/files/spm_cultural_rights.pdf].
- MATELLARD, A. (2002), *Historia de la Sociedad de la Información*, Paidós, Barcelona.
- MELIÁN, V. (2009), «Los nuevos medios y las protestas en las sociedades híbridas», *Digithum* 0, UOC, en [<http://digithum.uoc.edu/ojs/index>].

- php/ digithum/article/view/n11_melian] (consultado el 9 de febrero de 2010).
- MINIWATTS MARKETING GROUP (2009), *Estadísticas Mundiales del Internet*, Miniwatts Marketing Group, en [<http://www.exitoexportador.com/stats.htm>] (consultado el 10 de marzo de 2010).
- NATION MASTER (2009), *World Statistics, Country Comparisons. Internet Statistics Hosts by country*, NationMaster.com, en [<http://www.nationmaster.com/cat/int>] (consultado el 10 de marzo de 2010).
- RSF (2009), «Bilan de six mois de répression massive contre les médias Reporteurs Sans Frontières», París, en [<http://www.rsf.org>] (consultado el 3 de febrero de 2010).
- (2010), «Journée mondiale contre la cyber-censure», Reporteurs Sans Frontières, Bureau Nouveauxmédias, en [http://www.rsf.org/IMG/article_PDF/Journee-mondiale-contre-la-cyber.pdf] (consultado el 13 de marzo de 2010).
- TURKLE, S. (1995), *Life on the Screen: Identity in the age of the Internet*, Simon and Schuster, Nueva York.
- WHITE, B. (2006), «The Requirements of Justice Arising from the “Digital Divide”», The Strategic Technology Institute, en [http://www.strategic-tech.org/images/Requirements_of_Justice_Arising_from_the_Digital_Divide.pdf] (consultado el 14 de febrero de 2010).

WEBLOGRAFÍA

- 1@+tú=1 «La Comunidad de la @» [<http://blog.1arroba1euro.org/>]
- AEDEV– Réduire la fracture numérique [<http://www.aedev.org/>]
- Agencia Púlsar – Agencia Informativa de ARMARC ALC [<http://www.agenciapulsar.org/tapa.php>]
- Asociación Mundial de Radios Comunitarias (AMARC) [<http://www.amarc.org/index.php?p=home&l=ES>]
- Asociación para el Progreso de las Comunicaciones (APC) [<http://www.apc.org/>]
- Bisharat’s kabissa.org Web Site – A language, technology, and development initiative [<http://www.bisharat.net/>]
- Chris Harrison Net [<http://www.chrisharrison.net/projects/Internet-Map/index.html>]
- Compartiendo Tics [<http://compartierendotics.blogia.com/>]
- Cooperación 2.0 [<http://encuentro.1arroba1euro.org/>]
- Derechos Digitales ONG [<http://www.derechosdigitales.org/>]
- Digital Divide – Mapping The Digital Divide [<http://ecommerce.hostip.info/pages/316/Digital-Divide-MAPPING-DIGITAL-DIVIDE.html>]

- El Blog de Javier Casal: junio 2009 [http://www.javiercasal.com/2009_06_01_archive.html]
- FlowingData – «World Internet City-to-City Connections and Density Maps» [<http://flowingdata.com/2008/04/01/world-internet-city-to-city-connections-and-density-maps/>]
- Free statistics [<http://www.itu.int/ITU-D/ict/statistics/>]
- FRONTLINE: Digital Nation – «Life on the virtual frontier» [http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/digitalnation/?utm_campaign=DigitalNation&utm_medium=BlogAds&utm_source=Eliza]
- Gestión Cultural 2.0. «La apropiación de herramientas derivadas del desarrollo de las NTICs» [<http://ticsygestioncultural.blogspot.com/>]
- InfoDev.org [<http://www.infodev.org/en/index.html>]
- Infosud [<http://www.uv.es/infosud/cas/recursosajenos.html>]
- Ingeniería Sin Fronteras [<http://www.isf.es/home/index.php>]
- International Institute for Communication and Development (IICD) – ONGD dedicada a la cooperación al desarrollo [<http://www.iicd.org/>]
- Internet Surveys [<http://www.nua.ie/surveys/>]
- Internet users statistics [<http://internet-statistics-guide.netfirms.com/>]
- Internet World Maps – Visualize Web Across Countries & Continents [<http://www.labnol.org/internet/favorites/world-atlas-internet-map-social-media/1489/>]
- Internetstats.com [<http://www.internetstats.com/>]
- IP address location, «Internet World Map 2007» [<http://www.ipligence.com/worldmap/>]
- Journalism.org [<http://www.stateofthedia.org/>]
- La Brecha Digital, «The State of the News Media 2005» [<http://www.la-brechadigital.org/la-brecha/index.php>]
- La Quadrature du Net [<http://www.laquadrature.net/fr>]
- Leodecerca.net, «Expresiones políticas del internet social» [<http://leodecerca.net/expresiones-politicas-del-internet-social/>]
- Mediaciones* [<http://eardevol.wordpress.com/>]
- Mediaciones [<http://www.mediaciones.net/>]
- Metaxu – Le blog de Philippe Quéau [<http://queau.eu/>]
- Observatorio para la CiberSociedad (OCS) [<http://www.cibersocietat.net/>]
- One Laptop per Child (OLPC) [<http://laptop.org/en/index.shtml>]
- Openspectrum.info [<http://www.openspectrum.info/>]
- Overmundo [<http://www.overmundo.com.br/>]
- Philippe Aigrain, «Part by part on-line edition» [http://paigrain.debatpublic.net/?page_id=171]
- PNUD – Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Estadísticas. Informes sobre Desarrollo Humano (IDH) [<http://hdr.undp.org/es/estadisticas/datos/>]

Proyecto Ágora – Fundación Casa del Bosque, «A TV/Web report on the digital revolution and how it's changing our lives» [http://proyectoagora.org/casa_del_bosque]

Reporters Sans Frontières (RSF) [<http://www.rsf.org/>]

Screenville: World Cinema Stats [<http://screenville.blogspot.com/2010/01/world-cinema-stats-index.html>]

Telecentre.org [<http://telecentre-comunidad.ning.com/>]

The ISC Domain Survey | Internet Systems Consortium [<https://www.isc.org/solutions/survey>]

The Open Knowledge Foundation [<http://www.okfn.org/>]

UNESCO Observatory on the Information Society [<http://www.unesco-ci.org/cgi-bin/portals/information-society/page.cgi?d=1>]

UNESCO/JLU – Caribbean Indigenous and Endangered Languages [<http://www.mona.uwi.edu/dllp/jlu/ciel/pages/index.htm>]

Web2forDev Gateway [<http://www.web2fordev.net/>]

Wikimedia Commons – Category: Maps of Internet [http://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Maps_of_Internet]

Wikipedia, la enciclopedia libre – «Brecha digital» [http://es.wikipedia.org/wiki/Brecha_digital]

11. EVALUACIÓN EN CULTURA Y DESARROLLO

ANA MUÑOZ Y TOMÁS MALLO

I. LA COOPERACIÓN CULTURAL: UNA POLÍTICA DE DESARROLLO

El sector de la cultura forma parte, desde hace ya unos años, de la política de desarrollo de la cooperación española. El reconocimiento de la cultura como factor clave de desarrollo fue uno de los aspectos más novedosos del Plan Director 2005-2008 que, por primera vez, estableció como uno de sus sectores prioritarios la cultura como factor de desarrollo.

Fruto de esta acción se llevó a cabo un proceso de reflexión y planificación que dio lugar a la *Estrategia de Cultura y Desarrollo*, un documento de la Cooperación Española que incorpora nuevos enfoques y acciones para explorar las aportaciones de las diferentes dimensiones de la cultura a un desarrollo sostenible. Este documento se concreta en siete líneas de trabajo que abordan las sinergias y complementariedades de la gobernabilidad, la economía, la educación, el patrimonio, la comunicación y la formación con la cultura, así como la promoción y defensa de los derechos culturales y la diversidad cultural.

La política de cultura y desarrollo es hoy una realidad que se traduce en programas y proyectos concretos puestos en marcha por los Centros Culturales de España y Oficinas Técnicas de Cooperación en el exterior, por ONGD y asociaciones culturales y, con especial intensidad, a través de organismos multilaterales.

La incorporación de la cultura a la política de desarrollo de la cooperación española ha supuesto un enorme reto para el sector cultural, que abre el camino a una nueva forma de trabajo, enriquecida con una gran variedad de actores, nuevos instrumentos y que tiene ante sí grandes oportunidades. De un lado, la cooperación al desarro-

llo incorpora agentes del sector cultural que hasta el momento no habían participado de esta política, que ofrecen amplias posibilidades y favorecen los procesos de apropiación, participación y sostenibilidad de las políticas de desarrollo.

Por otro lado, para el sector cultural formar parte de las políticas de desarrollo supone un reto pero, a la vez, una gran oportunidad de avanzar en sistematización, metodologías y nuevas formas de trabajo. La consideración de sector prioritario en el Plan Director de la Cooperación Española supone que los fondos utilizados para implementar los programas y proyectos de cultura y desarrollo adquieren la condición de «Ayuda Oficial al Desarrollo» de acuerdo a la clasificación realizada por el Comité de Ayuda al Desarrollo de la OCDE.

La gestión por resultados, los principios de la eficacia y calidad de la ayuda que establecen la Declaración de París y la Agenda de Accra¹, y los nuevos instrumentos que de ella se derivan abren un abanico de posibilidades a esta incipiente área de trabajo. Lejos de ser considerados como una imposición, una carga o un requisito exigido por el hecho de manejar fondos AOD, estos principios de trabajo deben ser considerados como una oportunidad para sistematizar, maximizar y visibilizar los resultados que la cooperación cultural puede aportar a los objetivos de desarrollo. Los criterios de pertinencia, eficacia, eficiencia, impacto y viabilidad, recomendados por el CAD y adoptados por la mayoría de los actores del sistema internacional de la ayuda, proporcionan un buen punto de partida para definir los campos de intervención.

Incorporar la lógica del ciclo de intervención de los proyectos de desarrollo en nuestras acciones supone un elemento fundamental para conseguir resultados sólidos y duraderos. La identificación adecuada de las acciones de cultura y desarrollo contribuirá a conectar las necesidades reales con las intervenciones puestas en marcha, evitar la duplicidad de acciones y aprovechar las complementariedades que otras intervenciones pueden aportar.

La evaluación constituye un elemento clave en el ciclo de cualquier intervención, ya que permite establecer un sistema de mejora

¹ Declaración de París de la OCDE sobre la Eficacia de la Ayuda, 2005, y Programación de Acción de Accra, 2008.

continúa retroalimentando los ejercicios de planificación y gestión de las actuaciones. Ésta ya no se concibe como el último paso a realizar, sino que debe integrarse desde el primer momento en que las actuaciones se conciben y se diseñan.

La cooperación cultural avanza en los últimos años en esta dirección. Los diagnósticos específicos, las herramientas adaptadas a las peculiaridades del sector y, sobre todo, el estudio sobre la evaluación y el impacto de las intervenciones realizadas son el camino en el que avanzan las últimas publicaciones e investigaciones.

II. ANÁLISIS DE ALGUNAS PUBLICACIONES AL RESPECTO

Sin ánimo de ser exhaustivos, presentamos a continuación un repaso por algunos documentos y estudios publicados en los últimos años que marcan un inicio en el camino a recorrer en el ámbito de la evaluación en cultura.

En 2007 aparecía el *Manual de Gestión de Evaluaciones de la Cooperación Española*, subtítulo «Aprender para mejorar», fruto del trabajo de un equipo integrado por miembros del Instituto de Desarrollo Regional (IDR) de la Universidad de Sevilla y de la Dirección General de Planificación y Evaluación de Políticas para el Desarrollo (DGPOLDE), y coordinado por José Luis Osuna Llaneza (IDR) y José Antonio González Mancebo (subdirector de la DGPOLDE). Se respondía de esa manera a uno de los planteamientos del Plan Director de la Cooperación Española 2005-2008, en donde se instaba a los actores de dicha cooperación a utilizar la metodología y los protocolos de seguimiento de la cooperación española que debían ser complementados con manuales prácticos para la implementación de las actuaciones.

El manual es un compendio de los documentos programáticos y normativos de la cooperación española y de las guías y publicaciones de los principales organismos internacionales, y contó en su elaboración con la opinión de numerosos especialistas españoles en distintos ámbitos de la cooperación internacional para el desarrollo. El objetivo de esta herramienta es: «facilitar la gestión de las evaluaciones, identificándose las etapas que deben seguirse para acometer y

liderar con éxito un proceso de evaluación de una intervención de cooperación al desarrollo», por lo que se dirige fundamentalmente a gestores de evaluaciones y no a evaluadores. De esta manera, el manual dedica una primera parte a «la evaluación de la política de cooperación al desarrollo» y una segunda al ciclo de la evaluación, compuesto por tres fases: el diseño de la evaluación, el estudio de evaluación y la comunicación de los resultados y la integración de las lecciones de la experiencia.

El manual describe los instrumentos operativos y los actores de la cooperación española, el itinerario completo de la evaluación, las motivaciones para evaluar, la definición de las preguntas de la evaluación –en la que ya incorpora la Declaración de París–, la preparación de la evaluación, la selección del equipo de evaluación, el desarrollo del estudio de evaluación, el plan de trabajo, la comunicación de los resultados y la incorporación de las lecciones de la experiencia. Y todo ello se acompaña con un amplio glosario de términos de la cooperación, una extensa bibliografía que muestra las referencias institucionales y de trabajos de expertos que ha tenido el manual, y los criterios de calidad y términos de referencia que utiliza la DGPOLDE para los informes de evaluación.

Este manual, que respondía a los instrumentos y actores de la cooperación española en aquél momento y que se presenta como una herramienta para los gestores de la misma, aún estaba distante del mundo de la política cultural para el desarrollo española.

En 2009 se publicó la *Guía para la evaluación de las políticas culturales locales*. Un sistema de indicadores para la evaluación de las políticas culturales locales en el marco de la Agenda 21 de la cultura, fruto del trabajo de un Grupo Técnico de la Comisión de Cultura de la Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP), dirigido por Eduard Miralles i Ventimilla, y coordinado por Juana Escudero Méndez, responsable del área de Cultura de la FEMP. La Guía contó con el apoyo de las Direcciones Generales de Política e Industrias Culturales (Guillermo Corral Van Damme) y de Cooperación y Comunicación Cultural (Carlos Alberdi Alonso) del Ministerio de Cultura.

El proyecto, pionero a nivel internacional, enmarcado en el contexto de la Agenda 21 de la cultura, es una herramienta para obte-

ner información sobre las prácticas de los municipios, su evaluación y como orientación para nuevos planes que favorezcan el desarrollo económico, social y urbano. Su sistema de indicadores atiende también a otros factores transversales relacionados con la diversidad, la participación y el papel de la memoria y la innovación en la construcción de la identidad local. De esta forma, no una, sino varias herramientas se ponían a disposición de todos los gobiernos locales.

En el marco de referencia de la propuesta se abunda en el desarrollo sostenible y en las políticas para alcanzarlo, en la cultura como factor de desarrollo económico, social y cultural, en la transversalidad de la cultura, en el acceso a la cultura, en la participación ciudadana y en la construcción de la identidad local desde las dimensiones culturales de la memoria y la innovación. Y a continuación se formulan los indicadores cualitativos y cuantitativos, en dichos ámbitos. Una bibliografía clasificada temáticamente, cierra la guía, que muestra en su conjunto un claro compromiso de la FEMP y del Ministerio de Cultura con la Agenda 21, y además sirve para reflexionar sobre la cultura, orientando y mejorando sus actuaciones.

En definitiva, este instrumento, creado desde el mundo de la cultura y enfocado a las políticas locales, aporta valiosas lecciones, también para la política cultural para el desarrollo española.

A finales de 2009, en el marco de la Colección de cultura y desarrollo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el desarrollo, se publicaba la monografía *Cómo evaluar proyectos de cultura para el desarrollo: una aproximación metodológica a la construcción de indicadores*.

Con el referente de la experiencia realizada por la FEMP sobre políticas culturales locales, la Dirección de Relaciones Culturales y Científicas de la AECID puso en marcha un grupo de trabajo con el objetivo de obtener herramientas de evaluación de la implementación de la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la cooperación española.

El objetivo de este trabajo es presentar un modelo metodológico capaz de obtener las variables vinculadas a las actuaciones prioritarias que presenta cada una de las líneas de trabajo de la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Cooperación Española. Los resultados presentados en esta publicación incluyen las matrices para la obtención de

variables, la relación de efectos y dimensiones de los mismos, y un primer listado de indicadores básicos con sus correspondientes objetivos, definiciones de las unidades de medida y fuentes de verificación.

Este trabajo, impulsado por la Dirección de Relaciones Culturales y Científicas (DRCC) en estrecha colaboración con la Dirección General de Planificación y Evaluación de Políticas de Desarrollo (DGPOLDE), es el fruto de una serie de reuniones que, desde junio de 2007, mantuvieron un grupo de expertos procedentes del campo de la gestión cultural, del mundo académico y de la cooperación al desarrollo. Esta publicación presenta una metodología de trabajo para la creación de indicadores de evaluación dirigida a los actores de la cooperación para identificar impactos y resultados de desarrollo de la cooperación cultural, y que, al mismo tiempo, facilitara un diseño de proyectos más eficaz y acorde con los códigos y lenguajes de la cooperación al desarrollo.

La publicación se compone de tres partes. La primera de ellas aborda las cuestiones metodológicas en la que se narra el proceso seguido y la metodología utilizada. En la segunda parte, se presentan los resultados del trabajo de búsqueda de indicadores culturales para la evaluación de las acciones de cultura y desarrollo implementadas en el marco de la Estrategia de Cultura y Desarrollo, a partir de una serie de matrices que recogen las variables y los posibles cruces entre ellas que dan origen a los indicadores básicos. Finalmente el libro se completa con una serie de artículos que reflexionan en torno a los indicadores y la evaluación en la cooperación cultural, así como un glosario y un listado de los participantes en el proceso de elaboración.

Por último, habría que destacar los estudios que se están realizando desde diferentes instancias multilaterales con apoyo de la AECID. En primer lugar, podemos hacer referencia al *Fondo PNUD España para el logro de los Objetivos del Milenio*² que, en los términos de referencia de la ventana específica del fondo para proyectos de cultura y desarrollo, establece entre sus líneas de trabajo prioritarias generar información, vigilar y evaluar las políticas culturales. Para ello, el programa proponía construir capacidad local en análisis estadístico y en la difusión de los datos existentes en el sec-

² En [<http://www.mdgfund.org/>].

tor cultural; alentar el intercambio de conocimiento especializado y la difusión de buenas prácticas; mejorar la capacidad de los institutos estadísticos nacionales para la recolección de datos sobre el sector cultural y la diversidad cultural y crear indicadores sobre la cultura y el desarrollo en el contexto del Índice de Desarrollo Humano. En el marco de este programa, entre los años 2008 y 2009 se aprobaron 18 programas conjuntos en países de África, Asia y América Latina por valor de más de 95 millones de dólares.

A finales de 2009, también desde la UNESCO se ha puesto en marcha con apoyo de la contribución española a este organismo un proyecto que trata de generar evidencias sobre la contribución de la cultura al desarrollo a través de la elaboración de una batería de indicadores en cultura y desarrollo, que servirá para facilitar la negociación política sobre prioridades de desarrollo a escala país.

El objetivo de este trabajo es proporcionar a los decisores políticos, tanto de la cooperación internacional como a las contrapartes nacionales una herramienta que informe la toma de decisiones sobre las prioridades de desarrollo a nivel nacional. El proyecto consiste en identificar una docena de indicadores teniendo como referencia las siete áreas de trabajo que identifica la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Cooperación Española.

El fin último de esta batería de indicadores UNESCO es mejorar y facilitar la toma de decisiones sobre las prioridades de desarrollo a escala nacional así como informar procesos de negociación de los países con las principales agencias multilaterales de desarrollo.

Estos trabajos reflejan un avance importante en la inclusión de la dimensión cultural en las políticas de desarrollo a partir de la construcción de sistemas de información, evaluación e indicadores específicos para la cooperación cultural que permitan evidenciar su contribución al desarrollo.

CONCLUSIÓN Y RETOS PENDIENTES

La labor realizada hasta el momento, en muy poco tiempo, abre un camino a la cooperación cultural para el desarrollo española que no tiene vuelta atrás y la sitúa a la par de otras estrategias sectoriales de

la cooperación internacional para el desarrollo. Es una tarea ardua, de orientación técnica, en la que hay que perseverar. Para ello es fundamental poner en marcha un trabajo continuado en varios aspectos. En primer lugar, en la recogida de datos, para organizar bancos de casos de buenas, y malas, prácticas, que sirvan para la formación; Igualmente hay que incidir en la construcción de sistemas de información que permitan transferir el conocimiento con rapidez y a bajo coste; y, por último, en la verificación de fuentes para además de tener efectos demostrativos, lanzar investigaciones sobre asuntos concretos. Sólo a través de estas acciones será posible avanzar en el deseado encuentro entre el mundo de la cultura y el mundo de la cooperación internacional para el desarrollo.

Hace falta pues, convocar a los investigadores y a los técnicos con experiencia en estas labores, y experimentar con los resultados de las mismas, como si de un laboratorio se tratase, para verificar, sean cuáles sean las circunstancias, que la cultura es un factor fundamental para el desarrollo, disipando de esa manera la influencia de los escépticos y de los faltos de visión de futuro.

Poner en valor la acción realizada y una mejor visualización de las buenas prácticas nos ayudará a interconectar agentes y propuestas dentro de la misma región y entre distintos continentes, a facilitar la evaluación de las acciones en el marco de la política de cooperación al desarrollo y a incorporar las lecciones aprendidas en el diseño de nuevas intervenciones.

Y en esta tarea la Cultura para el Desarrollo tiene que seguir dialogando con los códigos. Si la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la cooperación española ha servido, entre otras cosas, para sistematizar el diálogo con la UNESCO y el PNUD, hemos de avanzar en ese debate permanente para demostrar el carácter «cooperante» de la cultura, profundizando en el diálogo con todos los actores de la cooperación, y muy especialmente en estos momentos con el CAD de la OCDE revisando los códigos CRS para ampliar nuestro campo de acción.

De todo ello pretenden dar cuenta las instituciones promotoras de este libro, la Cátedra UNESCO de la Universidad de Girona y la Fundación Carolina, constituyendo una unidad de trabajo, que junto a otras instituciones, se convierta en centro de análisis y laboratorio de cultura y desarrollo.

RELACIÓN DE AUTORES

Alberto Enrique Abello Vives es economista y magister en estudios del Caribe. Profesor y decano de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Tecnológica de Bolívar en Cartagena de Indias, Colombia. Como profesor forma parte del nodo que estudia las relaciones entre el desarrollo y la cultura en el contexto del Caribe. Como fruto del esfuerzo de reflexión de este nodo surgieron la maestría en Desarrollo y Cultura y la Red de Desarrollo y Cultura [www.desarrollocultura.net]. Con la Universidad de Girona organiza el Laboratorio Iberoamericano de Investigación e Innovación en Desarrollo y Cultura (L+iD). Ex director del Observatorio del Caribe Colombiano, ha publicado varios libros y artículos.

Augusto Antonio Aleán Picó es economista, magister y candidato a doctor en ciencias económicas de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor de teorías del desarrollo y política económica y director del programa de Economía de la Universidad Tecnológica de Bolívar en Cartagena de Indias. Forma parte del nodo en Desarrollo y Cultura y del Laboratorio Iberoamericano de Investigación e Innovación en Desarrollo y Cultura (L+iD). Es autor de investigaciones y artículos sobre desarrollo económico y el crecimiento a favor de los pobres en América Latina.

Eloísa del Mar Berman Arévalo estudió Ciencias Ambientales, con opción en Antropología y Estudios Latinoamericanos y del Caribe en la Universidad de Massachusetts-Amherst, EEUU. Máster en Geografía Humana y Desarrollo Internacional por la Universidad de Ámsterdam (Países Bajos). Actualmente es la coordinadora de la maestría en Desarrollo y Cultura de la Universidad Tecnológica de Bolívar en Cartagena de Indias, Colombia. Tiene experiencia en procesos de manejo intercultural del territorio y los recursos naturales. Formó parte del equipo investigador del Museo del Caribe (Barranqui-

lla, Colombia). Ha publicado varios artículos científicos en revistas internacionales.

Francisco Javier Brun González es vicepresidente de la Fundación Interarts y asesor de la Dirección General de Cultura del Gobierno de Aragón. Durante veinte años ha sido responsable del Servicio de Cultura del Ayuntamiento de Huesca y posteriormente director de Centro Dramático de Aragón. Ha sido secretario del Forum des Réseaux Culturels Européens, miembro del comité ejecutivo de Pépinières Européennes pour Jeunes Artistes y de On The Move. Participa en diversos postgrados y másteres en Gestión y Cooperación Cultural (Barcelona, Girona, Zaragoza,...). Responsable de proyectos de Cooperación Cultural en América Latina. DEA en Sociedad de la Información y Gestión del Conocimiento, y licenciado en Bioquímica.

Gemma Carbó Ribugent es licenciada en Filosofía y Letras, especialista en difusión del patrimonio cultural y Máster en Gestión Cultural, así como DEA en Derecho de la Cultura. Actualmente está realizando la tesis doctoral en el Grupo de Investigación en Gestión y Administración de Políticas Sociales y Culturales en la Universidad de Girona. Es coordinadora de proyectos de la Cátedra UNESCO de Políticas Culturales y Cooperación en la Universidad de Girona y miembro del grupo de educación y cultura de esta cátedra. Ha trabajado como consultora cultural para la Fundación Barcelona Media Centro de Innovación y para organismos como AECID en la redacción, junto con Lucina Jiménez, del Programa FORMART para el desarrollo de la línea de complementariedad entre educación y cultura prevista en la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la cooperación española. Ha coordinado la publicación digital e impresa de los seminarios internacionales: *La cultura estrategia de cooperación para el desarrollo* (2008) y *Educación, cultura y cooperación para el desarrollo* (2009).

Máté Kovács nacido en Debrecen, Hungría, es especialista en políticas culturales. Después de haber estudiado en Budapest, París y La Habana, obtuvo diploma universitario en Lengua y Literatura húngara, francesa y española (1964-65) y en Filosofía (1972), así como el doctorado (1975) en Ciencias de la Educación en la Universidad Eöt-

vös Loránd de Budapest. Ha trabajado en la Comisión Nacional Húngara para la UNESCO como especialista del programa a cargo de la educación y la cultura (1964-1974), y como secretario general adjunto (1975-1979). Ingresó en la UNESCO en 1980 donde se ha desempeñado como encargado de los programas relativos a políticas culturales, desarrollo cultural, cultura y desarrollo, como especialista del programa (1980-1987) y jefe de la sección (1988-2001). Trabaja como consultor en políticas culturales en la UNESCO (2001-2002) y como director ejecutivo a. i. del Observatorio de Políticas Culturales en África-OCPA, Maputo, Mozambique (2002-2005). Desde 2005 tiene el cargo de coordinador de investigación y editor de *OCPA News*, el boletín electrónico del Observatorio. Autor, coautor y editor de un gran número de estudios, documentos de trabajo e informes, así como de varios libros publicados por la UNESCO y de OCPA sobre cuestiones relativas al conocimiento, la educación de adultos, desarrollo cultural y políticas culturales.

Lucina Jiménez López, mexicana, es maestra en Ciencias Antropológicas. Especialista en políticas culturales y educación artística. Actualmente es consultora internacional. Ha asesorado a instituciones educativas y culturales en México, Guatemala, Colombia, Perú, Estados Unidos, Cuba, Guatemala, República Dominicana, Brasil y España. Es directora general del Consorcio Internacional Arte y Escuela A. C. (ConArte) e integrante del Grupo de Expertos Internacionales en Educación Artística, Cultura y Ciudadanía de la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI). Ha sido consultora para la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), la UNESCO y el Convenio Andrés Bello. Es miembro del grupo de educación y cultura de la Cátedra UNESCO de Políticas Culturales de la Universidad de Girona y Coordinadora del Programa de Investigación de Educación y Artes en la Universidad del Claustro de Sor Juana, en el cual participan la Universidad Pedagógica Nacional y ConArte. Es autora o coautora de los libros *Democracia Cultural, Políticas Culturales en Transición* y *Educación Artística, Cultura y Ciudadanía*.

Jesús Martín Barbero es doctor en Filosofía por la Universidad de Lovaina (Bélgica), postdoctorado en Semiótica y Antropología por

la Escuela de Altos Estudios (París) e investigador asociado en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido director y profesor-investigador del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad del Valle (Cali, Colombia), profesor-investigador del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO (Guadalajara, México), y de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Universidad Javeriana (Bogotá). Así mismo ha sido Presidente de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de Comunicación (ALAIIC) y secretario de la Comisión de Medios de Comunicación de CLACSO. Como profesor invitado ha participado en programas de formación de centros formativos de todo el mundo (Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad de Stanford, la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México, la Universidad Libre de Berlín, Universidad de Pittsburgh, o la Universidad de Nueva York) y en el Doctorado en Ciencias Sociales y Postgrados en Comunicación de las Universidades de Sao Paulo, Buenos Aires, México, Guadalajara, Lima y Puerto Rico. Es autor de numerosas publicaciones sobre temas de comunicación. Actualmente es profesor-investigador internacional, asesor en políticas culturales y Comunicación de la OEI, la AECID y la UNESCO.

Alfons Martinell. Es doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Girona, y licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Barcelona. Director de la Cátedra Unesco: «Políticas Culturales y Cooperación» de la Universidad de Girona. Profesor titular de la Universidad de Girona especializado en temas de organización y gestión de instituciones del campo de la gestión cultural, políticas culturales y la educación no-formal desde 1992. Fue director general de Relaciones Culturales y Científicas de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) (mayo de 2004-julio de 2008); presidente de la Fundación INTERARTS, Observatorio de Políticas Culturales Urbanas y Regionales de Barcelona (1995–2004); experto en el campo de la Formación de Gestores Culturales, Cooperación Cultural y Desarrollo, Políticas Culturales Territoriales y Cultura y Educación; técnico superior Administración Especial municipal especializado en Cultura y Educación en el Ayuntamiento de Girona (1980-1992) desempeñando diferentes funciones. Director académi-

co de los Campus Euroamericanos de Cooperación Cultural realizados en Barcelona (2000), Cartagena de Indias (2002), Sevilla (2003) y Buenos Aires (2009) organizado conjuntamente por la OEI y la Fundación Interarts; director de los seminarios de Formación de formadores en gestión cultural organizados por la Red Iberformat, OEI, UNESCO, CONACULTA (México) y Ministerio de Cultura de Chile (2003). Ha impartido docencia y tiene publicados diferentes libros, artículos y trabajos en el campo de gestión cultural, políticas culturales, cultura y desarrollo, y cooperación cultural internacional.

Ana Muñoz Llabres, nacida en Sevilla, España, licenciada en Historia por la Universidad de Sevilla y con estudios de postgrado en Cooperación al Desarrollo (Universidad Complutense de Madrid) y Cooperación Cultural Internacional (Universidad de Girona). Su experiencia profesional comenzó con unas prácticas en el Programa de Cultura, Cooperación y Desarrollo de la Asociación de Investigadores y Especialistas en Iberoamérica, en Madrid. En 2003, colaboró en un proyecto de la cooperación francesa «La découverte du Burkina Faso» en el Ministerio de Cultura de Burkina Faso. Fue beneficiaria de la Beca de Gestión Cultural del programa Becas MAEC en los servicios centrales de la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECID). En 2005 aprobó la oposición al Cuerpo de Gestión del Estado de la Administración General del Estado. Codirectora de Cursos de Educación Intercultural para niños en La Casa Encendida de Madrid desde 2004. En la actualidad es jefa de Servicio de la Unidad de Cultura y Desarrollo de la Dirección de Relaciones Culturales de la AECID y se ocupa de la implementación de la Estrategia de Cultura y Desarrollo que se desprende del Plan Director de la Cooperación Española.

Jordi Pardo Rodríguez. Es coordinador científico del Laboratorio de Cultura y Turismo de Barcelona Media-Centro de innovación [www.barcelonamedia.org]. Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Barcelona, Máster en Gestión Pública por ESADE Business School. Ha desarrollado su actividad como directivo en diferentes administraciones públicas y en el sector privado en el ámbito de la cultura y la gestión de patrimonio. Ha sido secretario general del

Departamento de Interior del Gobierno Autónomo de Cataluña; director del proyecto del Centro – Museo del Diseño de Barcelona; gerente del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB); director gerente de los parques arqueológicos y museos de Empúries (Costa Brava) y de las minas prehistóricas de Gavà (Barcelona). En el sector privado ha dirigido diferentes proyectos de declaración de patrimonio cultural de la Humanidad por UNESCO, y ha planificado el desarrollo de museos, centros culturales y proyectos de desarrollo basados en la cultura y el turismo. Actualmente dirige proyectos culturales relacionados con el impulso de la economía creativa, la regeneración urbana y el desarrollo cultural en España, Iberoamérica y Asia.

Mariapia Pilolli actualmente reside en Italia, pero ha vivido cerca de treinta años en América Latina; docente de Sociología de la Comunicación en la Universidad de Panamá; en Guatemala ha trabajado en el campo editorial y en proyectos culturales para el desarrollo sostenible en la Universidad de San Carlos y en el Proyecto Cultural El Sitio; ha sido Consultora del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) como responsable de la formulación del Plan Nacional de Desarrollo Cultural para el Ministerio de Cultura de Guatemala.

Tomás Mallo Gutiérrez es licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid. Docente en diferentes instituciones y universidades españolas y latinoamericanas e investigador y consultor para organismos nacionales e internacionales: AECID, AIETI, Televisión Educativa Iberoamericana (ATEI), Convenio Andrés Bello (CAB), Unión Europea, Programa CYTED, Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP), OIJ, SEGIB, y UNESCO. Ha publicado diversos trabajos sobre las relaciones de España con América Latina y sobre cooperación internacional. Ha sido miembro de las Juntas Directivas del Consejo Español de Estudios Iberoamericanos (CEEIB), la CONGDE, la Asociación de Revistas Culturales y Educativas (ARCE) y el Ateneo de Madrid. Además, ha sido secretario general de AIETI y Editor de la Revista Síntesis. En la actualidad es responsable del Programa de Estudios sobre América Latina, en el Centro de Estudios para América Latina y la Cooperación Internacional (CeALCI) de la Fundación Carolina.

Germán Augusto Rey Beltrán es profesor en la Maestría en Comunicación de la Universidad Javeriana en Bogotá y de la Maestría en Desarrollo y Cultura de la Facultad de Economía de la Universidad Tecnológica de Bolívar en Cartagena de Indias (Colombia). Participa en el laboratorio de Cultura y Desarrollo, promovido por esta universidad y la Cátedra Unesco de la Universidad de Girona. Pertenece al grupo gestor del Doctorado Internacional en Comunicación y es integrante de la Junta Directiva de la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano creada por el escritor Gabriel García Márquez. Cofundador de la Revista de Estudios Sociales, formó parte de la Junta Directiva del periódico *El Espectador*. Fue defensor del lector del periódico *El Tiempo*. Asesor del Ministerio de Cultura de Colombia, hizo la compilación del Compendio de Políticas Culturales (2009). Consultor de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, de la Organización de Estados Iberoamericanos y de la Secretaría General Iberoamericana. Entre sus libros están: *Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas*, *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva*, escrito conjuntamente con Jesús Martín Barbero, *Las tramas de la cultura*, y *La fuga del mundo. Escritos sobre periodismo*.

Eva Sánchez Buendía, diplomática española especializada en la Planificación y Evaluación de Políticas de Desarrollo en el ámbito multilateral (CAD-OCDE, UE, PNUD y OEA). En la actualidad es la gestora del Fondo español para la OEA en Washington DC, cuyas líneas de trabajo prioritarias son la promoción y protección de los Derechos Humanos (P. ej.: derecho a la identidad) y la gobernabilidad democrática. Fue jefa de Área de Políticas Multilaterales de Desarrollo en la Dirección General de Planificación y Evaluación de Políticas de Desarrollo (Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación) y punto focal de España para la Declaración de París sobre la Efectividad de la Ayuda. Trabajó en proyectos de desarrollo comunitario en México, Guatemala y Colombia. Licenciada en Derecho y en Ciencias Económicas y Empresariales (ICADE) por la U. P. Comillas y Máster en Relaciones Internacionales por la Escuela Diplomática.

La presente publicación aporta una reflexión sobre cultura y desarrollo de acuerdo con los Planes Directores (2005-2008 y 2009-2012) y la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Cooperación Española. Ofrece un panorama de la evolución de los planteamientos de cultura y desarrollo a nivel internacional y los avances en cuanto al pensamiento conceptual alrededor de esta relación. Contribuye también a la necesidad de avanzar en la investigación sobre cómo la cultura es una dimensión importante en la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio tal y como señala la reciente Cumbre de Revisión de los ODM celebrada en 2010.

Los autores, coordinados por Alfons Martinell, director de la Cátedra UNESCO sobre Políticas Culturales y Cooperación de la Universidad de Girona, contribuyen con sus reflexiones en la consolidación de un campo propio de la cultura en la cooperación al desarrollo. Son representantes activos del avance que se viene observando en las relaciones entre cultura y desarrollo a nivel internacional y protagonistas de una línea de trabajo que está avanzando a nivel local, nacional y multilateral.

ISBN 978-84-323-1481-0

